



alter EGOS

ALVARO CASTILLO

ALTER EGOS

ALVARO CASTILLO

© Derechos de autor propiedad de los herederos de Álvaro Castillo.

© Portada diseñada por  Lola Sungai
sungailola@gmail.com

INDICE

Introducción

Prólogo

La exigua paga

El cocodrilo albino

La vuelta

Diario de campaña del escribiente

Merchán

Epílogo

Biografía y Enlaces

INTRODUCCION

Gonzalo Meirelles nació en Villa del Salto (República Oriental del Uruguay) en 1939 y murió en París en 2006. Nació el 15 de marzo y murió el 15 de octubre; tenía al morir 67 años. En vida, había publicado sólo tres libros, a saber:

*Un excusable poemario juvenil, **Las auroras sobre el río**, editado por la Casa del Libro de Villa del Salto.*

*Una colección de relatos breves, **Quince pasos**, que contiene 14 cuentos y una especie de biografía de alguien cuyo nombre no se cita y que, por todo título, tiene dos signos de interrogación, uno que abre y otro que cierra, sin nada entre ambos. El volumen contiene algunas pequeñas joyas literarias, como *El garañón*, *Un adiós*, *Freno de mano*, *Pura bambolla* y *Nostalgia barriobajera*.*

*Por último está su única novela, **La segunda mitad del verano**, que es, en mi modesta opinión, el único gran libro de la generación oriental del exilio —la gente nacida en los últimos 30 y a lo largo de los 40.*

***Quince pasos** se publicó en la editorial montevideana Sagitario, en 1971, y la novela en la bonaerense Utehsa, en 1972; se tiraron cinco mil ejemplares de esta última y nunca se reeditó.*

En su monografía sobre Literatura Oriental (Uruguay) Contemporánea, publicada en Cuadernos Hispanoamericanos, de Madrid, en tres entregas, marzo, abril y mayo de 2007, la sagaz periodista y escritora oriental Nenúfar Yáñez me cita inclusive a mí, pero de Meirelles no dice una sola palabra. Este lamentable bache tiene una cierta explicación: la novela, que es lo que de verdad cuenta dentro de la escueta obra de GM, se publicó en Buenos Aires, se vendió poco y apenas si se fijaron en ella los críticos de ambas márgenes del Plata. Hay que tener en cuenta, además,

que era una época dura, con los milicos día a día más prepotentes y el golpe de estado, que se verificó a mediados de 1973, ya entonces en el aire, como un hecho consumado por anticipado. Meirelles, para peor, vivía en París y, desde que se marchara de Montevideo, en 1971, nunca había vuelto --ni nunca ya volvería. Detestaba, por lo demás, que lo consideraran un exilado, con lo que eso implica, y sobre todo implicaba entonces, tras el golpe de Pinochet en Chile; un status especial frente a los simples inmigrantes, corridos del Cono Sur por falta de trabajo, no por dictamen de militares golpistas o de gobiernos dictatoriales; él mismo (Meirelles) se consideraba un emigrado, un inmigrante uruguayo en Europa. Trabajó en toda clase de trabajos, desde guía turístico hasta lavandero. Fue conductor de camiones y furgonetas, mecánico de motos de carrera, camarero y secretario del presidente de una gran empresa de productos químicos y farmacológicos. Perdió aquel bien remunerado cargo cuando su jefe, el ya citado presidente, tuvo que darse precipitadamente a la fuga de Francia y de la Comunidad Europea; desde entonces, este dudoso personaje vive apacible y opíparamente en una de las islas Granadinas. Meirelles, menos en burla que en veras, lo admiraba y envidiaba. 'No sé qué daría yo por estar en su lugar', me escribió una vez. Era un hombre más complejo que el común de los mortales, y aún de los artistas. No era, no obstante, ni hipersensible ni neurótico. De hecho no sufría de ninguno de los males y manías que acosan a los artistas. No sufría de manía persecutoria ni se sentía víctima de conjura ninguna. Tampoco era bisexual ni homosexual. Las mujeres le gustaban mucho, pero su congénita timidez le vedaba, muchas veces, lo que él llamaba 'el éxtasis de los ligues fáciles'. Le gustaban las mujeres fáciles, promiscuas, pero les tenía pánico a las enfermedades venéreas, sobre todo desde que el SIDA se desparramó por el mundo, a principios de los años

ochenta. Escribió un cuento de una obscenidad pasmosa, que se titula Yo el condón, y cuya única copia, que se sepa, obra en mi poder.

Uno de los días más tristes de mi vida fue el de la muerte de Gonzalo Meirelles. Yo estaba en Madrid, y me enteré avanzada la madrugada, por una llamada de teléfono de una amiga de Gonzalo (y mía), que me ha pedido que no facilite su nombre. Muchos orientales, empero, me temo, sabrán de quien se trata tras sólo leer estas líneas, los (me temo) desgraciadamente pocos que las lean. No es mi culpa. Ruego por Gonzalo, misterioso y silencioso, a mis dioses. Amén.

A.C.

PROLOGO

¿Por qué existe este libro? ¿Por qué existen los libros? Esta última pregunta, que ya Platón se planteaba de forma negativa, pesimista, es de ardua y difícil respuesta, que pueden ser miles o millones, tantas como lectores haya y haya habido en el mundo –y habrá- desde que nació la palabra escrita. Este libro –fait accompli- existe como secuela de un proceso complejo, de admiración y rechazo, más por el hecho concreto de haber yo coincidido con Milocz Georgades en una sala de billares en París.

Este notable acontecimiento, para mí, tuvo lugar en una fecha difusa de entre marzo y mayo de 1987. Georgades y yo entablamos varias partidas, de resultado parejo, antes de conocernos por nuestros nombres, primero los de pila, que a los dos nos sonaron extraños, a él un nombre español, a mí uno que me sonaba a polaco o checo. Cuando nos dijimos nuestros mutuos apellidos, a él el mío nada le dijo, pero a mí el suyo me dijo mucho. Sabía que Georgades era un prestigioso escritor francés, aunque nacido en otra parte que yo no recordaba o nunca había sabido. A mí, la literatura francesa en general me interesa poco, salvo por seis o siete nombres; y la literatura francesa posterior a Proust no me interesa nada. De los únicos libros franceses modernos que disfruté, uno fue el de las memorias del general de Gaulle, **Au fil de l'épée**. Admiro mucho a Churchill, no ya como el político que nos salvó de los nazis, sino, sobre todo, en tanto que escritor. Considero que el Nobel que le concedieron es uno de los más justificados de la historia de este premio. De Gaulle es un escritor por lo menos de la altura de Churchill, que, para su desgracia, maneja una herramienta de inferior calidad al inglés:

el estrecho y discursivo francés que se inventaron Boileau y sus cómplices allá por el siglo XVII. Que con este material, hasta cierto punto blando y encorsetado a la vez, algunas personas hayan producido libros maravillosos, libros insoslayables, tanto en verso como en prosa, es, para mí, la señal más clara e indiscutible de que Francia siempre ha sido la cabeza rectora de Europa, por lo menos desde que Europa toma conciencia de sí misma, allá por los tenebrosos siglos VIII y IX, cuando Carlomagno trata de revivir el espíritu imperial romano. La gran obra de Carlomagno y los carolingios, su único legado vigente hoy todavía es la **Chanson de Roland**, la madre impercedera no sólo de la langue d'oeil, sino de todas las lenguas romances en que se disgregó el añorado latín. Georgades, un búlgaro, o un válaco, como él se hace llamar, ¿hubiera podido escribir en castellano, en italiano, en portugués, en catalán? ¿O en inglés? Lo dudo. Francia y, por ende, su idioma, son Europa, hicieron Europa. Napoleón, si bien corso, sólo podía apoderarse de Europa a partir de París y del idioma francés, que, a pesar de su irrisoria laboriosidad, o acaso por ésta misma, posee un encanto propio, que es el de lo fútil, el de los discursos, el patriotismo o chauvinismo, las arengas, la frivolidad. La revolución que sacudió al mundo, la única revolución de la historia que sacudió al mundo entero, fue la revolución francesa, cuyas ondas, como las de si la luna hubiese caído al océano, alcanzaron todas las costas, hicieron a Bolívar en América del Sur y terminaron de consolidar a Jefferson en la del Norte; esto es, Bolívar y Jefferson, los dos más grandes nativos americanos de todos los tiempos, en el orden en el que los he citado. Los dos hablaban francés y escribían en francés. ¿Por frivolidad? Los dos eran grandes enemigos de este concepto tan manido y tan mal entendido. Frívolo es una palabra de origen nórdico, que se desparramó a todos los modernos idiomas europeos a partir del alto alemán, que es la lengua que

hablaban los vikings. En alto alemán, *freyg vollur* significa libre albedrío, o, de modo preciso, “libertad de hacer”.

La revolución de las trece colonias fue una revuelta casera, cosa de tenderos y traficantes de negros; ha entrado y sale y se acabó.

Georgades, del que yo no había leído ni una línea cuando el azar nos condujo a encontrarnos y conocernos, y del que he leído todo lo que ha escrito a partir de entonces, añadió al francés un peculiar acento bárbaro, heredero de aquellos Vlades válacos, Vlad Dracul y Vlad Tepes, o sea Vlad el Diablo y Vlad el Empalador, bajo cuyo patrocinio (el del último) se erigieron en Bucarest casi cuatrocientas iglesias; es la ciudad con más iglesias del mundo, y todo derivado de un genio del mal, que disfrutaba empalando villas enteras, ejércitos enteros; se dice que en una sola jornada hizo empalar a veinte mil prisioneros, entre los que figuraban mujeres, niños y viejos. Dracul y, sobre todo, Tepes, inspiraron a Bram Stoker para escribir su *Drácula*, un libro mediocre que, empero, ha engendrado, gracias, en su caso, al cine, a uno de los dos únicos mitos que produjo la decrepita era moderna. El otro es Sherlock Holmes, engendro genial de otro escritor mediocre.

Georgades le trajo al francés, envuelto en las sedas decadentes de un estilo delicado y sutil, punto menos que inconsútil, como la túnica de Cristo, ese rumor de barbarie, ese negro misterio que son los Cárpatos para los occidentales. Todos sus libros, desde los más claros hasta los más alambicados y oscuros, tienen como fondo ese rugido de fiera, el aliento del león, del tigre siberiano, del murciélago gigante.

Geogades introdujo en el francés el vibrante acento bárbaro de un pueblo medieval hoy día ya inexistente, mezclado, hibridado y abolido por pueblos más jóvenes, como los búlgaros, y más sabios, como los rumanos. Valaquia y su gemela Transilvania son entelequias, acaso leyendas, pero en este caso leyendas convertidas en mito, que Georgades reinventó y reinter-

pretó para insertarlas en la mitad pacífica e hipócrita del odioso y sanguinario siglo XX occidental. No reintrodujo las leyendas en sí, o el mito, sino el acento de aquellas leyendas y de aquel mito; un acento que ya empieza a renovar o revitalizar a la lánguida prosa francesa. Muerta Colette, muerto St Exupéry, muertas las tres magníficas espadas de tinta nazis, es decir Brasi-llach, fusilado por colaboracionista, Drieu la Rochelle, suicida, y el más mediocre Céline, al que Malraux le salvó la vida; huérfana de violencia y vida, pues, la literatura francesa, y muy en concreto la narrativa, cayó en manos de los exhibicionistas del nouveau roman, como Robbe Grillet, Simon, etc, y de los existencialistas, como Camus y Sartre; ambas escuelas producían, sobre todo, hastío; los lectores franceses (el pueblo más literario del planeta) se acostumbraron a aburrirse con su propia literatura. La obra de Georgades es como un pellizco en el entresueño que cayó hace medio siglo sobre Francia y sus literatos y lectores. Sus libros –los de Georgades, entiéndase-, aunque envueltos en los buenos modales franceses, son brutales, válacos, descendientes de Vlad Dracul y de Vlad Tepes. Son vida vivida, que es la sustancia de que están hechos los sueños, y también la literatura.

Fue a través de Georgades que conocí, por carta, a Sterling y a Bem-bler, que gentilmente me autorizaron, ambos, a traducir, cada uno, un cuento suyo, con miras a una posible publicación. Los cuentos no los elegí yo; lo hicieron ellos. También Georgades eligió su cuento para que yo lo tradujera, y me impuso una condición, que añadiera a los tres cuentos traducidos un cuarto de mi cosecha. Mi cuento se había publicado, en *El cachalote con periscopio*, año 1, nº 2, abril de 1984, San Juan de Puerto Rico. De allí lo rescaté; le hice unos pocos cambios, insignificantes. Georgades lo leyó, me propuso un par de cambios más, que acepté, y así quedó.

Ni a Sterling, muerto en 1991, ni a Bembler, los he tratado personalmente, aunque con el último nos carteamos un tiempo; después la correspondencia languideció y al final cesó.

Gonzalo Meirelles,
París, 1996, marzo, 11, martes.

LA EXIGUA PAGA

por JONAH STERLING

Quel vaste projet!
Et quel hardiesse dans l'execution!

Voyage au tour de ma chambre

XAVIER DE MAISTRE

Sentado en el último rincón de la taberna, Maese Zero, carpintero agremiado de ribera, saciaba una tardía colación al final de una larga y rigurosa jornada de trabajo. Era un hombre de aspecto vulgar y anodino; por su expresión, a la vez melancólica y cansada, acaso pensara en la cercana noche de merecido reposo, acaso en su mero cansancio o en algunas minucias relativas a su diaria, dura y monótona labor; puede de igual modo que no pensara en nada. Se advertía, al primer golpe de vista, que no era ni había sido –ni jamás sería- hombre de altos vuelos cerebrales. Comía de modo mecánico, con un ancho cucharón de madera, que hundía y sacaba, goteante, de un grueso cuenco de piedra sin desbatar, negreado por mil fuegos de fogones. Su colación, compuesta de sustancias grasas y espesas, humeantes, menguaba de forma metódica, cucharada a cucharada, ayudadas por un esponjoso pan de costra dura y gruesa, igual de requemado por el fuego que el cuenco de piedra en el que el hombre comía. El humo que salía del cuenco era tenue, tanto, que se disolvía rápidamente en el aire recargado y maloliente del

local; fritangas de pescado de morralla y guisos y cocidos de legumbres y huesos, con algún trozo de carne adherida, era todo el condumio que se servía en aquel sitio.

La taberna, que afuera lucía una gastada enseña de madera con un toro de perfil y un indescifrable pájaro, pintados por mano torpe (el pájaro parecía revolotear, con un ala hacia el cielo y la otra hacia el suelo, sobre el lomo de la bestia), con los colores ya átonos y desvaídos por el minucioso e incansable accionar del tiempo; la taberna, un abigarrado local de edad venerable, a la par que indescifrable, había probablemente perdido, en el decurso de siglos, su forma primitiva; ahora tenía una curiosa forma trapezoidal, con numerosas esquinas y muchos oscuros rincones, y lucía una gran rama verde en un ventanuco alto, indicación de que allí se vendían licores, y estaba como encajonada en una estrecha callejuela adoquinada, entre dos negros y lúgubres torreones de aire tan arcaico, tan pulimentado por el roce de la rosa de los vientos, que parecían intemporales, cabe que eternos. La calleja corría en ligero declive, y unos surcos de agua purulenta habían lamido alargados segmentos de la piedra durante tantas generaciones que la habían desgastado y trabajado hasta formar una especie de escurridizos, estrechos y titubeantes canalones, que reseguían los tortuosos ángulos que formaban los edificios, a ambos lados del adoquinado, hasta desagotarse en un charco repulsivo y maloliente, de color negro amarronado, en el que bailaban cambiantes manchas de oleágine, ora verdosas, ora amarillentas, como distintas variedades de puses.

El charco, de unas seis varas de ancho por unas diez de largo, estaba en una de las cinco esquinas de una plazuela irregular y deforme en la que jugaban niños; a veces alguno caía o era empujado en el charco, y, si no lo rescataban en seguida, no tardaba en atacarlo una cambiante y versátil purulencia que, cuando no lo mataba, ora entre terribles retortijones, contorsiones e in-

controlables muecas, ora dulcemente mientras dormía, le dejaba, en el mejor de los casos, costras y costurones, si no agujeros que lo atravesaban de parte a parte, de modo que, en ocasiones, era dable mirar a través de un brazo, una pierna o un pescuezo, y los niños cobraban por consentirlo a viejos y curiosos burgueses de costumbres depravadas; otrosí les dejaba retorcidas cicatrices y eccemas en llaga viva, que no se les cerraban en toda la vida (que solía ser corta, cuando no fugaz: los más afortunados llegaban a vivir entre 13 y 16 años). Se contaba que antaño, en siglos lejanos, anteriores a la Gran Rebelión Burguesa, parto de la moderna, moderada y prudente nación de hogaño, en aquel punto ahorcaban a los asesinos, a los vagos y/o maleantes, a los blasfemos y a los violadores de monjas y/o novicias, y que de sus aguas menores y aguas mayores, así como de sus frenéticas eyaculaciones, se había formado aquel charco pestilente, que ahora alimentaban los no menos pestilentes arroyuelos del callejón.

Por razones que el Supremo Gobierno Central consideraba irrefutables, si bien secretas, el charco no se había extirpado ni desecado nunca, ni se pensaba hacer nada al respecto, según fundados rumores, de entonces en lo sucesivo. A la gente del común le parecía bien, por más que perversos y amotinados rumores hablaran de malestar entre ciertas clases altas. Clases que entendían que el miasma afeaba la hermo세ada y embellecida ciudad, que era un asco pisar antes de la Gran Rebelión Burguesa, y ahora olía a rosas y alhelies, excepto en aquella esquina, con su venenosa tiña. La gente de sólidos principios, como quiera que fuera, jamás se acercaba a aquel repulsivo rincón de la airosa y donosa, de la grácil aunque no por ello menos sólida y bien cimentada ciudad, pasmo del orbe.

En su interior, la taberna, cuyo nombre, nunca escrito, acaso fuera El Toro y el Pájaro, o Pájaro y Toro (si casi nadie leía, porque casi nadie sabía, ¿a qué poner palabras que acaso el lejano tabernero que abrió, en un día remoto, la

taberna, no debía ser capaz de escribir ni deletrear?), era de techumbre muy baja, que formaba un ligero declive desde el fondo en dirección a la calle. La techumbre estaba cruzada, de forma caprichosa, en cruz, en cuadro, en espiga, en ángulo grave u obtuso, por gruesas vigas horizontales de madera de diferentes edades, calidades y colores, de las que colgaban diferentes embutidos y patas de animales envueltas en salitre; las vigas trazaban una arbitraria red de ángulos con una particularidad, ya que ni uno solo era recto. Todo el local, por lo demás, semejaba un abnegado y apretujado tablero de ajedrez enteramente formado por rincones, esquinas y ángulos. Mientras maese Zero masticaba la correosa carne, las verduras cocidas, los tubérculos recocidos, con los ojos que seguían las películas de cebolla que flotaban sobre el líquido parduzco del cuezo, se oyeron primero los rítmicos pasos profesionales sobre los adoquines, y a los pocos segundos el grupo de hombres uniformados, una patrulla ciudadana, se amontonó en el deforme rectángulo alargado en el que se abría la puerta. En el momento en que los hombres irrumpieron, el local pareció, de súbito, mucho más chico y más lleno, y el techo precipitadamente más bajo y oprimente. No se trató de otra cosa, sin duda, que de una simple y pasajera ilusión óptica, como un fugaz espejismo, motivada por la brusca aparición del compacto grupo de uniformados, pero maese Zero sintió que se le encogía el estómago y que el último bocado de pan y materia espesa y chorreante que se había tragado se le solidificaba entre la lengua y el paladar. Con un enorme esfuerzo, que le hizo saltar lágrimas, lo deglutió. De inmediato, no obstante, aquella inquietante impresión cesó, pasó. Los opacos colores del ropaje de los demás comensales, por un momento casi translúcido y unidimensional, recuperaron su volumen y sus desvaídos tonos, el techo dejó de sentirse en la nuca, la taberna recobró sus proporcio-

nes. Después de tragar, laboriosamente, maese Zero hundió de nuevo su cucharón en su cuevo y se lo llevó a los labios.

Los hombres uniformados (la patrulla ciudadana) entraron en apretado y abigarrado tropel; o, más que tropel, montón. Eran cinco, y no guardaban ninguna clase de formación, a pesar de lo que la rítmica marcha por la invisible calleja podía haber anunciado. Dentro del montón, en el que todos se codeaban y empujaban, uno de ellos destacaba, bien fuera por su mero tamaño o por el gran tamaño de sus mostachos, bien por el amplio sombrero negro, con monedas colgadas del ala, que lo cubría y le ensombrecía la faz; bien por todo lo antedicho sumado o, seguramente, por algo más sutil, algo indescifrable o indiscernible que lo diferenciaba de los demás. Había en aquel hombre enorme algo que imponía, una cualidad de atroz y/o de benevolente que quizá, pensó vagamente maese Zero, fuese aquello tan misterioso que poseían algunos, escasos, capitanes de navío, y que la gente llamaba don de mando. No obstante, en aquel hombrachón había algo más que una férrea actitud cejijunta, algo más que un potente vozarrón (el hombre no había hablado), mucho más que un látigo largo y retorcido y que la deliberada y complacida frialdad de usarlo. Había algo que un individuo simple y llano como maese Zero adivinaba pero no podía discernir; algo que identificaba pero que no hubiese podido explicar –ni explicarse él a sí mismo; algo que se transmitía, que se había expandido por el local entero y había hecho enmudecer y mirarlo (al hombre alto) a todo el mundo.

Había ocho o diez parroquianos dispersos al azar por el local, como trebejos desparramados tras una reñida partida de axedrez. En la mayoría de las mesas, torpemente repartidas sobre la tablazón combada y apolillada del suelo, cubierto de serrín -y sobre el serrín mondas de frutas, residuos de langostinos y cigalas, escupidas, manchas añejas y nuevas, vómito-, el vómito ya secular de Maitre Saint Just cuando soltó su célebre soflama étlica; sobre el

suelo, por ende, de la angular y angulosa taberna, las sillas estaban puestas encima de las mesas, con las patas para arriba, un detalle del que maese Zero, hundido en su rincón y afanado en su colación, sólo en aquel momento se había apercebido, y que lo sorprendió menos de lo que él mismo hubiera pensado. ‘Cuando entré todas las sillas estaban patas abajo, en sus correspondientes lugares, con gente sentada encima’, se dijo, inseguro. ¿O no? ¿O estaban ya así, sobre las mesas, patas arriba? Cerró los ojos, con el cucharón estacionado a medio camino de su entreabierta boca, goteando sobre la mesa y sobre su mandil de cuero; trataba de recordar. Había más gente que ahora, rememoró; gente que comía, gente que bebía. En la mesa más cercana a la suya, que ahora tenía las sillas encima, con las patas para arriba (cuatro sillas) había habido un grupo de temblequeantes viejos que rumiaban, desdentados, su papilla de maíz y remolacha; en los intervalos hablaban del tiempo y de las apuestas a la lotería; entre los tres, empeñando sus últimos dientes de oro, habían comprado la centésima parte de una de las cuarenta series de los ciento veinte mil números sobre uno de los cuales recaería el premio; en qué consistía se sabría tres minutos antes del sorteo, o sea del primer giro a la manivela del bolillero; se decía que la lotería, a la que una errónea tradición adjudicaba su origen a Babilonia, era un invento de los remotos carpetovetónicos, pueblo al que se identificaba como antepasado, junto con los godos y los berébers, de los modernos hispanos o españoles. Maese Zero había visto a los viejos, había escuchado con desagrado el ruidoso movimiento de sus encías desdentadas y oído sus voces, que el calor, que el número diez mil once, que la terza cuotaparte para each, que los ultimísimos dientes de oro, que si no nos toca ahora qué; toda esa verborrea de lactantes, en plena séptima o undécima infancia. No los había visto irse, empero.

Sin entender por qué, libre de todo cargo su conciencia, ya que, a lo largo de su ya no corta vida, él jamás había robado, ni estafado, ni empujado a nadie ni levantado la voz ni tosido en público ni arrojado cáscaras de nuez o pieles de mandarina en las vías públicas, Maese Zero se sentía inquieto, turbado.

El hombre del sombrero negro, que les sacaba la cabeza entera a sus acompañantes, apelotonados a su alrededor, miró en torno de sí morosa y minuciosamente, como si la humilde taberna fueran vitrales de una catedral gótica o, quizá, como si buscara un rostro, un hombre. Maese Zero pensó con alicaída incertidumbre que a él no, que él era un súbdito demasiado insignificante para que lo buscara un tan alto caballero como sin duda lo era el hombre grande del amplio sombrero. Sus cuatro acompañantes, nerviosos, inquietos, codeándose y salivándose, lo mimaban o mimetizaban de forma harto grotesca, quasi repugnante; se pisoteaban, en efecto, y se codeaban, tosían y pronunciaban palabras enfurruñadas, ininteligibles, una especie de gruñidos o débiles rugidos o bramidos; uno de ellos salivó hacia lo alto un gargajo verde que, al bajar y caer, produjo un leve sonido licuefacto al golpear en el borde de una mesa (con sillas encima, patas arriba) y después gotear, estirado y esponjoso, contra el suelo, hasta que cayó. A maese Zero, desde la distancia y a través de la versátil penumbra cuando no de humaredas de las lámparas que se balanceaban y cambiaban, de forma mareante, los retazos de luz en retazos de sombra, le pareció que diminutos animálculos con patas chapoteaban dentro de aquella mancha, líquida, espesa y verde-marrón.

Después de haber mirado dos veces en torno de sí con expresiones ceñudas, y sin romper el apiñado pelotón, a los codazos y empujones, pisoteándose entre ellos los cuatro esbirros o senescales, los cinco hombres, con el del sombrero negro en medio, al que los demás se cuidaban muy mucho de pi-

sotear, escupir o codear, se desplazaron en una línea sinuosa entre las mesas; la mano de uno de ellos, una mano peluda que emergió del montón como un tentáculo, tiró al suelo, a propósito, una silla, colocada patas arriba sobre una mesa; una voz que salía del montón produjo una húmeda risotada. Otra, una cruda blasfemia. Así, en grupo, en paquete, con el hombre alto del sombrero siempre en medio, él sin codear ni dar pisotones ni gargajear ni reírse o derribar sillas, tampoco blasfemar, mudo, de hecho, graves e inmóviles al parecer sus rasgos, que apenas si se entreveían bajo la sombra del ala del sombrero y entre los mostachos y unas gruesas patillas rayadas de plata que maese Zero le detectó al verlo acercarse, la patrulla ciudadana llegó como un único hombre o único monstruo de muchas patas, al último rincón.

-¿Maese Zero, carpintero de ribera? –preguntó el del sombrero, con una voz plana y neutral, resonante, pero que parecía llevar en su interior un silbido, que se había quedado suspenso, vibrátil, en el aire, unos instantes después de que la última palabra, ‘ribera’, hubiese sido enunciada-. ¿Sois voaced maese Equis Zero? –el silbido, en el corazón latiente del sonido de aquella elegante y demorada voz, se volvió más tenue al tiempo que más vibrante. Maese Zero había escuchado silbidos similares, más largos y más nítidos, en las junglas de Borneo y de Papuasía, y también en el delta del Orinoco y en Madagascar, después de las torrenciales lluvias equinocciales, cuando llegaba la época en que las grandes sierpes se arrullaban para aparearse: pitones, boas, boas constrictor, la mamba negra, el crótalo, la anaconda; también lo había oído de labios de magos jaimíes o jainitas, en los puertos de India del norte; y también en las voces de los invisibles tao-men del Kame-roon y de Côte d’Ivory. Un temblor que estaba hecho sólo de miedo le diluyó a Maese Zero la voz hasta licuársela; maese Zero apenas si atinó a asentir con la cabeza.

El momento de miedo pasó. Más pasmado ahora que preocupado, maese Zero volvió a poner a sus mandíbulas a funcionar; a su glotis a tragar el ya penúltimo bocado.

-¿Sois voaced maese Zero, carpintero de ribera, que figura como B 39 en el rol de embarcamiento del *Nambá*, flete de espejos bifaz y gafas de colores, destino Trincomalee, para el próximo noviembre?

-Yo soy, sí, señor –dijo con calma maese Zero.

Había observado que al hombre del sombrero lo ilustraba una larga y retorcida cicatriz, que le cruzaba en diagonal la cara desde debajo de un ojo hasta perderse en la línea de la mandíbula; el bigote, allí donde la cicatriz lo atravesaba, mostraba una raya oblicua muy blanca, como pintada con tiza. Y había observado y observaba más cosas. Observó, por ejemplo, que, aunque el hombre alto lucía el rígido uniforme habitual (lo componían una casaca de fondo verde sobre el que campaba una gran cruz blanca de puntas bífidas, como correspondía a los jefes de las patrullas ciudadanas, y pantalones ortodoxos, remetidos en el pernil de las botas), sus cuatro acompañantes no llevaban el sobrio y obligatorio uniforme gris, con la cruz blanca ornada en la paletilla, sobre un cuadrado verde, según correspondía a los subalternos. Maese Zero observó que, de hecho, los otros cuatro hombres no llevaban uniforme ninguno; que más que uniformados parecían disfrazados.

Sus multicolores ropajes, alumbrados por la luz lechosa de la claraboya, multiplicaban, hasta una especie de vértigo infinito, una serie de figuras geométricas: rombos, romboides, rectángulos, cuadrados, trapecios, trapezoides y otras diversas y más caprichosas formas angulosas, que se superponían unas a otras, se deslizaban unas por debajo de otras, se enlazaban y entrelazaban, desleían, borroneaban, restallaban, se mezclaban y confundían, se fundían, desfundían y refundían, todo en una amalgama de rojos,

azules, verdes, violetas, naranjas, celestes, fucsias, ciclámenes, rosados y rosas, marrones, ocre, blancos, negros, marengos, prusias, índigos, púrpuras, dorados, canelas y amarillos; punzós y morados.

Uno de aquellos hombres, tan cargado de hombros que parecía jorobado, llevaba un traje de arlequín desaforado. Sus facciones simiescas, con la frente corrugada y declinante, de las hirsutas cejas hacia la coronilla, con la nuca colocada en lo alto del cráneo, donde crecía un matojo de pelo que colgaba hacia adelante en forma de mechón rubio albino, con los ojos muy hundidos, la nariz amplia y chata de fosas verticales, muy peludas, y un pesado maxilar inferior del que sobresalían dos aguzados incisivos amarillentos, mostraban una ambigua placidez casi distraída; no obstante, uno de sus larguísimos brazos, cruzado sobre el bajo vientre, hacía descansar la mano en la enjoyada empuñadura de la espada, crispados los retorcidos y espatulados, achatados dedos, como si sólo esperara una orden para desenvainarla. Otro era casi enano; llevaba unas altísimas botas, que le llegaban al escroto, con altísimos tacones, y lucía en la cabeza un gorrito plano, romboidal, con campanillas, que sonaban de un modo muy tenue cada vez que él movía la cabeza; y la movía todo el tiempo, para arriba y para abajo al igual que para los costados. Su boca, larga y ondulante, espumarajeaba saliva, y su nariz aquilina moqueaba todo el tiempo, lo que lo obligaba, cada indeterminados segundos, a desplegar un amplio pañuelo cernido de encajes y sonarse ruidosamente, no sin antes cubrirse con un pequeño abanico, que llevaba colgado de la muñeca izquierda, y que desplegaba y plegaba con rápidos ademanes; al abrirse, el abanico producía un ligero siseo de brisa, y al cerrarse lo reproducía, terminado en este caso con un golpecito seco. El pañuelo despedía un delicado aroma de lavanda. ‘Pe-ehr-dón’, decía el peticito en cada ocasión, en un idioma que evidentemente no era el suyo natural.

De los otros dos que completaban el quinteto maese Zero vio poco, dentro de la taberna, al menos en los primeros instantes. Se percató, eso sí, de que uno de ellos farfullaba o gruñía todo el tiempo y que el otro, o quizá el mismo, tenía unas uñas larguísimas y una piel en las manos muy pálida, surcada por un complicado, como tatuado, tejido de venas celestes, rosadas y amarillo pálido.

-Yo soy Lord Marshall –dijo el hombre alto, al tiempo que se sacaba el amplio sombrero con un no menos amplio ademán y se lo volvía a poner; las monedas que colgaban del ala tintinearón; él apartó una silla; la única silla que había a la mesa salvo la que en la cual estaba sentado maese Zero-. Mis acompañantes son Herr Otto Dietrich Meinheer von Luftendorff, boyardo de Niepze y statuder de las Islas Frigias, el Onorevole Ruggiero Giammalcolm Pasquerassimo zür Fieramosca, duca d’Isola dal Fiume, don Ramírez Salas de Ocaña y Sigüenza de Vargas Cañete, deán de la catedral de Madrigal de las Altas Torres, y monseigneur Arvidec Leboeuf Juvissi De La Tenebreuse, príncipe de la Tour Abolie.

Este último era el quasi mono, el jorobado, el único que se dio por aludido al ser presentado, cabeceando un ligero saludo hacia maese Zero. Sin duda, pensaba éste, estos señores pertenecían a alguna de las incontables oficinas gubernamentales, acaso la de Vigilancia y Contralor de la Eficiencia Laboral, de la que se decía que estaba muy activa últimamente y que tenía espías por todas partes, o quizá a la de Censos y Estadísticas de Hablantes, con la que él otrora había tenido una cierta dificultad y una pequeña multa que pagar a causa del samoyedo no declarado en el que se entendía, con uno de sus múltiples requirientes, su hermosa hija mayor, la bella y dócil Sulanta (aunque aquellos señores, se dijo maese Zero, los Vigilantes de Hablantes, ahora que lo pensaba, llevaban jubones amarillos y paletós adamascados todos ellos).

Acaso (y esto le produjo a maese Zero un ligero temblor, fruto de inexistentes culpas), estos visitantes pertenecieran a alguna de las cuantiosas redes policíacas que, según se decía (o más bien se bisbiseaba y murmuraba) se extendían de forma creciente sobre la nación, como sucesivas, enredadas, inconexas o conectadas, solapadas, opresivas e invisibles telarañas. Había policía secreta y patrullas ciudadanas; había redes vigentes y redes abolidas (pero que todavía actuaban); las había legales e ilegítimas, pero que contaban con el amparo, o cuando menos con la indiferencia, de la Autoridad Suprema.

O podía, otrosí, que fueran Escuchantes al servicio de la Oficina de Tradiciones y Costumbres; y si no Escuchantes podía que fueran Parlantes, Mi Dios, Mi Dios, los amables y temibles Interrogadores, de los que se rumoreaba pero a quienes nadie veía; había descreídos que osaban afirmar que hacía decenios, siglos acaso, que no existían; había temerarios que no se recataban en sugerir que no habían existido nunca. Las infinitas proyecciones de la Autoridad Suprema castigaban con severidad a los murmurantes, a los descreídos, a los desafectos, a todo quién que entorpeciera las normas de Libre Albedrío a las que estaban sujetos todos los súbditos de la nación. Y los Parlantes, los Interrogadores, eran uno de los pilares sobre los que se sustentaban la Autoridad, las Costumbres, La Moral, La Libertad, el Voto Secreto, la Guillotina, la Libertad de Prensa, el Amor Libre y demás Virtudes Cardinales que había ganado para su beneficio la Nación después de la sangrienta Revolución Burguesa, que había quienes llamaban Golpe Bolchevique y también Orquesta Nazi.

La Norma Primera de la Emanación Divina (llamada por algunos Parlamento) era muy clara: ‘La vida de todo súbdito de Nos debe discurrir por carriles estrechos y prefijados, único sendero de la libertad’. Maese Zero siempre había cumplido, o creído cumplir, con esta norma, estrictamente. Hoy,

no por primera vez en su vida, dudaba; por primera vez, esto sí, en presencia de presuntos vigilantes, de una ¡ay!, pensaba, probable autoridad. La ecuánime y mesurada sonrisa del hombre alto no lo terminaba de tranquilizar. El hombre, Lord Marshall, según él mismo se había llamado, estaba de pie todavía, frente por frente de maese Zero, con el puño en el pomo de la espada y en una actitud relajada, punto menos que amistosa; los otros cuatro se le amontonaban a la espalda, entre gruñidos, escupitajos, carcajadas y algún pedo.

Hubo un aliviado momento en que maese Zero casi llegó a creer que Lord Marshall y sus cuatro senescales eran quizá una emanación de la somnolencia resultante de su agradecido estómago; cosas así pasaban, era vox populi. De modo que se tragó laboriosamente un eructo (quería ser educado, caso que esos individuos fuesen de verdad, fuesen reales, fuesen no la resultante de su somnolencia sino seres respirantes, hablantes, pensantes, orinantes y defecantes: moribundos como él), después de haber rebañado con pan su cuenco, y cerró los ojos por un momento. Cuando los abra, pensó, se habrán ido. Sabía, en efecto, por los dimes de unos y los diretes de otros, que cosas así sucedían, pasaban, y con una cierta frecuencia. A la mujer, por ejemplo, de un pescatero al que él conocía de verlo pasar con su canasto al brazo y su pregón, ‘Hay congrio, lubina, carpa, sapo de charca, sapo de estanque, ranas sin ancas, ancas de rana, pescadooooos’, le había ocurrido (a la mujer). Una vez habían entrado en su casa exactamente doce maestresalas, cada uno con una alabarda de la que goteaba sangre, y le habían pedido que se arrodillara en el frío suelo y descansara la cabeza sobre el escabel en el que su marido, de vuelta de su diaria excursión con su cesto, descansaba sus fatigados pies. ‘Será sólo un momentito’, le había dicho con amabilidad el Maestresala Mayor, según el rango que él mismo se había adjudicado. ‘Casi ni duele’, le aseguró uno de los otros.

La mujer, ¿qué remedio?, obedeció. Había cerrado los ojos y colocado la cabeza, con el cuello doblado, en el escabel. Oyó a sus espaldas una viva discusión en voz baja; tras unos instantes una voz (ella juraría que era la del Maestresala Mayor) anunció: ‘Nos vamos’; y, cuando por fin la mujer se atrevió a levantar la cabeza, largos segundos después, no había nadie, dentro del apretujado y alargado cubículo en el que vivían ella y su marido, excepto ella misma y una de sus gallinas, que se había escapado del corral que tenían al fondo por un roto en el tejido de alambres. Por no haber no había ni sangre; y había goteado mucha de las doce ensangrentadas alabardas.

‘Era como si no hubiera sido’, le había narrado una vez el pescatero a maese Zero. El hombre, el marido, el pescatero (porque pescador no era, ya que no pescaba los pescados que vendía; sólo los vendía), se llamaba Oigusté; del nombre de la mujer maese Zero no se acordaba, si es que alguna vez lo había sabido. Era una señora gruesa, vulgarota, ancha de ancas y blanda de senos (que le colgaban, como ubres de vaca exprimidas, gastadas, hasta el ombligo), muy rezadora, muy parlanchina también, madre de un chico ciego, cuyo padre, por cierto, no era Oigusté sino uno de los capellanes pelinegros de Palacio. ‘Ni un peligualdo ni un pelirrojo: un pelinegro’, afirmaba Oigusté al referirse, no sin cierto orgullo, al ya antiguo desliz de su mujer. El ciego, llamado, o acaso apodado, Virulantas, tenía fama de virtuoso del clavicémbalo, que acostumbraba hacer sonar en una esquina, bajo una techumbre de zinc acanalado; el instrumento, costoso sin duda, se lo había regalado su padre verdadero, el capellán pelinegro de Palacio. El ciego ponía, tanteando, un plato de latón en la acera antes de ponerse a tocar su instrumento; sobre el plato llovían monedas.

Maese Zero abrió los ojos y, tal y como esperaba, tal y como temía, tal y como, de hecho, sabía, los cinco hombres seguían allí. Lord Marshall con sus bondadosos ojos fijados en los de él, como si pretendiera escrutinizarlo.

Salvo por aquellos iniciales temblores fugitivos, que, por lo demás, ya habían pasado, en ningún momento maese Zero había sentido verdadero miedo. Estupefacción sí, y algo próximo a la alarma. También una especie de desconcierto y –de forma paradójica- unas ciertas ganas de reír. En cuanto al miedo, al verdadero miedo, al horror, el espanto, había tenido ramalazos, sensaciones amedrentadoras incipientes, pero miedo verdadero, miedo genuino, el miedo que había sentido cuando el *Bullmaster* parecía que se iba a pique, que se quebraba en dos contra los rugientes escollos y las masas coralinas de las Islas de Sotavento, eso no.

‘Son cosas de la vida’, se dijo; quizá lo murmuró en voz viva, ya que vio que Lord Marshall sonreía, con una especie de reposada y airosa simpatía. ‘Son cosas de la vida’ era una frase manida, que maese Zero repetía en cualesquiera circunstancias contradictorias o inesperadas en que se encontrara. También difíciles. ¿Era ésta una situación difícil, frente a aquel grupo apretujado de señores, a cuyo mando había un hombre importante? ¿Era ésta una coyuntura inesperada, un trance contradictorio o confuso? Maese Zero no hubiese sabido qué decir, qué contestar, qué hacer sino aguardar, respirar, deliberada y conscientemente respirar; la forma más concreta y cabal de sentirse y saberse por lo menos vivo. Lo fundamental era esperar, comportarse, mantener la buena forma, el quieto modal, porque si de algo no cabía ni la menor duda era que Lord Marshall, fuera, si, de toditísima duda, con aquel sombrero suyo adornado con monedas –y también, vistas de cerca, con diminutas efigies de santos, entre los cuales maese Zero reconoció a San Vitoldo de Néskar y a San Olinto del Paso Elevado, copatrones de los carpinteros de ribera del Tatrem, el caudaloso río en cuyo delta trabajaba él, y en cuyos navíos navegaba-, con aquella casaca con la gran cruz bífida de color blanco, con la espada de reluciente y recamado como al cinto, con los pistolones cruzados, que se adivinaban más que se veían bajo la casaca, con

su vellido y renegrido jubón, su acuchillada sobrevesta, que llevaba de forma negligente, suelta de mangas y sujeta al cuello por una pinza de oro, con sus altas botas de espuelas doradas y su aquilina nariz de César o de patricio romano (un perfil digno de amonedarse) era un hombre importante; de eso, se decía y repetía Maese Zero, no cabía la menor duda. Era tal vez, se dijo Maese Zero, el hombre más importante que había fijado sus ojos en la modesta y adocenada figura del humilde carpintero de ribera.

En cuanto a la situación en sí en la que éste se hallaba: ¿era difícil, existía algún riesgo inminente, un peligro, algo por lo que de verdad alarmarse? Maese Zero se lo pensó unos instantes y llegó a la conclusión de que no; no era una situación difícil, peligrosa ni de riesgo. No había nada de amenazador ni en Lord Marshall ni en sus ¿cómo llamarlos?: ¿oficiales?, ¿edecanes?, ¿secuaces?, ¿esbirros?, ¿senescales? ¿philiboosters? Tachó las dos antepenúltimas calificaciones de su vocabulario, y aún de su cerebro, y se quedó con la penúltima. Senescales, pensó. ‘Sí’, se dijo, ‘Senescales’. Le parecía la expresión más adecuada. Se Nes Ca Les. Caso que necesitara referirse a ellos sería ésa la forma, el tratamiento que emplearía.

Maese Zero se sentía, por otra parte, medular, singularmente tranquilo. Y él era un hombre metódico, honrado, respetuoso de las leyes y las normas; trabajador sin duda, fiel a su cónyuge, cumplidor con sus patronos y empleadores, leal a la Autoridad Suprema, a sus normas y dictados, puntilloso en todo lo concerniente a las Tradiciones y Costumbres, pero ¿tranquilo? Si de algo se quejaba la santa de su mujer era de sus nervios, de sus eternas preocupaciones. ‘Siempre con tus nervios y tus preocupaciones auestas’, le decía, en realidad sin reprochárselo; era demasiado bondadosa para ello. Y le había dado, como muestra de su amor, de su lealtad y su obediencia, cuatro hermosos hijos. No; decir que Aldelia se quejaba era excesivo, imprudente, injusto. ‘Son tantas nuestras cargas, querida, nuestros problemas; somos po-

bres, y es durísimo ser pobre, sobre todo cuando se alcanza una determinada edad. Los dos hemos nacido pobres, crecido pobres, pobres nos prometimos y pobres nos casamos y en la pobreza alimentamos a nuestros hijos'. 'Es la norma', le había contestado ella, 'No debieras ponerte tan nervioso'. 'Si siempre he sido un manojo de nervios, ¿por qué, en este momento, me siento tan tranquilo?', se preguntaba el carpintero de ribera. Su tranquilidad, se podría decir, hasta cierto punto lo inquietaba.

Maese Zero, en efecto, era de habitual nervioso, inquieto; su ceño había quedado prematuramente ahondado por los convergentes surcos de una perenne preocupación. Hoy, no obstante, maese Zero, tras su primer sobresalto, se sentía envuelto por la tranquilidad, nimbado por una calma sedante, ingrávida, punto menos que exquisita.

Lord Marshall lo observaba, en silencio. De pie, los cuatro senescales, sí, senescales, farfullaban entre ellos, se codeaban y pisoteaban, uno le arreó a otro un mamporro y el jorobado, el príncipe de la Tour Abolie, jugueteaba con un reloj de cadena, que se enrollaba en un dedo y desenrollaba y que hacía girar en círculos verticales y, con pasmosa habilidad, también horizontales, con la larga cadena hacia arriba; después lo tiró al aire, lo miró caer en forma de pañuelo, se sonó, lo devolvió a su forma primitiva de reloj y le dio cuerda afanosamente, entre jadeos. Debe ser malabarista, pensó maese Zero, uno de esos prestidigitadores que él había visto muchas veces en las ferias. Los demás ni caso hicieron de la exhibición del senescal francés; todos ellos incansablemente se golpeaban, codeaban, pisoteaban; farfullaban, canturreaban, silbaban, silboteaban, escupían; uno de ellos dio dos tajos en el aire, con un largo puñal refulgente, que produjeron sendos amenazadores siseos. Y goteó sangre, ¿caída de dónde? Maese Zero, que en fondo de su rudimentario cerebro era un escéptico, se dijo que debía ser otro truco del príncipe prestidigitador, porque la magia no existe en la Nación. La Au-

toridad Suprema la había abolido, con castigos severísimos para los infractores, después del affaire del Arciducado y Archipreste don Thomas Houdiní, Señor de Entrambosríos y su secta de magi fanáticos, sucesos ocurridos antes que maese Zero fuese alumbrado, cuarenta y tres años ha, pero que aún conmovían el aparato circulatorio del Soberano Estado de la Nación. A todo esto, habían transcurrido tal vez tres minutos enteros desde que los hombres entraron en la taberna. Maese Zero se percató de que los demás parroquianos, aislados y dispersos, guardaban un casi estricto silencio, sólo alterado por cortos susurros entre los pocos que no estaban a solas; también por aisladas toses nerviosas.

-¿Permitís voaced que me siente? –preguntó Lord Marshall.

Maese Zero asintió; acto seguido dijo: ‘Sí, sí, por supuesto. Es para mí un honor que comparta usted mi miserable mesa’

Lord Marshall quitó importancia, con un negligido ademán, a su actitud, y procedió, dedo por dedo, a sacarse los guantes. Eran unos guantes de cuero repujado, con guarnición de armiño aderezada de pedrería. Los trozos de cristal translúcido que refulgían, ¿serían acaso diamantes? Lord Marshall, por lo demás, fue el único que se sentó. Los otros, sus senescales, maese Zero no se debía olvidar, se quedaron de pie a espaldas de su jefe, amontonados y dándose de codazos.

-Carpintero agremiado, por supuesto –dijo Lord Marshall.

Maese Zero asintió de nuevo. Y de nuevo se acordó y dijo: ‘Sí; sí, señor’.

-Volvisteis voaced de un largo viaje por mar hace algo más de cinco meses, ¿cierto?

-Conseguí llegar a tiempo para el nacimiento de mi última niña

-Os congratulo –dijo Lord Marshall, no sólo con absoluta indiferencia sino también con un leve dejo de irritación.

Algo asustado, sintiéndose culpable de un crimen quizá alevoso, que acaso podía ser horrendo, maese Zero se dio cuenta que había interrumpido a milord y, para empeorarla musitó:

-Perdonadme voaced milord no no nnodebiinmterrumpiropornad

-Basta ya, maese –dijo, con aires de tolerancia Lord Marshall; con aires inclusive de benevolencia; con no disimulada ironía añadió-: ¿Me permitís, maese, que proceda?

Maese Zero asintió rápida y repetidamente con la cabeza. No debía decir ni mu; no hubiera podido, por lo demás, porque sentía que la lengua, reseca, le había engordado en la boca y se le pegaba al paladar.

-Viajasteis a bordo del *Odysseius*, ¿cierto? Estáis voaced casado y sois padre de ¿tres hijas?

-Cuatro –se atrevió a decir maese Zero-. La pequeña sólo tiene cuatro meses.

-Cierto, cierto. Me lo habéis dicho –dijo Lord Marshall, al tiempo que le daba una palmada cómplice en un hombro-. Esa niña a cuyo nacimiento llegasteis a tiempo.

Maese Zero asintió, con una sonrisa bobalicona

-Por desgracia –dijo en tono grave Lord Marshall- nuestros registros de nacimientos, emparentazgos, bodas, divorcios y defunciones no están todo lo al día que debieran –se excusaba, miraba a un punto perdido del cercano cielorraso-. Es que, ¿sabéis?, la Oficina de Seguimiento de Población no cuenta aún con ordenadores de cadmio y peltán, sino sólo con ábacos y los sortilegios de los videntes en nómina. Nacer, fenecer, desposarse, dar luz a futuros súbditos son materia secundaria, clasificada Raíz Cúbica de Jota. Lo que importa son las heredades que dejan los difuntos, los salarios que perciben los vivos, las rentas de los capitanes de empresa, la paridad monetaria con el dólar; oh sí, la paridad monetaria con el dólar es uno de los perpetuos

quebraderos de cabeza de la Oficina de Rentas Elevadas y de la de Agravios Comparativos y Agravantes.

Dijo algo en un idioma que maese Zero no entendió y uno de sus oficiales se separó del montón, fue zancadilleado por otro y cayó al suelo cuan largo era; el otro, a la par que eludía una zancadilla de un tercero, le asestaba al cuarto, el príncipe de la Tour Abolié, un puñetazo en la mandíbula que lo hacía recular tres pasos, y así, merced a aquel puñetazo tan bien colocado, un uppercut, si maese Zero no se equivocaba, el hombre, el senescal, se allegaba al rincón de la taberna donde estaba el patrón, que era un individuo enteco y de piel gris zorruno, que no fiaba, era abstemio, no sonreía y no iba a misa nunca, según era harto sabido y voceado por él mismo; sin embargo su taberna abría todos los días y jamás, que se supiera, había tenido problemas con la Ley y el Orden, a pesar de transgredir la Cuarta Norma, que decía: ‘Todo súbdito de Nos debe acudir al templo una vez a la semana, como mínimo, para escuchar allí las palabras de Nos’. ¿Tráfico de influencias?, se preguntó maese Zero, que no sabía muy bien lo que significaba aquella expresión, que estaba no obstante en boca, entre susurros, de todos. Lo cierto es que a aquella infecta taberna acudían muchos jueces, magistrados y doctores de la ley, así como guardias de tráfico y videntes de la Audiencia General del Estado, que estaba allí muy cerca, en la avenida Mariscal Ney.

El oficial que había llegado hasta el rincón volvió triunfante hacia la mesa con una negra jarra de barro y betún rebosante de cerveza negra; la espuma ocre sobresalía del borde del cuenco y resbalaba en hilos dorados a lo largo de la negra capa de betún que recubría la jarra. Los otros tres esbirros, o senescales –la verdad es que lord Marshall no los había llamado ni de una forma ni de otra; de ninguna-, se le echaron encima al triunfante portador de la jarra y fue el casi enano, con su gorro romboidal con campanillas, el que

se hizo al final con ésta, si bien algo mermada en su contenido. La colocó en la mesa, frente a Lord Marshall, y dio un repentino salto hacia atrás, como si temiera represalias de sus tres homólogos. Sin volverse, sin mirarlo, acaso sin haberlo visto siquiera, Lord Marshall le dijo.

-Os habéis portado, Onorevole –miró a maese Zero con sus mansos, tolerantes, benevolentes ojos oscuros, y le preguntó:- ¿No creéis, voaced, maese, que no existe cualidad más positiva que la diligencia? Pido una cerveza e ipso facto la disfruto.

Como para subrayar lo antedicho, Lord Marshall le dio un largo y gozoso trago a la jarra; hilachas de espuma le quedaron colgadas del bigote, y un ribete de burbujas se le dibujó bajo la nariz. Punto menos que hipnotizado, maese Zero veía a las burbujas estallar en silencio y desvanecerse, hasta que la última y más grande, al deshacerse, produjo un sonoro ‘blop’ que lo arrancó de su ensimismamiento.

-¿Deseáis voaced cerveza, Maese Zero? – inquirió el hombre alto.

Silencio. Maese Zero oyó, entendió, pero fue incapaz de moverse, de contestar.

-¿Deseáis voaced cerveza, maese Zero? – repitió lord Marshall, con un timbre más amistoso, aunque un sí es no es condescendiente- ¿Cerveza negra? Es de la mejorcita que podréis encontrar en esta ciudad, y me atrevería a decir que en toda la Nación, si bien no en todo el Imperio, porque cerveza como la que se fabrica en la Provincia Malgache, que sin duda habréis visitado en alguna de vuestras travesías, como ésa ninguna. Eso sí, la de marca Patriotic Kiss; las demás son abominables, inclusive la tan famosa El Navegante –solicito, Lord Marshall ofreció cerveza a su convidado y lo gratificó con aquella cantidad de información inútil, porque no ya la Patriotic Kiss estaba fuera del alcance del magro bolsillo de maese Zero, sino que inclusive El Navegante también lo estaba; al igual que su versión galesa, que ven-

dían sobre todo en Swansea, The Sailor, era demasiado cara para un carpintero de ribera, que sólo bebía cerveza de a granel.

Sin esperar respuesta, Lord Marshall repitió las palabras que había pronunciado al principio, con la particularidad o perversión de que ‘maese Zero’, lo dijo con un timbre más agudo todavía, alto y vibrátil. Fue de hecho recién en ese momento cuando maese Zero comprendió que, dentro del aparato fónico de Lord Marshall yacía una peligrosa víbora, quizá no de escamas y carne, de escamas y hueso, pero sí viva y activa, alerta. Los seres lagarto; aquello no preocupó a maese Zero, que no creía que existieran; acaso tan sólo esa cierta particular vibratilidad siseante en el habla, pero ¿qué más? ¿Acaso se convertían en víboras, en lagartos, en enormes cocodrilos del Nilo? En preteridos siglos había existido una secta de patriotas antilagarto, que entre otras muchas excentricidades y cuantiosos atropellos que habían perpetrado -y que los habían llevado, si no a todos a la enorme mayoría, a sufrir galeras de por vida o a diversas e ignominiosas formas de muerte-, habían exterminado a una reina madre inglesa de 114 años, con un veneno metido en una botella de gin; la corajinosa anciana, de la que voces autorizadas afirmaban que era un lagarto, se bebía tres al día. De aquello hacía ¿un siglo? Maese Zero nada entendía de fechas, ni quería entender; era lo más sensato. ‘Tratar de saber siempre lo mete a uno en problemas’ era el motto del Ministerio de Educación, Cultura y Conocimiento, que a él le habían inculcado desde que era muy niño.

La petición de cerveza negra para maese Zero produjo idéntico tumulto que antes a espaldas de Lord Marshall; un tumulto del que, en un principio, salió triunfante el hombre de uñas larguísimas. Era un hombre si no bajo, con aire de hombre bajo, ya que tenía un cuerpo macizo y cilíndrico, como si lo hubieran moldeado dentro de un tonel; sus abigarradas vestiduras destacaban de las de los demás por llevar una capa ribeteada por una franja do-

rada y con una gran equis blanca como único adorno; la equis, cuyos dos travesaños cruzaban la capa de esquina a esquina, en ambos casos, más que estampada parecía pintada con jabón de ebanista o con blanco de España. Tampoco él, empero, consiguió llegar incólume a la mesa para servir la demanda de su comandante. Por el camino –eran apenas cinco pasos- los otros tres se le abalanzaron encima, la jarra se escapó de algunas torpes manos y se hizo añicos contra el suelo; de inmediato, el Onorevole, de un salto, se agarró, como un náufrago desesperado que se asiera de la cofa de un barco ido a pique, de los tirantes del patrón de la taberna y le gritó algo que maese Zero no entendió. Algo así como un:

-Quaaahhh eeh da frí zult

Una tercera jarra le fue puesta en la mano al Onorevole, sin tardanza, por la patrona, una mujer escurrida y pelambruda, con duras y rígidas terminaciones capilares repartidas de manera desigual sobre el labio superior y en las flácidas mejillas, y una apretada pelambre negra y áspera en los brazos; pelos negros le salían enmarañados del angular escote. La mujer tenía unos ojos inmensos, muy azules, que hubieran sido bellos en cualquier otra cara: en la de ella producían náusea, repulsión. Tenían una mirada fija y vacua, y su boca pequeña y prieta parecía masticar o rumiar algo; quizá hablaba para sí, quizá a la vez se comía un caramelo blando, de dulce de leche o café, porque un líquido parduzco le reventaba en globos. A Maese Zero alguna vez le habían servido de postre dos o tres de esos dados marrones, que los habilidosos sabían inflarlos en la boca y hacerlos reventar con un blando sonido semejante a ventosidades de vieja. Eran, no obstante, una masa sabrosa, sobre todo los de café, que además eran útiles para evitar la somnolencia inherente a la espesa y grasienta colación.

El Onorevole fue a su vez atacado por los otros, y, en esta ocasión, la jarra, en la que apenas si quedaba la mitad de su inicial contenido, fue colocada

sobre la mesa sin ninguna ceremonia sino bruscamente, con un golpazo seco, que lanzó salpicaduras en todas direcciones, por el cuarto senescal, al que maese Zero apenas si había conseguido discernir del montón hasta ese instante. Era un hombre de blonda cabellera y mezquinos y algo estrábicos ojos grises, de nariz más bien córvida, picuda, alevosa, y una boca pequeña y cruel, de labios rellenos y embadurnados de rouge; unos labios apretados y muy salidos, con los que no cesaba de farfullar, escupitajear y maldecir. Se le oyó decir: 'Me cagüend la mar celeste. Cagüendió'. Maese Zero observó, con horror, que el senescal de pelo rubio, el que le había servido la cerveza, llevaba un puñal del que goteaba sangre en una mano; con la otra había dejado la jarra sobre la mesa.

-Os habéis salido con vuestros designios, don Ramírez –dijo Lord Marshall-; pero limpiad ya mismo esa daga, hacedme ese favor. Sabéis que detesto ver sangre.

-Lo sé, Maestre –dijo don Ramírez, mientras, perezosa y morosamente, limpiaba la daga con el sucio y grasiento mantel que cubría la mesa; tenía unos dedos huesudos, con vello rubio en los nudillos y en las separaciones entre un dedo y otro-. Fue culpa de ese teutón, Maestre, fue puritita culpa de von Luftendorff, Maestre, que no se supo apartar a tiempo.

-Espero que la herida no sea mortal –comentó, con subrayada indiferencia, Lord Marshall.

-Mortal no, maestre –dijo don Ramírez; se había enderezado y todo en su porte indicaba que se había colocado en una especie de postura reglamentaria, la de un inferior frente a un superior-. Se le rasgó la capa, maestre. Eso sí es grave.

-Que vaya ipso facto al cuartel y embrace una nueva –dijo Lord Marshall; sacó de entre sus ropajes un reloj con una gruesa cadena dorada, de oro sin duda, para maese Zero, que lo vio destaparlo (al reloj) con la uña del pulgar

y de inmediato cerrarlo-. Tiene veinte minutos; que de paso le traten y venden la herida.

-Si es sólo un rasguño, Maestre –se quejó don Ramírez, el deán de maese Zero no recordaba dónde.

Sí. Su memoria, siempre feble, estaba hoy aguzada como una gillette. ‘Madrugal de las Altas Torres’, se dijo en voz baja. Se preguntó por dónde caería, con ese nombre tan largo y bonito. ¿Por España? Por España, seguro.

-Que igual le traten y venden, caray –oyó exclamar, con signos claros de irritación en el tono de su voz, a Lord Marshall.

-Sí, Maestre.

Por las manchas espesas de sangre que habían quedado en la mesa, sin contar lo que debió chorrear el puñal en el suelo y a lo largo del trayecto, era un rasguño de pinta y media de sangre, como poco, según calculó maese Zero. Un rasguño que a él lo hubiera matado. No obstante, un minuto escaso después salía del local, a paso vivo, el herido, que no era otro sino el hombre con forma de tonel, sin que se le viera otra herida que un largo rasguño en la tela de su capa, cruzada por aquella equis blanca. Llevaba la capa airosamente terciada al hombro. Sus ropajes, botas de cuero renegrido con espuelas plateadas, jubón abigarrado de verdes, rosas, lilas, carmesíes y azules, justillo con alamares de oriflama, sobrevesta ilustrada con calaveras de trazo púrpura y huesos cruzados de trazo azul, paletó ilustrado con rombos metidos en rombos; del rombo exterior, el más grande, color azul, al rombo interior, el más pequeño, pintado de amarillo, iba una gama romboidal de colores que aceptaba el naranja junto al verde, y el dorado como vecino del gris; todo esto más un barboquejo cerrado en la barbilla por encajes y puntillas y encima, a modo y manera de cimera, un airoso sombrero chato, redondo, de terciopelo color ciclamen, con un ala muy estrecha, en cuyo cintillo se erguía una solitaria pluma timón de avestruz. Todo aquello, pensó ma-

ese Zero, iba muy acorde, de misteriosa manera, con aquel corpachón cilíndrico, cuellicorto y de enorme testuz; también con la gran cara empastada de aceites y colorete, esa fea cara aplastada y redonda, en la que descollaba, por contraste, apuntando hacia arriba, una diminuta nariz, los belfos colgantes; tenía colorete de distintas tonalidades en la frente, en los párpados, en pómulos y mejillas, en los labios y en el mentón, prolongado por una triangular perilla pilosa de color azafrán; sólo en la saliente nariz, diminuta, vigilante y quieta, no.

El teutón salió, pues, con rápidos y resonantes andares, los aires indiferentes y la expresión fruncida y desdeñosa del aristócrata de postín que se ha librado del abrazo multitudinario de la chusma. Aquel teutón tenía unos ojos chiquititos, algo saltones, de mirada torcida; ojos recelosos, malignos, que mostraban haber visto todas las vilezas, toda la crueldad, todos los símbolos y actos del Mal, ora practicados por su propio cuerpo (manos, pies, dientes, labios, lengua, el falo, si lo tenía) ora practicados por cuerpos de otros. A maese Zero, si bien es verdad que no destacaba por su agudeza mental, algo que él era el primero en sustentar y reconocer, los cuatro esbirros de Lord Marshall, los cuatro, llamémosles, se recordó maese Zero, senescales, se le hacían cuatro canallas descerebrados.

-¿Cuál es vuestro salario anual, maese Zero? –preguntó Lord Marshall, después de haber dado tiempo a su contertulio de catar y paladear la fuerte cerveza negra.

Maese Zero había comprobado que de aquella cerveza él jamás había bebido; y había bebido centenares, si no miles, de pintas de cerveza negra en aquella taberna misma; también en muchas otras, y en muchos puntos del globo, perteneciesen o no al Imperio (porque todavía se resistían a someterse a la Alta Voluntad Inescrutable algunas ciudades y algunos países, como antaño se llamaban y hogaño los rebeldes se obstinaban en conservar el

execrable nombre, que la sabia mano infalible de la Autoridad Suprema había abolido había decenios, o acaso un siglo, o acaso más; maese Zero, como simple carpintero de ribera que era, sólo conocía las obligatorias generalidades, y en cuestión historia sus conocimientos eran más bien flojos y escasos, como se debía). Catando aquel maravilloso líquido marrón, maese Zero se dijo que, caso de ser en realidad cerveza (algo en su estólido cacumen le decía que no lo era, que era otra cosa que él era imposible que pudiese siquiera intuir qué), debía ser una cerveza de un tipo harto especial, un líquido reservado para los magnates y potentados y para sus directos invitados; en este caso el invitado era él, un humilde carpintero de ribera. Esto lo hizo, fugazmente, dichoso; lo hizo sentirse, por un breve instante, afortunado de verdad, como jamás lo había sido. Un instante que podía haber perdurado, de haber perdurado el silencio; mas no. Acababa Maese Zero de llegar a estas alegres conclusiones cuando al albedrío de Lord Marshall se le ocurrió plantearle aquella complicada, acaso espinosísima pregunta que ya se ha formulado.

Maese Zero, hasta aquel momento, sólo había tenido que asentir con el testuz; hasta aquel momento sólo había tenido que pronunciar unas escasas palabras y unas pocas y breves frases de rigor, de cortesía. Ahora tenía que hablar, explayarse, echar números, hacer cuentas, y todo ello se le daba muy mal. Sintió de pronto que sudaba; que, de hecho, le chorreaba por la cara el sudor. Se secó como pudo, peor que mal, con una áspera manga de su justillo de arpillera, lo que le produjo roces y rojos en la piel y le multiplicó el sudor. Números; pagas; sumar, restar, multiplicar, dividir, oh Señor Que Vigilas. Él cobraba lo estipulado según nómina y roles de embarcamiento, más viáticos cuando se tocaban puertos de tránsito y otra serie de asientos en el Haber y de descuentos en el Debe que él nunca había entendido ni tratado de entender. Cobraba lo mismo que cualquier otro carpintero de ribera,

excepto la diferencia de llevar más trienios en la agremiación o menos. Y él era honesto, no como otros, colegas directos suyos, que practicaban diversas formas de ilícito contrabando; él sólo contrabandeaba yute, y nunca más de tres rollos de treinta metros c/u, según los límites prescritos por las leyes que regulaban el uso y usufructo de los contrabandos legales y/o legitimados. A estas alturas, de tanto tratar de pensar, algo para lo que no estaba hecho, con la cabeza hirviente y como un torbellino, maese Zero sudaba por todos sus poros, de la frente a los tobillos, de forma por demás copiosa, como si lo estuvieran asando a fuego lento.

-Tened vuesa merced –Lord Marshall se apiadó al fin, y entonces, sin perder ya ni un solo instante, le tendió un pañuelo basto de batista, que se sacó del pernil de una bota.

-Oh no por favor señor –pronunció maese Zero, mientras ahora sí, habiendo asido el pañuelo que el otro le había metido en la mano, se secaba el sudor, por lo menos el de la cara y el cuello, así como el de la parte expuesta de los antebrazos; la voz, de suyo potente y firme, de marinero, le había salido quebradiza y desmayada, como de muchachita núbil. Tosió para aclararse la garganta-. Dejadme voaced –dijo, ya con la voz algo más firme, y repitió:- Dejadme voaced –ya con su voz habitual, de carpintero de ribera, es decir: grave, fuerte, capaz de hacerse oír en medio del fragor del martillerío y el zumbido permanente y penetrante del puerto, con sus grúas, sus guinches, sus poleas, los gritos, los marineros borrachos que desembarcaban, los capataces que hacían gemir sus látigos, de tiras retorcidas de piel de rinoceronte, sobre las curvadas espaldas de los esclavos negros, lo mismo que en alta mar, bajo el rugiente ululato de los vendavales como entre el pesado silencio tan inerte de las encalmadas, cuando todo parecía inmóvil para siempre y hablar era emplear, con duro esfuerzo, un aire que, de tan quieto, casi no había-. Dejadme voaced –dijo por tercera vez-, dejadme echar cuentas,

voaced, milord, hacer números. Es que se nos pagan semanadas, más las primas por rol y los jornales por embarcamiento, a más de los trieños, los viáticos, desde hace unos seis años las ocho semanadas suplementarias concertadas por las patronales y la agremiación; pero de todo se nos descuenta, un quince por ciento de tal, un treinta y tres de cual, un veintiocho coma dos de aquello, un veintisiete coma ocho de esto. Sea como sea, milord, y se mire del modo que se mire, no es mucho, es más bien poco; nadie se hace rico martilleando madera, ¿sabéis, voaced? –maese Zero no recordaba haber hablado tanto desde que era muchacho y pelaba la pava, enrejado de por medio, con Aldelia, su hoy mujer legal.

-Me lo figuro –dijo con voz seca Lord Marshall

‘¿Tal vez piensa que me burlo, que hago bromas a su costa, que soy un insolente, un impertinente, uno de esos malencarados sujetos que se desvían de su carril, cada cual, prefijado?’ Maese Zero se preguntó todo esto con un conato de temor, que no pasó más allá porque lo cortó, como si lo adivinara, el propio Lord Marshall, con una risita y un leve martilleo con los dedos en un hombro del carpintero, para lo que había estirado el brazo por encima de la mesa.

-Buena cerveza, maese Zero, por vida mía.

-La mejor que he catado en mi vida, milord.

-Muchas cosas aún mejores os esperan, maese Zero –dijo Lord Marshall; y añadió-. Dos pistolas con cuatro ochavos de cobre a la semana. ¿Acierto?

-No llega a tanto –dijo, avergonzado, maese Zero; vagamente, su cerebro se preguntaba por qué Lord Marshall le planteaba preguntas cuya respuesta sin duda ya conocía, porque tenía que ser uno de los Enterados, tenía que tener acceso al gran Cerebro Informático o Informatívico donde constaba todo lo referente a los súbditos del imperio, tanto la información oficial, como el día en que nacieron y el lugar, el dinero que cobraban o percibían de la for-

ma que fuere, la labor que desempeñaban o la empresa que poseían, así como la información de carácter restringido, la que pacientemente recopilaban las cámaras fotográficas, los satélites infográficos, los agentes, espías y robots humanoides, que hurgaban en los cubos de basura, interceptaban cartas enviadas por correo, se introducían en cartas enviadas por sistema electrónico o telefónico, o las que se dejaban dentro de una botella en el zaguán de las casas que tenían zaguanes, y que cada vez eran menos, porque el progreso crece hacia arriba, y donde antes había una modesta casa de dos pisos con cabida para seis súbditos, allí mismo, después se elevaba un rascacielos de cuarenta o setenta o más pisos con albergue para quinientos o cabe que mil súbditos. El edificio Golden Arms, por ejemplo, erigido antes que maese Zero abriera sus ojos al mundo, daba cabida a tres mil seiscientos seres humanos, entre súbditos y extranjeros, porque el edificio gozaba de estatuto abierto, es decir que toleraba dar techo a no súbditos del Imperio, quienes, contra lo que creían las viejas y desparramaban desde el púlpito algunos sacerdotes mal informados o sencillamente xenófobos, ni tenían cuerno ni rabo y no llevaban tridente ni olían a azufre. ‘Son como nosotros los súbditos’, se dijo maese Zero, que había visto no súbditos o extranjeros con sus propios ojos. En eso pensaba mientras seguía sacando cuentas y hablando. Si no me fallan las cuentas, lo que no me extrañaría, la cantidad asciende a dos pistolas con dos ochavos y cuarto, aproximadamente.

-Y cuatro ochavos de cobre al día por embarcamiento

-Tres ochavos y tres cuartos –corrigió, más avergonzado todavía, maese Zero.

‘Vaya forma’, se dijo, ‘de desnudar mi miseria’. Pensó que su pobre Aldelia se moriría de vergüenza. Pensaba contarle, no bien estuviera de regreso en su casa, que había estado departiendo y había sido invitado a una gloriosa cerveza por uno de los célebres Caballeros de Espuela, o Espuelas de Oro,

pero mejor no decirle nada, o suprimir esto de los salarios. No obstante, a Lord Marshall se lo tenía que decir todo. Maese sabía que no le quedaba ninguna otra opción. Lord Marshall no había exhibido documento ninguno, ni había dado muestra alguna de que tuviera poder de ninguna clase, de la clase que fuera, sobre él o sobre nadie, pero maese Zero sabía que los tenía; que los tenía todos, quizá.

-Dos con dos y cuarto a la semana más dos y tres cuartos por jornal en alta mar; ¿y por rol cuánto?

-Por rol una prima de media pistola en barcos estibados y un cuarto de pistola en los lastrados.

-Ah, eso está muy bien. Voaced se ha embarcado una vez, en el año que corre, en barco estibado, ¿me equivoco?, y ha pasado ciento siete días en la mar salada. Sumadas las 52 semanas, la prima por rol y los jornales por embarcamiento, todo nos da, veamos –Lord Marshall se abismó por un instante en números-; sí –dijo, casi en un suspiro, leve y siseante-. Nos da seis dobles ducados con cuatro luises y dos pistolas, ochavo más ochavo menos. Vuestra agremiación, a la que voaced abona sus dos pistolas y cuatro ochavos anuales, ¿sí?, le asegura la pertinente indemnización frente a toda clase de accidentes laborales. ¿Cubre también enfermedades, gastos de hospitalación? ¿Sí? ¿Tanto los vuestros personales como los de vuestra distinguida familia? ¿Sí? Eso está muy bien. ¿Seguro de vida a favor de quién? Supongo que de vuestra muj –el hombre de la cruz bífida tosió contra su puño; se corrigió- vuestra señora esposa. ¿Y fuera del mar y la ribera a vos? ¿Y fuera de sus labores a vuestra distinguida cónyuge? Vuesa agremiación, ¿qué os cubre?

-Nada.

-Es natural –Lord Marshall dio un pensativo sorbo a su cerveza y llamó al patrón; lo que hizo fue chascar los dedos, con aire negligente, sin duda con

su mente en otras cosas, ¿acaso tenebrosas? El patrón se, prácticamente, materializó a su lado cuando Lord Marshall aún apuntaba al techo con su pulgar después de haberlo chascado contra el dedo mayor-. *Bjäehrehnent, vitte, fer foösten* (1) –dijo, sin mirar al patrón, sin mirar a nada, con los ojos semientapados, acariciándose de forma morosa y grave la mitad derecha de sus mostachos; y, acto seguido, con sus ojos marrones y hondos de repente clavados en los de maese Zero agregó, a modo de disculpa-. Es que el celo de mis senescales hace que, por lo común, la cerveza me llegue sin espuma, o con muy poca. Y ahora se me antoja beberla con toda su espuma; espero que a voaced no os desagrade. Hay quienes desdeñan la espuma de la cerveza; los he visto; inclusive entre gentes de posición; se la hacen servir de manera que no se forme espuma, o le quitan la presión, para así eliminar la espuma. Ignominioso, ¿no creéis? ¿Voaced cómo los llamaría, maese Zero? Me interesa vuesa opinión. ¿Salvajes, ignorantes o lisa y llanamente cobardes?

-Hay quienes sufren del hígado.

-También es verdad. Sois voaced un hombre de rara perspicacia, maese Zero. Lo advertí no bien crucé mis ojos con los vuestros.

(1)Cerveza negra, de prisa, para dos.

Maese Zero se quedó callado, sin saber qué decir. Ni su querida Aldelia, con todo lo que lo amaba, le había dicho jamás que fuera perspicaz. En realidad Aldelia, con sus muchísimas virtudes –paciencia, laboriosidad, fe, obediencia a las normas y al marido, y sobre todas la muy encarecida y crucial fecundidad, que le daba súbditos al imperio, noble misión de la hembra de la especie, como dice el viejo adagio anónimo- carecía de toda perspicacia. ‘Y yo también’, se dijo maese Zero; acto seguido, empero, se interrogó. ‘¿También yo?’ Nunca se había sentido particularmente listo, y mucho menos inteligente. ¿De qué le servía la inteligencia para machacar clavos y

arrancar clavos, medir ángulos de espiga y calcular la resistencia de cernida? Éstas eran cosas que había aprendido en el taller de maese Fiumso el Finés, cuando tenía de doce a quince años; y nunca había aprendido nada más. Había ganado experiencia, sin duda; no por nada era un carpintero de ribera solicitado, requerido, al que no le faltaba trabajo; ‘La vida de nuestra clase es difícil, amor mío, pero en casa nunca faltará qué meter en el puchero’, le había dicho maese Zero alguna vez a su bondadosa y solícita mujer. La cerveza, dos negras jarras desbordantes de espuma ocre, ya estaba sobre la mesa. ‘Me ha invitado’, se dijo maese Zero, agradecido e incrédulo. No se animó a tocar su jarra hasta que Lord Marshall le preguntó:

-¿Acaso preferís otra bebida, maese? Me lo hubieseis dicho.

-N-no –atinó a decir maese Zero-. No no.

Entonces bebió. ‘Néctar’, pensó, ‘Ambrosía’, sin saber en absoluto a qué se refería. Eran palabras que no figuraban ni lo habían hecho jamás en el magro caudal léxico de su memoria; sin embargo hoy le salieron espontáneas, su mente sin duda iluminada por el Ser Inmanente Supremo, que no era una máquina, que no podía ser una máquina, como susurraban los llamados heterodoxos; acaso sí fuera un conglomerado de seres humanos; acaso sucesivos seres humanos mortales, pero imbuidos, cabe, sí, que educados y perfeccionados a través de una máquina o de varias máquinas, en todos los conocimientos, conocimientos que en ocasiones se revelaban, se reflejaban, en una mínima parte, como en efímeros y mínimos espejos, sobre sus súbditos. Esto le había ocurrido a maese Zero, lo cual significaba que estaba en un momento crucial de su vida. Sólo otra vez le había ocurrido, en el puerto de Mogadiscio, cuando vio pasar a una bellísima negra y sus labios pronunciaron Odalisca, palabra ignota para él y de ignoto significado, pero conocida y significativa para la beldad, que se entreparó y giró el largo cuello para mirarlo, de los pies a la cabeza, y tras dar un paso se paró del todo y con un

dedo lo llamó, allí en plena plaza lo besó, lo subió de una mano, por una oscura y hediente escalera, obstaculizada por niños y bultos y pieles alevosas de plátano, que una por poco y no lo mata, hasta una pieza en la que apenas si cabía la cama, y allí los dos se desnudaron y se gozaron. ‘Yo gocé’, rectificó, a fuer de sinceridad para consigo mismo, maese Zero, ‘Ella se quedó con el dinero; con todo el dinero que encontró en mis bolsillos, y yo a punto estuve de darle el que llevaba escondido en la bota. Suerte para mí que la cara afligida, aunque evanescente, de Aldelia, me viniera en aquel momento a la memoria, lo que me hizo cerrar el pico en cuanto al dinero de la bota, que eran dos luises y algunos ochavos mayores’.

-Perfecta –dijo Lord Marshall, mientras le daba lametazos a sus mostachos, espumarajeantes de cerveza-. Una exquisita cerveza –añadió, y ordenó, sin mirar a sus secuaces-. Monseigneur, si sois voaced tan amable.

Sin girarse para mirar a sus abigarrados y apretujados senescales, con los ojos, marrones y mansos, fijados en los de maese Zero, mesa de por medio, Lord Marshall extendió un brazo, con la palma abierta hacia arriba, en la cual el jorobado, con su horrible cara simiesca haciendo muecas, depositó, entre gruñidos, babeándose, una elegante bolsa de terciopelo negro, ilustrada con una cruz de puntas bífidas bordada con hilo de plata; la bolsa se cerraba con una cinta que pasaba por ojales y se extendía en dos cordones, anudados en forma de moña u ocho y rematados con sendas borlas doradas, de aspecto suave y blando. Lord Marshall desanudó la moña y la bolsa se abrió. Acto seguido Lord Marshall la depositó en la mesa, con un sonido pesado y seco. Introdujo dos dedos en la bolsa, índice y pulgar, y los extrajo haciendo girar entre ellos una curiosa moneda dorada, grande y ochavada. Maese Zero no había visto ninguna auténtica hasta aquella tarde, pero en seguida supo qué era.

-¡Un doble doblón ducal! –exclamó; todo el aire se le fue de los pulmones; sintió que toda su sangre hervía y ardía en sus venas. Más serenado, después de dos degluciones de su vaso de cerveza, puntualizó- Un doble doblón ducal de veintinueve punto nueve y nueve de ley.

-Sois voaced persona informada, ilustrada, cual corresponde a un hijo meritorio de esta nación –dijo Lord Marshall, no sin cierta transparente perplejidad-. ¿Los habíais visto antes? –preguntó.

-Nunca –reconoció maese Zero-. Sabía que existen –añadió.

-Es vuestra, maese. Tomadla –dijo Lord Marshall-. Os pertenece.

Lord Marshall había dejado que la moneda resonara en la madera agrietada y caduca de la mesa. La moneda, formada por aristas, hizo un breve giro, se bamboleó, se ladeó y cayó.

-Es vuestra, maese –repitió Lord Marshall-. Asgadla voaced con vuestros dedos, sopesadla, morderla. Es auténtica, legítima, acuñada en la ceca de Brueggen con oro de las minas imperiales de Taurus, en Cyprus.

Con dedos temblorosos, obediente, maese Zero tocó la moneda, primero, con el índice; luego, bruscamente, la asió entre el índice y el pulgar y la levantó. Era todavía más pesada de lo que había calculado. Maese Zero sintió la absurda tentación de morderla, tal como Lord Marshall lo había espoleado a hacer, pero se contuvo.

-¿Mía? –preguntó, parpadeando; en su voz latía un sollozo.

-Toda vuestra, maese.

Como todo el mundo, maese Zero sabía que existían dobles doblones ducales falsos, o imitados, fabricados con cobre y plomo, que circulaban; también los había de bronce. A él mismo alguna vez le había caído en las manos un doble doblón ducal de estaño, o de cobre, o de plomo. Este último cotizaba a cuarto de ochavo, y el de cobre a tres cuartos; por el de estaño había quien lo cambiaba por un ochavo neto, e inclusive por un ochavo y un

cuarto. El doble doblón ducal de veintinueve punto nueve con nueve de ley, ¿cuánto valdría?; ¿en cuanto se cotizaría? Estaba tan lejos del alcance del pueblo que hasta los usureros y agiotistas ignoraban su valor real en relación con las monedas al uso, inclusive con las pistolas y los luises, y hasta con los ducados, que valían treinta luises, o, lo que es lo mismo, 480 pistolas; una pistola valía 80 ochavos, aunque las anteriores a la Norma Numismática, que había entrado en vigor hacía una docena de años, podían valer hasta 200 ochavos; por supuesto, aquellas pistolas, acuñadas en cobre, con una víbora vertical en el reverso y la imagen alegórica de la invisible Autoridad Suprema en el anverso, habían desaparecido por completo del circulante cotidiano. Maese Zero había guardado, escondidas en lo hondo de su casa, no obstante, algunas pocas, hasta hace un tiempo: las había tenido que vender, por 150 ochavos la pieza, cuando necesitó reparar las techumbres de pizarra de su vivienda; también gastó en ampliar la carbonera del sótano. ‘Los inviernos’, pensó, ‘cada vez son más fríos’. O acaso ellos estaban más viejos; había mañanas en que Aldelia se levantaba encorvada, trémula, con los brazos temblones y la cara macilenta, como masilla mal moldeada, el cutis amarillento y mal aliento. Tan hermosa como había sido en su juventud, recordó maese Zero, sin apartar sus ojos de la áurea moneda. La pobre y sumisa Aldelia. El último parto, por lo demás, la había aviejado de golpe; secuelas del parto eran el reuma que ahora sufría, la ciática que la encorvaba, los gases que la hinchaban y que expelía dormida, de resultas de lo cual el asfixiante dormitorio, pequeño y de techo bajo, hundido, se convertía en una miasma hediente; Seguro que enciendo un fósforo y la casa estalla, se había dicho más de una vez, en estos últimos meses, maese Zero. Los gases de la pobre Aldelia tenían un olor muy parecido al que salía de la santabárbara de los buques con bocas de fuego.

A maese Zero, de vuelta en la taberna tras haberlo atravesado desdichados recuerdos de un pasado no lejano pero que le parecía tan viejo como si perteneciera a otra vida, a una vida anterior, le costaba creer que aquella moneda fuese suya. ¿Por qué lo era? ¿Cómo se la había ganado? ¿De qué modo había llegado a ser de su pertenencia? Maese Zero no se atrevía a plantear en voz alta estas preguntas, que le quemaban las entrañas (Y tendría que haberlo hecho; tendría que haber preguntado; acaso, de haberlo hecho, al final se hubiese salvado, Ah, maldito orgullo el tuyo, Equis)

Recordó que le habían dicho que había dobles doblones hechos con madera, e inclusive con chocolate barnizado; éste, sin embargo, no era ni de bronce ni de cobre ni de plomo y tampoco de madera o chocolate barnizado; era de oro; de oro de veintinueve punto nueve más nueve de ley. Ver, no ya poseer, sólo ver una de aquellas legendarias monedas de oro de veintinueve punto nueve y nueve de ley, era el sueño de dos o tres usureros a los que él conocía. Tipos que pagarían por verla, pagarían por tocarla, manosearla, sentirla en sus dedos, pagarían por morderla, lamerla; eran adoradores del oro, y no existía oro como aquel. Manejaban oro de catorce de ley, de diecisiete, de veintidós, de veinticuatro, de veinticuatro punto siete y hasta de veintisiete y de veintisiete punto setenta y cinco, pero de veintinueve punto nueve con nueve jamás; no habían visto nunca ni una pizca, y aquellas monedas, aquellos dobles doblones ducales de veintinueve punto nueve y nueve de ley pesaban ¿cuánto? Por lo menos 240 pulgaradas, o sea un dieciseisavo de galón. No existían en el mundo monedas tan pesadas; y además fabricadas con el oro más puro que la más avanzada tecnología mineralógica podía conseguir; una impureza de un uno apenas por centésima.

Gente como ellos, los usureros, los prestamistas, que vivía del dinero, por y para el dinero, pagarían gustosos, quizá hasta dos o tres ochavos, cabe que inclusive un chelín redondo, sólo por poder ver y tocar aquella refulgente

moneda que él sostenía entre el pulgar y el índice y que, a tenor de lo afirmado por Lord Marshall, le pertenecía. A no ser que todo aquello fuera una farsa gigantesca, cuyo objetivo se le escapaba, el doble doblón ducal era suyo. Delicadamente, le echó encima una suave y lenta vaharada de aliento, y luego lo frotó con el pañuelo de batista que Lord Marshall había dejado sobre la mesa.

Maese Zero miraba y remiraba la moneda, bruñida y sólida bajo la luz declinante que entraba por la claraboya.

Con una amistosa risita, que sus cuatro senescales corearon de manera más grosera, casi procaz en el caso de von Luftendorff, que había regresado un momento antes, con una capa nueva, color punzó, Lord Marshall sacó un segundo doble doblón ducal de veintinueve punto noventa y nueve de ley de la bolsa de terciopelo, lo hizo viajar de ida y vuelta entre sus dedos, del índice al meñique y viceversa, y lo dejó sobre la mesa. Y después un tercero, y un cuarto.

-Son todos vuestros, maese.

Los ojos parecía que se le quisieran escapar de sus órbitas a maese Zero; su boca, no obstante, lo cual era otro síntoma de la agradable modorra que lo había invadido de resultas de su condumio, pugnaba por abrirse en un descomunal bostezo (Otro fallo terrible, como sabría cuando ya era tarde; como debiera haber sabido entonces). Maese Zero, llegado un punto, ya no pudo reprimir más el bostezo (Demostración sin vuelta -¡y no se dio cuenta!- de que todo aquello era demasiado para él; de haberse plantado entonces, de haber rechazado la fortuna que inmerecidamente le daban, las cosas al final no hubiesen acabado como acabarían); lo ocultó (el condenatorio bostezo) de la mejor manera a su alcance, tapándose con un brazo la mitad inferior de la cara, y se sintió más despierto, más despejado. ‘Soy rico’, pensó (¡Ay, ingenuo, después de la de errores que has cometido!). Con una

sola de aquellas cuatro monedas podía comprar, si le apeteciera, se dijo, el flipper más veloz y de mayor calado de los que hacían viajes a Cathay; podía comprarse una casa en la Villa Alta; podía casar a su hija Ledellina, que ya contaba quince abriles, con el hijo de ese comerciante en paños; ese muchachito lánguido, rubio y altivo por el que la chica suspiraba y padecía, porque lo sabía insoslayablemente lejos de sus alcances; podía... Maese Zero sintió un nudo en la garganta; tenía ganas de echarse a llorar. ¿De pura y sencilla y maravillosa dicha? ¿De simple y natural y comprensible alegría? No lo sabía; el llanto lo tenía allí en el cogote, atragantado como una espina de pescado.

-Desahogaos voaced, maese –le aconsejó Lord Marshall, que parecía haberle leído las ideas-. Sois voaced un hombre al que le sonrió la suerte. Yo lloré cuando me calzaron mis espuelas de oro. Don Ramírez, y no es que deschave un secreto, lloró otrosí cuando mataron en una revuelta al viejo deán don Pascual de los Santos Orosmán y Gonzalvo de Ximénez Quesada, de modo que el decanato catedralicio inevitablemente recaería en él, como así fue. El llanto, maese Zero, nos hace hombres, nos hace fuertes. Conoce usted sin duda el antiquísimo dicho: ‘El que no llora no mama’; de modo pues, maese, que llorad. Estáis entre hombres fuertes, que han guerreado; hombres que entienden estas sutiles y vagarosas fragilidades pasajeras, tan momentáneas como necesarias sin duda, puesto que nos recuerdan nuestra mortal condición humana en los instantes más altos y felices.

Maese Zero, empero, no lloró (Otro error). Hizo otra cosa: se desperezó (Más errores; de hecho, a estas alturas, ya no tiene salvación; ocurre; gentes que deberían saberlo todo, todo se lo olvidan a la vista de aquel purísimo oro; y así terminan). Maese Zero se desperezó de una manera gradual, lenta, sensual en cierto sentido; sentía cada uno de sus músculos estirarse y cobrar energía. ‘Soy un potentado’, pensó. Con esas cuatro monedas podría com-

prar una flota de flippers y comerciar con Cipango, con Cathay, con la brumosa Islandia y con India, con los puertos de Mogadiscio, de Zanzíbar, de Adén, Dar es Salaam, Conakry, Dakar, Dunbar, Cape Town, Antananarivo, Buenos Ayres, Hong Kong...

Nombres de ensueño resonaban en su cabeza como otras tantas monedas de oro. Se mandaría construir unos baños romanos, como tenían los altos burócratas y los capitanes de capa y espada; como tenían sin duda Lord Marshall y sus cuatro senescales, a los que maese Zero ya no veía tan extraños; tampoco amenazadores. Eran potentados ellos también; no potentados a la altura de un magnate como tenía que ser Lord Marshall, claro está. Cuando fuera rico, es decir ya, no bien se guardara sus cuatro dobles doblones ducales en su faltriquera, le hablaría a Lord Marshall de igual a igual, de un magnate a otro, y le pediría que le mostrara su casa; no: que lo invitara a su casa. Él no entendía de esas cosas: de columnatas, techos abovedados, vitrales, alfombras de Isfaján, sillones forrados con pieles de leopardo, cabezas de león para lucir en las paredes, vajilla de Limoges, cristal de Bohemia, arañas de baccarat, búcaros venecianos, gatos momificados de Angora, gatos vivos del Siam, letrinas para defecar sentado; lujos, en fin de cuentas; y para él, modesto carpintero de ribera, el lujo era lo inconcebible, lo que Alde-
lia hojeaba en el kiosco de la viuda de Amokh, que le permitía mirar aquellas carísimas y satinadas revistas. ‘Yo, al fin y al cabo’, se dijo maese Zero, ‘no soy más que un carpintero de ribera, que cuando embarco ni siquiera gozo del grado de suboficial, como los médicos, aunque tampoco padezca del ignominioso y servil oficio de marinero raso’. Se quedó por un instante meditabundo. ‘¿No soy más que?’, se preguntó, y de inmediato se rectificó: ‘No he sido más que’.

Al resonar en la mesa la quinta y sexta monedas, una mezquina ideación se le filtró a maese Zero en el cerebro: ‘¿No será todo esto un sueño?’ ‘¿Así

son los sueños?’, se preguntó. Maese Zero, que él supiera o se acordara, jamás había soñado; ni una sola vez en su vida. En ocasiones, Aldelia le decía, con su vocecita afable, tímida, un sí es no es quejicosa: ‘Has tenido pesadillas’; pero él (de también él tenerlas) jamás las recordaba. ‘Me has pateado y empujado y has voceado y gritado cosas, o sea que has sufrido pesadillas’, le decía su mujer. ¿Qué serían las pesadillas? ¿Acaso esto era una pesadilla? No, pues la mesa era real (maese Zero la golpeó con los nudillos), y las monedas también lo eran: maese Zero levantó una y después otra y otra más, delicadamente en cada caso. Las levantaba con la diestra y las dejaba caer suavemente en el cuenco de la palma ahuecada de la zurda.

Siete monedas relucían dispersas sobre la mesa, después que maese Zero devolviera a la mesa la última que había agarrado. Uno de los senescales, seguramente don Ramírez, ya que el brazo era peludo y a los dedos les crecía pelambre en medio, las alineó prolijamente. Lord Marshall sostenía la octava entre dos dedos.

-Son todas vuestras, maese –dijo éste-. Recogedlas y guardáoslas. Nos vamos.

Había un subrayado de imperativo en las palabras de Lord Marshall, y el siseo de animal sin patas y de sangre fría, que vibraba en el interior de su voz, se había hecho perceptiblemente más intenso. ‘Como si una cobra hablara’, se dijo maese Zero, que las había visto erguirse y enroscarse al son de un flautín, tanto en Bombay como en Madrás; sintió un escalofrío. No había perdido, por ello, lord Marshall, ni un ápice de su amabilidad, de la casi cordial y amistosa deferencia con que había tratado a maese Zero en todo momento.

Maese Zero sabía, porque Aldelia se lo había comentado, que un viejo empeño de las autoridades superiores, que no eran sino emanaciones, como la llamada Emanación Divina (o Parlamento), de la invisible Autoridad Cen-

tral (que había herejes que afirmaban que se trataba de una máquina). se estaba convirtiendo, en estos últimos tiempos, en una realidad: que los agentes de la autoridad central, fuera cual fuera su grado, debían ser siempre amables, pacientes y ponderados con los súbditos del imperio; hasta con el más abyecto, desnudo y pulguiento de todos ellos. Que la cordialidad, simpatía y amabilidad de Lord Marshall hacia él fueran consecuencia, quizá, de órdenes recibidas y de un largo y duro entrenamiento, no las hacía menos gratas a ojos y oídos de maese Zero, que ya había guardado las ocho monedas en su faltriquera, una fortuna como para comprar un reino, y se ponía de pie.

Con dedos nerviosos, que tropezaban entre ellos y se mezclaban, maese Zero había conseguido recoger de la mesa los ocho enfilados dobles doblones ducales de veintinueve punto nueve y nueve de ley sin que se le cayera al suelo ninguno. Deslizó una por una las ocho ochavadas monedas dentro de su faltriquera, en la que había algunas monedillas de latón (cuartillos, vintenes, décimos, algún cuarto de ochavo y quizá algún medio); llevaba la faltriquera anudada a su cinto. Prefirió, en aras de la seguridad, metérsela en uno de los hondos bolsillos de los amplios faldones de su gabán de carpintero, junto con clavos torcidos, pedazos de tornillo y remaches ferrugientos. ‘Aquí estará más segura mi fortuna’, dijo en voz baja, pero lo suficientemente alta como para que al menos lord Marshall, que era el único de sus cinco acompañantes que iba callado, lo oyera.

-Sois voaced hombre cabal, maese Zero –dijo Lord Marshall-. También sois hombre de mundo; habéis viajado. ¡Ah! –Lord Marshall meneó la rotunda cabeza, lo que hizo que su cuidada melena parda, con hebras grises, se sacudiera y se enredara un poco, un par o tres de ligeros mechones, sobre su frente; él los apartó con su fina mano, de nuevo enguantada- ¡Ah! –repitió-

Lo que daría yo por ver mundo. ¿Habéis estado voaced en Ishtanbul? ¿Habéis sido testigo de la danza del vientre?

Maese Zero había estado en Estambul (suponía que Lord Marshall se había referido a esta ciudad), pero no había visto allí danza de ninguna clase. De todos modos, pensando que de esta forma no desairaría a su caballeresco y cordial acompañante, asintió a las dos preguntas.

-¿Palpateis voaced la fina piel de la danzarina?

-Pues –Maese Zero era consciente que si mentía y decía que sí podía caer bajo la norma (no recordaba su número) que prohibía, a los súbditos del imperio, tráfico carnal con extranjeras; los marineros, por lo demás, sufrían de un articulado especial en cuanto a esta prohibición, ya que se los consideraba importadores, al menos en potencia, de gérmenes patógenos que podían diezmar la población del imperio, tal como habían hecho la sífilis en Nápoles, la gripe en Berbería, los bubos negros en Inglaterra y Flandes, la tífus en Portugal, Castilla y Gernada, las fiebres tifoideas en Alaska y Québec, la sífilis de nuevo en Malta, la fiebre del heno en Neerlandia y Normandía, el bacilo de la tisis en el Wild West y en Australia y así sucesivamente; y siempre la culpa había sido de marineros libertinos, que se gastaban sus jornales en pagar meretrices; de hecho, pensaba maese Zero, si mentía y decía que sí se hacía reo de cautividad de por vida. Había, empero, tamaña ansiedad en los ojos oscuros de lord Marshall que maese Zero fue incapaz de decirle la verdad.

Dijo:

-Sí, un poco.

-¿Le tocasteis voaced los senos, le arrancasteis el brillante del ombligo con los dientes, os la tirasteis?

-Lo último, en realidad, no –dijo maese Zero.

-¿A pesar de haberle arrancado el brillante del ombligo con los dientes?
¿Cómo salisteis con vida en ese caso? La chusma de la Plaza del Minarete estaría enfurecida; tenía que estarlo. ¿O es que voaced teméis que yo os denuncie por tráfico carnal con extranjeras, fuera de nuestro país? ¿Pensáis de mí que yo pueda llegar tan bajo? ¿Yo, un caballero con espuelas de oro?
¿Yo, William Fitzlorentz du Plantagenet, el hijo primogénito de William Fitzlorentz du Plantagenet, Canciller del Sello, Tribuno tres veces de la Plebe? ¿Yo, un hombre de sangre azul? –Lord Marshall hacía aquellas temibles preguntas en voz baja, con un timbre monótono en el que el siseante corazón de su voz parecía lamer el aire, lamerle a maese Zero el aliento, vibrar cada vez más rápido- ¿Me creéis voaced capaz de ser yo un vil soplón, un delator, un ser tan ruin?

-No –dijo maese Zero-, no, en absoluto. Yo a voaced os debo mi fortuna.

-Ocho dobles doblones ducales de veintinueve punto nueve mas nueve de ley, maese Zero –puntualizó Lord Marshall-. Más que lo que yo he tenido nunca ni tendré jamás.

-La verdad es que sí.

-¿Os la tirasteis, pues, voaced?

-Pues sí.

Lord Marshall emitió un largo silbido admirativo, en el que el siseo vibrátil de reptil alcanzó un trémolo agudo digno de la célebre voz blanca de Edoardo Thielberg, el famoso castrato al que maese Zero había escuchado una vez, desde el puente del *Belerofonte*, surto en Dubai. ‘Escucha esa voz, muchacho’, le había dicho el capitán Gamboas, ‘Nunca escucharás otra igual’. El siseo del silbido de Lord Marshall se la había, de súbito, recordado.

Lord Marshall asió por uno de sus largos brazos velludos a don Ramírez y algo le habló en aquel idioma gutural en el que se entendían los cargos administrativos y burocráticos, y que también comprendían, mal que bien, los

posaderos, los pescateros y panaderos y todos quienes vendían mercancías de la clase que fuera de cara al público. A todos los demás súbditos, inclusive a los carpinteros de ribera y por regla general a todos los marineros de barcos mercantes, les estaba prohibido aprenderlo. Había una norma que lo dictaminaba. Lord Marshall y sus cuatro senescales hablaron en aquella lengua y se rieron a carcajadas. ‘Hablan de mi y de la danzarina del vientre de Estambul’, se dijo Maese Zero. Le confirmó sus pensamientos el príncipe Arvidec de la Tour Abolie, que le guiñó un ojo y le dijo:

-Yo también me tiré a una, una vez, hará treinta o cuarenta años. La plebe rugía y aplaudía; infieles que le rezan a un lugar llamado Mecca, a un falso profeta llamado Mahmud y a un dios inexistente llamado Alláh. ¡Por los cuernos de Cristo, qué polvo me eché aquel día!

-Clavos, no cuernos –intervino el Onorevole Ruggiero Giammalcolm zür Fieramosca-. Si blasfemas, hazlo debidamente, por los cuernos de Satanás.

-Basta –dijo Lord Marshall.

Los otros cuatro callaron al instante. Habían salido hacía ya unos minutos de la taberna. Antes de salir, maese Zero, tras aquella su abundante colación, se había sentido constreñido en su rincón. Con las manos apoyadas en la mesa, había intentado, laboriosamente, enderezarse. ‘No es que yo haya engordado’, se dijo, iluminado de súbito, ‘Es el tremendo peso de todo este oro de veintinueve punto nueve nueve de ley. Cada doble doblón ducal pesa como un bebé recién nacido’. Lord Marshall, que ya se había incorporado, ayudó, con su enguantada mano enorme, pero a la vez delicada, de huesos anchos y largos, a maese Zero a incorporarse y zafarse de su mezquino rincón, al que, se dijo, jamás volvería; ni a comer con cucharones de madera en cuencos renegridos de piedra sin desbastar; ni a beber vino agüeado de odre ni cerveza floja; ni a clavetear más clavos ni a encerrarse en un sucucho de sentina en ningún barco. Se mudaría mañana mismo a algún palacio

alquilado y amueblado, con su mujer y sus cuatro hijas; y entonces haría planes para su copiosa, opípara y ociosa vida futura. ‘Aún me quedan muchos años por vivir’, se dijo. Tenía cuarenta y tres.

Metido en medio del apretado montón, rodeado de cuerpos que lo rozaban, lo empujaban y golpeaban, entre pies que lo pisaban y brazos que lo manoteaban, maese Zero había atravesado el local. Sólo después de haber salido a la penumbra incierta del orto declinante de la tarde, maese Zero se percató de que no había pagado e intentó volverse atrás.

-No he pagado –había alcanzado a decir.

-No importa, no importa –le había contestado, con cierta premura, Lord Marshall-. Todos los requisitos están cumplidos, de modo que todos los gastos están cubiertos. Creo que nos hemos retrasado un poco.

Maese Zero no había entendido, pero no había protestado. Sus piernas se movían al confuso compás de las del grupo, ora a paso de ganso, ora arrastrando las botas; el sonido de sus módicos botines de madera sonaba más fuerte que el de las botas ligeras y finas de los senescales. Lord Marshall calzaba botas de media caña, de tacón muy bajo, lo que hacía que las largas púas de las espuelas ocasionalmente chirriaran contra el adoquinado; aquel sonido le erizaba la nuca a maese Zero, pero no parecía afectar en absoluto ni a Lord Marshall ni a ninguno de los otros cuatro. Maese Zero, perdido en medio del grupo, después de haber hablado de Ishtanbul y de la danzarina del brillante en el ombligo, se permitió un segundo bostezo más moderado, que cubrió con la mano. Musitó un ‘perdón’ que nadie pareció oír, que a nadie pareció importar. ‘Los magnates bostezan, se desperezan, se suenan las napias, se rascan entre las piernas, se tiran pedos, orinan en las esquinas y nadie parece ver, ni oír, ni oler’, se dijo maese Zero, ampliamente satisfecho, aunque todavía poco dado a su flamante condición.

Cuando el trayecto desde la taberna ya hubiese terminado, maese Zero, resignado y cabizbajo, se daría cuenta de que había sido corto; no se había prolongado más de diez o doce minutos. No obstante, mientras duró, le pareció bastante más largo.

Siempre amontonados, sin que en ningún momento se pudiera percibir quién iba al frente y quién a retaguardia, maese Zero y sus cinco acompañantes atravesaban callejuelas, cruzaban soportales, ascendían y descendían por escaleras y escalinatas, saltaban pretilos y dejaban a sus espaldas plazas, plazuelas y plazoletas de muy diversas formas y del más variado tamaño; en algunas había egregios jinetes de bronce, demorados en este metal para ser objeto de admiración y recuerdo para toda la eternidad. Las más, no obstante, eran fragmentos polvorientos de una ciudad que parecía desierta, muerta. A veces, a lo lejos, se oían pitidos; en una ocasión se vio ascender a los cielos un petardo, que escupió una traca multicolor y ruidosa. Había ventanas iluminadas, pero eran las menos; y las sombras de la atardecida se alargaban ya, hasta oscurecer algunos pasajes abovedados por los que anduvieron; en estos casos, obligados, andaban en fila india, con maese Zero siempre en alguno de los lugares centrales, y o delante o detrás de él Lord Marshall. Se habló poco a lo largo del trayecto. Bien es verdad que el Onorévole Ruggiero, don Ramírez, Herr Otto Dietrich y monseigneur Arvidec se codeaban y pisoteaban entre ellos, escupían, se sonaban las narices con los dedos y arrojaban el moco resultante contra la pared más próxima, canturreaban y maldecían, pero eran sólo ruido; lo multicolor de sus prendas se había desvaído en grises, negros y blancos con el devenir de las sombras de la inminente noche. De hecho, sólo maese Zero y Lord Marshall hablaron. Los otros a veces se reían y más a menudo gruñían. No hablaban entre ellos, o si lo hacían era en un idioma que no era ni siquiera el desconocido idioma que maese Zero les había escuchado antes. Eran gruñidos y toscos silabeos, y la

voz de todos ellos había adquirido, a partir de algún momento, una especie de tonalidad de lengua bífida, desemejante, empero, a la de la voz de Lord Marshall; en éste el matiz vibrátil era airoso y rico de tonalidades; en los otros era áspero y agreste; en ocasiones, parecía la fría caricia de una manita, de una cosa otrora viva y ahora muerta. El hecho, que no le pasó inadvertido, alarmó considerablemente a maese Zero por un instante; después se tranquilizó, se acostumbró; se tranquilizó con la idea, acaso sabida desde su infancia, ¿por qué no?, de que mucha gente hablaba así, con ese reptante silbido escondido dentro del sonido de la voz; si hablaba así un botellero, se dijo maese Zero, ¿por qué no iba a hablar igual un dandy como Lord Marshall, por qué no cuatro altos señores como los otros tantos senescales?. La enorme cantidad de oro que llevaba en la faltriquera, al fondo de uno de sus profundos bolsillos, le pesaba cada vez más a maese Zero, sobre todo en las cuestas. Advirtió que había empezado a arrastrar los pies. Lord Marshall, con secos siseos, le metía prisa.

-Vais como una tortuga, maese; más de prisa, maese; no arrastréis así los pies, maese.

-¿A dónde nos dirigimos, milord, si os lo puedo preguntar?

-Faltaría más –contestó Lord Marshall-. A la Place de Grève.

-¿Dónde ejecutan?

-Sois voaced hombre cabalmente informado, maese –Lord Marshall de nuevo mostraba una cierta perplejidad, igual que la había mostrado antes, cuando había hablado de su ‘rara perspicacia’.

¿Habría algo, acaso, de zumbón en lo que Lord Marshall decía? Esto preocupó por un momento a maese Zero, pero pronto lo descartó. Lord Marshall era un hombre en extremo gentil para mofarse, inclusive de un nuevo rico, como era el caso del ya ex carpintero de ribera.

Las crecientes sombras del ocaso desdibujaban los colores; también las siluetas y los rasgos de los acompañantes de maese Zero. Sólo por su gran bigote y su sombrero reconocía maese Zero a Lord Marshall

La estación era el otoño, a mediados, un típico otoño metropolitano, con los gredosos arbustos teñidos de ocre y amarillo y el aire lleno del polvillo del polen muerto de los árboles. Había hojas secas dispersas, y, de vez en tanto, acumuladas en rincones.

En algún punto inconcreto del recorrido, cuando remontaban una estrecha escalinata, lo que los puso, por unos momentos, a diferentes alturas, maese Zero, al mirar a un lado y hacia abajo, se fijó en que uno de sus acompañantes era otro, uno nuevo. Lo advirtió porque se trataba de un albino. Era un hombre de cara ancha, blanda y fofa, de piel casi translúcida; su pelo sin color le caía en guedejas sobre la frente y los ojos, y entre las guedejas asomaba una gruesa nariz comida por sarro o moho o algo; tal vez una especie de viruela. Maese Zero contó a sus acompañantes; le costó, porque constantemente se movían, pero a la larga lo consiguió: eran cinco, igual que siempre.

-Hay –le dijo a Lord Marshall, tironeándole de una manga- un señor nuevo en la comitiva.

-Lo sé –dijo Lord Marshall-. Se trata de Gor IX. Ha reemplazado a Herr Otto Dietrich, que tenía otra comisión.

-No me había dado cuenta –dijo incautamente maese Zero.

-¿Y a santo de qué os teníais que dar cuenta voaced, maese Zero? –le casi ladró Lord Marshall

-No, es claro. No son asuntos míos.

-Voaced lo ha dicho. No son asuntos vuestros.

-¿Falta mucho? –se atrevió a preguntar maese Zero, que apenas si podía ya arrastrar los pies.

-Queda poco, maese. Arriba ese ánimo –Lord Marshall lo palmoteó dos veces en la espalda y maese Zero se estremeció; sintió (no podía ser) que la mano de lord Marshall era una sustancia viscosa. -¿Os sentís voaced feliz ahora que sois un ricohombre? –preguntó; pronunciaba las haches como suspiradas o siseantes jotas; había dicho ‘ricojombre’, con esa jota levísima, que semejaba un lejano silbido.

Maese Zero asintió con la cabeza, murmuró un Sí con la quijada contra el esternón. No se sentía feliz; estaba lejos, en realidad, de sentirse feliz. Los pies le pesaban, las piernas le pesaban, el montón de oro que llevaba en el bolsillo le pesaba horriblemente; también los brazos le pesaban, y la cabeza; y algo adentro, intangible, era lo que le pesaba más. ‘Quizá mala digestión’, se dijo, con escasa convicción.

Un sol borroso, borroneado por las nubes y la neblina, parecía suspendido sobre la raya irregular del horizonte ciudadano, como si fuera a quedarse inmóvil, allí, para siempre.

Habían llegado a un altozano, donde, a una callada orden de Lord Marshall, el compacto grupo se detuvo, jadeando; algunos escupieron, otro tosió, algún otro se sonó las narices ruidosamente.

-Aquí –dijo Lord Marshall- estamos en la mitad exacta de nuestra travesía. Lo hemos medido y comprobado con brújula, astrolabio y teodolito, desde la taberna del Toro y el Pájaro hasta la Place de Grève. Hacemos muy en serio nuestro trabajo, maese Zero. ¿Gusta de fumar?

-Nunca fumo.

-Entonces –dijo Lord Marshall, al tiempo que encendía un puro torcido con un yeskero de larga mecha enrollada, amarilla y marrón-, en vuestro honor, voaced.

Soltó anillos de humo, pequeños y muy seguidos, y prosiguió:

-Os decía que nosotros también nos tomamos muy en serio nuestro trabajo, maese, porque ocurre que nosotros también estamos agremiados, aunque por desgracia somos inelegibles.

¿No se os llama también al revés, Los Elegidos?

(Nunca debiste decir eso, Maese)

-También, también. Es usted perspicaz, maese Zero, bien lo he advertido. Sigamos.

Descendieron en sucesivos zigzagues del altozano, los cinco apretujados y callados.

De pronto había gente en las aceras, poca, pero quieta; no era gente que anduviera, sino gente que esperaba, gente que miraba; que los miraba a ellos. Calle por calle y manzana por manzana el gentío se hacía más numeroso; cuando el grupo desembocaba en la Place de Grève, el gentío ya era inmenso, al punto que alabarderos con picas mantenían un paso abierto para la comitiva de la que maese Zero formaba parte.

-Hay que seguir el orden preestablecido, maese –dijo Lord Marshall-. Nuestra compasiva Autoridad Central es ella misma nada más que una emanación mínimamente activa de la distante y augustamente pasiva indiferencia de nuestra Remota Majestad Celestial. Lo que significa, maese Zero, que somos siempre imparciales.

-Pero, ¿por qué yo? ¿Por qué todo este dinero? ¿Por qué ahora? No entiendo

El inesperado discurso de Lord Marshall, que maese Zero conocía, en sus líneas generales, desde sus lejanos tiempos escolares, en apariencia intempestivo y fuera de propósito, era singular, a la vez que, misteriosamente, adecuado a las circunstancias. ‘No significa hoy lo mismo que significaba para mí en mi niñez’, se dijo maese Zero, en un último rapto de lucidez.

-¿No entendéis, maese? –silabeó silbidos Lord Marshall, con sus labios pegados a la oreja izquierda de maese Zero; la vibración de su lengua, tan de cerca, se dejaba oír, tal como se oyen oleajes remotos en las grandes caracolas marinas- Pensadlo y sinceraos; ¿de verdad no entendéis?

-Entiendo –dijo maese Zero-. Lo acepto.

-Son las leyes del azar, maese Zero. La Autoridad Suprema ha decidido crear una nueva diversión para el populacho de la Nación. Vos la estrenáis; deberíais sentirnos orgullosos.

Lord Marshall hablaba con acento neutro; también un poco paternalista. Repitió ‘Las leyes del azar’, y añadió ‘La Divina Inmanencia decidió que había que encauzarlas, quitarle al azar, al menos por una vez cada indeterminado tiempo, su tiranía sobre nos y sobre Lo Ello’ –Lo Ello era otra forma, elíptica, de nombrar a la Remota Majestad de los Cielos; La Remota Majestad de los Cielos tenía cien, tenía mil voces diversas, a veces opuestas, que la aludían.

-Voaced –continuó Lord Marshall, con acento algo áspero, y aquella cosa bífida y vibrante en el corazón del sonido de su voz- pudisteis ser rico; lo hubierais sido, de haber dicho las palabras correctas, de haber adoptado la actitud correcta, de haberos comportado de la forma adecuada. ¿Dijisteis las palabras que debíais? No ¿Hicisteis lo que debíais? Tampoco. ¿Os comportasteis como debíais? No. No sufriréis, maese, y vuestra viuda y vuestros frágiles y tiernos retoños serán vuestros herederos; serán ricos y felices. ¿No os alegra esto último?

Maese Zero no podía tragar; menos hablar.

-Hubiésemos acertado mucho de haber venido por la avenida Rogelio Bacón –fue lo único que se le ocurrió decir en aquel momento.

-Cierto es –le contestó Lord Marshall-, pero había un itinerario prefijado que cumplir.

-O sea que por mucho que digáis, milord, sobre las palabras adecuadas y mi inadecuado comportamiento, la verdad es que yo estaba condenado de antemano, desde el principio.

-Se os designó entre millones de candidatos –le contestó de forma elusiva Lord Marshall-. Se os eligió a la séptima ronda de votaciones. Os votó la Divina Inmanencia y le ganasteis por sólo dos votos al otro candidato que llegó a la final.

-¿Quién era? –preguntó Maese Zero, al tiempo que se inquiría del por qué de aquella curiosidad postrera, ya en los lindes de lo que sabía que sería su muerte, la sajeción de la vida hasta hoy día vivida, menos que mejor, mal que peor pero vivida, suya; para satisfacer la sed de sangre del pueblo se la suprimían, su nombre desaparecería de los censos, de las listas de votantes, del rol de carpinteros de ribera, de la vida convivida con su mujer y sus hijos; no tenía miedo, no obstante, ni rabia ni desespero; sólo un creciente desprecio por las leyes, por la Divina Inmanencia, por el Señor de los Cielos, que era sucesivos mortales como él mismo- ¿Podéis satisfacer mi curiosidad?

-Un carnicero –dijo Lord Marshall-. Su nombre es Ardidass Dass.

-¿Sabe –balbuceó Maese Zero- que estuvo a un tris de morir?

-Por supuesto que no –el acento de Lord Marshall sonaba a definitivo

Maese Zero sintió que capitulaba, que cedía; se sentía una cosa inerte, sólo apegada a la Tierra por las leyes de la manzana que vio caer el inglés.

Maese Zero vio cabezas que asomaban a los balcones nutridos de la plaza. Oyó a dos mujeres, que hablaban de balcón a balcón. Las oyó, de la forma más nítida, a través del bullicio y el jolgorio de cien mil o medio millón de bullanguero populacho, hez.

-¿A quién le ha tocado, misiá Julieta? ¿A los zapateros?

-Al gremio de carpinteros de ribera. Lucirán desde hoy ribete púrpura en sus gorros, que serán además triangulares, como iniciadores de una Costumbre, que se repetirá según un ciclo perfecto que ha trigonometrizado, algoritmizado y fotosintetizado Lo Ello. La elección del Iniciante recayó en el Parlamento.

-¿Está usted segura, misiá Julieta?

-Lo estoy, misiá Carmencita. Mi yerno pertenece al gremio de carpinteros de ribera; es uno de sus cancilleres –esto último lo dijo con orgullo-. Ayer se leyeron los ostracones, y se mezclaron, y se extrajo el del Elegido. Cada gremio presentó al Parlamento a un Elegido.

-¿Y quién es?

-Un carpintero de ribera, ya se lo he dicho.

-¿Y su nombre?

-¿Qué más da?

-Es todo un honor tener un yerno canciller de agremiación, misiá Julieta.

-Tampoco es para tanto, misiá Carmencita.

A pesar del bullicio, de los petardos que estallaban y los cohetes que subían al cielo para desparramar estrellas de colores, maese Zero oyó aquel cruel diálogo con absoluta nitidez, como si las dos mujeres hablaran sólo para él; las veía, en sus balcones, ambas de cofia, una blanca y la otra negra, o sea una casada y la otra enviudada. Eran dos señoras ya de edad; maese Zero les echó unos cincuenta.

En aquel preciso momento, sin sorprenderse en absoluto, maese Zero vio, en un costado de la multitud, en primera fila, a su mujer, que llevaba en brazos a la pequeña. Sus otras tres hijas estaban alrededor de su madre. Iban todas pobremente vestidas, y tenían la mirada baja y sometida que enseñan siempre los pobres. Vio cabezas que asomaban a los balcones de la plaza; vio banderolas y banderas, muchas de ellas con la blanca cruz bífida. Los

gruesos dobles doblones ducales de veintinueve punto nueve con nueve de ley pesaban cada vez más en el fondo de su bolsillo.

-Sus manos, maese, por favor.

Maese Zero sacó la diestra, húmeda, del bolsillo de las monedas, y dócilmente permitió que se las colocaran ambas a la espalda. El seco chasquido metálico de los grilletes lo hizo parpadear. Pensó: ‘Soy un hombre; estoy, por tanto, encadenado, como todos, a la fatalidad’. También esto se lo habían enseñado en la escuela.

Su mujer lloraba. La mayor de sus hijas, la bellísima Sulanta, palidísima y con los ojos muy abiertos, sostenía ahora a la niña de teta; la madre se tapaba la cara con las manos y mecía a un lado y el otro su cuerpo informe, vestido de negro. ‘También ella fue bella una vez’, se dijo maese Zero, con cierta perplejidad.

La alta y negra sombra de la guillotina lo rozó en aquel instante.

EL COCODRILO AL- BINO

1)

Yo no sabía, no podía saber, que la deliciosa, la embrujadora Nel Massini, que aquella noche nos contó la historia del cocodrilo, no era otra sino la celeberrima Nyalee Vixanamurdri, la niña diosa que había sido de la Meshdaha; no podía saber que no era otra que Nyalee I, la reina destronada, fugitiva y aún entonces perseguida, del estado de Khanatia, pequeño y paupérrimo, enclavado entre los Himalayas y la India y lindero con Bhután, a Occidente, y con Sikkim, a Oriente.

La conocí, la vi por primera, por única y última vez, una noche de otoño de 1982, en el dúplex neoyorquino de la exitosa acuarelista Celda Thobias, a donde me había llevado Petrick Snelk, el galerista, con el que me unía una relación superficial, casi estrictamente de negocios, a la que a veces él añadía el superávit de unos manhattans en The Misfits, o una cena en Seneca's Sister, el recoleto restaurante de la calle Camden, en el Bowery. En esas ocasiones él, un judío centroeuropeo grueso y de ásperas facciones, con un pasado deliberadamente enigmático, un hombre que por entonces rondaría el medio siglo, hablaba, entre sorbo y sorbo y/o entre bocado y bocado, de sus aventuras diamantíferas en el Congo y petrolíferas en Libia, para lo cual exhibía sendas fotos suyas acompañado del comandante Itoh, el Señor de Kinshasa, según él lo llamaba, y del coronel Ghadaffi, o Khadaffi, el líder de la República Socialista Islámica de Libia.

Tenía otras muchas historias, por regla general acompañadas de una o de más fotos, que narraba con un gracejo que al principio resultaba atractivo, en ocasiones inclusive subyugante, hasta que uno se percataba de que se trataba de una fórmula, de que todas las historias las contaba igual, según un mismo patrón, y entonces el hechizo se esfumaba, y lo reemplazaban, sucesivamente, el desencanto, la rutina y el tedio. Yo, por mi parte, escuchaba; yo compraba y vendía cuadros, era un miembro del odioso gremio de los marchands, un heredero de aquellos deshonestos, aunque elegantes caballeros que abusaban del genio de Modigliani y del talento de Arp, Rèdon, Gris, Utrillo y tantos otros (entre ellos el propio Picasso) a los que daban magros billetes por obras maestras que en su día valdrían millones; a Modigliani le daban vino barato, vino peleón; un retrato valía una garrafa de 3 litros que le compraba y le daba el encantador y educadísimo M. Delaclosse, que jamás se olvidaba de besar, a la europea, id est, a la española, sin apenas rozarle la piel, la manecita frágil de Mme. Modigliani, quien, cuando a su marido acabó por matarlo el vino peleón con el que le pagaban sus cuadros, se arrojó al vacío desde un sexto piso, preñada de seis meses.

Yo vendía cuadros y Mr. Snelk compraba, o intercedía, de forma remunerada, para que compraran cuadros no sólo clientes de su galería, sino también amigos o conocidos suyos, o empresas presididas por amigos o conocidos suyos. La vida lo había convertido en un manhattanita que conocía a la mitad de sus conciudadanos, a esa mitad que los americanos pobres llaman “la otra mitad”, es decir la que vive bien, la que tiene dinero de sobra. No son, por supuesto, la mitad de los americanos, ni siquiera la mitad de los neoyorkinos, los que viven así, ahogados en billetes. Serán un diez por ciento, no más, pero aún en ese caso ya son muchos, son infinidad de clientes potenciales.

Yo me sé heredero de aquella nefasta tradición del marchand, tal como lo pintan tantas crueles y desoladoras historias de la *belle époque*, y mi complejo de persona honesta que sobrevive en un mundo de lobos y reptiles me fuerza a pasar, siempre, en todas partes, lo más inadvertido que puedo; lo cual, dicho sea de paso, no me cuesta mucho, ya que soy un tipo anodino, que ni fu ni fa, siempre bien vestido pero falto de elegancia y distinción. Soy muy bueno en lo mío, mejor que mi padre, que me dejó por herencia centenar y medio de lienzos que, llegado su momento, se venderían cada vez más caros: Hockney, Rothko, el repulsivo Bacon, el más repulsivo Freud, Arthur, hijo de Sigmund, y otros más de parecida valía y catadura.

He ganado mucho dinero con mi equívoca profesión, que siempre he practicado de forma casi furtiva, pagando religiosamente mis impuestos y comprando cuadros lo más barato que podía; obras en muchos casos desbordantes de talento, inclusive de genio, como media docena de óleos de gran formato de mi fortuito compatriota Fernando Olavídez, que entonces era un ilustre desconocido, residente de un desangelado pueblo de Extremadura que se llama Torneruelos; recuerdo mi primera visita a aquel lugar, donde cada tanto, en mitad de la desolada llanura semidesértica, se veía un mesón con una pila de quesos como neumáticos colocados uno sobre otro delante de la puerta, aún cerrada; yo viajaba temprano y aquello era La Mancha; Extremadura es más tortuosa y a la vez más fértil; su producto emblemático es el jamón curado, no cocido, a la manera de York. Me pregunto: ¿le hubiese pagado con vino peleón a Olavídez de haber sido él un bebedor compulsivo, como Modigliani? Quiero creer que no, pero los marchands somos una casta, peor aún, una especie, como el cocodrilo, con nuestras taras congénitas, entre las que descuella la cruda avidez a la que mueve el dólar. Avida Dollars, llamaba Breton a Dalí; en efecto, el dólar tiene un algo, los billetes nuevos, los de cien sobre todo, con el rostro empelucado y

pasmado de Franklin, un sonido, un crujir, que despierta la avidez como una hambre atroz, indomeñable.

2)

-Quiero que esta noche conozcas a alguien –me dijo, entre sorbo y sorbo de su manhattan, Snelk, al que muchos llamaban Pet (mascota): yo no-. Cuando descuelgue a Hunter expondré medio centenar de obras de la acuarelista Thobias, habrás oído hablar de ella.

-La acuarela me interesa poco –contesté, evasivo-. En mi opinión, aunque hay excepciones, claro está, la acuarela es un arte decorativo, no un arte mayor.

-¿Hockney es lo que tú llamas arte mayor, un Rembrandt, un Mondrian, un Rothko? Sé sincero.

-Pues no; son affiches; posters, como les dicen ahora. Son cuadros agradables pero tontos, carentes de espesor.

-Frívolos –aseveró Snelk, con contundencia.

-Todo arte es frívolo, querido Snelk –le contesté-. Wilde, que sabía de eso, y Pater, que acaso sabía más, colocan a la frivolidad como raíz única de todas las artes, en especial de la pintura.

-Tu cultura me abrume –dijo Snelk, muy serio-. ¿Cómo es posible que un codicioso marchand como tú pierda horas valiosas en el pasatiempo estéril de la lectura? Aclárame ese misterio.

-Soy un buen vendedor de arte, querido mío, y he aprendido mi triste oficio, en buena medida, en ilustres páginas escritas por Pater, por Ruskin, por Whistler, que era pintor, tenlo en cuenta, por Proust, y por supuesto por Baudelaire y Stendhal.

-Stendhal, sí, muy bien; un tipo que iba al grano. Es el de la famosa definición de la Capilla Sixtina, ¿no? Tantos pies de largo, tantos de ancho, etc,

-De la Plaza de San Pedro –le corregí.

-Es igual –dijo él, con una sonrisa socarrona-. Lo que no me creo es que te hayas leído a Proust, ese homosexual interminable, que escribió una novela de quince tomos, o treinta. Menudo tostón.

Yo estaba seguro de que él también lo había leído, como a Stendhal, y que su error con la Capilla Sixtina había sido deliberado. Snelk era así. Le gustaba posar de refinado a la vez que de iletrado, de elegante a la vez que de analfabeto. Y no era iletrado y mucho menos analfabeto. Tampoco elegante, y muchísimo menos refinado. Era un hombre de negocios hábil y astuto, propietario exclusivo de una selecta galería que le dejaba más de un millón al año, en dólares, después de impuestos.

-Son sólo siete tomos –dije yo, en referencia a Proust-, y los dos últimos están sin terminar. Hay un solo amarillo verdadero, dice Proust en alguna parte; te cito de memoria; el amarillo Vermeer, el amarillo luminoso de las calles y las paredes y el cielo de Delft.

-No recuerdo ni un solo cielo de Vermeer.

-No los hay; tampoco calles. Vermeer era un pintor de cámara, de interiores. No es necesario que los haya; Proust los vio, los presintió; sabía que eran como él decía, o que lo hubieran sido, vistos con los ojos de Vermeer, cuyo amarillo, por cierto, acaso no será el único, pero es sin duda único.

-Sabes de pintura casi tanto como yo –Snelk me observaba con una fina, burlona sonrisa-. ¿Vendrás?

-¿A dónde?

-Al piso de Celda; me refiero a la Thobias, la acuarelista. Esta noche hay allí una pequeña reunión. Yo ya anuncié que iría contigo.

-¿Y mi mujer? No la puedo dejar sola en el hotel.

-Pues la llevas, donde entran doce entran trece.

-Y donde trece catorce.

Mi mujer me puso innumerables pegos, pero estaba derrotada de antemano, porque es una cántabra tímida, incapaz de largarse sola por las apretujadas calles de Manhattan, y también de quedarse sola en una habitación de hotel; y porque yo, movido no sé por qué enigmáticos resortes, que nada tenían que ver con la acuarela ni con la exitosa acuarelista Celda Thobias, estaba decidido a ir a la reunión; ¿presentía, acaso, a Nel? No lo sé. Algo, mi demonio personal, me empujaba.

3)

Nel estaba casada, entonces, con un italiano de nombre Giacomo Massini, al que ella llamaba Jim. El matrimonio aún no había llegado cuando lo hicimos nosotros. Habría unas ocho o nueve personas en el salón cuando entramos. Nos atendió una mucama con aire de pizpireta, muy maquillada, con un uniforme de faldas blancas, ceñidas y casi transparentes, y de peto multicolor, con un amplio escote cuadrado, que enseñaba mucho más de lo que ocultaba. Y un delantalcito con puntillas y una cofia.

Celda, no podía ser otra, vino hacia nosotros con un vaivén amplio y largo de caderas. Era una mujer guapa, que rondaría los treinta y cinco, a ojo de buen cubero. Tenía una sonrisa entre amable y voluptuosa en sus labios gruesos, muy pintados. Aparte la boca, era de facciones delicadas, con orejas muy pequeñas y ojos claros, verdegris. Le cogió a Snelk las dos manos y clavó su mirada en mí.

-Tú serás Alfred –me dijo, y añadió, con cierta premura-. Aquí todos nos llamamos por nuestros nombres de pila; espero que no te importe.

Mi mujer, para mi asombro, que creo haber disimulado a la perfección, estuvo a la altura. Después de dar dos pasos hacia Celda la besó en la mejilla y le dijo:

-Eleanora –clarísimamente en español, letra por letra, y añadió, en inglés-. Encantada. Tú eres Celda.

El inglés de mi mujer, que en realidad se llama Leonor, suele ser vacilante, por mor de su timidez. En esta ocasión, empero, habló y pronunció con desenvoltura, con apenas un ligero acento.

-Estoy encantadísima de conocerte –dijo, con ojos chispeantes y acento que sonaba a pura franqueza, algo impensable, imposible, en el cerebritito tortuoso, suspicaz, español a rajatabla, de Leonor-. Me encantan tus acuarelas, en concreto las que realzan el gran hall de Windboard, que son las que tengo más vistas.

-Oh, muchas gracias –dijo la acuarelista, algo perpleja ante aquel abrupto y casi desconsiderado elogio-. Grap Cias -repitió.

La acuarelista se había ruborizado ligeramente. Las acuarelas a las que se refería mi mujer eran una serie de paisajes naif con tigres a lo Rousseau (le Douanier) y pájaros de libro de escuela, perros que parecían de palo y una jirafa que era sólo pescuezo, con cuatro patas pequeñas, que ramoneaba un árbol alto, indescifrable, entre búfalos de peluche y un mono colgado de unas lianas. Eran un montón, cuarenta o más, las acuarelas de Celda Thobias que decoraban el hall de Windboard, la sala de música para exquisitos a la que mi mujer me arrastraba, cuando visitábamos Nueva York, mucho más de lo necesario. Terceto de violines y arpa, cuarteto de violines y flauta, dueto de piano y contralto, quinteto de violines, viola y violonchelo; interpretaban a Stravinski, a Mussorski, a Paganini, a Prokofieff, en oca-

siones a Falla, a Ravel, incluso a Satie, alguna vez a Mahler o Brahms; también y profusamente a Rimsky-Korsakoff, un predilecto de Leonor. Música frustrada, frustración que en sus malos ratos achacaba al noviazgo, al matrimonio, a los hijos, mi mujer, sin pasar de ser una aficionada, era una excelente pianista y una soprano esmerada y pulcra. Nunca, empero, ni al piano ni con su voz, hubiese pasado de ser una medianía en el terreno profesional, algo que yo, hasta hoy, me he cuidado muy mucho de decirle.

4)

Los Massini llegaron cuando ya nos habíamos congregado unas doce o quince personas en el amplio salón del dúplex de la acuarelista. Yo inclusive había tenido ocasión (antes de que llegaran los Massini) de mirar Battery Square y los muelles reciclados o abandonados del perímetro de Manhattan sobre el Hudson. La ciudad se había teñido, rutilante, con un envidiable muestrario de luces de colores. La terraza desde la que me asomé daba al sudoeste, y me permitía vislumbrar, oscura y opaca contra el cielo, la pesada silueta de la Estatua de la Libertad, pequeña en la distancia pero con un aire macizo que la volvía sombría, negativa, a mis ojos cruel, con aquel brazo doblado en el que yo sabía que llevaba una antorcha, pero que en la noche parecía un mazo con el que la forzuda señora tenía toda la intención de aplastar a las humildes barcas que le rondaban cerca, con sus luces de posición encendidas como brasas de pitillos incandescentes. Por un momento pensé que sería lo más prudente que las apagaran. A mí las alturas, si bien no me dan vértigo, me producen una sensación de irrealidad que no puedo dominar, por mucho que lo intento. Tras cinco minutos de muda y temerosa contemplación, giré sobre mis tobillos y volví al bullicio del gran salón, donde colgaban cuadros modernos, casi todos de la línea abstracta

inaugurada por Pollock y Rothko (esos dos farsantes); observé el detalle de buen gusto de que ninguna acuarela de la dueña de casa se entremetiera en las paredes de su salón.

En aquel momento me acerqué a Snelk, que hablaba con la acuarelista. Ésta le decía:

-Me lo encontré ayer por la calle y, en un impulso, lo invité.

-Para escuchar sus gruñidos. Son muchas las mujeres que se deleitan con sus gruñidos. No entiendo qué le ven.

-Es un hombre la mar de atractivo –aseveró Celda, tajante-. Es uno de los tíos más atractivos que he conocido en años. Por desgracia vendrá con él a rastras su mujer. No lo deja ni a sol ni a sombra.

-No me digas que pretendías ligártelo.

-¿Por qué no? Soy blanca, mayor de edad y, hoy por hoy, soltera y sin compromiso. Un buen flirteo y un intenso y breve amorío nos vienen bien a las mujeres de mi edad. Ya rondo los cuarenta. De hecho los cumplí hace dos años. Y seguro que conoces el adagio: el libertinaje rejuvenece a las damas y envejece a los caballeros.

-Pues a Massini, en ese caso, deberían haberlo momificado hace tiempo. Se tiró a todas las estrellitas de Cinecittá, a la mitad de las modelos de pasarela de Europa y a otros cien mil bichos que caminan, sin trabas masculinas entre las piernas.

-¿Tú no eres un libertino?

-Líbreme Dios. Yo soy un exquisito. Sólo pago putas caras, y con medida.

-Eso se debe a que te duele el bolsillo. Judío naces, judío vives, judío mueres.

-Tus puyas me resbalan. ¿De verdad has invitado a ese rinoceronte?

-¿Por qué no?

-Supongo que el matrimonio lo habrá amansado un poco.

-Eso se debe a que ella lo sigue a todas partes, la maldita zorra. ¿La conoces?

-No. Ni siquiera sabía que el tipo se hubiera casado hasta que tú me lo has dicho.

-Hace más de dos años que están casados. Ella es una flaca escuálida, de nalgas escurridas y piernas combadas. Tiene un rostro interesante, pero nada más. No sé qué le vio Giacomo; no consigo entenderlo.

-Acaso es rica, y él no puede no ser interesado.

-Aunque no me creas no lo es. Louella Partridge, a la que le caen billetes mientras camina, estaba loca por él, y él acaso se la haya tirado, aunque creo que ni eso. Una vez me dijo a mí que el dinero, cuando sobra, le da asco. Lo justo para comer, me dijo, tener un techo y lo justo para unos pocos caprichos baratos. Sé que me decía la verdad.

-Las mujeres os dejáis engañar fácil, sobre todo si el hombre os atrae. ¿Por qué no te lo ligaste antes de que se casara?

-Estaba de novia de Freddy, cuando conocí a Giacomo, y yo sí pienso en los dólares; no quería hacerle un feo a mi prometido, nada que pusiera trabas a nuestro inminente matrimonio. El divorcio, a los dos años y medio, me reportó doce millones. Con ese dinero me compré este piso y una cabaña en Vail, para ir a esquiar. También me ofrendé mil y un caprichos, entre otros un viaje a Italia, donde pasé dos meses, y una plétora de amantes jovencitos, pagados, en Grecia. Los griegos de las islas son los hombre más guapos del mundo; nada que ver con los del continente.

En aquel momento, más o menos, sonó el timbre del dúplex, y una camarerita de escueto uniforme, ceñido y casi transparente, acaso la misma que me había atendido a mí, abrió la puerta. Celda se catapultó en esa direc-

ción y le asió las dos manos al hombre enorme que la traspasaba, después de haberle cedido el paso a una mujer: Nel.

A mí, en un principio, me llamó más la atención él que ella.

Giacomo Massini, Jim, era un hombre grande, de cerca de dos metros, con unas manos como palas y una espalda como una puerta. Tenía cintura estrecha y largas piernas, él sí algo combadas. Vestía con negligente elegancia: una chaqueta azul gastado con parches en los codos, una corbata ancha carente de nudo, sólo vuelta sobre sí misma al estilo de Aristóteles Onassis, una camisa blanco impoluto con los dos o tres botones superiores desabrochados y unos tejanos nuevos, que crujían suavemente cuando se movía; en los pies, unos mocasines de fino corte, gastados; calcetines negros o azul oscuro. El ancho cuello de la camisa estaba rígido de almidón y se combaba un poco hacia arriba en las puntas. Lo interesante del tipo, empero, eran su cara, su cabeza en general. Se trataba de una cabeza maciza, braquicéfala, si bien más redonda que cuadrada; su pelo era negrísimo, con amplias entradas y algunos claros de calvicie en la coronilla. Aunque yo le eché unos cuarenta años, en realidad podía tener cualquier edad entre los treinta y los cincuenta. Tenía la ingrata costumbre de hacer sonar sus nudillos con sendos, sucesivos, ruidos secos cada quince o veinte minutos. Bebía vasos de whisky puro, llenos hasta medio dedo del borde, como si se tratara de agua. Fumaba cigarrillos rubios y negros alternados, que encendía con un pesado mechero de oro con sus iniciales entrelazadas. Las dos dispares cajetillas las mantenía siempre a su lado, sobre el brazo del sillón, junto a su codo. Invitaba siempre que encendía un pitillo, abriendo primero una y después la otra cajetillas y, estirando el brazo, con una sonrisa ladeada, preguntaba:

-¿Fumas? Son negros. ¿Quieres? Son rubios.

Se había apoltronado en un vasto sillón azul, en una estratégica esquina, del que sólo se movió dos veces, en toda la noche, para ir brevemente al

lavabo; a desalojar sin duda los incontables vasos de whisky que había bebido. Nel, alta y frágil, de tímida y melancólica sonrisa, se sentó en una silla de respaldo recto junto a él y no se levantó ni una vez hasta que el relato suyo del cocodrilo albino la impulsó a ponerse de pie para rubricar con gestos, ademanes y movimientos de todo el cuerpo, la veracidad de su increíble historia. Hasta entonces había estado casi muda, y cuando le preguntaban cualquier trivialidad, relacionadas en buena parte con su tremendo marido y casi todas con su matrimonio, ella cerraba los ojos, se mordía los labios, contestaba e, invariablemente, se giraba hacia el gigante y le preguntaba: ‘¿No es cierto, Jim?’ Jim siempre asentía, o dejaba escapar un breve ‘Sí’ o ‘Certo’, con sus ojos de negros, grandes e inalterables iris semicerrados por unos gruesos párpados sin poros y casi carentes de pestañas. Sus cejas, por lo contrario, eran dos peludas rayas negras, colosales, que él arqueaba, una o ambas, si algo le llamaba la atención, lo disgustaba o lo intrigaba; y lo que más lo intrigaba parecía ser, a mis ojos, al menos, su propia, exquisita mujer.

5)

Por qué me empecé a fijar en Nel Massini no lo sé. Al principio le echaba miradas fugaces, más bien furtivas; al cabo de un rato ya no pude apartar, por mucho esfuerzo que hiciera, mis ojos de ella. Creo, vamos, sé, que aquella noche me enamoré de Nel, ciegamente. Al otro día su ausencia, su irremediable y definitiva ausencia, me hacía doler los huesos y me produjo un poco de fiebre. Era deseo, pero también amor. Lo supe al poco rato de estarla mirando fijo. El tiempo pasó, la pasión se evaporó, el amor, más tenaz, tardó más pero también se diluyó. Entonces, ya libre de aquella garra flamígera, que debilitó por un buen tiempo todos mis sentidos, incluyendo

mi perspicacia como comprador y vendedor de arte, lo que me supuso un quebranto económico que pudo ser grave, me enteré –me lo dijo mi mujer- de quién era realmente Nel Massini. Corría 1988, a mediados.

-¿Te acuerdas de aquella chica, que conocimos hace cinco o seis años en New York –a mi mujer le parece chabacano llamar Nueva York a New York, como decir Beijing en vez de Pekín, o Mumbay en vez de Bombay, según imponen hoy día los cánones de la moda entre la gente enterada-, en el loft de doble planta de aquella acuarelista, Thobias? Vamos, la del cocodrilo albino.

-Pues sí –contesté, tras una falsa vacilación-. Vagamente, es claro -mentí-. Los años no pasan de balde. Recuerdo que está casada con aquella especie de energúmeno.

-Lo estaba –dijo sonriente mi mujer; observé entonces que llevaba un periódico doblado, seguramente La Vanguardia, al que era adicta desde que residíamos en Barcelona-. Se han divorciado. ¿Y sabes qué? Mírala.

Desplegó ante mis ojos el periódico, y en la mitad inferior de la primera página destacaba un titular, acompañado por una foto borrosa:

LA ULTIMA NIÑA DIOSA VUELVE ENTRE LOS SUYOS NYALEE VIXANAMURDRI, QUE VIVIÓ MUCHOS AÑOS BAJO EL NOMBRE DE NEL MASSINI, ABDICA DE SU CORONA DE KHANATIA Y VUELVE A LA INDIA.

Nyalee (decía el texto, que aquí resumo) es la fuerza espiritual de una secta que congrega más de cincuenta millones de fieles, entre el Sur de la India y Sri Lanka. Son, en su inmensa mayoría, de raza tamil. Ella, por su parte, desciende de la más elevada casta de bracmanes. Por donde ella anda, en estos dos países, siempre descalza, los caminos se cubren con capas de

pétalos de rosa, para que sus divinos pies no toquen el suelo. ‘Estaba harta de Occidente, de vivir escondida, del miedo constante, de todo. Me separé de mi marido no por desamor sino por la necesidad vital de volver con los míos. Él lo entendió; no me puso obstáculos, al contrario. Es el hombre más generoso que he conocido. Él me convenció para que abdicara; me dijo que mi vida valía más que cualquier trono. ‘Sé que así te perderé muy pronto’, me dijo, ‘pero es la única forma de que vivas segura, de que sigas con vida’. Yo le agradezco tanto, todo, No sabéis cuánto le echaré de menos’. Nyalee representaba el principio de continuidad de la monarquía dinástica de Khanatia, y al abdicar echó por tierra que la monarquía, tal como era, pueda reinstaurarse en aquel pequeño y desafortunado país, hoy día gobernado por una férrea y brutal dictadura militar que, bajo el pretexto de que actúa en beneficio del pueblo, mata, tortura y encarcela a quienes considera enemigos del pueblo. Miles de khánatos han huido, siguiendo las huellas de su reina. En cuanto al marido de Nyalee era en principio, según se asegura, su guardián, o guardaespaldas, tarea que le había encomendado la agencia de detectives y vigilancia Delta Eye, de Londres, para la que él trabajaba. Se ignora si en realidad se casaron en algún momento de sus muchos años de convivencia, inevitable, por lo demás. El verdadero nombre del ¿marido? de Nyalee no se sabe; se sabe que Giacomo Massini, como se hacía llamar, no lo era. Unos dicen que era turco, otros que mongol, otros que nacido en Hawái, hijo de un luchador japonés de sumo y una corista de Dallas (Tejas).

Nyalee se hizo famosa no bien nacida, cuando los astros la eligieron diosa niña de la secta religiosa de la Mishdaha, o Meshdaha, una pseudo religión sincrética, con elementos musulmanes, jainitas, zoroástricos, budistas, brahmánicos, sikhs y aún cristianos. La Mishdaha fue creada, como herramienta presunta de unión de su caótico y multirreligioso (y multilingüe) imperio, por Akhbar el Grande, emperador mongol de la India. Adicto al

láudano, al opio, a la leche fermentada de yak, al cannabis indica y al cognac, este sagaz y astuto emperador, que jamás aprendió a leer, era un escéptico confeso en cuanto a la vida ultraterrena, por no decir un agnóstico. Su “religión”, por llamarla de algún modo, tardó doce años en fraguarse, y es un pastiche mal ensamblado que cuenta, entre sus textos litúrgicos, con fragmentos del Mahabharatta y los Vedas, con suras del Quram, con salmodias del Libro Sagrado de los sikhs, con pensamientos o doctrinas budistas, bien lamaístas bien zen, así como con fragmentos del Nuevo Testamento y citas, o versos aislados, del profeta Isaías, del Libro de Job y del Cantar de Cantares. Todo ello, además, vertido al bengalí, que los fieles tamiles cantan, recitan o salmodian sin entender lo que dicen. No por nada Akhbar la calificó de “religión misterica” y la comparó con los misterios de Eleusis y los del antiquísimo dios/ diosa vedanta Atargatis. A pesar de ser analfabeto, el emperador era un hombre de vasta cultura. Borracho y drogado más de la mitad del día, para crear su religión había formado un consejo asesor compuesto por “quince sabios”, entre los que figuraban musulmanes, jainistas, zoroastrianos, budistas, sikhs, cristianos e hinduistas, y a la cabeza de los cuales estaba Motilal Vixanamurdri, cuya longeva familia se precia, o se preciaba, de descender de Vixen, el conquistador ario, “destructor de ciudades”, que es uno de los demiurgos, mitad dioses y mitad mortales, que encabezaban las nutridas filas de los conquistadores de la India dravídica, uno de los acontecimientos, según Belloch y Mommsen, entre otros, más trascendentales de la protohistoria de la humanidad. La aún joven Nyalee, que apenas ha doblado el cabo de la treintena, se ha perdido de hecho entre los suyos a las dos semanas de haber llegado a Madrás, donde dijo las que serían, según ella, sus últimas palabras al tumultuoso resto de la humanidad. ‘Nací hindú y nunca he dejado de serlo; me sentía más hindú fuera de India a medida que los días pasaban, y a pesar de los tiernos cuidados y del deli-

cado afecto que mostraban por mí mi marido y un par de amigas, mi deseo de volver me obnubilaba el alma, hasta que corté las hilachas de los cabos que me habían retenido varios años en Occidente, perseguida como me encontraba por los fanáticos maoístas de Khanatia y por los servicios chinos y el Mossad israelí, ya que parece que hay un convenio en ese sentido entre Israel y China, por el temor que inspira a ambos estados la existencia de la Unión Soviética, que hasta el golpe de estado maoísta era la principal aliada y financiera de Khanatia. Me he desligado de todo y soy, creo, feliz, aunque he pagado un alto precio, y otro, aún más grave, que deberé pagar en la rueda de la vida, cuando me llegue la hora. Dicen que la India es más grande que el mundo; en la India me perderé'. Desde entonces, y han pasado dos semanas, como antes hemos dicho, nadie la ha vuelto a ver, aunque se sabe de periódicos y agencias de prensa que gastan fortunas, y las prometen, para localizarla.

Eso era todo lo que decía el periódico.

Ha pasado más de una década, acaso unos quince años, desde que leí aquella breve noticia y vi, por última vez, en una foto mala, de grano grueso, la cara memorable, inolvidable, de Nel Massini.

6)

Nel.

Pronuncio su nombre una vez.

Nel. Nel. Nel.

Lo pronuncio en voz baja, a oscuras, a solas, tirado en la chaise longue de mi despacho y siento que resucitan y cobran forma los recuerdos de la única vez que la vi en carne y hueso y la oí.

Nel. Nel. Nel. Nel. Nel

Oigo latir la breve sílaba como un encantamiento, que me devuelve al amplio salón de Celda Thobias, hace alrededor de veinte años, El salón queda sobre la cresta occidental del Bowery, a un salto de 90 metros de las gélidas aguas nocturnas del Hudson, es decir del brazo del Hudson que contornea Manhattan de norte a sur por su costado oeste. Al brazo oriental, los manhattanianos lo llaman río East. Fue en el Hudson, a bordo de una frágil yola que pilotaba una de sus raras amigas, donde a Nel Massini le sucedió su encuentro, o su visión, con (del) cocodrilo amarillo, pálida pesadilla de las cloacas de Manhattan. Oigo la voz apasionada de Nel.

-Y sé que no es el único; que pululan; que hay cientos o acaso miles, cada hembra con sus polluelos, o su nidada, o como se la llame; todos blancos o amarillos. Supongo que esto último es un estigma de la vejez, aunque yo sólo ví aquél, y era amarillo, de un amarillento sucio, ¿verdad Jim?

El gigante asiente y añade. ‘Si, es cierto. Yo no estaba allí, pero sé que es cierto. Palabra por palabra’. No había hablado tanto en toda la noche. Tras una reflexiva pausa, en medio de un absoluto silencio, añadió, casi sílaba por sílaba, echando miradas nerviosas a su mujer y sin poner los ojos en nadie más: ‘Nel tiene visiones, que recorren la correosa piel del tiempo sucesivo. Poco después de que nos conociéramos me mostró un dibujo borroneado, en una cuartilla de papel grueso, para dibujar, al que se le notaba el paso de los años. Era un dibujo de mi cara: “Sabía”, me dijo, “que un día conocería a un hombre con esta cara. Era muy niña, no tenía más de diez años, y esa certidumbre me espantaba. Qué hombre más horrible me parecías, querido. Ay, querido, ya sé que te lo he contado cien veces, pero yo le rezaba a Vishnú, a Krishna, a Shiva, bailaba la danza de Shiva, loca como un derviche, girando como una peonza. Les rogaba que mi encuentro inevitable con aquel hombre, con aquella horrible cara no pasara de ser momentáneo, pasajero, estaba convencida que un minuto junto a él me volvería lo-

ca, me mataría de miedo” No la mató, aunque a punto estuvo’. Massini soltó una gruesa, blanda risotada; sus ojos chispeaban, divertidos, acaso también emocionados, al observar al sesgo a su mujer. Nel escuchaba lo que, según su marido, eran palabras que ella había dicho, con los ojos muy abiertos, como si un gran asombro la dominara. En gesto infantil, delicioso, lleno de provocación inconsciente, se chupaba a veces un pulgar, bien el de la diestra, bien el de la zurda.

¿Por qué contó Nel aquel cuento? ¿Qué la movió, qué la incitó, que la empujó? ¿El mero hecho de hallarse en Manhattan? Lo dudo. Un biólogo de cierto renombre, Zach Waltham, un tipo de California, que ejercía también de explorador, un rato antes había hablado de la selva africana, del rinoceronte enano y los abundantes fósiles de la extinta jirafa enana que había descubierto en un yacimiento nuevo. Era un tipo pedante, (un californiano típico), pero sabía de qué hablaba. Eso pudo ser un incentivo para ella, pero había pasado por lo menos media hora entre los rinocerontes enanos y el momento en que ella dio inicio, balbuceante, a su relato.

Se había estado hablando de poker, de las diferentes variantes que según unos lo enriquecían, según otros lo deformaban o empobrecían. Ni Nel ni yo teníamos opinión. El marido de ella curiosamente sí.

-El poker –dijo- es una evolución natural del whist, como lo es, en una dirección muy diferente, el bridge; digamos que son el tigre y el león que evolucionaron de un ancestro remoto, común. Tanto el poker como el bridge pasaron por sucesivas etapas evolutivas o de crecimiento. El bridge se decantó por la complicación de tanteadores, manos muertas y demás parafernalia. Es un juego recargado; no tengo nada contra él pero no me atrae. El poker, por su lado, se decantó por la sencillez psicológica. Más que saberlo jugar hay que saber interpretar los caracteres de los compañeros de mesa, o mejor: jugarlo bien es una especie de labor detectivesca para antici-

parse a lo que va a hacer Mr Jones o deducir lo que piensa Mr. Smith. Yo soy un buen jugador.

-Ay, buenísimo, Jim –dijo Nel, con ojos brillantes de enamorada-. Podríamos vivir del poker, si Jim quisiera. ¿O no, Jim?

-Lo que tú digas, palomita.

Jim jamás contradecía a su fascinante y jovencísima cónyuge. No lo hizo ni una sola vez en toda la larga, larguísima reunión, que se disolvió con el alba (aunque ellos se fueron antes) Estábamos reunidos, bebiendo y hablando, desde las ocho de la noche, más o menos. Los Massini llegaron hacia nueve y media. Nel contó su historia del cocodrilo albino ya cumplida, de lejos, la medianoche.

Se había producido uno de esos silencios súbitos que tienen lugar en cualquier momento de cualquier reunión, por muy concurrida que sea. Hay momentos en que todo el mundo, en todos los corrillos que se forman en esa clase de eventos, deja de hablar a la vez. Es algo que he vivido muchas veces. Uno se siente un poco incómodo y por lo común todos rompen a hablar, también a la vez, de lo primero que se les pasa por la cabeza, para romper el silencio. En este caso no ocurrió así; el silencio se prolongó más de lo habitual en esos casos; no fue un segundo, no fueron dos ni tres. Yo tuve tiempo de inhalar y exhalar varias veces, con la mirada inexorablemente clavada en la cara de Nel. La vi palidecer.

-De pronto –dijo- me he acordado de algo que me pasó aquí hace un tiempo, unos años, cuando Jim y yo éramos sólo novios, o cosa por el estilo. Fue, oh mi Dios. ¿Puedo, Jim? ¿Me dejas?

Hablaba en voz baja, con un acento tenue, inseguro.

-Vas a hablar de tu maldito cocodrilo –anticipó Jim-. Que no te vea retorcerte las manos ni empezar a lloriquear porque te saco de aquí volando.

-Es que pasé tanto miedo, Jim; y tú no estabas. Sólo estábamos Wendy y yo, y aquella bestia, que rugía a cinco pasos. Pasé más miedo que cuando –se interrumpió- Que nunca –se corrigió-. Que nunca en toda mi vida, Jim, ¿verdad?

-Ejem -el tipo, imperturbable hasta aquel minuto, parecía tenso, preocupado; se inclinó hacia delante, metió hacia adentro su poderoso tórax y la espalda se le curvó. Apoyaba los codos en las rodillas y el mentón en el cuenco de las manos abiertas. Con los meñiques se acariciaba el lacio y largo bigote de mala película mexicana-. Cuéntalo, si quieres –añadió-. Seguro que esta gente tan amable te escuchará. No quiero que esta noche tengas pesadillas; pero por favor no te retuerzas las manos, no sorbas por la nariz, no revolees los ojos, no lloriquees.

-No lo haré, Jim –Nel miró a su alrededor; a mí me sonrió; también a otros-. ¿No les importa? –preguntó, con una solicitud lastimera que me conmovió-. No es un cuento; es verdad; es algo que ví, que viví.

-¿Te atacó un cocodrilo? -preguntó alguien.

-No, oh no –Nel soltó una risita, lo que hizo que se cubriera de rubor-. Bueno –rectificó-, no del todo. Es algo que vi, que oí.

-¿A un cocodrilo? –preguntó la acuarelista.

-¿Fue en un zoológico? –intervino el gracioso de turno, que nunca falta en ninguna reunión.

Massini lo miró como si quisiera tirarlo por la ventana o partirlo al medio.

-Fue aquí, en New York; aquí, en Manhattan, y no fue en un zoológico –Nel se exaltaba por momentos; miró de reojo hacia la enorme forma de su marido, a quien no podía ver la cara, ya que ella había quedado a espaldas de él cuando él se inclinó hacia adelante. Entonces Nel tragó saliva, respiró hondo, parpadeó seguido varias veces y continuó en tono más sereno,

más pausado, aunque ya no vacilante, como al principio, ni apresurado y trabucándose, como cuando pronunció su última frase. Estaba serena y parecía más segura de sí misma. Sus ojos glaucos, pálidos, color del oro vistos al sesgo, como los veía yo en aquel momento, se posaron en el cielorraso, lo recorrieron minuciosamente mientras las palabras salían, lentas y precisas, de sus pálidos y turgentes labios, de su temblorosa laringe, de su largo y hermoso cuello del que pendía una cadenita que iba a esconderse entre sus senos, pequeños, firmes, separados-. Lo ví en una de esas grandes compuertas abovedadas que dan al Hudson –prosiguió- Jim me dijo que son tuberías gigantes de la red cloacal, que han sido clausuradas. Porque la compuerta estaba enrejada y alambrada, aunque del tejido de alambre quedaban jirones, y el enrejado se sacudía y le faltaban algunas rejas. Esa fiera, allí enjaulada. Jim dice que aquel gran tubo seguramente tiene kilómetros, y bifurcaciones, y otros tubos secundarios, o que se cruzan con ése, que hay enormes salas abovedadas; salas inmensas, gigantescas. No sé. Si él lo dice será- afirmó.

-Qué fe ciega en el marido –me susurró Leonor.

No le contesté. Había quedado prendado de Nel, prendado de su voz, de sus palabras. Bebí un gran sorbo de whisky aguachentado; vacié de hecho el vaso, que una atenta camarerita procedió a cambiar por otro a mi medida: tres dedos de whisky, tres cubos de hielo y tres chorros de sifón.

-Gracias –susurré.

-No hay de qué –me susurró ella a su vez, con acento dulzón, acaramelado, mientras sus caderas pendulaban a cinco centímetros o menos de mi larga y ordinaria nariz.

¿Acaso, me pregunté, su patrona, la exitosa acuarelista, las animaba a flirtear con los invitados a sus fiestas? ¿Les pagaba extra? Ya hace rato que me había percatado que lo hacían con todos, incluso con el peligroso mari-

do de Nel, que no les prestaba ni la menor atención. Eran varias, no supe nunca cuántas, todas bonitas, todas vestidas igual, con sus uniformes muy ceñidos y casi transparentes y sus grandes, alevosos, escotes cuadrados. De mí se ocupaba siempre la misma, una chica gordecita, lo justo, con hoyuelos que revelaba al sonreír y flequillos teñidos de verde que salían en distintas direcciones por debajo de su cofia, que era como una especie de toque final de sus ajuares, como esos sombreritos casi invisibles que se ponen las jovencitas chic en todas partes de este mundo.

Nel no se había callado. Seguía con su relato, resuelta, segura, en mitad de un silencio reverente que imponía, estoy seguro, la gravitante, la amenazante y peligrosa presencia del coloso que tenía ella por marido. Nadie decía nada; la gente bebía, fumaba, estiraba las piernas, si estaban sentados, pero nadie daba un paso, nadie tosía, uno que encendió un mechero con un ruidecito recibió una fulminante mirada de Massini, que lo hizo ocultarse detrás de una gruesa dama oronda, recamada de bisutería fina.

-Salimos una tarde Wendy y yo a navegar en su yola, que son unos barquecitos a vela, a los que se puede acoplar un motor de baja potencia. Bajar por el Hudson al mar era una experiencia que yo no conocía, y Jim me había dado permiso, de modo que le dije a Wendy que sí y ella pasó a recogerme por el hotel mientras Jim se preparaba para ir a jugar al billar en no sé que antro de Stuyvesant Town, donde se jugaba por dinero, supongo que fuertes sumas. ¿No, Jim?

-Fuertes sumas, querida, si tú quieres –contestó él, y añadió, con una especie de desdén que lo involucraba, como si se señalara el pecho con un índice-. Níqueles.

7)

-Sí –dijo Nel, que estaba aún sentada; miraba de reojo las enormes espaldas encorvadas de su marido; tras un instante de duda, en el que se mordisqueó repetidamente los labios, apoyó una larga y fina mano en el hombro de él, que se mantuvo inmóvil un instante y, acto seguido, le dio unas palmaditas cariñosas en el dorso, con la mano contraria-. Sí –repitió ella-. Fue idea de Wendy la de bajar por el Hudson hasta las islas y el mar, el océano –pronunció esta última palabra subrayada, como si se refiriera a algo no sólo grande, no sólo inmenso, sino terrible y cruel; sucesivas expresiones fugaces pasaron por sus ojos y demás facciones: sorpresa, horror, también una especie de vaciedad-. Diferentes embarcaciones surcaban el Hudson en ambas direcciones, aguas arriba y aguas abajo. Nosotras salimos desde Peter’s Point, que es donde vive la familia de Wendy, los Thorwald. Peter’s Point queda al norte, a unas cuatro millas, de Hyde Park Corner, donde está la emblemática mansión de los Roosevelt, hoy museo, que Jim me llevó una tarde a conocer; me impresionó, uf, cómo –la muchacha se perdía en meandros, al parecer (a mí al menos me dio esa impresión), asustada por lo que estaba a punto de contar; yo en aquel momento le creí; hasta entonces dudaba, pensaba si no estaría fantaseando, con el V° B° de su gigantesco y sobreprotector marido, que a mí me había dado la impresión, no sé por qué desagradable (el amor, acaso, el deseo, el ligero afiebramiento que sentía), de que la guiaba de la manecita por el mundo.

“La yola –prosiguió Nel-, como apenas si soplabla viento y Wendy aún se negaba a encender el motor, apenas si se movía, lánguidamente; nos pasó cerca, en sentido contrario, un carguero; un barco de hierro que a mí me pareció inmenso, aunque Wendy se rio, dijo que era un buque pequeño, que buques mucho mayores surcaban las aguas del Hudson. ‘Buques de recreo’, me puntualizó, ‘grandes barcos crucero’, añadió. Ella llevaba el timón y ella se encargaba de rotar la vela; era una vela de un material sintéti-

co, a rayas amarillas sobre fondo azul y con un número ochenta y ocho dibujado en rojo. Otro barco grande nos hizo desviar, y perfilamos Manhattan casi rozando los roquedales de Bald Rocks. Yo me empecé a asustar, porque no conseguíamos apartarnos de aquellas rocas y la barquecita ganaba raudamente velocidad. Wendy, que se conoce el Hudson como las habitaciones de su casa, no hacía más que reírse. Llevábamos un canasto con sandwichs y bebidas. Wendy me alargó una Coca Cola, ya destapada, fresquecita, de la que yo di unos sorbos con deleite, y por unos instantes me olvidé del miedo. Un gran yate que venía recto hacia nosotras, como si fuera a embestirnos, me lo devolvió. Con un ligero movimiento de timón, Wendy lo eludió, pero no hizo sino acercarnos aún más a las rocas y a unos cañaverales, dentro de los cuales, a los pocos instantes, estábamos metidas. ‘Esto es un canal que conozco perfectamente; de modo que tú tranquila’, me aseguró Wendy, con la más resplandeciente y segura de las sonrisas. Porque Wendy, al revés que yo, es una chica llena de confianza en sí misma.

“¿No es cierto, Jim?”

Jim asintió.

-Wendy tiene demasiada confianza en sí misma. No es que sea malo tener confianza en una misma. Ojalá yo la tuviera; pero no tanta como Wendy. Es peligroso. ¿No crees, Jim? –Jim asintió- En una chica, digo –Jim volvió a asentir-. Tú ya sé la enorme confianza que tienes tú en ti mismo, pero tú eres hombre, y grande y fuerte y experimentado. Wendy es de mi edad; menor aún, ya que yo nací en abril y ella en junio, las dos en el cincuenta y nueve.

Nel se calló, se interrumpió, jadeando ligeramente. Alguien entonces, en concreto una mujer robusta, bastante desaliñada, una pintora, a la que me habían presentado pero cuyo nombre me había olvidado –se llamaba, me lo recordaron más tarde, cuando Nel y su marido ya se habían marchado, Se-

miramis Ford-, aprovechó el silencio para inquirir, con un ligero tonito irónico

-¿Y el cocodrilo? ¿Cuándo llega?

-Pronto –le contestó Nel, con los ojos muy abiertos.

“Pasamos en la yola por entre los pilotes, las vigas y arbotantes que sustentan el Pier Thirteen (muelle trece), en el que ahora hay levantadas tiendas y una noria además de esa famosa discoteca, Zoro Aster, con su pista de baile cerrada y su pista de baile a cielo abierto, circular; hemos ido con Jim alguna vez. ¿No es así, Jim?”

-Dos veces, muñeca –contestó el gigante.

-Dos veces, en efecto –dijo Nel, y añadió, con acento memorativo y aire ensoñecido:

“Una el pasado verano y la segunda hace pocos días”, agregó, ahora entre risitas, la exótica beldad, “Esta última vez hacía tanto frío que Jim prefirió que no saliéramos a la pista abierta. “En fin”, siguió diciendo, como resignada, “Sigo con el cuento”, explicitó, “Pasamos volando por debajo del Pier Thirteen y entonces, antes de llegar a la Sixty Fourth Beach, la yola se estancó, se empantanó, se quedó quieta. El viento inflaba la vela y nos quería empujar a mar abierto, pero algo se lo impedía. ‘Diablos’, dijo Wendy, ‘el canal se ha obturado, obstruido’. No bien lo dijo escuchamos aquel pesado chapoteo, y después los rugidos, que no provenían, como creímos al principio, ni de ningún barco ni de las grúas y chimeneas humeantes de Hoboken, sobre la orilla opuesta, lejana, del río. Procedían de mucho más cerca y producían ecos. Chapoteos que fueron desapareciendo y rugidos enormes que se acercaban, y roces y rasqueteos. Entonces lo vimos. ¡Ay, qué horror!”, la muchacha se tapó la cara con las dos manos y se puso, entonces, de pie, bamboleándose, como si estuviera borracha, ella, la única persona en la reunión que sólo había probado agua.

-Tranquila –le pidió su marido, con un acento curiosamente dulce-.
Todo eso ya pasó, cariño.

-Lo sé –dijo ella-. Lo sé. Lo sé. Es que en mi tierra, tú sabes.

Antes que llegaran los Massini, la dueña de casa nos había informado que ella, la mujer de Giacomo, como la llamaba, era turca o iraní; hablaba, empero, un inglés perfecto, no el inglés americano sino el de Oxford o Cambridge; el de las clases altas de Gran Bretaña, muy semejante, a mi parecer, al que habla la élite de Edimburgo, donde yo viví los primeros veinte años de mi vida, a pesar de haber nacido en España, concretamente en Cataluña, hijo de un marchand de obras de arte escocés y de una viuda catalana, de la que mi padre se separó cuando yo aún no tenía dos años. Ella, mi madre, nacida como Alicia Llorenç, se casó después por tercera vez y se fue a vivir a Brasil. Yo no conservo ni el menor recuerdo de ella; sólo algunas pocas cartas, que me mandaba desde distintos lugares: Río de Janeiro, São Paulo, Buenos Aires, Caracas, Montevideo, Dakar, Barcelona. Murió cuando yo tenía once años, en un accidente de circulación, en Bogotá. Fue un accidente espantoso, que ocupó primeras páginas en diarios de todo el mundo, ya que murieron más de ciento treinta personas, de resultas del volcamiento y posterior explosión de un camión cisterna que llevaba ácido clorhídrico a una refinería de petróleo. Conservo de mi madre, por insistencia paterna, el idioma, el español (cuando yo nací, en el 47, el catalán estaba prohibido; no había escuelas donde se lo enseñara e incluso era peligroso hablarlo dentro de casa), en el que escribo casi con la misma soltura que en inglés. Aparte de haber nacido en ella, de manera algo fortuita, tengo un segundo vínculo con España, que es mi mujer, Leonor Ruiz de Loroño, miembro de una aristocrática familia norteña, entre vasca y santanderina, muy venida a menos en cuanto a recursos económicos, al menos. A Leonor la conocí en Madrid, en la Ópera (el teatro), a donde yo había acompañado a

unos clientes, los Suazo, arquitectos ambos; ella, la mujer, Olimpia Yáñez, había sido compañera de estudios de mi mujer, en un colegio elitista y muy católico, madrileño, que a mi mujer le pagaba una tía abuela suya, monja.

-¿Tu tierra? –preguntó el doctor Westworth, un hombre de nariz aguilina y perilla pilosa entrecana. Se lo preguntaba a Nel, mirándola fijamente con sus claros ojos saltones, las gafas de medialuna colgadas de la punta de la nariz.

-Si –vaciló Nel.

-Nel nació en Irán –aclaró Jim.

-Eso mismo –dijo ella-. En Irán.

-¿En Teherán? –quiso saber el médico, cuyos ojos, que parecían cada vez más saltones, daban la impresión de querer perforar o desnudar a la muchacha.

-No, en

-En Qôm –puntualizó el marido-. Ya sabéis –añadió-, la ciudad santa de Khomeini y sus seguidores.

-Yo estaba contenta con el Shah –dijo Nel-. Era un hombre muy simpático, aunque no lo pareciera. Era un dictador, es claro, pero éstos de ahora también son dictadores; Khomeini y su pandilla, digo. Y no son nada elegantes. Me, eh, me fui.

-¿Conocías ya a tu marido?

-No, eh... Lo conocí después.

-Nos conocimos en Londres –apuntó él.

-Eso mismo. En casa de Shea Winthorp, una bailarina. Me lo presentó una amiga, Joanna Villiers. ¿Sigo? ¿Sigo, Jim?

-No pretenderá dejarnos con la incógnita, señora –dijo, con una ligera reverencia, el médico.

-No, oh no. Si de verdad les interesa...-Nel se mordiscó el labio inferior-. A veces tengo la sensación de que aburro.

-Por Dios, señora Massini –dijo la mujer del médico, una mujer vulgar, en la cuarentena, vestida con unas acampanadas faldas rojas y una chaqueta verde, que la asemejaban a un gran pajarraco tropical-. Estamos todos pendientes de sus palabras.

-Ay, gracias. ¿Has oído, Jim? –Nel se había vuelto a sonrojar; no se le había escapado la ironía, la sorna bastante evidente, tanto del médico como, sobre todo, de su desagradable mujer- ¿Qué hago, Jim?

-Tú sigue con tu cuento, pequeña –la animó Jim-. No hagas caso –añadió, mirando a la cara a la mujer de rojo y verde, que no le pudo resistir la mirada; tampoco el médico. Los dos desviaron los ojos en distintas direcciones; ella al techo; él al puño del bastón que sostenía con las dos manos; tenía una leve cojera, según dijo, fruto de un esguince que se había hecho jugando al tenis. ‘Cosa pasajera’, había respondido, ante el solícito y cínico alarde de preocupación de miss Thobias. Eso había ocurrido antes que llegaran los Massini y poco después que lo hiciéramos Leonor y yo. Fue cuando entraron el médico, con su bastón y cojeando de forma ostensible, y su mujer, cubierta con una capa color ciclamen de la que, afortunadamente, no tardó en despojarse; lo que había debajo era feo, y ella achaparrada y fofa, pero no tan feo como aquella capa que la cubría entera, del cuello al tobillo.

-Sigo, pues –dijo, irresoluta, Nel-. Estábamos estancadas con la yola, entre altos cañaverales, cuando lo vimos, casi mismo frente a nosotras. Era un cocodrilo, pero de color amarillo pálido o blanco sucio, un cocodrilo enorme. Rugía al tiempo que rascaba y golpeaba la reja de la bóveda con sus garras delanteras. De hecho se trepó con ellas a la verja como si intentara derribarla y acometernos. No creo, sin embargo, que nos viera; nos olía. Estoy segura de que era ciego. Sus ojos estaban cubiertos por esa especie de

párpado blanquecino que tienen los cocodrilos debajo del párpado exterior, sólo que más grueso de lo normal. Son párpados translúcidos, digo, los intermedios, que le permiten ver al animal, en especial cuando bucea. Aquél, sin embargo, estoy segura de que no veía; no levantó aquellos párpados en ningún momento, como si los tuviera cosidos a los ojos o como si no le hiciera falta abrirlos, porque igual no hubiera visto nada. Jim me ha dicho que los túneles de la red cloacal, excepto los pocos que dan a las calles, son absolutamente oscuros, que nada se puede ver si no se lleva una luz; un farol o una linterna. De modo que, viviendo en ese medio, ¿para qué quiere ojos el cocodrilo albino? Jim me ha dicho que, sin duda, son mutantes.

-¿Son? –preguntó Celda Thobias, alarmada a su pesar.

-Hay muchos, según parece –musitó Nel, retorciéndose las manos. A un suave golpecito en ellas de su marido, dejó de hacerlo.-. Hay muchos –repitió-. ¿No es cierto, Jim?

-Muchísimos, nena –confirmó Massini.

-Sabe usted mucho de redes cloacales, señor Massini –dijo el médico, con ánimo amablemente vengativo- ¿Acaso ha trabajado usted en los servicios sanitarios de alguna gran ciudad?

-No es ningún desdoro, doctor. Es un oficio tan limpio como cualquier otro. Uno lleva un casco en la cabeza en vez de un estetoscopio o fonendoscopio colgado al cuello, y un mono azul en vez de una bata blanca. Más diferencias no hay; pagan bien, además, por lo menos en Londres, para meterse ahí abajo, a solas en ocasiones.

-¿Qué peligro puede haber? ¿Cocodrilos?

-Si aquí los hay, doctor, y le aseguro que los hay, ¿por qué no en Londres?

-Si aquí los hubiera se sabría.

-Muy al contrario, doctor. Las autoridades, del presidente al gobernador y el alcalde, hacen todo lo posible para que la verdad de lo que hay debajo de nuestros pies no se divulgue. Ya son cinco los mantenedores del servicio sanitario de esta ciudad que han desaparecido en la red cloacal en estos últimos cinco o seis años. Nada se ha dicho en la prensa ni en ningún otro medio de difusión.

-Me cuesta creerlo. De hecho no me lo creo –dijo el médico, con una especie de saña, mirando a Massini a los ojos y sin hacer caso de los preocupados tironcitos que le daba a su chaqueta su mujer.

-De modo que mi mujer y yo somos un par de mentirosos.

-Oh, no, Giacomo, no –intervino Celda Thobias, evidentemente preocupada por el sesgo que había tomado la conversación-. Estoy segura de que el doctor no quiso decir eso.

-No, oh –dijo y se trabucó alguien, creo que un escritor o pretendido escritor al que nos habían presentado; un tal Chislem o Chusley o similar; un tipo flaco, encorvado, de pelo gris, con un mechón en la frente y barbita caprina gris. Se atoró al hablar con una pequeña salchicha que había pinchado un segundo antes y que entonces tenía en la boca, en pleno proceso de masticación-. Detesto la viole la vio la v –y se calló de súbito, obediente a un imperioso ademán del médico, que movió tajante un brazo para imponerle silencio.

-No, para nada –el médico se aclaró la voz con tres puntuales tosecitas, más un trago a su combinado a continuación-. Sólo creo que están ustedes equivocados.

-Eso, equiv –dijo el de la salchicha, al que otro ademán del médico redujo al silencio; a mí, a nosotros nos lo habían presentado, como he dicho, pero su nombre se me había volado al cielo, como el de muchos otros de los

asistentes a la reunión. Ahora, en cambio, cosa curiosa, lo recuerdo. Chor-
tney, se llamaba.

Eramos una veintena larga, quizá treinta, sin contar con que, a partir de determinado momento unos llegaban y otros se marchaban. Debieron pasar más de cincuenta personas por el gran salón aquella noche.

-Mi mujer ¿no vio un cocodrilo? –preguntó, con una voz calmada a la vez que enfática, Massini- Sólo creyó verlo, según usted. ¿O insinúa que es mentira, o que lo soñó?

-Crejó verlo, sí, fuera de toda duda –el doctor volvió a aclararse, innecesariamente, con sus tres tosecitas y el traguito a su copa, la voz-. Es una jovencita harto nerviosa, como usted mismo sabrá mejor que nadie. Una joven sugestionable, en fin. No voy a meterme en cuestiones psicológicas áridas –el médico hizo una pausa para encender un largo cigarrillo marrón, que sacó de una amplia pitillera de plata; no hizo el menor intento de convidar u ofrecer a nadie. Había sacado la pitillera de uno de los bolsillos laterales de su elegante chaqueta a rayas finitas, azul y gris, y al bolsillo la devolvió cerrada, después de un seco clac-. La historia –dijo, con un acento amable, casi melífluo, como si algo blando se le derritiera en la cavidad bucal-, por lo demás, es muy entretenida, y sumamente interesante, de modo que quiero conocer el final. Lo digo en serio, sin el menor ánimo peyorativo.

-Mejor así, doctor –dijo Massini.

Vació su vaso –iba por su segunda botella- y lo volvió a llenar.

-Sigue, monada –le dijo a su mujer.

Ella seguía de pie. Retrocedió y se sentó; acto seguido se volvió a incorporar.

-Me siento más suelta de pie -murmuró Nel-. ¿No les importa?

Hubo un amplio y vago murmullo negativo. Yo mismo dije No y escuché que Leonor, a mi lado, decía Nooo, por favor.

-Aquel mogote –dijo Nel-, como lo llamó Wendy, aquel imprevisto obstáculo de piedras y barro, nos tenía allí embarrancadas, sin poder movernos ni para adelante ni para atrás, y menos para los lados –hablaba con prisa, como si quisiera terminar con su historia cuanto antes-, con la fiera aquella a diez pasos escasos de distancia. Al final Wendy se decidió. Apagó el motor y me dijo ‘Bajemos’. Añadió, sin duda al ver el espanto que debía reflejar mi cara: ‘Bajamos, sacamos a la yola por encima del mogote, y seguimos. Pesa poquísimo; entre las dos podremos’. Ella acto seguido se bajó y se hundió en fango hasta las rodillas. Yo recé en secreto y cerré los ojos y bajé; trastabillé y me caí, y cuando me incorporé la yola había remontado por sí sola el mogote, libre de nuestro peso conjunto y por tanto más ligera. Suerte que Wendy la retenía de un cabo para que no se largara sin nosotras, porque el viento soplaba de firme en dirección del mar. Había empezado a soplar en esa dirección, y había seguido soplando todo el rato, desde que empezamos a costear la isla, junto a Bald Rocks. Antes ni la más ligera brisa, y de golpe aquel súbito empujón del viento; fue como un milagro; un milagro malo, que a punto estuvo de llevarnos adentro de las fauces del cocodrilo albino. Conseguimos, pues, decía, subirnos a la yola las dos, Wendy encendió de nuevo el motor y entre éste y el viento en un minuto habíamos dejado lejos al cocodrilo en su cueva. Al final yo estaba tan sucia y me sentía tan mal que, al llegar a la Thirty Fourth Beach paramos la yola y nos reintegramos al mundo civilizado. Recuerdo que un taxi no nos quería llevar, porque las dos estábamos todas sucias de aquel inmundito ceno, que además, es la pura verdad, apestaba, por desgracia. Un asco –Nel hizo una deliciosa muequecita muy expresiva-. Un billete de veinte dólares que pasó de la mano de Wendy a la del taxista solucionó el problema. La yola la dejamos en la playa, amarrada a un poste.

Nel dio dos pasos hacia atrás, luego tanteó a su espalda el respaldo de su silla y se sentó; su marido se echó hacia atrás al mismo tiempo.

-¿Cómo te sientes? –le preguntó.

-Agotada –contestó ella, con los ojos cerrados.

Buscaba, con una mano, las manos de su marido; se aferró a una de ellas con los cinco dedos y me pareció que le clavaba las cinco uñas; él ni se inmutó.

-Hay muchos, lo sé –susurró Nel-. Hay muchísimos, gigantescos, machos y hembras, con sus camadas, en sus nidos y sus cuevas. Estoy espantada. Esta noche, Jim, ¿tendré pesadillas?

-No –negó él, con absoluta calma y total rotundidad.

-Ay, qué alivio –dijo Nel

Nadie más hablaba; todos estábamos atentos, inmóviles, como colibrís frente a una serpiente, a lo que ellos decían.

-Creo que es hora de irnos, muñeca –dijo él.

Ella asintió. Celda Thobias protestó enérgicamente, y otros le hicieron coro, mi mujer entre ellos, pero de nada sirvió. Cinco minutos después los Massini se habían ido. Habían dejado detrás un hueco enorme, que se tradujo en un largo e incómodo silencio, sólo quebrantado por algunos bisbiseos.

-¿Os habéis creído la historia? –nos preguntó a todos Celda Thobias.

Hubo sonrisas, movimientos denegatorios de varias cabezas, un claro ‘Por supuesto que no’, de Leonor, mi mujer, y unas toses del doctor Westworth que a la postre acallaron a todo el mundo.

-Yo –dijo el médico- que como buen profesional de la medicina soy un escéptico de primer rango, le creí. La muchacha no mentía. Todo, es claro, era producto de su imaginación, trabajo del inconsciente. Me gustaría hablar con esa Wendy, si es que existe.

-Oh, es claro que existe –dijo Cyrus Monarch, el pintor, que se decía que era el amante, digamos oficial, de la acuarelista, y a quien los Massini, cuando llegó, saludaron con cierta efusión, al único; Nel, recuerdo lo que lo envidié, se puso de pie para besarlo en las dos mejillas, y él le dio unas palmaditas en un hombro y le dijo ‘¿Cómo está mi niña? ¿Cómo te trata esta bestia?’, con un alusivo movimiento de cabeza en dirección a Massini; eso había sido unas horas antes. Ahora el pintor hablaba, decía-, Wendy es sobrina mía –y añadía-, Winnifer Monarch, hija de mi hermano mayor. Ella y esta chica, Nel, se hicieron muy buenas amigas hace un par de años, en Antibes. Creo que los Massini estaban entonces de luna de miel, aunque no lo aseguraría. Nel, como habréis podido apreciar, es una chica con una timidez patológica, enfermiza; sólo esa bestia que tiene por marido, que a pesar de su aspecto alarmante es un tipo pacífico, muy inteligente, muy culto además (aquí se oyó la voz del médico, carrasposa. ‘Eso no me lo trago’; nadie le contestó, nadie le hizo coro, nadie agregó nada), sólo él la sabe tratar, animar, consolar. La chica, que es de familia real, descendiente de los remotos persas sasánidas y emparentada con el Agá Khan, tuvo gravísimos problemas con los muyaidines de Khomeini. Le mataron creo que a su padre y a un hermano y a ella, al parecer, la violaron repetidamente; la tuvieron retenida, recluida, un par de meses, por lo menos. Sé que intervino el gobierno hindú para que la liberaran.

Al rato nos fuimos nosotros.

8)

Pasados unos años, como ya he anticipado, la verdadera personalidad de Nel Massini quedó al descubierto. Todo lo de su origen iraní era una personalidad ficticia que tenía por finalidad ocultar la verdadera. El resto está

cercano en la memoria de todos. En septiembre del año 1997, las autoridades neoyorkinas reconocieron la existencia (cito) “de una pequeña colonia de cocodrilos del Nilo mutantes en las cloacas de esta ciudad”. Los cuatro grandes distritos son visitados por los cocodrilos; sólo el lejano quinto distrito, Richmond, en Staten Island, está libre de esta blanca pesadilla. Las autoridades afirmaron, en su día, que la situación, como no podía ser de otro modo, estaba “bajo control”. No obstante, desde entonces a hoy, han sucedido unos cuantos percances graves, con un saldo reconocido de 4 muertos y 5 desaparecidos. Dos gigantescos cocodrilos, que, en efecto, son ciegos, arremetieron contra un bote, en el East, a bordo del cual bogaba una pareja de enamorados. Aunque los dos salvaron, milagrosamente, sus vidas, gracias a la intervención de una lancha rápida de la Policía Marítima, que casualmente estaba cerca, el incidente ganó las primeras páginas de todos los diarios del mundo. Los incidentes subsecuentes son más sórdidos, y todos ocurrieron en las infestadas cloacas, donde estos peligrosos animales tienen sus nidos y crían a sus proles. Cómo han podido aparecer, multiplicarse y mutar estos feroces lagartos en plena Nueva York es algo que ha suscitado decenas de explicaciones, ninguna concluyente, ninguna determinante, ninguna digna de crédito.

Hace ya años que, oficialmente, los neoyorkinos conviven con cocodrilos albinos. La historia de Nel, en la que sólo yo creí, empujado por la fascinación, era, después de todo, verídica.

Nota bene

El autor

Miklòsz Geogades nació en 1931, en Bulgaria. En 1958 emigró a Francia. Escribe en francés. Publicó el primero de sus muchos libros en 1969. Este cuento es de 1995. Jamás pisó Nueva York.

LA VUELTA

La conclusión inevitable de la frivolidad es el nihilismo, es decir la destrucción por la destrucción en sí, incluyendo, por supuesto, la autodestrucción. Caso sintomático o, más aún, simbólico, es el patético final de aquel exquisito poeta y verdadero zar de la frivolidad que fue Oscar Wilde

The childhood of Jack the Ripper JONAH STERLING

EL POGROM DE LOS IDUS de marzo de 1853, en Jaroslavl, dejó un recuento, apresurado e incompleto, de seiscientos doce víctimas mortales entre hombres, mujeres, niños y ancianos. De los innumerables huérfanos resultantes de aquella jornada trágica, unos cuarenta, peor que mejor contados, fueron consignados al Hospicio Infantil Imperial de Murmansk, a fin de ser allí desjudeizados y consiguiente y debidamente encausados en el buen orden cristiano, según úcase del zar, al amparo y bajo la tutela de la orden ortodoxa de la Virgen de Dravesnáiana del Dulce Martirio. Llegaron al hospicio, un barracón de madera que estaba dentro de los altos muros grises y musgosos del monasterio, en una parsimoniosa caravana a tracción de bueyes, al final de seis inacabables semanas de travesía. Uno de aquellos huérfanos, de sólo cuatro años, acaso tres, se llamaba Isach Bascovicz Ne-

lisse; no tenía a nadie en el mundo, ya que toda su familia había sido victima en el pogrom. Por ende, lo bautizaron y cristianaron con el nombre de Alecsánder (o Alecséi).

La orden de Nuestra Señora de Dravesnáiana fue fundada por el noble ruso Boris Borisevich Kornilov, que había abandonado el ocio y las riquezas a cambio de una vida de santón itinerante. Cumplidos los sesenta se instaló en lo que entonces eran las afueras de Murmansk, en terrenos que le fueron cedidos por el Kremlin. San Petersburgo aún no existía. Corrían los años finales del convulso siglo XVI, cuando zares polacos eran asesinados y reemplazados por pseudozares no siempre rusos, y cuando tártaros y rusos y rusos y calmucos libraban intermitentes guerras sin cuartel. En tiempos anteriores, acaso en el siglo XIII o en la primera mitad del catorce, una horda de mongoles se había convertido masivamente al cristianismo tras una aparición de la Virgen en una cueva de la Dravisnáiana, un desierto de piedra porosa próximo a Murmsansk. De allí tomó su nombre la orden de Boris Borisevich, a quien sus años de peregrinaje entre tártaros, calmucos, mongoles, osetios, chechenos, judíos, rusos blancos del oeste del Cáucaso y rusos negros del este, más otro millar de etnias que sería ocioso y a la vez laborioso citar, le habían otorgado una visión del mundo tan intrincada como estrecha. La sangre judía la consideraba un pecado mortal per se, desde el día en que crucificaron a Dios encarnado; desde el día en que, advertidos por Pilatos, los judíos reclamaron que la sangre de aquel falso profeta y falso rey cayera sobre sus cabezas si la verdad no estaba de su lado. Y la verdad, para Boris Borisevich, no estaba y nunca podría estar del lado de los que él llamaba juzdnos. Lo del Dulce Martirio fue un agregado posterior, acaso implantado para escamotear o disfrazar la áspera dureza de los principios fundamentales de la orden.

Alecséi fue un buen interno, dócil y obediente, si bien solitario, triste y taciturno. Sentía verdadera inclinación por los asuntos teologales, y, a los doce años, iluminó una Vida de San Jerónimo en la que demostró virtudes inusuales en el empleo del lapislázuli. De no haber sido por su irremediable ascendencia semítica, los buenos sacerdotes del Dulce Martirio lo hubieran conducido a la casulla, el hábito gris y el cinturón con una borla, que eran los signos externos que identificaban a los novicios de la orden. La posibilidad fue motivo de susurrantes discusiones que Alecséi ignoraría toda su vida. Desde debajo de los soportales del gran patio del monasterio, los popes lo miraban pasar, con un libro de devociones en la mano, y sacudían con pesar las negras y blandas barbas. Que pena, se decían unos a otros, Sangre judía, qué pena. Los fáciles y falaces conceptos que trajo consigo el aristócrata renegado Boris Borisevich Kornilov, al que su vida de asceta había degenerado en un individuo tosco, sucio y barbudo, propietario de una barba que no se lavaba nunca, como tampoco lo hacía con el resto de su persona, y que implantó en los blandos cerebros de los popes y monjes superiores que lo sucedieron, hacían de la orden de Dravesnáiana una cosa sin par posible; es inconcebible, por lo demás, que todos sus miembros creyeran a pies juntillas en aquel torpe y esquemático fanatismo, pero era pasible de gravísimas penitencias poner en cuestación los primeros principios de la orden, de modo que quienes dudaran callaban y asentían.

-Sangre judía, con la mano que tiene para el dibujo y la caligrafía.

-Destreza, hijo mío, que procede de Satanás, como el virtuosismo del hermano Volodja con el flautín procede de la Virgen.

-De todas formas es una pena. El muchacho es de dócil carácter, obediente, disciplinado. Sería un buen cristiano.

-No blasfemes, Serguéi. Tiene sangre judía por los cuatro costados –argüía el pope mayor Filipomenen.

“Cuidado con la destreza, decía, cuidado con la habilidad, con eso que gentes legas, gentes ateas, gentes liberales llaman virtuosismo, como si las virtudes no emanaran de Nuestro Señor y de la Madre de Cristo Redentor; no llaméis virtudes a las meras habilidades, pues caéis en pecado y deberéis ponerlos a bien con Nuestra Señora con las duras penitencias que conocéis. Los judíos se aliaron con Satanás cuando procedieron a crucificar a Dios encarnado. ¡Cuidado! ¡Cuidado!”—Esto lo decía el superior, palabra más palabra menos, en múltiples ocasiones.

Los había, entre los pacíficos, crédulos y amables monjes, quienes se santiaguaban, de la forma, eso sí, más comedida y discreta, cuando Alecséi, ingenuamente, se les acercaba. Eran, en realidad, infelices; eran personas de buen corazón, al menos la mayor parte entre ellos. El pope Filipomenen, por ejemplo, que fue quien más bregó para que Alecséi estudiara y se ilustrara, con vistas a enfrentar al tremebundo mundo cuando los altos muros del monasterio dejaran de cernerlo y protegerlo, era a la par el más irreducible en cuanto al punto que, sin violencias ni prisas, con bondad, consuelo y preces, el monasterio debía librarse hasta de la última gota de sangre judizna. A la orden le había tocado, en virtud de la caridad y la misericordia, más el úcase del zar, encomendarse a aquella tarea, con aquellos huérfanos de la desatada violencia habida en Jaroslavzl, pero aquella tarea un día terminaría. De los cuarenta mal contados huérfanos treinta y nueve habían abandonado el monasterio, algunos enterrados en tierras no benditas, murellas afuera. Sólo uno quedaba: Alecséi Nelisse.

‘Los más justificados principios desencadenan los más deleznable fines’, decía el pope Filipomenen, a quien la edad hacía más drástico y severo en cuanto a sus ideas a la vez que más blando y suave en cuanto a su trato con los otros, y muy en especial con Alecséi. ‘Que esto nos ayude a ser más firmes en nuestras creencias, más pacíficos y tolerantes en nuestras prácticas,

más serenos ante nuestro dolor. La obligación está antes que nosotros. Aunque judíos, estos desgraciados eran niños, eran huérfanos, y nuestro deber era encauzarlos, desjudeizarlos, cristianarlos, fortalecerlos y lanzarlos al azaroso afuera'. '¿Y Alecséi?', le preguntaban. 'También se irá cuando le llegue el día', contestaba tajante el bondadoso pope mayor.

Con un amplio ademán el pope Filipomenen, un buen hombre, aunque algo simple, abarcaba, metafóricamente, el mundo, cuyas facetas más horribles él no había llegado a conocer, pero de cuya existencia sabía. Promiscuidad, violencia, hediondez, hacinamiento, concupiscencia, blasfemia, adulterios, atracos, violaciones, estupros, sodomía, bestialismo, codicia, afán de lucro, envidia, avaricia, gula, soberbia, lujuria, pereza, ira desenfrenada, todos los Siete Pecados Capitales y regimientos de diferentes crímenes casi peores. Dentro de sus muros, en cambio, los del monasterio, reinaba la paz. Había discordias, envidias, recelos, celos, ojerizas, etc, pero todo en tono menor, y un hombre como él, de carácter firme, manejaba sin mayores dificultades a su grey. De los judíos un día se librarían de todos, y seguramente Alecséi sería el último, como de hecho lo fue, ya que muchos monjes le habían cogido simpatía, y el propio Filipomenen se veía incapaz de expulsarlo cuando tantas buenas muestras de bondad, docilidad, disciplina y obediencia, virtudes cardinales de un monje, había dado el judezno que hasta a él mismo, al propio superior de la orden, no sólo jefe de su grey sino vigilante supremo de que se cumplieran al pie de la letra los arduos primeros principios de la referida orden, incardinados en la herencia moral que había dejado Boris Borisevich, el fundador, hasta a él mismo, sí, al pope Filipomenen, en alguna ocasión lo habían hecho vacilar de lo que era el cumplimiento exacto de su deber, porque ¿a dónde iríamos a dar si nuestra severa orden, ejemplo y prez de la iglesia rusa, produjera monjes de sangre judía? Si un matiz de aquella detestada sangre los abolía como postulantes, ¿qué decir de un

joven, por muy agradable y obediente, e inteligente, que fuere, con toda su sangre, por madre y padre y abuelos, judezna? No, el caso de Alecséi Nelisse no se podía ni plantear. Una vez hubiera completado su educación él mismo se encargaría de ponerlo de patitas afuera, por mucho que personalmente pudiera dolerle, por mucho que a su mente mortal, y por ende equívoca, aquella acción se le hiciera nefanda

En la primavera de 1866, a los diecinueve años, Alecséi se embarcó para América; el navío, un carguero de Copenhague contratado para el transporte de maderas, zarpó de San Petersburgo en la madrugada del cuatro de abril, según el calendario zarista, o sea el 15 según el calendario gregoriano. Cabe muy bien suponer que Alecséi no supiera adónde iba; que América, para su incultivado entendimiento, sólo rico en imágenes sagradas y versículos bíblicos, fuese un destino tan impreciso como el infierno o el paraíso, aunque mucho más incierto. El viaje se prolongó cuarenta y seis días enteros, mal que bien contados, con sus cuarenta y cinco noches; Alecséi viajaba en la bodega, uno más e igual de anónimo y prescindible que los otros, uno más entre seiscientos bien que peor contados, apretados y malolientes organismos humanos. Ni una vez salió Alecséi a la cubierta ni asomó la mirada por los ojos de buey, o escotillas, del buque.

De hecho, Alecséi no se iba: se lo llevaban. Como en el hospicio se le había enseñado a leer y a escribir (operaciones que él practicaba con la quieta y laboriosa minuciosidad característica de su raza), Alecséi era uno de los escasos viajeros de aquel navío que habían firmado con su nombre el contrato que les extendieron. Aunque hubiera podido hacerlo, no lo había, sin embargo, leído; la curiosidad, siquiera por su personal destino, era una operación caprichosa, capciosa cabía que, bastante más compleja y arriesgada, por ende, que la de leer y escribir; era una operación, en fin, que los absor-

tos aunque bondadosos monjes del Dulce Martirio no le habían enseñado, que quizá ellos mismos desconocían.

Para Alecséi, a aquellas alturas de su vida, a bordo de aquel navío que lo llevaba a América como lo pudiera haber llevado a ninguna parte, el pasado anterior a su ingreso en el hospicio se condensaba en un único recuerdo: una mancha roja como un borrón de tinta roja, acompañada por los gritos de dolor que proferían agonizantes bocas invisibles y por el olor acre de las llamas y sus pálidos fulgores; no recordaba a su madre ni a su padre; tampoco a vecinos ni amigos ni hermanos. Soñaba a menudo con aquel único recuerdo lejano, y los gritos y los ayes de la gente moribunda lo devolvían a la brusca vigilia de su duro lecho estrecho, bajo el gran crucifijo de nudos y madera que lo presidía; y en el barco, años después, el siempre brusco despertar lo reintegraba a la tiniebla bamboleante de la hedionda bodega, entre gruesos maderos estibados a babor y estribor, y al tosco tablón rajado donde reposaban sus huesos, mal que peor cubiertos con pedazos de arpillera. Su vida en el hospicio había sido monótona y escasa y puede que triste, aunque sólo en apariencia, porque el lujo de la verdadera tristeza estaba lejos de sus alcances, pero no había sido de ningún modo ni ingrata ni ignominiosa. Los monjes lo habían tratado bien, ya que, a excepción del pope Filipomenen, apenas si se habían ocupado de él en cuanto que individuo diferenciable del resto; más los ocupaban sus rezos, sus ayunos y sus almas. Unos pocos habían alentado su talento para el dibujo; otros tantos lo habían desalentado, inquietos porque su sangre hebraica inficionara de maldad las sagradas imágenes que delineaban sus virtuosos dedos.

En el barco, en las horas iguales de la vigilia, dentro de la luz inquietante, moribunda, que entraba por los ojos de buey, o escotillas, el joven recordaba con abstracta impavidez, sin ternura ni rencor, a aquellos hombres barbudos, todos ellos, con barbas todas ellas enmarañadas, en las que medraban

liendres y pulgas; los recordaba como recordaba su camino a San Petersburgo, el cartel fijado a una pared que él había leído una tarde, el aire recalentado del inmenso barracón donde él había guardado cola, el dolor del pinchazo que le habían dado en un brazo, cerca del hombro. Todo lo recordaba con una idéntica distanciación, con una misma indiferencia, con una suave aunque aleve sensación de tedio. Eran los años en que triunfaba en París el spleen, cosas que estaban tan lejos de él (el spleen, París), como él lo estaba de las minúsculas y quietas estrellas que, en días de estío, se asomaban, frías, a la turbia bóveda celeste de San Petersburgo.

Cuando Alecséi cumplió dieciséis años (según una fecha arbitraria conferida al azar del calendario, y que dio por caer sobre marzo, el día 6, según el calendario zarista, el 17 según el gregoriano, vigente en el resto de Europa), el pope Filipomenen le puso unas kopeckas en la mano, lo condujo al pesado portalón de acceso del Hospicio y le aseguró que la Divina Providencia lo acompañaría en su camino.

-Reza tus oraciones –le recomendó-. Sé casto y honrado. Sé prudente.

Nunca le dijeron, por piedad, que era judío, que a ellos les parecía la peor calamidad que podía concurrir sobre un ser humano, hijo de la raza maldita, descendiente de los cainitas que habían reclamado que la sangre de Cristo cayera sobre sus cabezas; Alecséi de todos modos lo sabía, ya en los claustros, y lo supo definitivamente en los caminos. Sabía no que fuera judío. Sabía que era distinto a los demás, que estaba hecho de otra materia; que no sólo nada tenía que ver, en sus pensamientos, en sus actitudes, en sus osados ensoñeceres, con los pacíficos y aborregados monjes de Dravesnáiana ni, después, cuando salió del monasterio al mundo, tampoco había nada que lo semejara a las burdas y zafias entidades, indudablemente humanas, que encontraba en su azaroso y desperejo camino, que, aunque tuviera un exacto destino, aún ignorado por él, en realidad, y al menos de momento, no lo lle-

vaba a ninguna parte, o lo llevaba a todas. Si hubiera sido portador de un mapa se hubiera dado cuenta de que ni avanzaba ni retrocedía, porque se metía por un sendero fruto de la casualidad y se desviaba por otro por mor de lo mismo. Los mapas, empero, entonces, los aún rudimentarios mapas de la época, en la retrasada Rusia de los zares, estaba prohibido utilizarlos salvo para casos concretos de topografía, deslinde de tierras o trazado de vías férreas. Todo esto, por supuesto, Alecséi lo ignoraba; por ignorar no quedaba: ignoraba inclusive de la existencia de mapas.

Alecséi Nelisse ambulaba, es decir, sin rumbo fijo, aunque con un oscuro y dudoso destino, que en algún punto de aquel viaje suyo a ninguna parte se había ido perfilando y al final había fructificado. Fue a lo largo de una de aquellas inacabables noches sin luna, con su cuerpo cansado tirado en un pajonal desde el anochecido, mientras el aullido de lejanos lobos y el áspero croar de sapos cercanos, más el casual ululato de algún búho o lechuza lo mantenían despierto, o cabe que en un entresueño inquieto; el aullido cercano de los lobos lo ponía rápidamente en fuga, a veces en medio de la noche, tropezando y cayendo hasta que conseguía encaramarse a un árbol que apenas si distinguía, cuyas ramas no veía; tal vez haya sido a bordo de uno de aquellos árboles, o mientras se lavaba en una charca y se arrancaba de los párpados las viscosas entretelas de los malos sueños, cuando se decidió. Iría a San Petersburgo, la imperial, la única, la capital del mundo, de la que había visto algunas litografías y aguafuertes, con sus grandes avenidas, sus árboles en hileras y sus potros de reluciente y oscuro bronce o de pálido y gélido mármol, que se encabritaban en las fuentes de los parques y en las cornisas triangulares de los gigantescos edificios.

Alecséi caminó infinitamente por el hielo y sobre el barro, durmió al raso y bajo puentes, afeitó barbas y segó barbecho, cenó mendrugos, pasó frío y sufrió fiebres, ayunó incontables veces, pescó peces con las manos y atrapó

lebratos y una vez una gorda y cebada perdiz, que sin duda era de alguien, pero que no por ser robada dejó de ser un manjar para el ladrón: lo mejor que había yantado en su todavía corta vida, aunque a él le pareciera larguísima. Así pasó casi un año; el tremebundo invierno, con sus heladas y tormentas de nieve, con sus descargas eléctricas y sus explosiones de aguas sulfurosas, estuvo a un tris de acabar con su vida; de hecho, y más de una vez, Alecséi llegó a desearlo. Pero estaba hecho de una pasta dura; su constitución, aunque no destacara ni por su altura ni por la anchura de su pecho, era la de un coloso; su corazón, por ejemplo, como supo años después, sólo latía veintipocas veces por minuto.

Una infección a la boca, que soportó acurrucado en un portal, le hizo caer casi todos los dientes, atormentado por atroces dolores a los que terminó por acostumbrarse. El portal pertenecía a uno de los muchísimos poblados por los que cruzó, y la casa estaba deshabitada, pero Alecséi jamás pasó del umbral. Comía dificultosamente el pan reseco, mojado en agua, que le aportaban unas ancianas de buen corazón, a cambio de que rezara por ellas. Haberlo oído, en su alta fiebre, delirar en latín, mientras padecía sus insufribles dolores que le ablandaban las encías y le aflojaban los dientes, hizo que hasta el pedáneo se le acercara, aunque conservando una prudencial distancia, por mor de la enfermedad. El pedáneo era una especie de teniente de alcalde, que dependía de un prefecto cuyas oficinas estaban a 35 leguas rusas, y que había sido designado por éste más el ineludible úcase del zar; la enfermedad, las enfermedades en general producían pavor en un país gigantesco en el que apenas si había médico y las curanderas eran codiciosas, aunque no tanto como los santones, que se llevaban hasta un rublo entero, y algunos un rublo y ocho kopeckas, por una simple imposición de manos. Sanar eso sí, según el vulgo sanaban. Las ancianas, por su parte, todas ellas desdentadas, no le temían a la cruel y misteriosa enfermedad concreta que

había hecho presa en Alecséi. Barbudo como estaba –desde muy jovencito lo adornaba una envidiable barba dura, de suave color castaño, que crecía el largor de una uña cada veinticuatro horas-, metido en el portal, con su remendado y roto sayal, con sus mugrientas prendas de abrigo, que no se había cambiado ni, por lo tanto, lavado ni una sola vez, hediondo y absorbido por el mal comer y el agotamiento, con los pómulos afilados como puntas de flecha, Alecséi se les hacía, a aquellos ignorantes mujiks, siervos todos ellos del Duque de Stromateish, primo carnal del zar, un santón errante, de los que prodigaban milagros. Pasó en aquel poblado casi tres meses, y cuando se marchó muchas viejas y algún viejo cayeron de rodillas.

Alecséi se había bañado en un riacho cercano, y las viejas le había lavado y remendado sus pobres ropajes y le habían confeccionado un hatillo con un par de mudas completas, que incluían además, un sombrero de Astrakhán (que es el nombre de un lugar, no una determinada piel de un determinado animal) forrado con vellón de cabra caprina, munido también con grandes orejeras de marta pantanosa, o marta gris, que se ataban al mentón, y guarnecido con papriská lenzei, una especie de mandioca gomosa que se masticaba y adquiría un color azul; era inmejorable contra las tormentas invernales de granizo y además servía de amuleto contra tigres y caimanes, los feroces cocodrilos de la Siberia, a uno de los cuales Alecséi había visto a diez metros, una mañana, en cuanto clareó; la bestia pegaba grandes bocados a la raíz medio podrida de un árbol. Según le informaron años avante, el árbol de cuya raíz comía el cocodrilo debió ser un palisandrus siberii, de cuya corteza se extraía el Runze, la después llamada vitamina K, ideal para los desarreglos gastrointestinales y para robustecer la memoria y demás funciones cerebrales.

-La raíz –fue la opinión, muchos años después, del doctor y bacteriólogo eminente Curtis Brown-Silverado- sirve de purgante y es un antiparasitario

natural. Sin duda el cocodrilo combatía, con los medios a su alcance, a sus parásitos, que son decenas. Nada más que la tenia llamada saginata puede medir, en un cocodrilo, veintisiete metros, y unos quince la tenia equinococcus.

-Yo –rememoraba Alecséi, entonces Alexander, pasados muchos años, cuando era no ya sólo rico, sino un hombre con cuyos intereses y persona los más poderosos tenían que contar, siempre- de tan aterrado como estaba me quedé inmóvil, no atiné siquiera a huir, subirme a un árbol, nada. La gran bestia paró de masticar aquella raíz putrefacta, me miró con esos ojos malignos de sierpes y lagartos, dio media vuelta y se fue. Lo vi hundirse delicadamente en un lodazal cercano. Tres mil kilos de peso y no hizo salpicar ni gota.

Aunque una tarde de primavera Alecséi perdió en un prado su castidad, nunca robó, de no ser aquella semiolvidada perdiz, ni se olvidó de sus rezos; seguiría rezando hasta el último día de su vida, cuando ya hacía muchos años que no recordaba ni el más ligero atisbo de las antiguas creencias que los monjes habían pretendido inculcar en su alma; en él. Nunca robó, eso sí, ni el más mísero mendrugo de pan. Tampoco se rebajó ni una vez, por mucho que el hambre lo acuciara, a la vil pasión de la mendicidad.

Una mañana de mayo de 1866, Alecséi leyó un cartel, pegado torcido contra un muro, en una calle marginal petersburguesa, ciudad en la que llevaba semanas de pasar hambre y frío y pisar nieve y lodo. Dormía en los fondos de una curtiembre, escabulléndose cada noche de los faroles rojos de los vigilantes. Comía un plato al día, consistente en nabos o puerros que flotaban en un caldo grasiento, negruzco, a cambio de barrer una enorme barraca con filas de bancos y mesas, donde se emborrachaba el regimiento 102º de los cosacos del Donetsk, jinetes famosos que se cubrían de gloria con cada sucesiva derrota. Eran hombres de amplio tórax, amplios bigotes,

amplísimos calzones de montar y tintineantes espuelas, más las lustrosas espadas al cinto, que, cada vez que lo veían, se reían a carcajadas y lo expulsaban a patadas. Fue uno de ellos el primero que le dijo, tras propinarle un puntapié entre las costillas:

-Maldito judezno, déjanos en paz.

¿Así que era eso? De alguna forma el brutal cosaco lo había leído en la cara de Alecséi. Judezno: judío. Alecséi se identificó con la expresión, de evidente carga desdeñosa; llegó inclusive a encariñarse con ella, a repetírsela con algo semejante al orgullo, un orgullo en todo caso humilde, cabizbajo, burilado por la orfandad, los cotidianos desdeñosos y la universal indiferencia; lo repetía y recitaba para sí, en silencio, en las crudas noches de la dura primavera petersburguesa. Al fin había encontrado su lugar, aunque fuese humildísimo, en el mundo. Ya no era una entidad anónima, un huérfano del pogrom de 1853 en Jaroslavl. Era un judezno, pertenecía a una tribu, a una raza, a un pueblo. Eso era mucho; punto menos (era) que todo.

Alecséi era un joven amable, que jamás rehuía el diálogo con quien se lo requería: mendigos, lustrabotas, ramerías encallecidas, anarquistas que intentaban reclutarlo para volarle la cabeza al zar, ladronzuelos, el envenenador de caballos Zuglún Patrass, que moriría deleznado en su día por una horca de cáñamo engrasada con grasa de cerdo, para envilecer y degradar su merecida ejecución, de la que Alecséi fue imparcial, acaso impávido testigo. Hablaba, o, mejor, respondía a lo que le decían campesinos libres, de botas claveteadas, que procedían a vender sus legumbres y hortalizas en el mercado, mujiks que bebían agua de charcos y fumaban unas pipas fabricadas con cortezas de árbol, la cazoleta llenada con restos resacos de legumbres y raíces, también con chamarileros judíos que le pagaban algunas kopekas por limpiarles sus locales, y cuyas fornidas mujeres lo invitaban con samovar, a cambio de que él prestara oídos a fragmentos de la liturgia que los maridos,

los chamarileros, le leían en *juedisch*, o alemán, como ellos lo llamaban, idioma que Alecséi fue aprendiendo así, día tras día, semana tras semana, mes a mes, hasta que muchos años después descubrió que no sólo no lo había olvidado sino que lo dominaba; y esto le salvó la vida, según se contará en su momento.

Alecséi cambió de trabajo muchas veces, de la barraca a un sótano donde claveteaba mediasuelas, de allí a un lupanar donde recogía meados y trapos sanguinolentos, después a un hotel donde limpiaba las amplias cuadras y enlustraba las lujosas carrozas de los potentados, y a posteriori a una de las granjas avícolas del conde Cornelius, y a un coto de caza del conde, donde daba suelta a zorros para que los anglófilos invitados del conde, y el anglófilo conde en cabeza, con decenas de perros de todo pelaje, lo persiguieran y descuartizaran. Alecséi vivía en un altillo de las zorreras y apestaba a zorro, de modo que los perros a menudo le seguían el husmillo y se iban en su busca hasta que él trepaba a un árbol y los despistaba. Sonreía siempre, tanto cuando uno de los senescales del conde lo reprendía como cuando lo elogiaba, lo que sucedía también, aunque en raras ocasiones.

Por fin, después de desempeñar otras tareas, tanto en las vecindades de la lujosa San Petersburgo como en la campiña cercana a la ciudad, obtuvo empleo fijo, con salario, en los Graneros Imperiales. Le pagaban ocho kopeckas a la semana por seis horas diarias de trabajo. Si alguien se lo hubiera preguntado, hubiera contestado sin ironía que se sentía afortunado, aunque su carne le dijera lo contrario, y sus huesos, y sus músculos. En su alma, aún ingenua y bondadosa, primaba como exacta maravilla el sencillo hecho de ser, de respirar. Creía, lo que es una clara muestra de su entonces esencial candidez, que el zar, la zarina y el zarevitch, así como todos los duques, archiduques y otros miembros de la corte, respiraban igual que él, por la nariz y los pulmones.

El texto que vio y leyó en aquella calleja no era largo; constaba de unas pocas líneas en cirílico más un encabezado en capitulares que decía:

AMERICA REQUIERE BRAZOS FUERTES

Fue otro desclasado que estaba con él en aquel momento, ya que los dos se encaminaban juntos al Granero Imperial, donde recogerían una paga de ocho kopeckas semanales a cambio de seis horas diarias de cargar bolsas de trigo en previsión del invierno, quien se fijó en el cartel y se interesó por éste. El hombre no sabía leer y recurrió a Alecséi para que le desvelara el misterio de las letras que componían el anuncio.

-Si de verdad te han enseñado a leer -le dijo, con un tono grosero de desafío-, léeme lo que pone ese cartel. Una adivina gitana me anunció que esta mañana, en una esquina, se decidiría mi futuro.

El que se decidió fue el futuro de Alecséi.

Al otro día, callado y aún confundido, tranquila y anticipadamente desengañado, presa hasta entonces (como había sido) de las más crueles afrentas de la vida, de las que él sólo había sido consciente de un modo parcial y casi anónimo, puramente contemplativo, tal cual si le hubiesen acontecido a otro, Alecséi se apersonó y aguardó donde el cartel indicaba. Había muchos soldados, repartidos en piquetes, que hablaban a gritos y abofeteaban gente. Se trataba de un amplio barracón desnudo de todo y sin ventanas, hediondo, sofocante y mezquinamente iluminado, en donde los postulantes eran forzados, a empujones y gritos, a golpes de culata de los viejos rifles gastados que portaba la soldadesca, y a puntapiés, a guardar prietas colas y desfilar, uno por uno y callados, por delante de unas mesas bajas, a las que un escribiente sentado tras ellas les requería, sin mirarlos, nombre y edad; acto seguido les hacían quitarse la ropa de la cintura para arriba y les examinaban la dentadura, como a los caballos, levantándoles el labio superior con el pulgar. Les pegaban palmotazos fuertes en la espalda, para comprobar su re-

sistencia, y a los que seleccionaban les clavaban una aguja en un brazo. Alecséi, al ver que examinaban las bocas, temió, en su fila, que sus desdentadas encías lo descalificaran, por lo que estuvo a punto de girarse e irse. Por fortuna, para él y, sobre todo, para sus descendientes, el hambre pudo más y se quedó.

La tenacidad, virtud cardinal de la raza israelita, estaba ya altamente incardinada en la persona de Alecséi Nelisse. En 1892, a fuerza de ahorro, tesón y tenacidad, Alecséi, entonces ya transfigurado en Mr. Alexander Neliss, Esq., ciudadano de Estados Unidos, era un hombre rico. Tres años antes se había casado y era padre de un niño.

Alexander había empezado su fortuna desde el escalón más bajo, como peón de la vía férrea de Chicago, propiedad de la Central Pacific Railway, de los señores Harriman y Gould, antaño mortales enemigos que, para aquella fecha y aquella empresa, habían terminado, en bien del mutuo beneficio, como asociados y casi amigos: jugaban juntos al golf en los mismos links, compartieron en sus favores de mantenida, primero uno y después el otro – el orden no está muy claro, aunque todo parece señalar al señor Harriman como el iniciador y/o descubridor-, cual corresponde a caballeros, a la célebre actriz francolituana Archaedia Moronis, y, como culminación y remate de su alianza, habían casado al hijo de uno con la hija del otro –en este caso sí se sabe que el novio y después marido fue Averell Thomas Harriman, y la prometida y a posteriori desposada la bellísima Sussanah Gould, quien, después de seis años de matrimonio, se separó y divorció de su marido y contrajo rápido enlace con quien había sido el amor de toda su vida, un ingeniero de ferrocarriles llamado Tatterell C. Howard, entonces ingeniero jefe de la línea Hoboken-Palm Beach y que llegaría a ser vicepresidente eje-

cutivo de la colosal empresa ferroviaria, y propietario único de una treintena de su millar largo de filiales.

La CPR, según sus siglas, tejía entonces, cuando Alecséi Nelisse llegó por fin a su puesto y lugar de trabajo, un nuevo ramal de su telaraña desde Chicago en dirección al Pacífico. Cuando Alexander llegó, Alecséi todavía, de New York a Chicago en un tren de ganado, como discordante unidad callada, solitaria y sobria dentro de un grupo ruidoso, gregario y beodo de cincuenta inmigrantes, salidos todos ellos de dentro de los inagotables confines de Rusia, el nuevo ramal ya había alcanzado algún punto intermedio entre el sinuoso curso del río Waynoka y la avanzadilla militar de Fort Bennings, en el inhóspito y hostil territorio del Wyoming. En los siete años, pactados por contrato, que Alecséi dedicó al ferrocarril, muy poco le ocurrió digno de mención, aparte de la cotidiana lucha con las traviesas y los raíles, los elementos, las fieras salvajes, el frío nocturno y el calor diurno, las serpientes y los indios dakota, lakota y pawnee; esto sin contar con los desvelos de su íntima y creciente soledad, que había dado forma, sin que él lo notara o sospechara siquiera, a una piedra en el centro de su alma. Cuando su contrato venció, a principios de 1874, Alexander era corporal de cuadrilla y había ahorrado veinticuatro dólares. Se negó a reengancharse.

La línea se había extendido, para entonces, desde Mugkeepsie, en Wyoming, hasta Pookespone, en el territorio del viejo Oregón. Alexander abandonó esa fortuita población y se encaminó a San Francisco, donde viviría dos años.

La Novia del Pacífico, como se la empezaba a llamar entonces, era una ciudad todavía joven y bullente de vida, actividad y oportunidades. Cuando se marchó de allí, en septiembre de 1876, de regreso al Este, Alexander tenía ahorrados, dentro de su cinturón, en redondas monedas de oro con el emblema del águila calva, algo más de ciento cincuenta dólares. Ha-

bía sido barrendero, atrezzista de un teatro y conductor de carros, entre otras varias ocupaciones más o menos pertinentes o permisibles.

Aquí, en la alegre y casquivana San Francisco, fue donde Alecséi coincidió con Oskar von Trestke, gunman y jugador fullero, al que tuvo la osadía de ganarle 60 dólares en una noche. Trestke lo esperó en la larga calle que encajonaba al viento; revoloteaban hojas muertas y trozos de papel de periódico. Un gato impune la cruzó y Oskar, para probar su puntería, lo partió en dos pedazos con una bala del 45 rajada en cruz en la punta. Ya vería ese piojoso judío. El judío salió sin armas visibles, se encaminó del modo más inocente a su pensión barata; una voz en crudo alemán se dirigió a él. Casi sin darse cuenta de lo que hacía, Alecséi le contestó también en alemán. Los dos terminaron la noche borrachos, abrazados, jurándose mutuamente amistad eterna. Alecséi, que no estaba tan borracho como aparentaba, era consciente de que llevaba una derringer escondida en una manga. Oskar era un buen tío, pero violento, y Alecséi no sabía cómo reaccionaría al despertar de la borrachera. Odiaba tener dudas. Le descargó la derringer en la nuca un segundo después de haberse despedido. Nunca tuvo problemas con la ley por ese incidente, que le hizo darse cuenta de una cosa, muy importante. No sólo era valiente; también era listo; y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa siempre que se la pagaran (No hablaremos, pues, aquí, de las noches en que combatió en los muelles, armado con nudillos de hierro, como miembro de la ‘mob’ de Spooksie Flanahan, contra los oscuros marineros del mulato Thobias Shelton; noches de sangre, de sesos saltados, de heridas bajas con armas blancas, de la herida de arma blanca en la ingle, cuya larga y lineal cicatriz él –Alecséi- conduciría, intacta, como barnizada por los años, hasta su tumba; tampoco hablaremos de las botellas de whiskey de centeno que Alecséi descargó aquellas mismas noches u otras semejantes del ‘Nightingale’ o el ‘Albatross’, para consumo de los burdeles que regía

Flanahan y regentaban gruesas madamas francesas de evocadora nomenclatura –Ivette, Ivonne, Poupée, Jolie, Mignon, Mignette, etc- y alma de hierro; ni de la muerte del demagogo De Witt Leland, ocurrida en Park Lane, el barrio más elegante de la ciudad y jamás esclarecida; ni del asalto a las nóminas de la Western Mining C^o por tres repentinos hampones con las caras tiznadas con hollín o betún; cosas todas éstas de las que un patricio de Boston, que era en lo que si no él sus hijos se habían convertido, jamás habla, nunca menciona —téngase en cuenta que la buena sociedad, convencida por el esplendor de sus residencias, por el cegador resplandor del oro, los había admitido como partes integrantes de ella misma. El viejo Alexander Neliss Esquire, no obstante, en ocasiones, se jactaba de aquellos violentos hechos delictivos y de sangre; estrictamente en familia, pero se jactaba, o, caso contrario, se arrepentía, con una contrición que le arrancaba lágrimas, en arrebatos ocasionales pero sublimes, en los que nadie creía excepto su nieto predilecto, Freddie. ‘Síiii, señor’, afirmaba, con gesto solemne e imperioso ademán Mr. Alexander Neliss, Esq.

Eran tiempos duros, en un país duro. ‘Sí, señor’

¿Quién, de los alegres potentados que bailaban el minué bajo seiscientos refulgentes candelabros, entre gigantescos espejos que los reflejaban decenas de veces y con sus botas hundidas todo el talón en las gruesas alfombras que fabricaban los otrora belicosos indios crow, no debía por lo menos una muerte?

‘Sí, señor’, afirmaba el poderoso Mr Neliss, miembro de pleno derecho del reducido clan de los que mandaban; de los que sacaban y ponían ministros y senadores, e inclusive, si se terciaba, presidentes. ‘Sí, señor’.)

En marzo de 1879, Alexander, antes Alecséi, estaba de regreso en New York; sin en realidad proponérselo había atravesado dos veces, en uno y en

otro sentidos, el casi inacabable continente americano. Había algo, indescifrable y casi sagrado, de New York, que lo atraía; New York, una ciudad a la que, hasta su retorno, sólo había entrevisto un día, en su trayecto del muelle al andén ferroviario de donde saldría para Chicago. Ese algo, oscuro y anónimo, enraizado de manera misteriosa en su espíritu, un anhelo secreto y ciego que lo había perseguido y acosado a lo largo de sus laboriosos y rutinarios (y peligrosos) afanes en las grandes praderas y la costa del Pacífico, era como una voz interior que lo llamara, en un lenguaje, hasta un exacto día, indescifrable. Su significado lo descubrió e interpretó Alexander una madrugada, mientras observaba desde un ventanuco las silentes calles desiertas de Manhattan: se trataba de las ajetreadas, apretadas y apresuradas multitudes, en aquellas horas ausentes. Notó su gravitación y su densidad en razón de su misma ausencia y deseó confundirse y mimetizarse en ellas. La alargada raya negra, vacía, de la avenida a la que estaba asomado, lo anonadaba. Al rato, tras una turbia aurora, invirtió treinta y dos de sus dólares, difícilmente amasados, y adquirió un carro y un caballo. Hasta aquella puntual aurora, Alexander había oficiado de ropavejero, empujando una carretilla de mano por las estrechas callejas del Bowery neoyorkino. Aquella mañana, ignorante de la trascendencia del paso que había afrontado, pero atezado por una sucesión de escalofríos que luego creería premonitorios, y que lo acometieron en el momento de desprenderse de sus doradas monedas (eran, en realidad, el dolor de la avaricia), Alexander Neliss había ascendido el primer peldaño a la opulencia.

El día era el 9 de junio de 1881, un martes.

Con su caballo y su carro, Alexander transportaba inmigrantes, de los muelles portuarios a los tenebrosos cobijos que los recibían. En 1884 era el dueño de tres carros con sus respectivos caballos y daba cama y comida, más un raquíptico jornal, a otros tantos inmigrantes rusos. Él ocupaba sus jorna-

das en una reducidísima oficina de Dane Street, por las mañanas, entregado al papeleo y al reparto de trabajo, y a gestiones comerciales y de negocios en diferentes lugares por las tardes. Su pequeña empresa se expandía casi hora tras hora. Muy pronto, al transporte de inmigrantes se sumaron varias funciones anejas y subsidiarias: distribución de mano de obra entre distintas empresas y compañías; tramitación de documentos y certificados; recogida y reparto de paquetes; tareas de vigilancia en depósitos y almacenes. La labor, más oscura y mejor remunerada, de romper intentos de huelga y apalear inmigrantes sediciosos o descontentos, la emprendió con su habitual frío entusiasmo después de haber elegido, minuciosamente, como lo hacía todo, a los secuaces más feroces, adecuados y eficaces.

En 1888, Alexander adoptó la ciudadanía americana y tomó una decisión: no salirse ya jamás de los trámites y tránsitos, de los negocios y pactos delimitados y autorizados, cuando no bendecidos, por las leyes; no le hacía falta; él pronto sería uno de los que las hacían: esto, que él sabía con igual certidumbre con que al dormirse, cada noche, sabía que se recordaría temprano por la mañana (era y sería, hasta su muerte, hombre madrugador), era fruto de ese entusiasmo impávido y mudo, de ese impulso callado y como quieto, de ese empuje silente y grávido, un fruto atávico; el que, seguramente, aunque él ya no lo recordaba, le había salvado la muy corta vida, de forma sin duda instintiva, en la masacre de marzo del 53; el mismo que lo había conducido, él a ciegas, por los laberintos cirílicos de la copiosa lengua rusa, para él ajena y casi ignorada hasta el pogrom (porque él sí recordaba que sólo hablaba en judeitz o yiddisch, que sus antepasados habían traído de Alemania, cuando llegó al Hospicio); lo que lo había conducido, sobre el barro y bajo la nieve, sobre el hielo y bajo el pálido sol estepario, a la capital del mundo, la colosal y calculada San Petersburgo de amplios boulevards, sólidas e inmensas bóvedas de iglesias y gigantescas estatuas de mármol; el in-

trincado afán que lo había guiado al barracón de las agujas y al navío dinamarcués; ese mismo sentimiento, o esa misma secreta compulsión, que lo había alimentado de codicia y avaricia mientras machacaba pernos con el pesado marrón, cortaba raíles de hierro a golpes de formón, colocaba traviesas entre los simétricos raíles, cobraba su paga los sábados y no visitaba tabernas ni burdeles por la noche, sino que rezaba sus oraciones y contaba una por una sus monedas con sus ávidos aunque imparciales dedos (entonces sumaba; después multiplicaría); ese adquisitivo, a la par que tranquilo, entusiasmo, lo había guiado, peor que a ciegas, como a un hombre sin brazos ni piernas, como a un corazón duro y prieto, diminuto, latiente, de pedernal o basalto, desde la bella San Francisco, de regreso a la opaca, turbia y aun sórdida New York, menos ciudad que puerto de llegada.

El hombre buscaba, es dable y legítimo suponer, en favor de la paz de su alma, caso que ésta fuera inmortal; buscaba redención a los agravios padecidos, recompensa a su orfandad temprana, a su estéril adolescencia de hospicio de orfanato, a la callada y sumisa resignación de su juventud, a la falta de amor, calidez y cariño, a la muerte esquinada, lateral, solapada, cercana siempre, bien a lo largo de su trayecto a San Petersburgo como en los sucios suburbios de esta lujosa capital y en las agotadoras jornadas de peón de línea férrea, a cuya vera, durante millas y millas, quedaban los cadáveres, los esqueletos lirondos, los huesos dispersos, mondos, el polvo seco, nada, de otros todavía más desgraciados, a los que habían picado los alacranes, mordido las víboras de carraca, atravesado a flechazos los feroces dakotas o escalpado el cuero cabelludo los vengativos e incesantes pawnee, que adornaban sus teepees con cabelleras rubias; y Alexander, judío nacido en Rusia, descendiente de askenazíes procedentes de acaso Baviera, acaso el Palatinado, quizá Prusia o Austria o Mecklemburgo o el ducado de Holstein, pero sin duda de algún punto de de la intrincada y vasta Germania, era ru-

bio; era de estatura media, de frente alta y despejada, ojos claros, nariz aquilina, imperiosa, que los años degeneraron en carnosa y ganchuda; los mismos años que le mermaron y grisearon el pelo, que le abultaron el vientre otrora liso y le encorvaron y doblaron hacia adentro las anchas y fuertes espaldas.

Pocos meses antes de tomar aquella artera y lúcida decisión, comentada más arriba, Mr. Alexander Neliss, Esq., se había asociado a la Grogan y Smithers Corporation, que era una de las firmas más sólidas del mercado de la mano de obra foránea, dedicada a embarcar a decenas de miles de brazos famélicos, en diferentes rincones de Europa, para vomitarlos luego sobre los muelles neoyorkinos (también los de Chicago) y repartirlos más tarde entre los colosos madereros, ferroviarios y mineros del continente americano. En 1887, ya con la Estatua de la Libertad verdeándose de orín y sarro en la bahía, se fundó la United Shipping, sucesora de Grogan y Smithers, de la que Alexander Neliss era ya el primer accionista. En 1889, a los cuarenta y dos años, Alexander se había casado con Merion O'Rourke, una joven de veintiséis años, de familia irlandesa, ya viuda aunque sin hijos; su padre era un médico oriundo de la localidad de Armagh, viudo también, sin otros hijos que la dulce y obediente Merion y sólo seis años mayor que su yerno. El médico celta, bebedor, desenvuelto y blasfemo, preso del rudo catolicismo heredado de sus ancestros, que ardía de nostalgia por las colinas de la verde Erin y por su mar, y el huérfano ruso de sangre israelita, ascético, abstemio y descreído, que se había impuesto la obligación de obliterar su pasado y sus orígenes, así como sus días de mala vida, ya eran, antes de la boda, buenos amigos; compartían una pasión: el cerebral ejercicio del ajedrez, y eran ambos proclives a las largas caminatas de atardecida, que emprendían en mutua compañía, los dos cavilosos y silenciosos, mientras la infinita New York, que sigilosamente crecía y se expandía, parecía agonizar

y morirse cíclicamente, día tras día, con sus tornasolados crepúsculos vespertinos, sus anocheceres ocre, su noche despoblada de estrellas, El médico irlandés apuntaba al cielo:

-Sirio –decía-. Marte, aquello rojizo, Júpiter, aquel punto verdoso.

-Te hubiese ganado la última partida si hubiese jugado peón seis caballo dama y no alfil cinco alfil.

-Aquello es el Carro, y aquel punto más brillante Betelgeuse.

El doctor O'Rourke tenía devoción por la astronomía. Creía, no carente de razón, que vislumbrar el pavoroso universo era igual que conocer el fondo abismal de la propia alma de uno.

Henry Aloysious Neliss, hijo primogénito de Alexander y único varón, nació en febrero de 1892. Sus hermanas, Patricia y Jennifer, nacieron respectivamente en 1894 –junio- y en 1895 –diciembre.

Henry hizo estudios de derecho, y en 1915 se diplomó de abogado por la Universidad Van Hallen de Rhode Island. En la familia, la fe católica irlandesa de la madre se había impuesto, de una manera tan fácil y suave como tibia e inoperante, sobre la incredulidad, de raíces semíticas, y el pesimismo, de ascendencia germano eslava, del padre; un pesimismo respirado, no heredado, geográfico, no histórico, emocional, ajeno, prestado, y por estas razones vetado, si no contaminado, de un crudo y alerta cinismo, que su hijo no compartía.

Cuando estudiante, Henry atravesó una etapa de fervor religioso, con ribetes algo grotescos de misticismo, que lo apartó temporalmente de los libros y lo forzó a dejar el campus de Yale y a reiniciar los estudios, una vez superada la crisis, en una universidad de corto historial y menguado prestigio.

También retrasó por un tiempo la recepción de su diploma. Cuando lo obtuvo, con veintitrés años, Henry, hombre de temperamento frágil y sobre todo inerte, era, en más de un sentido, un viejo.

Cuando por fin le dieron (a Henry) el diploma, a mediados de 1915, Europa llevaba casi un año en guerra y América daba pasos cada vez más presurosos y amplios hacia el abismo de una conflagración que se haría universal. Sin dar tiempo a que se secase la tinta en su diploma, Henry Neliss se enroló en el ejército. Lo destinaron a Century Lake, una flamante y enorme base militar de Kansas, para donde partió en septiembre de 1916; su padre se negó a ir a despedirlo a la estación; nunca se habían llevado bien y hacía meses que apenas intercambiaban palabras.

Shaun O'Rourke, el abuelo médico, había muerto en 1911; en 1915, a los apenas cincuenta años y tras una breve enfermedad, había muerto Merion, la mujer de Alexander Neliss y madre de sus tres únicos hijos.

Las dos hermanas, hijas de Alexander, se casaron ambas muy jóvenes, antes del deceso, en los dos casos, de su madre. Patricia, la mayor, se había casado, en octubre de 1913, con un ingeniero de minas, Dermott Claythorne, que se fue a hacer prospecciones a Nevada al año siguiente y se la llevó consigo a Carson City. Jennifer se había casado, en abril de 1914, con Ashley Simkins, hijo de un rico traficante de diamantes de New York, de ascendencia en parte judía; el matrimonio Simkins se había ido a vivir a Cheddar Ground, en las afueras de la gran ciudad, donde, en febrero de 1915, Jennifer alumbró al primer nieto varón, un niño de nombre Hugh. Su padre, Ashley, como directa resultante de su matrimonio, había pasado a desempeñar un alto cargo dentro de la United Shipping; hacia 1930 pasaría a ser su principal ejecutivo.

Después de la segunda guerra mundial, y entonces bajo la dirección de Ashley Simkins, que se había convertido en el principal ejecutivo de la firma, a la United Shipping se sumó la Neliss Investments, una especie de banco exclusivo para inversionistas. Más tarde nació la Neliss Corporation, que producía motores de avión. La firma se diversificó en pocos años; se introdujo

en el ramo de los laboratorios farmacéuticos y de investigación, en la industria inmobiliaria, en la maderera, en la de los metales, en la fabricación de vehículos pesados y de telémetros para el ejército. En mi más temprana juventud ya se la conocía como Grupo Neliss, o The Neliss Trust (El Monopolio Neliss) y se hablaba del lobby Neliss que actuaba en interés del Grupo entre los miembros del Capitolio, en Washington.

Mientras tanto, solitario, enviudado, envejecido y castigado por desarreglos digestivos crónicos, derivados seguramente de la mala digestión y de las malas masticaciones (ya que de poco le habían servido las sucesivas dentaduras postizas que se había hecho poner y quitar a partir de los treinta y seis años), declinante y consumido, reducido al final de su vida a su casa del East Side y a esporádicas salidas en vehículo a motor, acompañado en todos los casos por gente contratada al efecto (chauffeurs, mecánicos, enfermeras, lacayos, *aids de chambre*), sentado las más de las veces sobre una silla de ruedas, Alexander Neliss se sobrevivió a sí mismo a lo largo de mucho más tiempo del que le hubiese gustado de haber podido elegir. Lúcido y escéptico, rico, víctima de furtivos padecimientos espirituales, que agravaban los otros corporales, el anciano se extinguió en la madrugada del 7 de octubre de 1932, un miércoles. Tenía ochenta y cinco años.

La United Shipping, por lo demás, se había reconvertido, un año antes, de cabeza del grupo en una más bien modesta compañía de navegación y cabotaje, propietaria de una veintena de navíos.

Henry Neliss, heredero principal de su padre, era el mayor accionista del grupo, pero poco se había ocupado hasta entonces del funcionamiento de éste, en cualquiera y ninguna de las muchas firmas y empresas, más el banco, que lo integraban, y a aquellas alturas no se preocupaba de nada en absoluto. Percibía por semestres sus gruesos réditos anuales, firmaba en los papeles en donde sus abogados y asesores le indicaban que lo hiciera y asis-

tía, con un gorrito de cartón que se ladeaba sin gracia hacia su oreja derecha, a las celebraciones de Navidad y Acción de Gracias que se llevaban a cabo en la sede central de la empresa, sita en la esquina de las calles Maiden y Pearl, a la vuelta de Wall Street y a tiro de piedra de la rada portuaria en la que su padre había desembarcado, como anónimo bracero, empujado por la ignorancia y el hambre, un puñado de años antes.

Cumplidos los cuarenta poco antes de la muerte de su padre, casado en 1916, divorciado al cabo de seis años y tres meses y padre de un hijo y una hija, Henry Neliss era un hombre vertiginosamente alto y estevado, de piel cetrina y cuerpo encorvado y magro; en su alargado semblante, por lo común inexpresivo, rematado por una barbita caprina puntiaguda, anodina, pedante y caprichosa, destacaban los profundos ojos célticos, de tonalidad verdosa. La ocupación fundamental de Henry Neliss, su orgullo y su ambición, eran las probetas y los tubos de ensayo de su enorme y completísimo laboratorio. Hombre de temperamento inercial y de carácter invertebrado, abrumado por la superioridad física e intelectual de su padre (al menos en tanto en cuanto se relacionaba con los negocios; el Debe y el Haber, las letras de cambio, las letras de cambio protestadas, las letras de cambio a sesenta, noventa y ciento veinte días, los intereses, los intereses acumulables, los réditos, los impuestos; a todo aquello el cerebro de Henry Neliss era absolutamente irreceptivo; tal vez sentía, oscuramente, que la Matemática, que para él era sinónimo de Dios, era rudamente empleada en aquellas transacciones, gestiones y labores cuyo nombre genérico era business, negocios), Henry había encontrado, en los experimentos químicos, primero un fortuito pasatiempo de aficionado y, con el discurrir de los años, una morosa, una callada y solitaria pasión, perfectamente adecuada a su gris forma de ser, sin responsabilidades frente a terceros ni consecuencias buenas o malas. Si siempre había sido una persona difusa, de ánimo apergaminado e inasible

y de personalidad neutra, con los años su carencia de relieves se había expandido de su figura a su entorno. Todas sus cosas, su casa, sus muebles, sus libros, las ropas que se ponía, su laboratorio y los alimentos que comía y, sobre todo, él mismo, parecían fantasmagorías; eran sombras; sombras chinescas contra el telón fortuito de su gabinete, de su comedor, de su salón de lecturas, de las calles que transitaba, de las calles por las que caminaba, frágil, encorvado y con la mente ¿dónde?; probablemente en sus probetas, o en sus números, porque para él la química era números, como era números la física,. Como lo eran la historia, la filosofía, inclusive la literatura y, por supuesto, el irreal, grandioso, prohibitivo universo.

Henry Neliss, después de su traumática separación de mujer e hijos, vivía solo en Drury Lane, a orillas del Hudson, lugar distante veintitrés millas de Times Square. Su casa era un palacete neogótico descuidado, con salpicaduras de musgo y salitre en los muros, postigos arrancados que colgaban por sus goznes de las ventanas, un tejado con teselas quebradas y caídas, un porche despintado, cañerías ferrugientas y el jardín desventrado, rajado, carcomido, reseco, invadido de maleza y de hierbas malas. Unos pocos criados atendían al ya espectral Henry Neliss, y su chauffeur lo llevaba, en las raras ocasiones en que se atrevía a salir, a bordo de un largo automóvil negro (sucesivos Lincoln con cortinillas en el asiento trasero y tubo acústico) que él nunca había aprendido a conducir. Su laboratorio lo tenía en una torre de ventanucos oblongos a los fondos del jardín. Con dudoso derecho recibía de la gente el tratamiento honorífico de Comandante (*Major*), un grado que él jamás había alcanzado en el ejército, donde no había pasado nunca de teniente y donde, si bien en Europa y en el teatro de la guerra, sólo había desempeñado funciones de despacho y escritorio.

De joven, durante un permiso pasado en New Orleans, a finales de 1916, Henry se había casado con una señorita hugonote de origen francés, llama-

da Cicely Wakes Blanchard. Su hijo primogénito, Frederick (Freddie), nació en octubre de 1917. En abril de 1918 Henry fue embarcado de uniforme a Europa, de donde regresó sin pena ni gloria once meses después. Su hija Loreley nació en junio de 1920, cuando sus padres ya vivían en Drury Lane. En 1923 Henry Neliss y su mujer se separaron y los niños se fueron a vivir con la madre. Henry alcanzó una edad proveya; murió en 1980. Llevaba más de cincuenta años solo, al punto de haberse convertido definitivamente en un fantasma. Sus trabajos químicos se editaron póstumos en 17 volúmenes en 1987. El mundo científico y académico los ignoró; aunque minuciosos, habían quedado irremediablemente obsoletos. La edición la financió su familia, que también fundó una cátedra con su nombre en la Universidad Van Hallen en 1983. De muerto, por un curioso proceso de arrepentimiento y conmiseración, Henry dio más de qué hablar a los suyos que en vida.

En 1986, el viejo e inservible caserón de Drury Lane, que llevaba inocupado seis largos años, desde la muerte del llamado comandante, iba a ser demolido; sus herederos se habían desprendido de la finca (el jugoso y altamente rentable solar junto con la obsoleta e incómoda construcción que lo afeaba) por una discreta cifra de millones; seis y pico, de hecho, en total. Cuando ya estaba sobre el terreno la pesada maquinaria de demolición, descubrieron, en una pared del cavernoso laboratorio, unas extrañas filas de números. Se habían metido en la casa, para evaluar posibles riesgos a los obreros en el proceso de demolición, además de decidir la forma más rápida y sencilla de llevar a cabo dicho proceso, el capataz de la cuadrilla de obreros y dos señores, un especialista en demoliciones, asalariado de la empresa encargada de la tarea, y otro señor joven, carirredondo, anodino, que lucía corbata y gemelos, incongruentes bajo su casco de metal obligatorio, de color blanco en su caso, símbolo para todos los demás del novato, del desconocedor, del visitante, del curioso, del intruso. Aquel hombre se llamaba

Milton Spinelli, y era un ejecutivo, de mediano a menor, de la poderosa firma inmobiliaria Nathans & Golkz, que había adquirido el terreno. Spinelli, aparte de su corbata, sus gemelos y su casco, sujeto a la barbilla por una tira de material sintético, blanca también, llevaba algo más: llevaba colgada del cuello una máquina de hacer fotos. Era una preciosa Hasselblad compacta, de doble obturador, con flash incorporado, sistema cuádruple de filtros y cronómetro de exposición. La llevaba, la máquina, no porque fuera necesaria para su tarea, que nadie (seguramente ni él mismo) sabía en qué consistía. Sus jefes le habían dicho ‘Ve’, y él, un empleado ambicioso, bien retribuido y casado en fecha reciente, había obedecido, sin preguntar para qué. La cámara la llevaba por curiosidad, porque era fotógrafo aficionado, porque cargaba con ella siempre que lo mandaban a ver una adquisición nueva, cuando entonces sí era necesaria, ya que se trataba, por regla general, de casas para reformar y vender, no un vetusto edificio que demoler; también lo hacía, porque sí, sin que figurara bajo ninguna de las llamadas ‘prioridades’, cuando se trataba de visitar fincas sin edificaciones, o edificaciones viejas, como en este caso, cuando jamás sabía qué hacer que no se tratara de obtener fotografías, por curiosidad, porque era un tenaz fotógrafo aficionado, con laboratorio propio en casa, porque tenía la intuición de que tal vez, un día, alguna de aquellas fotos le pudiera revelar algo insólito, algo macabro, algo perturbador o enigmático, acaso un cadáver momificado dentro de una chimenea, o una bodega con preciosos líquidos bordeleses bajo capas de polvo y telarañas; en realidad, como se ha dicho y repetido hasta el hartazgo, Spinelli llevaba consigo su Hasselblad porque sí.

Spinelli tiró muchas fotos, fuera y dentro del caserón. En el cochambroso y abandonado laboratorio, donde las telarañas, en este caso, se habían adueñado de tubos de ensayo y probetas, y en cuyo suelo, casi en el centro mismo, había una obesa rata muerta, en fase de pudrimiento, envenenada acaso por

olisquear, lametear o mordisquear algún producto nocivo (había soda cáustica en el laboratorio, y mercurio, arsénico, cianuro en diversas modalidades, un alarmante tubo de ensayo todavía tibio, a pesar de los años transcurridos desde la muerte de quien lo había manipulado), Spinelli tiró un carrito entero de 37 exposiciones. Los números inscritos en la pared, rayados con tizas de colores, ya desvaídos, ya muchos ilegibles, otros corroídos y tapados por la acción de la herrumbre, el moho y el orín, lo intrigaban. Había unos pocos encerrados dentro de círculos de tiza roja, otros subrayados con tiza verde y uno solo circuido con azul. Los fotografió todos (otro carrito entero), en conjunto y por sectores, desde diferentes ángulos, una vez que quedó a solas en el lúgubre habitáculo donde un viejo solitario y quizá loco había practicado la infusa arte de la química, tan próxima a la magia. Acaso el loco, el antiguo residente del sombrío caserón, buscara oro con sus retortas bullentes, sus mecheros de llamarada azul, sus probetas graduadas y sus frascos con venenos, muchos de ellos etiquetados con una calavera y unas tibias blancas sobre fondo rojo.

Spinelli, que jamás lo había visto en vida al viejo, que no sabía siquiera quién había sido o cómo se llamaba –ni siquiera sabía, de hecho, que era o había sido un viejo-, sentía una especie de vago temor, como si el espectro del antiguo morador pudiera materializarse allí en cualquier momento. Oía los pasos y los ecos de los pasos, las voces y sus ecos, de quienes lo habían acompañado al interior del casón, y esto lo tranquilizaba, aunque no del todo. La ciencia, y en especial la química, la reina de las ciencias, con sus complicadas fórmulas y su abecedario de elementos, S para el azufre, P para el fósforo, K para el potasio, H para el hidrógeno, Hg para el mercurio, Ag para la plata, Au para el oro, y con nombres tan sonoros y enigmáticos como molibdeno, selenio, kriptón, circonio, vanadio, berilio, antimonio, praseodimio, disprosio y xenón, siempre le había producido ese incierto res-

peto, entre vergonzante y reverencial, que suele resultar de lo ignoto. Recordaba sus clases de química, en los tiempos, aún no lejanos, en que estudiaba el bachillerato. A él no se le daba la química; él era un buen estudiante en números; multiplicar, dividir, usar la regla de tres, sacar raíces cuadradas, despejar ecuaciones: en esto se sentía como pez en el agua, respiraba; de allí que siguiera administración de empresas en la universidad; y de allí que Nathans & Golkz, que era de hecho una filial de la Keeper Builders Corp., lo hubiera contratado.

Milton Spinelli ascendía de forma tan pausada como segura dentro del escalafón de su empresa. En veinte años, ¿por qué no?, podía llegar a director ejecutivo de la misma. El actual director ejecutivo, Random Colouris, había empezado como ascensorista; era del tiempo en que inclusive una máquina tan elemental como el ascensor necesitaba de una mano humana para que la guiara. Colouris era un setentón a punto de jubilarse; y era rico, por supuesto, muy rico. Hacía muchos años que era rico. ¿Conocía Colouris la existencia del mero Spinelli? Seguro que no. Éste no se hacía ilusiones; no era hombre dado a fantasear, salvo con sus cámaras de fotos. Tenía varias; la principal y preferida, el Rolls Royce de su laboratorio fotográfico, era la Hasselblad que llevaba colgada del cuello aquella tarde cualquiera en que se fijó en aquellos números y los fotografió; la primera foto, no obstante (él lo sabía antes de revelarlas), le había salido fallida. Las manos se le habían puesto a temblar ligeramente un instante antes de que accionara el obturador. A un hombre tan sereno como él; ¿por qué?

¿Qué significado podían tener aquellos borrosos números, colocados en columnas y en hileras horizontales, que se cruzaban y se mezclaban? Spinelli lo ignoraba, pero, impelido por una misteriosa compulsión, los fotografió diez, doce, veinte, treinta y siete veces: un rollo entero de fotos de aquella grisácea pared, que mañana o pasado ya no existiría como tal. Esta certi-

dumbre momentáneamente lo entristeció, lo dejó perplejo, casi anonadado. Una voz interior, inexplicable, ilógica, le decía que aquella pared no se debía demoler, pero él sabía que se demolería. Para eso estaba entonces él: para dejar constancia. ¿De qué? No lo sabía ¿De aquellos extraños números, que a él, hombre de números, nada le decían? No podía ser. Y sin embargo... Spinelli sintió un ligero escalofrío al tirar la foto trigésimo séptima. -Mister Spinelli, señor –era la voz, deferente y pizca burlona, del capataz. -Milton, joder, ¿dónde c... te has metido? –era el técnico, el especialista. Spinelli salió de prisa del laboratorio, con la cámara al cuello, el objetivo sin cubrir, al advertir la creciente irritación, una cierta aprensión también, en quienes lo llamaban.

-Aquí viene el cantamañanas –dijo el otro señor, el técnico, el especialista en demoliciones, quien, por azar o por disposición de hados satíricos, se llamaba Walter S Kafka, la S por Scott; su padre era un diletante de la literatura, con un marcado apego por las novelas históricas, y más en concreto por **Ivanhoe**-. ¿Qué demonios hacías? ¿Fotitos? –había abierto desdén en esta última pregunta, cosas ambas, desdén y pregunta, que Spinelli ignoró. Lo que no pudo evitar fue que a su pálida faz subiera un leve rubor, que él advinó en el ligero ardor de sus mejillas.

El capataz no dijo nada; escupió en el suelo tabaco masticado. Llevaba un rollo de tabaco en un bolsillo y cada tanto le daba una tarascada, hábito que Spinelli sólo había visto en el cine y que creía extinguido. Al ver al capataz morder su rollo de tabaco, masticar su tabaco, escupir aquellos espesos gargajos marrones de tabaco, se le representaba la cara de un actor, cuyo nombre desconocía, que masticaba tabaco, impasible, bajo el tronar de los cañones enemigos. (Era una película de guerra y el actor, aunque Spinelli no lo supiera, no lo había sabido nunca ni lo sabría, se llamaba James Whitmore).

Al día siguiente, las máquinas empezaron a trabajar, a devastar: las dos apisonadoras, las grúas, una de ellas con la bola pendular de cuatro toneladas, que golpeaba las paredes y las desmoronaba como si fueran de galleta crujiente, la desescombradora y la sierra motora para aserrar los hierros empotrados en los cimientos; la cuadrilla de obreros, con la boca y la nariz cubiertas con mascarillas de quirófano, manejaban picos, palas, azadas, cestas y martillos pilones. El especialista, el señor W.S. Kafka, sentado en el basamento de un pilar derribado, movía, con un dedo aburrido, los achatados trebejos de un ajedrez magnético, de bolsillo.

Pasaron los años.

Las fotos de la pared con números, que había tomado Milton Spinelli en 1986, cayeron en manos del matemático Junius Mboko hacia junio de 1989. Milton y Junius eran vecinos; en ocasiones, los sábados, compartían, con otros vecinos, una barbacoa, bien en el jardín de uno, bien en el de otro u otro. Eran media docena de matrimonios con jardines traseros colindantes. Milton, que había tardado meses en revelar, en su modesto laboratorio casero, aquel impulsivo rollo que había tirado de la pared, sentía una recóndita, aunque tenaz y persistente, sensación de culpa, por haber fotografiado, de manera compulsiva, a escondidas, aquella pared con números. Había llegado a odiarlos; la pared y los números. Había pensado en tirar a la basura el rollo, sin revelarlo. Lo reveló porque oyó una noche a Junius hablar de lo que éste denominaba ‘pasión numerológica’.

-El hombre, el ser humano, vive, trabaja y sufre para dar curso a sus pasiones. Las hay de todo tipo, expuestas y secretas, ingenuas y macabras, de grupo e individuales. Sin las pasiones, con el mero amor, el mero trabajo, la mera organización social, el mero engendramiento de vástagos, el ser humano no pasaría de ser una bestia más o menos racional. Son las pasiones, bajas o elevadas, las que dan consistencia y razón de ser a nuestras vidas –

dijo Junius aquella noche; le gustaba hablar y lo hacía bien, con un inglés lento y atildado, elegante a la par que sazonado de un delicado pero intenso sabor exótico, a jungla y fieras, a mediodías tórridos y rugido de leones, a infinitas caravanas lineales y líneas de blandas y doradas dunas.

Estaban, aquella noche, en el jardín de los Kendall, un matrimonio ya cincuentón, con un hijo casado y una hija soltera (y, según suponía o soñaba Milton, algo casquivana), que ocasionalmente se dejaba caer por el jardín de sus padres, o por el de los Spinelli, o los Mboko, los Axelrod, los Gonzalez o los Cheney, que completaban el sexteto de jardines colindantes, vestida con un pantaloncito prieto, una blusa desteñida anudada a la altura del ombligo y unas delicadas botitas de piel de mapache y medias negras caladas, de trama gruesa y calados romboidales grandes, como aquella precisa noche.

-Existe la pasión de la pornografía –decía Junius, mientras se limpiaba los dedos con una servilleta de papel: en una mesa próxima había varias cajas de pizza apiladas, vacías, e incontables botellas de agua mineral y cerveza-, por supuesto, en todas sus variantes, desde el voyeurismo a la cruda paidofilia, pero es una pasión grosera, zafia, vulgar. Existe la pasión del ajedrez, por ejemplo; no la pasión de jugarlo, que es algo lógico, verosímil, concreto, sino a la callada e inconcreta pasión de mirar jugar. Conozco a un par de tipos, que por su parte conocen a docenas y acaso a centenares de otros, cuyo único manjar vital es ver a otros jugar al ajedrez. No a campeones, ni siquiera a jugadores profesionales, sino a los aficionados que se reúnen en Central Park, en el recodo entre el Paseo (The Mall) y el Lago (The Pond); allí hay mesas de piedra, con banquetas de piedra a cada lado, y en las mesas, labrados sobre la piedra, hay tableros fijos de ajedrez.

-Los he visto –contestó con voz líquida y aire distraído Kink, como le decían, la hija de los Kendall-. Los fines de semana aquello se llena de gente.

-Aficionados a jugar al ajedrez –dijo Junius, con su plácida, resplandeciente sonrisa-. Y aficionados a mirar jugar, una pasión, por lo que he entendido, tan fuerte, por lo menos, como la de jugarlo.

-Una pasión pasiva –dijo Kink-. Puede haber pasiones pasivas estupendas. Con los ojos entrecerrados, las pestañas temblorosas por un mínimo y continuado parpadeo, Kink parecía observar a Junius con aire especulativo. Milton pensó, con un conato de envidia y temeroso de que un repentino sonrojo lo traicionara, que la chica parecía evaluar a Junius como él mismo (Milton) había evaluado y tasado viviendas. ‘¿Será bueno para la cama? Eso se está preguntando la muy desvergonzada’, se dijo Milton; se lo imaginaba e imaginárselo lo excitaba y al mismo tiempo lo amargaba. Se había casado con una chica que, si no fea, era anodina; y lo había hecho sin mucho pensárselo, de hecho sin pensarlo en absoluto, de la noche a la mañana, como quien dice, al mes y medio de haberla conocido. Con ella como cónyuge (se llamaba Esther Williams de soltera, como la famosa nadadora cinematográfica, de la que ni ella ni Milton habían oído jamás hablar cuando se dieron los respectivos síes), Milton sentía una cierta seguridad, una cierta tranquilidad. ‘De haberme casado con un bombón como Kink estaría todo el día temiendo que me metiera los cuernos. ¿Pero qué chica de ese porte, con ese atrás y ese adelante, con esos ojos y esa boca turgente se iba a fijar en mí?’

-Yo tengo la pasión de la fotografía –se atrevió a decir; quería que ella lo mirara, que algo le dijera. Ella ni lo oyó; o más grave aún: lo oyó y no le interesó, no se tomó el trabajo de decir nada. De hecho ni lo miró-. Creo que la foto es una pasión estupenda –añadió, con cierto tono chillón, que quería ser desafiante, agresivo, pero que no salió, o peor: salió mal, un sonido aflautado, ridículo. ‘Necesito un trago de algo fuerte’, se dijo Milton. Bebían todos cerveza, y los Kendall whisky o vodka no debían ni tener.

-¿A ti qué pasión te mueve? –le preguntó Kink a Junius, con la voz aletargada y aquel parpadeo.

-La numerología –dijo él.

-La numerología –repitió Kink, una octava más bajo; se desperezó sin remilgos, de resultas de lo cual la camisa se le trepó por el tórax hasta amontonarse contra la doble medialuna de los senos-. Qué cosa.

-¿Qué cosa qué? –lo preguntó Milton; se había desplazado, sin darse cuenta, hasta el filo mismo del asiento de hormigón sobre el cual, con un almohadón interpuesto, estaba sentado; el almohadón se deslizó de debajo de sus nalgas y cayó al suelo. Milton se dobló para recogerlo; al erguirse miró a Kink; ésta miraba al cielo, curvado y tenso el cuello, en el que resaltaban como cuerdas vibrantes los tendones, a ambos lados de la mandíbula.

-Bueno –la chica se incorporó; les sopló un beso a sus padres, uno a cada uno –Adiós, mami; adiós, papi.

-¿Te vas así? –se sobresaltó la señora Kendall- ¿Sin haber comido?

-Estoy a dieta –dijo Kink. Miraba a Junius; lo miró largo rato, ella de pie, con las piernas algo separadas y en una pose a la vez altiva y provocadora-. Un día, si tu mujer lo permite, me explicarás lo que es la numerología.

-Cuando tú gustes –contestó Junius.

Su mujer era negra, como él. Era joven, guapa, de cara redondita, sonriente, con ojos hermosos y un cuerpo flaco, bonito sin duda, aunque algo desgallado. Andaba y se movía sin gracia, aunque su expresión y su sonrisa eran graciosas. A Milton le parecía rara en una negra la sosería de la mujer de Junius, que se llamaba Giselle y era jamaicana. Tenían una hija de seis o siete años que, a aquellas horas, dormía, acompañada por una baby sitter guapa, jovencita, una estudiantilla a la que Milton había visto en más de una ocasión y que, muy al contrario que Kink, lo saludaba siempre con una amplia sonrisa, pero Milton, aunque propenso a ensoñecer de aventuras de al-

cobas y tugurios la dura y costrosa, la anodina y quieta realidad, en el fondo no se engañaba. La chica, que respondía por Sugar, aunque era una latina, una cubana, le brindaba sus amplias sonrisas sin asomo de coqueteo; de igual modo le sonreía a todo ente con quien se cruzaba y a quien conocía. Junius Mboko era un negro grande; era en realidad inmenso. Medía siete pies y cuatro pulgadas (dos metros veinte, aproximadamente) y calzaba un diecisiete (un cincuenta y cuatro, según la escala europea). Había venido de Camerún a jugar al basket ball. Un ojeador, a sueldo de un importante manager de deportistas, lo había descubierto en un descampado de un suburbio desmantelado de Yaoundé, dos cabezas más alto que los otros adolescentes que practicaban basket ball con él; usaban una pelota de goma roja, ablandada y deformada por el uso, que apenas si botaba. El ojeador, un tal Tommy Lorenzo, no se fijó en la pelota, ni en el único tablero que tenían los adolescentes, clavado torcido en lo alto del tronco de un árbol. Se fijó en el enorme jovencito y lo observó. Era torpe y lento, aún no coordinaba correctamente el movimiento de sus largos brazos; tampoco el de sus larguísimas piernas. Observó sus descomunales pies descalzos y le calculó, a ojo, que pasaría de los siete pies en un par de años. Entonces Junius tenía dieciséis. A los dieciocho lo trajeron a jugar al basket en la Universidad de Andrews, de Rhode Island, que le otorgó media beca pensionada; la otra mitad la puso de su bolsillo un manager de deportistas, un tipo tosco y rudo, salido de los muelles de New York, con la nariz aplastada y un pedazo de oreja perdido de un mordisco en el camino. Se llamaba Pemberton Smith, y su familia materna era de sangre polaca. Smith, según Junius, era el primer apellido que se le había ocurrido a su madre, no muy imaginativa, cuando legalizó la existencia de Pemberton, que sería hijo de cualquier marinero vagabundo. Lo llamaban Pretty Face (Cara Bonita).

Junius jugo seis temporadas como profesional, después de haber destacado en la Liga Universitaria y de haberse hecho con una medalla de oro en los Juegos Olímpicos de México, en 1968, nacionalizado americano. Una malhadada y recurrente lesión de rodilla, el punto flaco de los gigantes como él, de 220 centímetros y 160 kilos de peso, terminó por apartarlo de la práctica activa del deporte en 1975. En la universidad, a la que había ido para jugar al basket ball, se inscribió primero en Artes, que le pareció más fácil, pero a la postre se cambió a Ciencias y se especializó en Matemáticas Puras. En 1989, a comienzos del verano, cuando Spinelli le enseñó aquellas fotos, Junius Mboko había cumplido su primera década como profesor de Matemáticas Aplicadas, Geometría Descriptiva y Cálculo Diferencial. Impartía clases en el Instituto Webley, de New Jersey, en el Rockefeller Center y en el Centro de Altos Estudios, ambos en Manhattan; el último estaba financiado por la Fundación Alexander Neliss, algo que a Junius Mboko ni le iba ni le venía. Era inteligente; era cabal y puntillosamente apolítico. Su aspiración era ganarse la cátedra de Matemáticas Puras de la Universidad de Fordham, también en Manhattan. Junius se había hecho a New York. Aunque viajaba todos los años a Camerún, volvía a New York como si volviera a su casa ancestral, a su hogar de siempre y para siempre. Colaboraba de forma discreta con los movimientos en pro de la igualdad entre las razas, tenía una querida (blanca) que residía en el discreto y lejano distrito de Richmond y, bajo el escueto alias de Pit, publicaba una cuadrícula de sencillos problemas numerológicos en el suplemento dominical del matutino *Tribune*, de New York. Ésos eran todos sus secretos.

Una mañana, un domingo, su vecino Milton Spinelli, a quien Junius consideraba un buen muchacho algo bobote, con mucho de niño que jamás terminaría de madurar, le telefoneó con voz nerviosa y lo urgió para verse. Había un temblor de ira contenida y acaso miedo o vergüenza en el tono de Spine-

lli. Se encontraron media hora después en el amplio estudio de Mboko, presidido por un gran globo terráqueo y un mapa de Camerún, más una escuadra y un compás como escueto y elegante motivo decorativo del papel de las paredes. Un pequeño retrato de Lincoln, enmarcado, sostenido por un pie de metal en una esquina de la mesa de trabajo, era la única, visible, señal de vida, de una vida no del todo aséptica y numerológica, que había en el estudio. Ni un solo recuerdo de las noches de gloria de Junius cuando su etapa de estrella del basket ball.

Los sillones eran blandos y cómodos, el café excelente, el whisky de malta, que Spinelli en un principio rechazó y aceptó después, y del que bebió con espasmódica avidez, era del mejor, un Laphroaig.

-Te-tengo algo que quiero que veas –dijo Spinelli; llevaba un manojo de hojas en la mano, que Junius no tardó en darse cuenta que eran fotos-. No sé de qué se trata, pero me inquieta. Tú entiendes de números, y hace unas noches hablaste de la pasión de la numerología. Pensé que esto podría interesarte.

-Y así tú te lo quitas de encima.

-Cierto –Spinelli se secó el sudor de la frente con una manga-. No sé por qué tomé estas fotos, pero desde el día en que lo hice me persiguen sueños numerológicos –hizo un vago y frustrado intento por sonreír-. ¿Tienen algún sentido para ti?

Spinelli, con un ademán resuelto, definitivo, desparramó las copias fotográficas sobre la impoluta mesa escritorio de Junius Mboko. Éste les echó una ojeada.

-Así –dijo-, a primera vista, no sé.

-Quédatelas –dijo Spinelli, con un ademán rápido y nervioso que abarcaba las fotos-. Haz con ellas lo que quieras.

-Parecen todos números primos –dijo Mboko

-Mira qué bien –dijo Spinelli, sin interés

Se puso de pie, empujándose hacia arriba con las manos sobre los brazos del sillón.

-¿Ya te vas? –Mboko lo preguntó por cortesía; tenía la intención de hacer cuatro millas a trote corto esa mañana, y después darles un rato al punching-ball y al saco de arena en el club, y quizá saltar un poco a la comba; para él era una cuestión de orgullo racial mantenerse en forma.

-Le prometí a mi mujer que la acompañaría a misa y después al club.

-Acaso nos veamos ahí –dijo Mboko, cortés a la par que indiferente.

-Saludos a tu mujer –dijo Spinelli.

-Y los míos a la tuya.

La puerta se cerró y Mboko regresó a su sillón, de respaldo con resortes, detrás de su mesa. Se bamboleó un rato hacia atrás y hacia delante mientras mordiscaba el extremo romo de un lápiz. Levantó una de las fotos, que mostraba entera la pared, con manchas de orín y herrumbre en la franja superior y en un lado y las listas de números del otro; había algunos que apenas se distinguían; un sector era un manchón borroso, con la piel del revoque descascarada. Después de varias noches de observar aquellas fotos, incluso con lupa, Junius determinó que los números se disponían así:

1/ 3/ 7/ 13/ 21

5/ 7/ 11/ 17/ 25

11/ 13/ 17/ 23/ 31/ 41/ 53/ 67/ 83/ 101/

121

17/ 19/ 23/ 29/ 37/ 47/ 59/ 73/ 89/

107/ 127/ 149/ 173/ 199/ 227/

257/ 289

41/ 43/ 47/ 53/ 61/ 71/ 83/ 97/ 113/ 131/ 151/ 173/ 197/
223/ 251/ 281/ 313/ 347/ 383/ 421/ 461/ 503/ 547/ 593/ 641/ 691/ 743/ 797/
853/ 911/ 971/ 1033/ 1097/ 1163/ 1231/ 1301/ 1373/ 1447/ 1523/ 1601/
1681

1/ 3/ 7/ 3/ 1

2037

Junius Mboko revisó las demás fotos y consiguió reconstruir el sistema entero; porque se trataba de un sistema; a él no le cabía duda ninguna. Las listas de la página anterior son la reconstrucción del orden primitivo en que trazó sus cifras mi abuelo Henry. A Mboko le llevó unos días descifrar todo el sistema. Se trataba de cinco listas de números primos, a partir del uno, del cinco, del once, del diecisiete y del cuarenta y uno, que, sumados a pares sucesivos a partir del cero, terminaban en el múltiplo del número inicial después de igual número de operaciones; todos excepto el uno, cuya cadena acaba en el veintiuno, cifra que abuelo destacó con un círculo de tono oscuro (acaso el azul que observó Spinelli).

Cinco, siete, once, trece, veinticinco, por ejemplo, suma cinco operaciones sucesivas, cinco más cero, cinco más dos, el resultado de ésta (siete) más cuatro, el de ésta (once) más seis, y el de ésta (diecisiete) más ocho, cuyo resultado es veinticinco, o sea cinco por cinco.

Igual ocurre con las listas encabezadas por el once, el diecisiete y el cuarenta y uno.

Los números que figuran en más de una operación aparecen subrayados, verbigracia el siete, el once, el diecisiete, el veintitrés; el número más alto

de los subrayados es el ciento setenta y tres. Cerradas en círculos están las cifras finales de cada lista, es decir: el veintiuno de la primera lista, el veinticinco de la segunda, el ciento veintiuno de la tercera, el doscientos ochenta y nueve de la cuarta y el mil seiscientos ochenta y uno de la última. Eran círculos seguramente de colores distintos, porque el veintiuno aparece en un tono mucho más fuerte que los demás. También hay una sexta lista, compuesta por cinco cifras: uno, tres, siete, tres, uno. Son las cifras finales de la primera, corta, lista, y también de la última y más extensa, que se repiten a todo lo largo de la misma, con una cadencia que, pensó Mboko, no dejaba de tener cierta elegancia. Y, al final, mi tío escribió 4 cifras, 2, 0, 3, 7; es decir dos mil treinta y siete, que es el resultado de las cifras finales de las cinco listas sumadas.

Aquella utilidad no parecía tener ninguna. Transcurrieron de esta guisa más de tres años. Por alguna razón que Dios o la magia o el azar conocerán, los números de la pared no se le iban a Mboko de la cabeza, en especial aquella especie de tonadilla, que una tarde, después de un par de horas intensas con su querida (a estas alturas la muchacha de Richmond, de nombre Amity, le había cedido el lugar a una estilizada vecina de Tribeca, mulata y modelo, que se hacía llamar Charlene), se descubrió tarareándola bajo la ducha
-U unno tres siette tres u unno. (*U uán zrí sev ven zrí u uán*)

Fue después de haber pasado una primera y única (y última) noche en la cama con Kink, que en el ínterin se había casado y divorciado y estaba a un tris de volverse a casar, cuando a Junius le cayó del firmamento la solución, en la que intervienen, por desgracia, factores de mecánica cuántica y de cálculo infinitesimal, además de una serie de algoritmos de repetición y hasta una ecuación con n incógnitas; todo lo cual hace prohibitiva, para esta narración, la trascendental aventura numerológica que emprendió Junius Mboko. Su resultado ¿aclara? el problema de la composición del universo, que

según la teoría de La Pared Enumerada, es finito y decreciente, y está formado por diecinueve dimensiones, doce de ellas colapsadas y siete activas; su única materia son redes, hechas de nudos y cuerdas, y antirredes, hechas con antinudos y anticuerdas. Las redes dan entidad a los electrones y a las demás partículas atómicas, y las antirredes dan entidad a los positrones y al resto de la antimateria. Materia y antimateria tienen cada cual sus tres dimensiones físicas; la otra dimensión activa, el tiempo, la comparten. Al llamado ‘polirritmo base’, o sea a las cifras capicúas *uno tres siete tres uno*, se lo conoce como Número de Neliss, ya que Mboko tuvo la honestidad y el valor de investigar quién era el que había escrito aquellas escalas numéricas cuyas fotos le enseñó Spinelli, y de esa forma llegó hasta mí. Yo le conté a él la historia de mi fosilizado abuelo y él a mí la de su hallazgo y su complicado descubrimiento, que le oí atentamente, aunque sin la menor esperanza de comprenderlo. Hablé también con Spinelli, que poco antes se había quedado sin su empleo, tan bien retribuido, y se hallaba en un estado entre hurrao y servil. Su mujer, a la que me presentó, insulsa y fofa, estaba preñada de seis meses. ‘Va a ser un varoncito’, dijo, y añadió algo que me dejó perplejo: ‘Espero de todo corazón que se parezca a papá’. Me dije, a modo de consuelo para mi estupor, que la mujer acaso se refería al padre de ella, porque ¿qué mujer en sus cabales querría para su hijo que se pareciera a un pobre engendro como Milton Spinelli? ‘Acaso el amor...’, me dije. El amor ciego, recordé; sabía además, que ese viejo dicho, procedente de la honda sabiduría anónima del pueblo, era una dura, una durísima verdad. Lo sabía en carne propia.

A cambio de un relato pormenorizado del incidente de la pared numerada y de cómo y por qué le había pasado las fotos de aquella a Mboko, usé por única vez mi modesta influencia y conseguí, para Spinelli, un cargo bien retribuido en una de las empresas del Grupo Neliss; un cargo mejor retribuido

que el que Milton tenía antes; la empresa me olvidé cuál era. Milton me lo quiso agradecer profusamente. En unos meses, y antes de tener que mostrarme descortés con él, la empresa lo trasladó a Honolulu y Spinelli se esfumó de mi entorno. Juro que no moví un dedo para el traslado del tipo.

Los años, como ya he dicho, pasaron. Los años pasan.

Podría aquí referirme a otros de los muchos descendientes del viejo Alecséi Nelisse que hoy pueblan o que han poblado la tierra; a mi tía abuela Patricia, por ejemplo, que tuvo dos maridos y trece gatos de angora. A sus maridos los enterró; a sus gatos, que poseyó uno tras otro, cuando se le morían los hacía momificar. Yo vi a doce de ellos en fila, colocados detrás de un cristal en una vitrina. El decimotercero arqueaba el lomo y se lamía el lujoso pelo, desparramado como un maharajá en el ancho respaldo de un sillón. A sus trece sucesivos gatos mi tía los bautizó Voltaire, y al morir cada uno de ellos, bajo su momia se colocaba un cartelito de bronce con su nombre y el lugar, temporal, que había ocupado, desde Voltaire I hasta Voltaire XII. A mí, al verlos, me parecía encontrarme delante de un apretado y lineal panteón real de Habsburgos, Borbones o Hohenzollerns.

Al último Voltaire, el que hubiera hecho el XIII, el que aún vivía cuando murió mi tía abuela, al morir él a su vez lo tiraron a la basura. Estoy seguro de que este cruel designio fue obra de mi tía Katherine Claythorne, dos veces viuda y otras tres divorciada, una mujer agraz y ácida, avara hasta la indignidad, codiciosa, que de mayor, tras enterrar a su quinto marido, acaso nunca se volvió a bañar (para ahorrar en la cuenta del agua, supongo, y en la del gas). Olía a suciedad, a soledad, a odio y amargura. Era una mujer riquísima, que les discutía centavos a los fiambrosos. Murió en 2002, a los 87 años, y una parte, pequeña, de su herencia, me cayó a mí.

O podría hablar de la propia tía Katherine y de sus cuatro maridos, o de su hija Violet, prima mía, algo mayor que yo, a la que una tarde encontré, en Nantuckett, en una casa que la familia tenía (tiene) en aquella famosa isla de Hermann Melville y de tantos y tantos piratas, capitanes rudos y crueles y toda clase de halcones y tiburones de la alta mar, metida en un granero con dos zafios y malolientes pastores. La vi de forma fugaz, algo azorado, y escuché sus risas y sus obscenidades, gritadas a todo pulmón. Me las gritaba inclusive a mí, porque también ella me había visto asomado a la puerta, intrigado por los ruidos y las voces procedentes del granero.

Me gritaba:

-Primito maricón, primito mamón, primito chupetón.

No le hice caso.

Hablaré, por hablar de alguien, para dar algo más de frondosidad a este esporádico (y espectral) retrato de familia, de mi prima Thomasina, que debe ser la mejor de todos los de nuestra sangre.

En California, grupúsculos de ecologistas, procedentes de los cuatro puntos cardinales y de todas sus intersecciones, habían coincidido en el bosque Shastaham, a los pies del mitológico volcán apagado Shasta, para impedir que una colosal empresa maderera, la Bascombe & Bridges Inc., incurriera en el desafuero de talar cuatrocientos acres de robles, cedros y nogales con la finalidad de transformarlos en patas de silla y sillón y en sillas enteras, en pasta de celulosa para papel, en traviesas ferroviarias, en marcos de ventana, en virutas, en cajas de madera compostada con las que proteger transistores, aparatos de vídeo, miembros ortopédicos para lisiados, relojes baratos de pared que colgar en los bares, o en lápices, vigas y viguetas, cofres y arcones, maquetas de rascacielos, decorados para seriales de televisión y zuecos de baño y playa; los defensores del bosque se habían encadenado unos a otros a los árboles más altos, gruesos y venerables (sequoyas, vulgarmente

llamados redwood), y se negaban a soltarse de sus cadenas. Allí, dentro del bosque, los alimentaban grupos de simpatizantes, les llevaban ropa con qué cambiarse, trapos menstruales cuando se necesitaban y bacinillas para que vertieran sus necesidades, que a su vez eran vertidas en un vertedero cercano y mezcladas con cal y bitumen para hacer fertilizantes con los que reforzar y fortalecer el amenazado bosque. Después de casi dos semanas de gestiones de abogados, consultores, mediadores y gestores de la B&B, que era una pieza de tamaño menor dentro del organigrama del Grupo Neliss, el gobernador cedió, cedieron alcaldes, jueces de condado y de distrito y jefes de policía, y la milicia estatal recibió órdenes de actuar. Munidos con grandes tenazas, los agentes del orden quebrantaron las cadenas de los defensores del bosque y a éstos los expulsaron; a quienes se resistieron los encerraron en calabozos de varios pueblos de la comarca; también los metieron en gimnasios, en escuelas estatales, en graneros y henares y en los minicines Embassy, en la esquina de las calles Ocho y G de Yellow Bluff. Todos, una vez arrestados, se comportaron pacífica y civilizadamente. La maderera no quería problemas; su única finalidad, en todo aquel asunto, era talar las cuatrocientas cuarenta y nueve mil quinientas toneladas cúbicas de madera que les rendiría aquel bosque. Ocurrió, no obstante, que tuvieron que enfrentarse a incesantes y variopintas denuncias, demandas y querellas que llovieron sobre los tribunales de dos docenas de ciudades de California, desde San Diego, en el extremo sur, hasta Crescent City, en el extremo norte. Llegado un día, tres de cada cuatro de los caros abogados de la batería judicial del Grupo Neliss estaban implicados en el llamado Caso del Bosque de Shastaham, y el presidente y director ejecutivo del Grupo dijo basta.

-¡Basta! –exclamó Hugh Simkins, que entonces era el presidente del Grupo Neliss- Esto es un motín. Están organizados; es una conjura. Son todos unos p..., malditos bastardos rojos. Quieren guerra y la tendrán.

Los directivos de la B&B, ante la actitud cerril e intransigente de su amo, agacharon el testuz y presentaron denuncias contra los agitadores. Varios de quienes se habían encadenado a los centenarios robles del bosque de Shastaham, árboles en muchos casos tatuados y burilados con imágenes budistas y representaciones alegóricas de dioses lares indígenas, pasaron a juez. Destacaba, entre los acusados, una hermosa y tímida doncella, rubia como fue Brunhilda, callada y hosca cuando un amable agente de la ley la condujo al banquillo a declarar ante un iracundo abogado de la empresa maderera. Esto ocurría en el Tribunal Cautelar de Oakland, y la muchacha, como sus camaradas, debería pagar una multa de quinientos dólares, caso de ser sentenciada; de no pagarla debería cumplir cien horas de servicios comunitarios. La muchacha se llamaba Thomasina Alexandra Davis.

En New York, en la penúltima planta del Murmansk Building, sede central del Grupo Neliss, Alfred Mumford Davis miraba el juicio por televisión, con una cierta fruición al ver las expresiones, bien derrotadas, bien desafiantes, de aquellos mugrientos caras pálidas, defensores de árboles e indios, y la severa faz del juez. Pensaba que había elegido bien; porque al abogado lo había elegido él, asesorado por varios miembros del cuerpo jurídico del Grupo, pero la palabra definitiva había sido la de él. Igual con el tribunal. El abogado le presentó las tres opciones posibles; él miró las caras de los jueces y plantó en índice sobre una de ellas.

-Éste –dijo-. Quiero que los juzgue éste

-Los juzgará el jurado, señor –le contestó el abogado.

-El jurado, bien, sí, es claro –dijo Alfred Davis, Alfie, como se le conocía entre familia y amigos-. Pero quiero que la orquesta la dirija éste.

Y volvió a golpear con el índice en el rostro avinagrado y colérico de Su Señoría Justice Edmond Pryce-Smartley, un tipo de facciones sorbidas, semicalvo y de envenenada mirada dura. Un canalla, seguramente. A Alfie le

divertía que aquella bestia dirigiera los procedimientos contra los malditos bastardos rojos que se habían encadenado a sus árboles y que tanto dinero le estaban costando al Grupo. Su tío Hugh lo había mandado llamar a su despacho y le había dicho:

-Alfie –le había dicho-, a ver si de una buena vez demuestras que sirves para algo. Quiero que te encargues de ese lío del bosque de Shastaham. Tendrás manos libres, y podrás disponer del dinero que haga falta, siempre que no exceda de diez millones.

-Puedo contratar pistoleros por bastante menos, Hugh.

-No digas idioteces. Mueve el trasero, Alfie.

El abogado, elegido por Alfie, como ya se ha puntualizado, se llamaba Louis Jefferson Towney, y no era uno de esos juristas de salón, que construyen bonitas alocuciones cargadas de términos de la jerga judicial; no: Towner era duro, correoso, afilado como un estilete, e iba al grano. Ya habían pasado por el banquillo, para ser interrogados (para ser, de hecho, sacudidos como gatos metidos en una bolsa), seis de los trece acusados. Entretenido como estaba en servirse otro whiskacho con hielo y soda de sifón, ocupación de por sí bastante ruidosa, Alfie, que lo estaba pasando bomba, no prestó oídos al nombre del séptimo acusado; acusada, en este caso. No escuchó el nombre; la vio, lo que fue muchísimo peor. La vio en primer plano, a pantalla entera, y la oyó. El asombro le había quitado el habla, la respiración, el dominio de su cerebro sobre sus músculos, la visión, el oído. La estupefacción lo dejó mudo, ciego y sordo por unos instantes. Ni se enteró de que su vaso, servido por sus manos medio minuto antes, se había estrellado contra el suelo de baldosa rugosa, gris y crema, importada de Padua, en Italia; tampoco captó lo que Towner decía, pero sí la respuesta.

-Érica, ahíta de su opulencia, se revuelca en charcos de dólares, dólares podridos por la contaminación de los ríos, por la tala abusiva de los bosques,

por el veneno que sus fábricas escupen a la atmósfera; dólares teñidos con la sangre de los pawnee, los pieds noirs, los algonquinos, los sioux, los navajos, los cheyenne y decenas y centenares de tribus indígenas que estaban aquí mucho antes que nuestros más remotos ascendientes llegaran a estas tierras. Se trataba de fanáticos y rígidos puritanos y calvinistas, sanguinarios idólatras del becerro de oro, idolatría que transmitieron a sus descendientes de una generación a la siguiente, y que me enseñaron a mí; yo, al revés que usted, señor letrado, la repudié. Repudio el credo sangriento y bestial de mis padres, de los padres de mis padres y de los padres de los padres de mis padres. Dejad en paz los bosques, alejaos de los ríos, devolved a los verdaderos americanos sus lares, sus hogares, sus praderas, sus búfalos que habéis aniquilado, las moradas de sus dioses que habéis invadido. Aunque me condenéis, yo me niego a pagar multa ninguna, yo me niego a

De un manotazo, Alfie aferró el mando a distancia del televisor y lo tiró contra la pared. El pequeño artilugio se hizo pedazos y el aparato enmudeció y, acto seguido, la imagen que mostraba su pantalla se difuminó. La pantalla quedó negra, muda. Ruidos que no procedían de aparato ninguno, que no procedían de lugar ninguno sino que nacían allí dentro, bullían y aullaban en la cabeza de Alfie Davis.

‘Hay que pararla’, pensaba Alfie, ‘Hay que parar esto ya mismo, como sea’. Se puso de pie laboriosamente, dio unos pasos hacia la puerta, en torpes y lentos zigzags, como si estuviera beodo, y se detuvo.

‘La muy zorra’, se dijo, ‘Las muy zorras. Esto no es sólo cosa de Thommie. Esto es cosa de Barbara. Las muy zorras’

Alfie Davis era hijo de Alexandra Mumford, nieto de Patricia Neliss Mumford (antes Claythorne) y biznieto del viejo Alecséi, como yo. Thomasina era su hija.

Alfie se había casado mal, como muchos otros de la familia; como yo mismo. Se había separado de su mujer a los dos años de haberse casado y a Thomasina, su única hija, hacía años que sólo la veía ocasionalmente. La niña lo quería; la muchacha, al crecer, empezó por discutirle sus ideas y terminó por despreciarlo. Alfie (me duele decirlo, porque cierto afecto le he tenido, ya que los dos, aunque de muy distinta manera, estuvimos hermanos en la desgracia; los dos fuimos dos infelices, dos poca cosa, dos desgraciados; los dos nacimos demasiado adinerados, embrutecidos a la par que amansados por la creciente, la pavorosa fortuna de la familia, un dinero que, como el espíritu de un totem indígena, nos gobernaba a todos sin que ninguno tuviera conciencia de ello; la tuvo Thomasina, la iluminada, pienso yo, de la familia, como acaso la haya tenido, en su día, más pálida, como yerta, el viejo, apático y blando Henry Neliss, el químico, el de los números); Alfie, decía, no era un muchacho demasiado avisado, pero que ya entonces, de muy jóvenes, de cuando nos veíamos asiduamente y nos tratábamos, demostraba, además, lo que sí es grave, escasa inteligencia. Le gustaba burlarse de los pobres, de los *homeless*, que entonces habían empezado a trasladarse, tímidamente, por plazas y calles de las grandes ciudades, con bolsas viejas cargadas al hombro; lo de los carritos de la compra que empujan hoy fue un avance posterior a nuestra adolescencia. Alfie, de mayor, figuraba con un alto cargo en la nómina del Grupo Neliss porque era, mal que mejor, un Neliss. No había elegido a Towney, como él creía y como declaró en el juicio; otros lo habían hecho, adjudicándole a él el mérito porque para eso, entre otras cosas, les pagaban.

Un escándalo, resultante del affaire del bosque de Shastaham, sacudió poco tiempo después, al país. El bochorno había llevado al tontaina de Alfie a atentar, con un rifle de mira telescópica, desde una azotea, al más típico estilo Oswald, contra la vida de su ex mujer.

Barbara, nacida Robinson, era una corista procedente de Nebraska que actuaba en un espectáculo del off Broadway cuando conoció a Alfie. Barbara era codiciosa, ávida, vulgar; no bien pudo, tras darle una hija, se separó y divorció de Alfie, lo que costó a la familia un alto número de millones. Cosa curiosa, Barbara y su hija se llevaban maravillosamente bien; que la madre fuera una arrastrada ramera rastrera y la hija una chica más bien sericita, partidaria explícita del amor libre pero, en realidad, desde un punto de vista teórico más que práctico, o sea: más como espectadora que como practicante, no hacía variar un ápice el cariño maternofilial que siempre se habían, mutuamente, profesado. Pero Bárbara, contra lo que Alfie daba por hecho, tenía poca o nula influencia sobre su hija. Era más bien al revés: la que ejercía influencia, hasta cierto grado, era la hija sobre la madre. En algo que, empero, la influencia de Thomasina sobre mamá se había mostrado incapaz, era en el efecto hipnótico que ejercían sobre Bárbara los pantalones. Le gustaban jovencitos, bien provistos, atléticos, que pudieran saciarla, y ella era inagotable.

Barbara, la tarde de marras, la de la tragedia, salía de un hotel en el que había pasado la noche con un chico apenas veinteañero de nombre Everett Carey, que la acompañaba solícito, asiéndola de un codo con las puntas de los dedos, cuando recibió (ella) un disparo en el cuello y otro en un tobillo. Carey recibió el tercero, que le atravesó el pulmón derecho. Tanto él como Barbara salvaron la vida de puro milagro. Alfie se entregó de inmediato. El juicio fue largo y enrevesado, pero sólo sirvió para que Alfie disfrutara, por un tiempo, de sucesivas libertades bajo palabra, ganadas a fuerza de fianzas. Al final el juicio se celebró, el jurado se reunió y se dictó sentencia. Alfie aún pena condena en Sing Sing, de donde saldrá, si nada se tuerce, en 2012. A pesar de que lo defendía un equipo de juristas carísimos, encabezado por el abogado penalista Bartholomew Hart, que cobraba a razón de

7.500 dólares la hora de despacho y 12.000 la hora en tribunales, Alfie fue declarado culpable de homicidio frustrado en primer grado, con infinidad de agravantes; lo condenaron a 20 años de reclusión, sin remisión de pena. El incidente de Palm Beach ocurrió en mayo de 1992, el 19, un lunes.

La familia, después del primer momento de estupor, y a excepción de Thomasina, que a pesar de sus graves divergencias y diferencias, lo iba a ver a la cárcel, se desentendió de Alfie como un bloque. A mí, concretamente, después de haber hecho acto de presencia en las dos primeras sesiones del tribunal que juzgaba a Alfie, otro primo, Stephen Boyd, me invitó a un café. Era nieto de Dermott Claythorne y Patricia Neliss e hijo de Charlotte Ann, casada con un tal William Boyd, un actor de teatro de bastante renombre que también actuó, en papeles cortos pero importantes en películas como **Cuando caen los rayos** (When the rays fall) y **Un hombre malo en un mal lugar**, (A wicked man in a wicked place), ambas de Cameron Copeland, así como en media docena de títulos más. El matrimonio fue un éxito, ya que duró casi 20 años y después del divorcio los ex cónyuges siguieron siendo íntimos amigos. Charlotte Ann, a la que yo llegué a tratar bastante, al igual que a su marido, llamado Bill en familia, era una mujer dulce, recatada, de corazón bondadoso, muy poco malograda por el dinero, todo lo contrario que su hermana Jennifer, que se casó tres veces, tuvo decenas o centenares de amantes y, lo grave, estaba absolutamente convencida de que, excepto la Estatua de la Libertad y, tal vez, la Tour Eiffel, todo podía adquirirse con dinero. ‘Todo tiene su precio, queriditín’, le decía a su hijo Alfie cuando ambos éramos niños. A mí no me lo decía porque mi madre, que era una mujer mal que bien sensata, se lo había prohibido.

Stephen me habló, mientras paladeábamos dos mokas con limaduras de chocolate, en una terraza próxima al tribunal.

-Ya sé que es muy feo, muchacho, pero me ha tocado a mí decírtelo.

-¿Decirme qué?

-La familia Neliss ha decidido quedarse al margen de este desagradable quilombo en el que se ha metido Alfie.

-¿Lo piensan dejar colgado?

-Pensamos dejarlo colgado. Tú inclusive.

-Yo no puedo –balbucí-. No sólo somos parientes. Somos amigos desde la infancia.

-Yo también soy su amigo desde la infancia, Alex –dijo Stephen, muy serio-. Por eso me encomendaron esta maldita tarea. ¿Cuánto has ahorrado?

-¿Ahorrado? –repetí, confundido-. ¿Eso qué tiene que ver? Percibo mi asignación, como todos.

-Y en ocasiones pides anticipos.

-Lo hice una vez, para comprar un barco.

-Están dispuestos a suspenderle la asignación a quien no obedezca

-¿Incluso a Thomasina? –no me lo podía creer; sabía que la riqueza, sobre todo cuando es excesiva, genera su propia, o sus propias, formas de crueldad, pero no me imaginaba que los Neliss llegáramos a tanto.

-Thomasina es hija de Alfie. Ella puede asistir, lo puede visitar. Tú si quieres puedes ir a visitarlo una vez a la cárcel. Una vez, Alex.

Decidí no ir. Alfie no era tan tonto como para no leerme Judas, dibujado en la frente. Es que yo sin mi asignación, ¿qué hacía?, ¿de qué vivía? Me habían criado y educado para no hacer nada. Desde niño se me vio, lo vieron los especialistas, que yo no estaba destinado a ser un capitán de empresa. Era un chico soñador, al que le gustaban los libros; ¡mala cosa!

Pero volvamos con la familia en un orden, dentro de lo que quepa, cronológico.

Frederick, llamado Freddie en familia, era el hijo primogénito, y único hijo varón, de mi abuelo Henry Neliss. Freddie había heredado de su abuelo

Alexander la tenacidad, el cálculo y la cautela; también la avaricia y la falta de escrúpulos. De niño, Freddie fue muy amigo de su primo Hugh Simkins. Juntos, y por lo corriente acompañados por alguna de sus madres, solían ir a visitar al viejo Neliss en el cavernoso caserón del East Side. Con la llegada de la adolescencia, Hugh espació y a la larga suprimió sus visitas; Frederick no.

La amistad de Freddie con su abuelo se llegó a constituir en el eje de la vida del muchacho. Sentados uno junto al otro en un largo y viejo sofá de muelles ruidosos y rebeldes, en una estancia grande y sombría y vacía de casi todo, con los techos altísimos, el anciano esclerosado y tembloroso y el adolescente rubio, espigado y pálido pasaban y repasaban las hojas de unos gruesos álbumes de fotos en los que el viejo había recopilado una somera historia de su vida, desde los lejanos días en que prensaba moldes de escayola en San Francisco, tal como lo mostraba la foto cronológicamente más antigua, con mandil blanco hasta los tobillos, incongruente corbata de lazo e impar chistera, hasta la muerte de su mujer y su posterior reclusión casi absoluta en aquel caserón de suelos de madera rechinantes, de negros pasillos como ojos muertos y ventanas malamente tapiadas, por la que se filtraban temblorosas rayas grises de luz; el adolescente, mientras el anciano dormitaba sus sueños seniles en su sillón, después del parco almuerzo compartido, se adentraba, cauteloso y pasmado, por pasillos y escaleras, y abría puertas mohosas y sin aceitar, que crujían y se quejaban, para atisbar en habitaciones pobremente iluminadas, que olían a polvo y a encierro. Ocasionalmente, Freddie penetraba en la biblioteca, que era una estancia alargada, dividida al medio por una elevada arcada; las hileras de libros no leídos, en su mayoría ni siquiera nunca abiertos, llegaban al cielorraso. Había algo, en el espeso y grotesco silencio de aquella estancia sin ventanas, que le daba a Freddie pavor. Freddie nunca abría los libros; nunca los leyó.

La política atrapó muy pronto el espíritu de Freddie. Su abuelo, en los álbumes de fotos, le señalaba a señores de chistera y pechera de plastrón, solemnes y envarados, de cuyos caprichos dependía que se abatieran bosques para trazar carreteras, se desecaran pantanos, se construyeran presas, se erigieran pueblos y ciudades que después los honraban con sus nombres, que estallaran guerras y se firmaran paces. Eran hombres, en muchos casos, nacidos en cabañas de troncos, sin otro capital que su tenacidad y su ingenio, y habían trepado por sus propios méritos hasta la copa del árbol; él, por su parte, Freddie, procedía de una familia acaudalada, estudiaba en uno de los más prestigiosos colegios de la Unión, acudiría en su día a Yale, Princeton o Harvard y, a la larga, haría colgar de su puerta un rótulo de bronce con patente de abogado. Para Freddie, estupefacto y maravillado, que el pueblo, llegado el momento, eligiera a aquellos hombres, los admirara y votara y colocara sus destinos colectivos en aquellas ávidas manos, era algo que escapaba a su intelecto y no cesaba de asombrarlo. De aquellas tempranas perplejidades nació su vocación y se configuró su porvenir.

A los veintidós años, de esta forma y empujado por estas ambiciones, hacia nebulosas pero altas metas, Freddie se doctoró como abogado en Harvard. Entonces ya tenía muy claro que todos los pasos que diera en la vida, como había dado aquel primero, tenían que estar enteramente sometidos a un férreo esquema y encaminados a una única finalidad; impelidos todos ellos, además, por la pasión feroz de su voluntad. El paso siguiente a dar, el segundo y trascendental, consistía, como no podía ser de otra forma, en contraer el adecuado matrimonio. Freddie era un buen partido, lo que constituía un bagaje inicial nada despreciable.

Con aquel claro propósito en mente, Freddie se estableció en Washington, la capital política de América, que se le representó, en un primer momento (observada, según comprendió más adelante, desde una óptica errónea), co-

mo una ciudad provinciana y de espíritu mezquino, miserable en muchos aspectos, con sus populosas barriadas suburbanas, de negros y recién llegados, endémicamente castigadas por la más cínica desidia y el más afrentoso abandono por parte de las autoridades. Era una ciudad de políticos, fabricada para que en ella medraran los políticos, quienes, sin embargo, constituían una pequeñísima minoría; una ciudad hecha por y para los políticos y gobernada directamente por ellos, hasta el punto que sus meros ciudadanos habían sido despojados del derecho básico de votar y elegir a quienes los representarían. Todo esto Freddie lo observó, lo estudió; no abandonó su empeño hasta haber comprendido las secretas leyes que regían el mecanismo. La lógica aplastante e implacable de la política sedujo pronto su espíritu. Corría un año sombrío: 1940. Freddie vivía, en Washington, en la mejor suite de un hotel lujoso y caro, y cauta, metódica y prudencialmente, tendía día tras día sus redes. Conoció a Tilly Walcott, la que sería su mujer, en una recepción que se celebró en la casa de un diplomático retirado, al que él había discretamente frecuentado y agasajado. Tilly, delgada y de aire frágil, refinada, religiosa y convencionalmente respetable, amante de la poesía y de la música, no se parecía en nada al tipo de mujer exuberante y sensual que Freddie prefería. Era más bien apática y sin duda tímida, una debutante (*debutee*) inexperta y algo fría; por no ser ni siquiera era atractiva, con sus escuetos rasgos finos, su lacia melena rubia y su físico rectilíneo y elegante. Todo aquello, no obstante, pesaba muy poco; Tilly era la única hija del senador republicano por Kentucky Lamarr Walcott, y esto sí pesaba; y pesaba mucho.

Freddie y Tilly se casaron en septiembre de 1942, al final de un año exacto de noviazgo y después de cuatro meses de compromiso formal. Pasaron su luna de miel en un lugar escogido por ella, respetablemente convencional y ligeramente aburrido y *kitsch* (¿cursi?): Niagara Falls.

Entonces América ya se había involucrado de lleno en la guerra de las democracias contra el nazismo. La democracia electiva y representativa, sistema en el que Freddie había depositado el ciento por ciento de sus ambiciones, pasaba por sus horas más bajas, por lo menos en Europa. Salvar aquella democracia, nacida y desarrollada en América, implicaba para Freddie, en primer lugar, una cuestión personal, que afectaba directamente a su futuro, a sus más caras esperanzas de medro y de triunfo. Seis meses antes de su boda, consecuente con sus ideales y sus intereses, Freddie se había enrolado en el ejército. Tres meses después de aquélla lo destinaron a Europa; los buenos oficios y las influencias de su suegro habían demorado este inapelable llamamiento hasta la fecha más conveniente.

Algo hay que debe quedar en claro: Frederick Neliss era no sólo un hombre de cerebro frío y privilegiado, sino, por encima de todo, un político innato, uno de los más lúcidos y destacados de una generación cuajada de políticos brillantes. Neliss tenía una inteligencia poco común y una perspicacia tan ágil y rápida como profunda y amplia, y si bien es verdad que todo lo subordinaba a sus ambiciones, no es menos verdad que jamás se implicó en sobornos, corrupciones, fraudes o abusos de confianza ni en ninguno de los múltiples vehículos que siempre han colocado a la actividad política al servicio de los intereses económicos de minorías poderosas. Siendo él mismo un miembro, por nacimiento, de estas poderosas minorías, el ‘senador Neliss’ (rango que lo distinguiría, *vox populi*, en el vértice de su carrera y a lo largo, desde entonces, del resto de su no larga pero exitosa vida) no sentía otra cosa que desprecio –un desprecio frío y altivo y un si es no es indiferente- por quienes se aprovechaban de la política en el beneficio privativo de sus bolsillos, o que trabajaban para que se llenaran, a la par que los suyos, los bolsillos de otros.

Freddie Neliss volvió de la guerra, o, más concretamente, de la despedazada y desesperada postguerra europea, a mediados de 1946; traía con él una honorable hoja de servicios, un par de útiles condecoraciones y, lo principal, un conocimiento de primera mano, vivido y padecido en los campos de batalla de Francia y de Alemania, de las capacidades intrínsecas del ser humano para humillar y destruir a sus semejantes. Los horrores de Auschwitz y Büchenwald, que había observado con sus propios ojos y aspirado en sus pulmones, le sirvieron de recordatorio, para el resto de sus días, en cuanto a la ruindad fundamental de la especie animal de la que él formaba parte.

-Por primera vez en mi vida sentí, y de súbito –diría; me lo diría a mí en persona, más de veinte años después de haber él vivido aquellas atroces experiencias- comprendí, lo que significa ser judío; sentí en mi sangre y en mi carne la presencia de incontables antepasados encerrados como perros en los ghettos y me supe identificado con ellos, portador yo también del atávico e indeleble estigma de la raza. Comprendí, a pesar de mí mismo, a los nazis y sus aberrantes delirios y los odié; los odiaron mi sangre y mis nervios, la herencia recibida, la colectiva memoria bíblica atesorada, transmitida y heredada a través de sucesivas generaciones de pequeños artesanos, orfebres y usureros, de innumerables Shylocks y Asueros (*Ahashverus*) que nos precedieron y nos continuarán. Me sentí un renegado; me sentí avergonzado y culpable por no estar circuncidado; porque entre aquellos millones de gaseados, apaleados, colgados y fusilados debí estar yo.

En 1949, a los treinta y un años, Freddie Neliss ingresó en la Cámara de Representantes. Entre los dos grandes partidos, y a contracorriente de la pertenencia de su suegro al republicano, Freddie se inclinó por los demócratas; y no porque sus convicciones políticas (de todos modos difusas y a menudo cambiantes) lo movieran a ello, sino por puro y frío cálculo y después de una medida y deliberada meditación. Ideología política Freddie no tenía en-

tonces ni jamás tendría, al margen de un inarticulado pesimismo básico derivado inevitablemente de sus experiencias bélicas y postbélicas; y genéticamente recibido del ghetto del que había salido, huérfano, su abuelo. En seguida de licenciarse del ejército, Freddie se había ido a vivir, con su mujer, a la pequeña ciudad de Boulders, en el estado de New Jersey. En agosto de 1944, secuela impensada de un permiso, había nacido su hija Mary Jane. En junio de 1947 nació yo; me pusieron Alexander por mi bisabuelo. Yo apenas si conocí, en realidad, a mi padre. Lo conocí, mejor dicho, mucho mejor como político que como padre. En 1960 lo eligieron senador por New Jersey. En el senado, para el cual lo reeligieron en 1966, trabajó de forma incansable a favor de los designios de Kennedy para terminar con el poder omnímodo del pool de las grandes compañías petroleras y de otros poderosos monopolios; no le importó, en este sentido, perjudicar de lleno a su familia; entonces la Shetland Oil y la Oil Trade & Transport, entre muchas otras firmas, empresas, compañías y filiales de todas las anteriores, formaban parte del creciente Grupo Neliss, con el que mi padre jamás se involucró. En cuanto al conjunto de los contados monopolios que se repartían las grandes riquezas del país y del mundo, el Grupo Neliss era uno de los más fuertes.

Mi padre recibía, eso sí, sus largos emolumentos, fruto de los dividendos del grupo, y los empleaba en vivir bien él y en que viviera bien su familia; el resto lo volcaba en obras de beneficencia y a favor del Partido Demócrata. No obstante su apoyo a la campaña anti trusts de los Kennedy, el senador Neliss fue, ante todo, un johnsoniano. El presidente Johnson lo nombró Secretario de Estado y después embajador en Gran Bretaña.

En la convención demócrata de 1968, a la que Johnson, con la guerra de Vietnam ya en su apogeo, declinó presentarse, la candidatura del senador Neliss –después de asesinado Bobby Kennedy- estuvo a un corto paso de

ganar la nominación del partido para competir por la presidencia. El triunfo final del vicepresidente Humphrey, un político gris, de escaso relieve, fue, de hecho, un compromiso, el resultado de un pacto; había sectores, dentro del partido, así como también en la administración central, que aborrecían al senador Neliss y le temían; hicieron todo lo posible por frenarlo y, en la convención demócrata del 68, lo consiguieron; aunque sólo parcialmente y de momento, según parecía, ya que el senador se aprestaba para seguir luchando, y tenía muchos ases en la mano. Él mismo me lo dijo un día, en tono de broma (pero él nunca hablaba en broma):

-De aquí a cuatro años serás hijo del presidente de la nación, muchacho; de su primer presidente de sangre judía, aunque no practiquemos la religión de nuestros antepasados ni estemos circuncidados.

-Somos católicos –le contesté-

-¿Lo somos? –una sonrisa ligera le curvaba los finos labios-. Seamos lo que seamos, muchacho, tendrás que acostumbrarte a vivir con guardaespaldas.

-No sé si me gustará, papá, pero lo aceptaré.

-Eso esperaba de ti, muchacho –mi padre me dio dos palmadas en la espalda; dos palmetazos, pensé, campechanos, de político en campaña. Papá era un político de 24 horas al día, full time-. Aplastaré a Walker y Andrews –se refería a dos importantes senadores demócratas, rivales de él a machamartillo-. Ya tengo a McCarthy y a Clemence de mi parte. ¿Qué te parece?

-¿Seguro, papá?

-Seguro, muchacho –papá me guiñó un ojo.

Era un hombre alto y grande, que exudaba fortaleza y salud. Yo soy más bien bajo y no muy fuerte; las dos nuevas palmadas en la espalda me sacudieron la entera osamenta.

-Haré mejor este mundo, muchacho –me dijo papá, no sin cierta sonriente y confiada solemnidad.

-Estoy seguro, papá.

En 1971, el 17 de junio, tras una breve enfermedad, el senador Neliss murió. Era un jueves. El senador era un hombre arrogante y despiadado, del que yo, como hijo, conservo un recuerdo desleído y exento de cariño; no de respeto.

Yo no hago nada; nunca he hecho nada. Escribo cosas, si bien no para darlas al público. Se trata de un pasatiempo, de una afición mal que peor fortuita, sin duda fútil y frívola, carente por completo de ambiciones. Yo (al revés que mi padre) nunca he alimentado ambiciones de ninguna clase. En este sentido (y seguramente en otros, ¿y por que no en todos?) me identifico con mi abuelo Henry, un hombre irrelevante y parsimonioso, que se desenvolvía entre sus probetas y tubos de ensayo en un estricto segundo plano, satisfecho de su insignificancia y agradecido por no haber tenido nunca que ganarse la vida con sus manos y el sudor de su frente; yo confieso que, por mi parte, jamás hubiese sabido cómo.

Tengo un velero con el que salgo a navegar siempre que puedo. Le he puesto por nombre 'Landor', a modo de homenaje hacia un poeta inglés, de los llamados 'menores', al que siempre he admirado (1). El 'Landor' es una embarcación de cuarenta y dos pies de eslora y mil ochocientos ochenta pies cuadrados de velámenes, capaz de alcanzar dieciocho nudos calibrados de velocidad crucero cuando se le suelta todo el trapo. En él he recorrido las islas de Barlovento y Sotavento y el archipiélago de Liguania; hemos estado otrosí en la Zona del Canal y remontado hasta Dubuke el Mississippi. Del fondo del golfo de México he recogido monedas de oro con los dientes (monedas que yo mismo arrojaba), a la manera de muchos jóvenes nativos, y he arponeado longilíneas y plateadas barracudas entre los cayos de la Florida.

En 1979 zozobré cerca de Nantucket y se me dio por desaparecido y muerto; sobrellevé tres días y dos noches a flote en alta mar, sujeto a la convexa barriga invertida del casco del velero y con una desesperada ansiedad por sobrevivir que me sorprendía y me disgustaba. Llevaba entonces no más de seis semanas separado de mi mujer, y hubo quienes se precipitaron a conclusiones disparatadas. La verdad es que jamás me he sentido más alejado y ajeno del suicidio que en aquellos tres días que pasé perdido en el mar, de cara, yo a solas, a un destino que parecía muy breve. Me salvó la vida el encargado del radar de un buque frigorífico, que distinguió el destello infinitesimal de mi barca en un rincón de su pantalla; me recogieron marineros del mismo buque, que me subieron a bordo y, de allí, en helicóptero a Providence, donde pasé once días en un sanatorio. Mi mujer (aunque separados, aún no nos habíamos divorciado), me telefoneó dos veces y me dijo que se alegraba mucho de que me hubieran encontrado vivo. No pasó a verme, pero me envió un ramo de doce rosas rojas, carnosas, opulentas, con aguzadas espinas y un penetrante olor, que soporté tres cuartos de hora antes de mandar a que las retiraran.

-Unas flores tan bonitas, señor Neliss –me dijo, con suave tono de reproche, la enfermera.

-Quédese las usted –le propuse.

Era una chica bastante bonita, que llevaba su uniforme lo más tenso y apretado que le consentía el reglamento; acaso se maquillaba en exceso. Se llamaba (o la llamaban) Dolly.

-Oh, señor Neliss –parpadeó-. Muchas gracias, señor.

Me ofreció una sonrisa casi pícara y se marchó, con el florero y las flores en una mano. Meneaba con gracia las ancas.

Tengo hoy día (es el 19 de mayo de 2002, un viernes) cincuenta y cuatro años; de hoy en un mes exacto habré cumplido cincuenta y cinco. Llevo

diez días encerrado en Morrison (Maine), en una granja que está en las afueras de la población, alquilada por mí. Estoy aquí yo a solas con Playne, mi secretario, que es la única persona del mundo, hoy por hoy, que cuida de mi salud y mi confort. Al segundo día de estar aquí (un sitio que no sé por qué elegí para recluirme; tal vez porque está lejos de todo y nadie me conoce), sin posibilidades de llenar las páginas de mi diario, puesto que nada sucedía (ni sucedería) excepto la mera continuidad de las horas, me dio en rellenar estos renglones, deshilvanados y caprichosos, sin causa ni propósito; volver a mis ancestros.

Hay unas cuantas cosas que me he dejado en el tintero; algunas al menos referiré, de manera sucinta.

De las dos hijas de mi bisabuelo Alexander, ambas dejaron descendencia. Patricia, la mayor, tuvo dos hijas y un hijo de su primer matrimonio, y un hijo de su segundo, Elmer Grant Mumford. Del primero, Dermott Claythorne, se divorció en 1922; del segundo enviudó en 1941. Jennifer tuvo dos varones y tres hembras de sus tres matrimonios.

Hugh Simkins, el primogénito de su generación (la de mi padre el senador), merece por lo menos un párrafo de este texto. Nacido en 1915, según creo haber ya consignado, hacia 1950 pasó a dirigir la United Shipping, posición de predominio que heredó de su padre y acrecentó, ya que su padre, a fin de cuentas, ajeno por sangre a la familia, no había sido mas que un empleado, por elevado que fuera su lugar y lujoso y extremado su salario, mientras que Hugh por sangre, era un miembro verdadero de aquélla.

Hugh se casó tres o creo que cuatro veces, y produjo varios hijos e hijas de por lo menos dos y cabe que tres mujeres legítimas, además de un hijo ilegítimo reconocido. De sus (cuatro, creo que fueron) hijas, la segunda fue Sandrine, prima mía en segundo grado, nacida en 1949 y con la que contraje matrimonio en 1973; no es éste el lugar donde consignar pormenores de mis

desdichas de hombre casado; sería ésa una tarea por demás ingrata, que me envenenaría el alma, si la acometiera, en esta invernal soledad. Básteme apuntar que nuestra convivencia se arrastró un lustro y dejó un único fruto: un hijo varón, Tommy, nacido Thomas Simkins Neliss el 31 de marzo de 1975, un domingo.

A posteriori de mi ruptura conyugal, y mientras fue niño y adolescente, Tommy quedaba a mi cargo en fines de semana alternos y un mes entero de sus vacaciones de verano, que solíamos pasar en mar abierto, raramente en compañía de terceros, a bordo del 'Landor'. Yo entonces me hacía a la mar con la mayor de las prudencias, teniendo a Tommy a bordo, sobre todo después de la espantosa experiencia vivida cuando el velero volcó en el Atlántico Norte (por fortuna fue en verano; en invierno, el frío de estas aguas me habría matado por congelamiento).

Yo temía que Tommy saliera a su abuelo el senador; en realidad lo temía por un lado, mientras que por otro, de manera más oscura y menos confesable, era lo que le deseaba: los hombres duros (supongo) no las pasan tal mal como los blandos. Yo soy blando y sé lo que digo, mientras que el senador era duro y no creo que nunca haya sufrido; el abuelo Henry, por su parte, era blando y el viejo Alexander duro. Si esta cadencia alternativa se continúa en él, a Tommy le habrá tocado ser duro; ese porvenir probable de mi hijo de a ratos me alegra y de a ratos me llena de congoja.

(Escribí buena parte de este texto en 1988, cuando Tommy tenía trece años; hoy tiene cerca de veinticinco y ha salido a su abuelo, un chico duro y tenaz, batallador; tiene no obstante una inclinación que inclusive su abuelo, liberal como era, hubiese considerado una lacra: es gay)

En la mar, Tommy era valiente, metódico y decidido desde muy tierna edad, algo que a mi me enorgullecía y espantaba al mismo tiempo. Era también, mar adentro y mar afuera, obstinado y tenaz. De adolescente, sin embargo,

la mar paulatinamente le dejó de interesar. Otros intereses lo habían empezado a mover, que yo entreveía y me desagradaban. Hoy día, con veintitantos años, con los treinta cercanos ya, ahora que lo pienso, sobresaltado, Tommy ya ha dado sus primeros y firmes pasos en los pantanos de la política. Los ha dado igual que los dio su abuelo el senador, con la misma clase de inteligencia despiadada y fría y la misma y decidida obstinación; parece haber nacido para ello. Su inclinación, su filiación, su lacra, ¿por qué no decirlo, si para mí también lo es?, le va a acarrear, me temo, y él lo sabe, no pocos problemas e inconvenientes.

-No llegaré lejos en la política, a no ser que cambien mucho las cosas –me dijo hace poco-. Prefiero, no obstante, mantener mis convicciones y no avergonzarme de mis inclinaciones que llegar a senador, o inclusive a presidente.

Yo no soy muy liberal, de modo que a mí, la condición de Tommy, cuando la hizo pública, me hirió como una flecha emponzoñada. Todo lo que él no se avergüenza me avergonzó a mí por él. Pienso y registro y revuelvo entre mis recuerdos para descubrir si alguna faceta de esta malhadada inclinación suya se reveló en su infancia o en su adolescencia y me digo que no, que cuando lo anunció, a su madre y a mí, enganchado él del codo de su ‘amigo’, el asombro, la vergüenza y la rabia que sentí fueron genuinos; yo nunca había vislumbrado nada. Recordé, no obstante, no hace mucho, aquel viaje a Rusia, cuando él tenía doce años, y el recuerdo me dio que pensar. Poco más adelante relato mis impresiones de aquel viaje, que hicimos Tommy y yo juntos, los dos a solas. Redactar aquellas líneas, con las que cierro este texto, me sirvió como una especie de exorcismo. No sé decirlo mejor; quizá tampoco debiera, caso que supiera.

Tommy nos había citado, a su madre y a mí, en New York, en el piso que tenía entonces Sandrine, mi ya ex mujer, sobre Madison Avenue, para, se-

gún me dijo a mí, ‘darnos una noticia a los dos juntos’.

Recuerdo que su madre, cuando Tommy dijo que era gay, parpadeó un instante, sorprendida, y después corrió a besarlo. ‘Ay, Tommy’, le dijo; estaba emocionada; pocas veces la había visto yo emocionarse. En realidad, ahora que lo pienso, no la había visto nunca. ‘Ay, Tommy’, repitió. Me miró después a mí, que me había quedado sentado.

-A tu padre –dijo- no le ha hecho gracia. Mírale esa cara, toda desencajada. ¿No piensas dar un abrazo a tu hijo, Alex? Tú siempre has dicho que respetas el coraje; y éste ha sido un acto de coraje; de todo el coraje que tú dices respetar y que te falta.

-¿Papá? –Tommy enarcaba una ceja.

-Debiste saber –alcancé a decir, con un hilo de voz.

-¿Qué no te iba a gustar? Lo sabía, papá. Lo siento.

Me fui. Descolgué mi sombrero y pegué un furibundo portazo al salir. Fui de un lugar a otro y bebí en uno y el siguiente y el subsiguiente. Dormí en mi club, el Clay; alguien, algún camarero, me subió a mi cuarto y me metió en la cama. Tres o cuatro días después hablé por teléfono con Tommy, ya más calmado, más relajado; resignado, en realidad.

-No lo entiendo –le dije-, pero en fin, está bien, lo acepto.

‘No tengo otro remedio’, pensé después de colgar. El diálogo había sido breve, espasmódico, cuajado de incómodos silencios y embarazadas toses de los dos lados.

Ser el único hijo varón del respetado e importante senador Neliss lejos ha estado de ser fácil para mí. Tal como temía y me había propuesto no infligirme, he terminado, una vez más, hablando de mí mismo. ¿Por qué todavía me compadezco tanto?

¿Qué he hecho yo con mi vida? ¿Qué soy? ¿Soy escritor? Sólo una vez, pagado de mi bolsillo, en mi irresoluta edad juvenil, di un libro mío a la im-

prenta. Tratábase de una colección de breves biografías, desmañadamente noveladas, escritas en una desmayada prosa poetizada, de los grandes conquistadores de la historia de la humanidad: Alejandro Bicomne, Julio César, Atila, Carlomagno, Genghis Khan, Tamerlán y el más grande y misterioso de todos ellos: Napoleón Bonaparte. Pensé incluir a Hitler y a Stalin pero desistí, a pesar de que ya tenía escrita buena parte de sus vidas. Las terminé de escribir años después, imbricadas en un único texto, como las dos caras de una única moneda; o como la misma única cara desdoblada de una única y misma moneda, igual que la del florín de Leopold Bloom. Todo lo demás que he escrito o lo guardo secreto o lo he ido perdiendo en hoteles y viajes. Sólo de mis diarios me preocupo por conservarlos; no es que crea que valgan como literatura, pero son el testimonio particular y personal del hijo de una familia muy rica que trata de ser sincero.

UNA VISITA A RUSIA

En 1988 Tommy y yo viajamos a Rusia, que entonces todavía era parte integrante, o propietaria, de una Unión Soviética en avanzado estado, ya, de descomposición. A mí, el capitalismo me ha formado y estructurado desde la misma cuna en cuanto a hábitos, inclinaciones y debilidades; a pesar de ser un miembro conspicuo de la clase privilegiada, el capitalismo, empero,

nunca me ha cegado. Yo siempre contemplé con interés (si no con simpatía) el experimento soviético con el comunismo. Hasta entonces, no obstante, cuando la visité con Tommy, jamás había pisado Rusia; me entristeció su marcada decrepitud. Moscú me pareció fea y chabacana, con sus largas calles sucias y sus omnipresentes colas para comprarlo todo.

En el hotel, un gigantesco organismo lento, de interminables pasillos y pesados ascensores, alguien se nos llevó una maleta del vestíbulo, y tuve la mala ocurrencia de denunciar el hecho en la recepción. Al rato se personaron dos policías, con ropas de paisano; uno de ellos consumía su rutinaria energía en la continuada masticación de un chiclet de sabor a fresa, con el que expelía globitos rosados que se le pegoteaban en los labios al estallar. El otro, de aire más marcial y grave gesto incambiado, me sometió a un intrincado cuestionario en la oficina del gerente. Se llamaba Olenkov y era inspector detective de tercera. Me hizo firmar la denuncia y me aseguró que la policía haría por nosotros, turistas con dólares, todo lo que estuviera al alcance de su mano, pero que por favor no me hiciera muchas ilusiones; se despidió y se fueron. Al otro día telefonearon de la comisaría para que me presentara allí. Pensé, ingenuo de mí, que habrían encontrado la maleta. Tommy me acompañó, aunque muy de mala gana. No habían encontrado nada. De lo que se trataba era de oficializar la denuncia. El trámite nos llevó más de dos horas, de modo que ya anochecía cuando emprendimos el regreso al hotel. Yo estaba furioso y me sentía deprimido. Tommy, que se había aburrido muchísimo en la comisaría, estaba del peor humor; andaba con las manos hundidas en los bolsillos y bisbiseaba maldiciones.

-Estos apestosos comunistas –se quejó-. Nos han tenido allí todo este rato de propósito, para nada, porque sí, para fastidiarnos porque somos americanos y estamos mejor vestidos. Y tú ni siquiera has levantado la voz. Mamá tiene razón. Eres un don nadie y siempre te dejas avasallar.

-Así que eso dice tu madre.

-Dice la verdad.

Aunque este corto diálogo parezca ilustrar lo contrario, lo cierto es que Tommy y yo nos llevábamos bien, cuando él era un niño, acaso porque nos veíamos relativamente poco. Ser padre no me ha obnubilado nunca. Tommy distaba de ser un muchacho perfecto; era arrogante, caprichoso, tornadizo, de ánimo variable; su madre lo había maleado y malcriado desde muy pequeño. Ella se había vuelto a casar. Su segundo marido, Hall Steward, era un corredor de bolsa de origen humilde, que había llegado a hacerse muy rico por sus propios medios antes de cumplir treinta años. También él (que me detestaba) consentía y malcriaba a Tommy; un Rolex deportivo que Tommy llevaba en el brazo, en aquellos precisos días de nuestro viaje por Rusia, se lo había regalado su padrastro.

Yo soy un hombre, dentro de lo que cabe, bastante equilibrado. Aquella noche no sé qué fue que ocurrió; si el mal humor encaprichado de Tommy; si lo que le había dicho a Tommy de mí su madre (y que él me había repetido); si el ostentoso Rolex deportivo que Tommy consultaba cada dos o tres minutos, con gesto adusto y elocuente, en la comisaría; si meramente el tiempo que me había hecho perder la policía o si la visión de aquella metrópolis abatida y tiñosa en la que nos encontrábamos. Tal vez fuera en razón de todo lo antedicho junto. Y, añadido ahora, el saberme judío sin sentirlo, sin abochornarme ni siquiera alegrarme.

El resultado fue que me di en beber al regresar al hotel; era algo que hacía años que yo no hacía y que constituía mi faceta más vulnerable, imprevisible y peligrosa; nunca he sabido beber.

Cuando Tommy se acostó, sobre las once de la noche, yo ya estaba ebrio a medias. Cuando se durmió, hacia media noche, yo bajé al bar, ya bastante bebido, para seguir bebiendo. Mi recuerdo, a partir del momento en que salí

del bar, es fragmentario y difuso. De nada vale entrar en incidencias confusas y minucias poco claras. La consecuencia fue que amanecí en otro sitio, con una mujer rolliza y rubia dormida desnuda junto a mí; tenía la piel pecosa, lechosa y translúcida, que dejaba visible el recorrido tortuoso de las venas. La mujer farfulló no sé qué cuando me aparté de encima la sábana y la manta y me senté en el borde de la cama, con la intención inmediata de vestirme y largarme. Nunca he sabido qué cara tenía ella, porque no se la vi entonces y había olvidado por completo dónde la había encontrado y cómo la había conocido. Me pregunté, recuerdo, mientras me vestía, si, estando yo en aquel estado de ebriedad de la víspera, habríamos copulado. Sentí, antes de irme, un leve impulso por acercarme a ella y verle la cara, pero preferí no hacerlo. Había dejado un puñado de billetes arrugados en la mesilla de noche. Del dinero que llevaba encima, que no era mucho, reservé solamente unos cuantos billetes para pagar el taxi. Por fortuna, cuando estuve de regreso en el hotel, hacia ocho y media del día, Tommy todavía dormía. A los dos o tres días nos trasladamos a San Petersburgo, que entonces aún se llamaba Leningrado. A mí, la estúpida borrachera de Moscú me había dejado un sedimento de vergüenza y también un fondo de melancolía, que persistía en mi espíritu a pesar del paso de los días. Tommy, que tenía doce años en aquel entonces (creo haberlo dicho ya, quizá más de una vez), lejos de aplacar su malhumor, se soliviantaba día tras día por las mas absurdas nimiedades: porque el café del desayuno estaba frío y un refresco que pidió en otra ocasión no lo estaba; porque un día llovía; porque no pasaban películas en inglés por televisión, porque se atrasaban unas horas en entregarnos la ropa lavada y porque, ya en Leningrado, había que guardar cola para visitar el Ermitage. Habíamos pasado ya alrededor de una semana en Leningrado y yo dudaba todavía entre si hacer o desistir de hacerlo el viaje que me había propuesto,

a modo como de peregrinaje; mi subsiguientes destinos planeados eran Murmansk y, como punto final, Jaroslavl, de cuyo ghetto habían surgido y cobrado entidad los Neliss, nuestra estirpe. Era el mío un deseo tímido; era una intención confusa, atrabiliaria, desmedrada. Sabía que Tommy me pondría mala cara cuando le comunicara lo que pretendía, y esto me refrenaba. Percibía que un razonamiento de especie semejante era en el fondo cobarde; de todos modos, sumido en aquel incierto devenir, me contuve varios días. Cuando le trasmití por fin a Tommy mis intenciones, él no las recibió tan mal como yo temía.

-Si te parece –dijo, con acento indiferente-. Nos vamos a aburrir.

-También te aburres aquí.

-No sé cómo se me ocurrió acompañarte –se quejó Tommy-. Ojalá me hubiera quedado con mamá. Ahora estaría con ella en Palm Beach. En cambio aquí me tienes. Esta galleta está blanda; da asco.

La galleta del día antes, recordé, estaba, por el contrario, dura, y le había dado asco también. Partimos para Murmansk, por fin, al alba, en un automóvil que conducía un chauffeur nativo, ya que de otra forma no nos hubieran autorizado el viaje.

-Son cuatrocientos sesenta kilómetros, señor Neliss –muy circunspecto el chauffeur, que hablaba con un impecable acento oxoniense-. Estaremos allí al caer de la noche, siempre que todo nos marche bien.

-No hay razón para temer lo contrario, Iván.

-No, señor –Iván titubeó un momento-. Espero que no, señor.

No parecía del todo convencido; era un muchacho de pesada osamenta y porte y semblante rústicos, aunque barnizado por unos suaves modales cosmopolitas; un hijo y nieto de mujiks, sin duda, educado en Inglaterra con cargo al partido. ¿Un agente camuflado de la KGB, encargado de vigilar a un notorio plutócrata? Me dije, con cierta tristeza, divertido a mi pesar al

mismo tiempo, que no sería en absoluto de extrañar que mi hipótesis fuera la verdad; que a mí me pareciera absurda no quería decir que se los pareciera a los jerarcas del Kremlin.

No todo rodó en el viaje como la seda. A mitad de camino nos retuvieron en un puesto fronterizo (de una de las incontables y más o menos arbitrarias fronteras interiores que tajeaban el territorio soviético) y nos condujeron a un lúgubre cobertizo, de paredes desnudas, con la hoz y el martillo flameando en una bandera detrás de un único escritorio; también había una foto de Lenin, desvaída y enmohecida por los años y la indiferencia burocrática. Verlo me entristeció de una forma peculiar, tristeza que se desagotó en una especie de callada furia, que con los minutos mermó y en su momento se desvaneció. El escritorio lo ocupaba un oficial calvo, que vestía un uniforme gastado y desteñido. Nosotros avanzamos entre dos guardias armados con fusiles. El oficial nos hizo infinidad de preguntas, insensatas en su mayoría, y manoseó largo rato nuestros documentos. Perdimos de esta forma varias horas y era noche cerrada cuando avistamos Murmansk.

-Murmansk, la perla del Báltico –nos informó Iván, desde detrás del volante, con un brazo extendido.

Murmansk, bajo la noche, era un reguero irregular de luces que serpenteaba sobre la orilla del mar. Yo me había informado y sabía que allí había una importante base de submarinos atómicos, por lo que preví que los controles y la vigilancia dentro de la ciudad y en sus accesos serían rigurosos. Nos pararon, en efecto, por el camino, un par de veces, pero a la postre llegamos al hotel sin novedad. Tommy se había dormido, un rato antes, en una esquina del asiento, y tuve que sacudirlo para que despertara.

-¿Dónde estamos? –parpadeaba.

-Hemos llegado, Tommy.

-Ya era hora. Me muero de hambre.

Donde antes había estado el Hospicio Infantil Imperial de la orden de Dravsnáiana del Dulce Martirio, se elevaba hoy en día la desagradable solidez de un edificio de oficinas estatales, de rígida y pesada construcción estalinista. Lo miré un par de minutos, sin bajarme del vehículo, y no quise ver más. Tommy no me había acompañado; se había quedado con un libro en el hotel.

-Estoy harto de este viaje –se había lamentado-. ¿Cuánto tiempo más vamos a pasar aquí?

-Poco –le aseguré; yo también había empezado a tener ganas de irme.

Era media mañana cuando regresé al hotel. Por la tarde de aquel mismo día salimos a Jaroslavl. El viaje, de seis semanas, de los huérfanos del pogrom de 1853, se había reducido, desde la existencia del motor de gasolina y las carreteras de macadam (las deficientes pero insoslayables carreteras rusas), a poco más de ocho horas. Nadie nos puso trabas en el trayecto, en esta ocasión, de manera que, en las primeras horas de la madrugada, ya estábamos dormidos en nuestro hotel.

Yo había planeado, en principio, salir a Jaroslavl por la mañana, en seguida de mi fugaz visita al extinto Hospicio Infantil Imperial, pero un telegrama que había llegado de Londres me había retenido. Había un Constable, un paisaje campestre con perro, que me ilusionaba adquirir, y las gestiones se habían iniciado hacía ya algún tiempo. El telegrama era de un agente mío en Londres; me lo había enviado a Moscú, de donde lo habían expedido a Leningrado y de allí a Murmansk, de modo que llegó a mis manos con bastante retraso. Como el asunto era urgente, ya que había aparecido otro interesado, con una oferta bastante más sustancial que la mía, me vi obligado a telefonar a Londres para hacerme cargo personalmente de las circunstancias y aguardar después la llamada de respuesta. Dio el mediodía y yo seguía aguardando. Después hubo que almorzar, y no hubiera sido inteligente

emprender aquel viaje por carretera con la digestión a medio hacer. (El Constable, por cierto, a la postre lo perdí.) Al final salimos a Jaroslavlz pasadas las cuatro. A Tommy, la larga espera lo había impacientado y punto menos que enfurecido. Tenía los pómulos enrojecidos y los ojos le llameaban.

-Por uno de tus malditos cuadros –me acusó, con acento agrio y desabrido y los puños apretados-. Mamá dice que te han estafado varias veces con cuadros y estatuillas falsos. Éste que ahora quieres comprar no me extrañaría que también fuera falso. Mamá dice que tienes cara de víctima, que se casó contigo porque le dabas pena; a veces me das pena a mí también. No me hace ninguna gracia que te estafen, porque a la larga tu dinero va a ser mío. Deberías tratarlo con más cuidado. Al fin y al cabo un día lo recibiré yo.

-Primero tendrás que esperar que yo me muera.

-Puedo esperar –Tommy emitió una risita cáustica, como si la perspectiva se le hiciera placentera-. Mamá dice...

-No vuelvas a mencionar a esa maldita bruja.

Yo había estado a punto de abofetear a Tommy, que creo que se dio cuenta y que por eso se calló. Sonreía, sin embargo. Yo jamás le había pegado, que era algo que él no hubiera podido decir de su madre. En cuanto al Constable, que al final perdí, como ya he anticipado, me pregunto: ¿fue acaso la insinuación de Tommy lo que me retrajo, cuando llegó la hora de mejorar mi primera oferta? Me apasionaba aquel cuadro, con sus vívidos y luminosos azules y sus tenues y opacos rojos; hubiese sido la joya de mi pequeña colección. Haberlo perdido me causa, hoy todavía, un melancólico estado de desazón.

Salí del hotel para el ghetto muy temprano en la mañana, tras un ligero desayuno. Había llovido por la noche y el cielo estaba cubierto por una capa pálida de nubes bajas. La luz del sol se filtraba, mortecina y líquida, entre

jirones de bruma procedente del mar. Iván me llevó en el auto; Tommy se había quedado de nuevo en el hotel.

Una extraña, misteriosa sugestión fue creciendo dentro de mí de camino al ghetto. Éste ocupaba no más de ocho o diez manzanas de callejuelas maltrechas y tortuosas, con casas envejecidas y dobladas alineadas a los lados; no había árboles y apenas aceras, y las casas, curiosamente, eran casi todas de madera. Eludiendo charcos, me adentré por una callejuela adoquinada, de apretado e irregular trazado. Desemboqué en una plazoleta vacía de seres humanos, con unos pocos bancos alargados, despintados, y una fuente de dos platos, enmohecida y roñosa, en el centro. Un perro dormía en un rincón soleado.

Iván me seguía a dos o tres pasos; su sombra alargada se mezclaba con la mía sobre el adoquinado despereado. En la fuente quedaba un poco de agua, encharcada y legamosa. Contra el cielo flotaban algunos pájaros negros, que parecían, en la distancia, de buen tamaño. El lento planeo de aquellas aves tenía algo de premonitorio y a la vez de definitivo.

-Grullas siberianas migradoras –me comentó Iván, al verme mirar el cielo-. Dicen que son pájaros de mal agüero.

-¿Son negras?

-Se vuelven oscuras en verano –dijo Iván; tenía los ojos estrechados en rendijas y una expresión sonriente e indescifrable a la vez-. Cambian de plumaje una vez al año. En invierno se vuelven blancas para confundirse con la nieve. Entonces se considera que traen buena suerte.

Walter Savage Landor (1775-1864), poeta y prosista romántico inglés, autor de la tragedia **Count Julian** (basada en la figura del visigodo hispano conde Julián) y de narraciones en verso y prosa sobre temas mitológicos griegos,

como **La muerte de Artemidora** y **Hamadriade**. Su obra maestra es **Conversaciones imaginarias**, cuya redacción le llevó largos años. Era también un magnífico ensayista, como lo demuestran varios trabajos suyos sobre Shakespeare. El estilo de su prosa alcanzó alturas difícilmente igualables. Sentía una agradable inclinación por asuntos minúsculos y a menudo frívolos. Él mismo se jactaba de ser un frívolo. Murió muy viejo y amargado.

Nota del Traductor

*** También son mías (del traductor) las itálicas o bastardillas con que he subrayado algunas expresiones del original inglés, que me pareció necesario cotejar con la insuficiente versión traducida, en beneficio del sagrado matiz, tan caro al escritor angloparlante de este texto.

DIARIO DE CAMPAÑA DEL ESCRIBIENTE MERCHÁN

13 de
marzo, martes

AYER LUNES OCUPAMOS Inza Grande. Yo viajé con el tren de impedimenta, los últimos en llegar, dentro de un carretón con sebos y cueros de oveja, donde me hicieron espacio para que me instalara con mi tintero y mis papeles, el lacre y las plumillas. Había muchas fojas que llenar, muchas cosas que transcribir, firmar y sellar.

Pasadas unas horas desde nuestro arribo, el coronel Joanicó salió a un balcón de la alcaldía y pronunció una breve arenga para tranquilizar a la población; para advertirla también. El sol caía a plomo. Debajo, en la plaza, había unas doscientas personas, mujeres en su mayoría. Algunas cargaban lactantes en brazos. Las había que masticaban algo, que de vez en cuando escupían. Se pasaban bolas de un verde bilioso, feo, de mano en mano y a hurtadillas, aunque muchos soldados observaron la maniobra. Nadie, empero, intervino. ¿Para qué?

Las sombras rectilíneas de las casas se desplazaban insensiblemente sobre el adoquinado. La alocución se prolongó unos quince minutos y la gente tardó mucho en dispersarse después que el coronel se retirara del balcón. A mí, testigo distante, la escena me pareció ligeramente ridícula a la par que muy triste.

Por la tarde hubo unos pocos fusilamientos contra una tapia del cementerio. Con cada descarga, bandadas de cornejas y alcaramuces se proyectaban graznando hacia el ocaso; después descendían en amplios círculos, sin batir casi las alas, a la espera de la siguiente descarga. La última se produjo cuando la noche ya caía.

Inza Grande ha resultado ser un poblachón grande y chato, desmedrado, de casas de un piso o dos, pintadas de blanco, y calles largas, irregulares, empedradas, que se deshilachan entre edificios aislados y solares baldíos. Hay bastantes iglesias; las campanas repican a menudo y el aire es limpio y claro.

Nos han alojado en una vivienda de familia. Se trata de un modesto minorista de ultramarinos, con su mujer y una caterva de niños. A Trejos lo han destinado conmigo. Nos han cedido una habitación estrecha, de opresivo techo de latón, declinante y demasiado bajo, que de noche temblequea con el solano. Yo, que no soy alto, toco el techo con la mano, sin estirarme. A pesar de todo dormí bien y salté de la cama con la diana de aurora.

Hoy martes hemos tenido parada. Yo por supuesto no desfilé. Lo hicieron el 4° y el 7° batallones de combate, con sus tenientes coroneles al frente, y la compañía de zapadores de Isla Mediodía, con sus uniformes de camuflaje y sus boinas color lodo ladeadas sobre la oreja izquierda. Todo muy marcial y

acompañado, muy eficiente. El espectáculo imprimió respeto, sin duda, en el ánimo de una población de momento tranquila aunque inevitablemente hostil.

La parada se alargó más de una hora, con pífanos y redoblantes. La gente miraba desde azoteas y ventanas; poca había en las calles. Conté, eso sí, en unos minutos apenas, una veintena de niños de pecho colgados de sus madres; hay, parece haber, muchísimos.

Como en toda la comarca, abundan en la ciudad los guichones (o guichoneses). Son una raza cetrina y de corta estatura, que no sonríe: varones achaparrados y rollizos y hembras de caderas anchas y seno voluminoso y pesado. Son de cara redonda y aplastada, con el belfo colgante, la nariz chica y los ojos sesgados; el pelo, retinto y graso, lo llevan anudado en crenchas tras las orejas o en forma de trenza gruesa sobre la nuca. Muchos lucen bombín, tanto hombres como hembras, y un como a modo de ponchito corto, de escote cuadrado, fabricado con una lana cruda teñida de colores opacos y apagados. Tienen una sabida fama de independientes, rebeldes y alevosos; también de feroces. No lo parecen, empero; parecen una ralea vencida y cansada, que envejece rápido y muere pronto.

No obstante, todos los oficiales han sido arengados para mantenerse alerta; lo supe por Garabín, escribiente del escritorio B, que lo supo a su vez por el subteniente Carraicedo, uno de cara aviruelada, del 3º de ingenieros, que sufre de caspa y juega muy bien, según dicen, al casín. Aquí, sin embargo, por lo poco que he observado al asomarme a tascas y tabernas, escasean los billares.

Escasear, de hecho, escasea de todo. Se ha repartido pan entre la población de los suburbios más necesitados. A mí, Inza Grande entera me parece un desmantelado y desgalichado suburbio de una urbe que no existe.

Me siento un poco poeta; asaz melancólico y bastante turbado por fugaces imágenes que conjura mi yo secreto, mi subconsciente; me deslío en divagaciones neutras, opacas, de esta fea guerra en la que me ha tocado intervenir. La toma de Inza Grande fue sencilla; nadie defendía la ciudad, nadie disparó un tiro a excepción de las estúpidas salvas al aire con que descargan su frustración de matar los reclutados de las comarcas norteñas, gente fronteriza y de mala entraña; son casi todos mocetones de apellido vascuence enrolados en los batallones de combate que manda el coronel Burrull, que es también norteño, nordestino, algunos dicen que nacido allende de la frontera, en la provincia imperial de Os Matolhos, cruce de una blanca criolla con un gañán domador de caballos, mitad negro y mitad albino. Burrull tiene fama de brutal; es brutal. Yo le vi con mis ojos volver de una refriega a orillas del Lourdes, con la pistola aún humeante encajada al cinto y la faca teñida de sangre que aún goteaba; la limpió a machetazos contra un cedro, del que saltaban rodajas de corteza ensangrentada; él sonreía con sus dientes careados y sus carrillos chupados; había un conato de locura, creo yo, en el brillo febril de su mirada. A muchos, Burrull les da miedo. ¿Me da miedo a mí, un simple escribiente en el que nunca se ha fijado, que él ni sabe que existe? Mi anonimato, dentro del gran despliegue de caos que es un ejército en ejercicio de guerra, es mi mejor protección. Yo empuño lanceta, no lanza; empuño mi pluma, no una pistola; uso mi tinta, bien negra, u azul u roja, para los partes e informes, y no ristas de

balas dum dum ni cartucheras en bandolera. Nunca he matado a nadie; nunca he disparado contra nadie; nunca he disparado, de hecho.

Llega esa hora del día en la que el aire se agranda y aquieta en espera del ocaso. Yo, en esos alargados minutos, que parecen medir el doble o el triple de los sesenta segundos reglamentarios, me encuentro también a la expectativa. Larguísimas sombras de árboles, postes y casas se mezclan unas con otras hasta formar un trazado de diferentes grises, que van de un pálido y transparente gris perla a un sólido y duro gris alquitrán, que al final devora a todos los otros grises y los torna de un negro frío, uniforme, en el que las manchas de luz se enturbian y amarillean. Entonces cae la ciega y unilateral noche, que nos hunde a todos en su abrazo.

Entrada la noche, yo respiro de nuevo con regularidad y los minutos se exactan en sus sesenta segundos rituales; pasa alguna patrulla con rítmico pisar de botas y algún vozarrón marcial, pasan automóviles que petardean; se han encendido las escasas y aisladas farolas de las calles. Yo vuelvo a solas, por callejuelas marginales, al alojamiento que nos han asignado.

Trejos aparece medio ebrio al filo de medianoche y me da un empujón gratuito con un hombro al ir a la puerta para meterse en el minúsculo y hediente urinario-lavatorio que tenemos puerta enfrente, para nuestro exclusivo uso; el sitio, que tiene un solo ventanuco alto, inclinado, sobre una saliente de una pared, dispone inclusive de una modesta duchita de roseta, que dispara agua en todas direcciones excepto en vertical.

Nota tardía, en horas de insomnio:

Temo que para los pobladores de esta infeliz ciudad es entonces, es ahora, noche adentro, cuando empiezan las peores horas. La soldadesca se libra al desenfreno, amparada por la unánime oscuridad.

Aquí han pateado y sacudido la puerta, con ánimo vociferante de entrar; eran cuatro o cinco soldados borrachos, que se largaron, escupiendo maldiciones, cuando Trejos y yo nos asomamos a una ventana. Yo me calcé el kepís a propósito antes de asomarme. Me pregunto qué hubieran hecho los de afuera de haber sabido que somos sólo escribientes.

14 de marzo, miércoles.

Se han erigido casamatas y paramentos y tendido rollos de alambre de espino en el perímetro más expuesto de la ciudad, al nordeste y al norte; también en la margen cercana del río, que bordea el casco viejo de la ciudad y lo comunica a través de puentes con barriadas miserables, de construcción más reciente y que, no obstante, parecen viejísimas. He dicho lo comunica; debí decir lo comunicaba; todos los puentes han sido socavados, minados y explosionados.

Me he informado; el río recibe el nombre de Santa Marta en los mapas oficiales; los guichones lo llaman por su viejo nombre indígena, Tji, que se pronuncia más o menos 'yi'. Para pasar del casco de la ciudad a la margen opuesta del río, la que, según mis rudimentarios cálculos, vendría a caer al sud sud oeste, se emplean lanchones y pontones de barcasas amarradas. Se han dado unos pases azules a ocho

o diez moradores sorteados de la barriada que las casamatas y las alambradas han aislado. Ya la chusma la llama Barrio del Espino, por mor de las alambradas, entre las que tienen que retorcerse los portadores de pase azul para meterse del otro lado. Van en busca de víveres e impedimenta civil (rollos de papel higiénico, biberones, trapos menstruales, pañales, dentaduras postizas) y son cacheados de forma menos rigurosa que ignominiosa por chuscos y gritones números, al mando de un alférez; los turnos son dos, que cubren 16 horas, de seis ante meridiem a diez post meridiem. A esta última hora se cierra con candados la barrera y se apostan tiradores en las casamatas. Los desgraciados del otro lado del río no tienen autorización ni para morir en las horas que median hasta el alba. El Barrio del Espino, según me ha asegurado el alférez Barriola, que está al mando del segundo turno, no alberga ni un médico; tampoco partera ninguna o comadrona ni enfermeras; hay, eso sí, un par de viejas curanderas, que soplan humo de chala verde sobre moribundos y alumbratrices; y también encima de los recién nacidos. Igual hacen con heridos, tumefactos y todo quien que sufre dolor de dientes o de oídos, o funciona mal del hígado o padece diarrea; en este caso le soplan humo en el ano.

-¿Qué quieres tú? Ahí son todos ellos guichones –me dijo Barriola, con indiferencia.

Yo, por mi parte, he cumplido mis seis horas marcadas de escritorio en la Escuela Elemental Archiduque de Aquitania del Sur, dentro de un aula con los pupitres amontonados al fondo, que se ha convertido en oficina del Escritorio D. El coronel Salvatierra ha firmado una decena de ejecuciones más, que se cumplimentarán mañana con el alba, de nuevo contra la tapia del cementerio. En esta ocasión, entre otros, caerán los tres Navarro, guichones.

Los Navarro son una familia guichonesa de larga data en la comarca, cuando a ésta la llamaban la Guichonería, y abarcaba hasta el macizo minoán por occidente y Laguna Os dous Amoures por oriente. En sus buenos tiempos, los Navarro fueron caciques de mesnadas y contrabandistas, y después piablaban negros prófugos para los terratenientes y plantadores ingleses. Los tres de ahora son dos hermanos y un primo, buscados y requeridos bajo el rótulo algo vago de ‘sediciosos’; si hubiesen caído en manos de los tribunales civiles, o se hubiesen acogido a la amnistía de hace tres años, en el primer caso hubiesen estado presos por algún tiempo, acaso libres ya, y en el segundo hubiesen ganado una inmediata, si bien vigilada y censurada, libertad. Ahora, en cambio, los van a matar ‘para dar ejemplo’, según palabras textuales que pronunció vox populi el coronel Joanicó desde el balcón, al otro día de entrar en Inza Grande. Los arrestaron cuando ya se había ocupado la ciudad, dentro de ésta, escondidos al parecer en un sótano o una bodega.

A los otros nueve los trajimos de fuera; son francotiradores (un par de ellos) y campesinos que escondían armas los demás. Las armas probablemente las dispuso la Oficina Central de Inteligencia y Enlace, es decir nosotros; en este caso concreto el secreto y subterráneo Escritorio Z, que no tiene despachos ni se sabe quiénes lo integran ni el nombre del oficial que tiene al mando. Se sabe que existe y más o menos se conocen sus funciones; entre ellas la del Servicio Interior, o sea la delación contra sus camaradas de armas.

Me he enterado, también, de qué es lo que mastican los guichones. Lo llaman 'bensané' y es una especie de opio.

Hacia las 3 pm se cerró nuestra oficina y di en ambular, sin propósito fijo, por el casco viejo de la ciudad y el distrito de los muelles. Vencida y entregada, Inza Grande muestra un semblante contemporizador y sumiso. Hay muchos comercios abiertos y menudean los puestos callejeros, donde se exhiben empanadas caseras, frutas del país, fiambres embutidos, ropa usada y toda clase de baratijas; también gafas graduadas y dentaduras postizas, que, amontonadas, me dieron la impresión de ser los últimos despojos de un cementerio neanderthalense.

La escasa gente lugareña que se atreve a las calles mira al suelo.

16 de
marzo, viernes.

Lucía tiene trece años y es hija de nuestro forzado anfitrión. Es delgadita y muy pálida, bonita como un títere de alambres. Tiene unos inmensos ojos negros que parecen comerle el resto de la cara. En los muros de los edificios se han pegado carteles que anuncian juicios sumarísimos para los soldados que abusen de la población, con especial mención a 'los atentados al pudor y la violencia sobre mujeres' (léase violaciones). No obstante esta advertencia, he visto cómo Trejos mira a Lucía, con la lujuria rebalsando de su perverso espíritu, de su alma mezquina, de su lateral y cejijunta mirada impúdica. Me he enterado, para empeorarlo todo, que Trejos es nordestino, otro norteño del este como el coronel Burrull y sus pandillas de facinerosos uniformados. Yo soy nacido en el sur, cerca de la anti-
cuísima Pan de Azúcar, una comarca de gente blanca en la que no hay albinos.

Trejos es uno de mis dos coescribientes. Siempre lo he odiado. Es feo, tosco y sucio. Pons, en cambio, mi otro coescribiente, tan peripuesto siempre y atildado que me recuerda a Osríc, el recargado cortesano de Hamlet, me resulta agradable, si bien algo estirado y distante. Inclusive en uniforme de diario, casaca azul liso con botonadura plateada y el guión blanco y rojo con la D, distintivo de la Oficina Central y del Escritorio D, Pons se me hace elegantísimo, envidiable. También él, lo sé de cierto, aunque no me lo haya dicho con palabras, odia y desprecia a Trejos.

Trejos tiene veintisiete años y Pons cuatro más que yo; si entre los tres sumamos setenta y nueve, ¿cuántos años tengo yo?

Paseé a solas de nuevo, esta atardecida, hasta ya avanzada la noche.

Hay miedo entre los lugareños; un miedo que se respira y palpa. Hay odio también; no es para menos. Hay, además, una inquietante sensación de euforia escondida, de esperanza a corto plazo. Se le nota en las caras a la gente, cuando ésta osa y alza la vista para mirarlo a uno. Los guichones o guichoneses en concreto, que sólo son una parte de la población, ni siquiera la mayoritaria, están, estoy seguro, si no todos confabulados todos en actitud expectante, en estado de alerta. Esta noche me crucé con tres de

ellos, dos hombres y una mujer, que masticaban esas bolas del yuyo que ellos llaman ‘bensané’ o ‘benjudí’, y que, según los químicos, es una variante de la adormidera. Los guichones hacen bolas con eso, hervido y mezclado con cal disuelta en agua. Se han requisado y quemado grandes cantidades del yuyo, encontrado en secaderos clandestinos repartidos por toda la ciudad, por lo común en las azoteas. Las quemas son públicas y anunciadas, y muchos guichones acuden impávidos a observar. Los poseedores de los secaderos saqueados no han sido castigados ni encarcelados siquiera, pero la autoridad militar ha hecho circular e imprimir un bando, en el que se advierte de duros castigos en caso que se descubran nuevos secaderos; también se refiere a escondrijos, lavaderos y plantas de procesamiento. Por qué el ejército quiere privar a los guichones de ese deleznable vicio, que les hace chorrear jugo verde por las comisuras de la boca y les corroe los dientes, es algo que escapa a mi comprensión. Yo, si de verdad quisiera que ganáramos esta guerra, los obligaría a masticar sus bolas de ‘benjudí’ todo el maldito día.

19 de marzo, lunes.

Días de mucho calor y agobiante trabajo. El sábado hubo un conato de incursión de los rebeldes, que se resolvió con unas cuantas balas perdidas; ni el susto siquiera. Yo he dado en observar día tras día a Lucía, que nos atiende a la mesa cuando desayunamos en la casa. Trejos aún no la ha tocado, pero ya la acosa. Fusilaron hace un par de días a dos suboficiales por abusar de una dueña. No derramaré una lágrima cuando fusilen a Trejos. Tras el desayuno lo tuve que mirar (lo tenía enfrente) mientras se escarbaba tenazmente los dientes con un palillo de madera. ¿Qué se puede esperar de un sujeto que tiene ese repulsivo modal? Y que parece disfrutar de él, para colmo; sorbetea mientras se escarba las muelas, y se traga con delectación el detrito que arranca de las caries y demás agujeros y hendiduras de su aparato masticador.

20 de marzo, martes.

Los rebeldes han logrado introducir en la ciudad, y hacer que circule, un panfleto mal impreso, en papel grumoso y áspero, por el que convocan a los vecinos a la resistencia y al sabotaje. En nuestra pieza, al despertarnos para desayunar y salir a la oficina, encontramos esta mañana varias de estas subrepticias hojas, desparramadas por el suelo tras haber sido introducidas por debajo de la puerta. Furioso, Trejos las sacudió en el aire y las arrugó con su puño convulso.

-Un acto delictivo -bramó; se movía a largos pasos, muy agitado, descalzo todavía y con los tirantes colgando a los costados-. Un acto de soberbia subversiva.

Con una de esas hojas en la mano, antes de sentarnos al desayuno, Trejos amenazó a nuestro tímido y cabizbajo anfitrión con denunciarlo a la autoridad competente.

-¿Cómo llegó esto aquí? ¿Quién lo trajo? ¿Quién se lo dio? ¿De quién era la dañina mano que metió varias de estas hojas subversivas en la habitación de dos oficiales del ejército? -Trejos empalidecía y

enrojecía alternativamente; llegó a poner una mano en el esmirriado pescuezo de nuestro anfitrión, ante lo cual yo, que ya me había sentado a la mesa, me incorporé. Trejos y yo intercambiamos una mirada y él aflojó la mano, no sin darle al hombrecito un empujón final que lo aplastó a la pared, tembloroso y sin voz. Abría y cerraba la boca sin emitir otro sonido que un desmayado ronquido- No es usted un maldito guichón –Trejos bajó el vozarrón pero no apartó ya los ojos de nuestro inofensivo anfitrión, que no se atrevía a moverse-, pero aquí en este poblacho todo hiede a guichón. Lo denunciaré – un dedo amarillo de Trejos, con una de esas uñas largas que se deja crecer, apuntaba a la cara del hombrecito-. Lo denunciaré a la próxima y lo fusilarán.

Yo me reí, de propósito, y vi, con el rabillo del ojo, casi dichoso en aquel instante, que Lucía osaba una frágil sonrisa, camuflada detrás de una servilleta. Esa minúscula complicidad, que nos unió por un fugitivo segundo, ha sido el único momento de esta guerra en que me sentí hombre, tanto como Trejos o el propio Burrull; hombre entero y duro y sin entrañas ni escrúpulos, capaz de matar a sangre fría. Hubiese matado a Trejos, en aquel momento, de pura y dura y salvaje alegría. Fue cosa fugaz; pasó. Dejó, no obstante, una empecinada y peligrosa huella en mi ánimo.

Trejos es un hombre pesado y grande, a quien una frustrante hipermetropía y los pies planos han recluido tras un escritorio; ocasiones como la de esta mañana le vienen pintiparadas para descargar su rencor y su amargura. El dueño, de apellido Araújo, es un hombrecito magro, cuarentón, de pequeño rostro pálido y ojos acuosos, con un bigotito esquemático que parece subrayar su desvalimiento. Tartamudeaba delante de Trejos, enmudecido y trémulo y como delicuescido de terror. Era evidente que el pobre hombre era del todo ajeno a cualquier provocación rebelde, que apenas si entendía de qué se le acusaba. Yo me levanté otra vez, di dos pasos, aparté de él a Trejos y todos nos sentamos. La mujer de Araújo se había quedado petrificada a unos pasos, con la bandeja en las manos. Tres o cuatro niños silenciosos y graves nos miraban desde abajo, chupándose un dedo.

La escena fue penosa. Lucía se mantuvo a distancia, en un sector en sombras de la mezquina y asendeada habitación. Observé que, después de aquella breve sonrisa, con la servilleta ya caída a un lado, de pie ella sola en el apretado comedor, se mordisqueaba, nerviosa, los labios.

Al irnos, ya con el kepís puesto, a ojos de los estupefactos y anonadados padres, Trejos se acercó súbitamente a la chica y la manoseó. Le puso una mano en las nalgas y le apretó con la otra uno de los pequeños senos. Un hilo lascivo de saliva viscosa se le escurrió de la boca entreabierta. Yo preferí aguantarme, acumular odio y ultraje.

-No vuelvas a tocar a esa chica –le advertí, no obstante, a Trejos, cuando los dos ya estábamos en la calle.

-¿No? –se rió Trejos- ¿Tú me amenazas, muñeco?

-Te aviso –le contesté.

-La tocaré cuando me dé la p... gana, y me la montaré cuando me salga de los güevos. Para eso están –dijo Trejos, cuando cruzábamos la calzada-. Y tú mejor que no te metas de por medio, gachupín gatintas.

Yo le repetí que se comportara, tratando de conservar la calma. El se reía, pero me fue fácil advertir que estaba, por encima de todo, furioso.

-Tú no te metas –repitió-. Las guichonas están para ponerse abajo.

-La niña ésta no es guichona.

-Son todos guichones aquí, si no de raza de alma, si tienen alma. Son bestias, animales. Nos comemos a las vacas, ¿no? Los guichones son peores que vacas.

Tras este corto diálogo inútil los dos nos callamos. En nuestro camino se nos sumó Ramón Núñez, escribiente del C, que es sobrino del coronel Vitoria, lo que le da ciertas ínfulas. También es manco, o, para precisarlo, nació y creció con un brazo, el izquierdo, diminuto, que nunca se desarrolló y que es apenas un muñón flexible en el sitio del codo, acabado en cinco dedecitos frágiles como escarbadientes. El se hace llamar Manco y hace que los demás lo llamen Manco. Su tío, el aplebeyado aristócrata del coronel Vitoria, lo llama a voces Manco, lo que para el referido es como un título de orgullo.

-¿Vienes con nosotros, Manco? –preguntó Trejos, que con Núñez, por el cercano parentesco de éste con un poderoso, se muestra zalamero y casi servil- ¿Has leído esta m...?

Le tendió al Manco una de las hojas subversivas que habían metido por debajo de nuestra puerta.

Núñez la ojeó con actitud entre desdeñosa y burlona.

-¿Seguro que el Servicio de Cifrado no tiene nada que ver con esto?

-¿Crees tú que...? –balbuceó Trejos.

-En este embolado nada es lo que parece, viejo. Me lo ha dicho cien veces mi tío, el coronel Vitoria, que algo sabrá de lo que habla.

Los Vitoria, el coronel en concreto y su hermano, un distante Ministro de Suministros, descienden de los Setubales, los famosos marqueses do Jardim y príncipes do Tras os Montes, aquellos marineros portugueses que vendían esclavos al mejor postor y que fueron ennoblecidos por el Imperio en el siglo XVI o XVII. Son gente de alcurnia, los Vitoria, el coronel y su hermano el ministro, pero la van de populacheros, les gusta o divierte mezclarse con gente baja, con maleantes, con terceristas, con forajidos. Vitoria, por su cuna y sus contactos, no por el rango, que es equiparable y, por trienios contados de oficialato, inclusive inferior, es el mejor respaldo que tiene Burrull para ganar esta guerra, sucia y deliberada, promovida por traficantes de armas y grandes terratenientes, con los métodos de exterminio y sometimiento que aprendió en Fort Sumnters y en la lejana Albión, donde Burrull residió dos años y ganó sus galones de teniente.

Núñez, el Manco, dice ser del temple de su tío y de Burrull. En su caso es ese ridículo bracito, que esconde, por lo común, bajo una manga plegada; en el caso de Trejos son su hipermetropía y sus pies planos. Los hermanan esas desdichas, como los hermana la fatuidad de creer que serían equis o zeta si no fuera por hache o por jota.

-Tengo entendido –dijo Núñez, sotto voce, con su única mano hábil abierta en una comisura de la boca- que Burrull ha presentado un plan operativo al general San Jorge, y que éste le ha dado el V° B° -lo dijo ve o be o, lo que a mí me desconcertó por un instante, de modo que no escuché parte-...cerrar una

tenaza sobre las fuerzas del bandido Serrano, lo que dejaría al bandido Lozada separado de sus tropas de a caballo y demasiado lejos como para intentar una ofensiva sobre esta población.

Por la tarde, unos hombres a caballo se acercaron a los contrafuertes del perímetro norte y tiraron unos cuantos tiros inútiles. Nadie salió a perseguirlos. Nosotros los oímos desde nuestra oficina.

Los tres Navarro y varios de sus secuaces estuvieron expuestos, cadáveres, sobre unos lienzos cuajados de sangre, en la Plaza Matriz, bajo el balcón de la alcaldía. Al caer la noche los enterraron. Una viejuca encogida, madre acaso de alguno de los muertos, fue la única comitiva. Andaba detrás de los ataúdes, sin lágrimas ni lamentos, con un rosario entre los dedos. Masticaba benjudí y, cada tantos pasos o cuantos, escupía un chorro de líquido bilioso.

Por la noche, en la cantina del hotel Parlamento, circuló la noticia de que se acerca el bandido Lozada, al frente de una columna de mil doscientos rebeldes. También hubo desmentidos. Aún perdura entre nosotros una cierta confusión de recién llegados. No pocos se emborrachan en las horas de asueto y abundan las pependencias y reyertas entre la soldadesca.

Trejos y el Manco se entregaron, por la noche, en la cantina, a declamar a dúo un largo poema pornográfico, que arrancaba carcajadas a la concurrencia. Trejos pronunciaba los soliloquios del amante y Núñez los de la hembra; y ambos se alternaban los papeles en los diálogos picantes. Yo los escuché un rato, aburrido, y me retiré temprano. Escuché llegar a Trejos, farfullante y tropezando, en horas de madrugada. Después roncó.

Son las 6:15 del miércoles.

21 de marzo, miércoles.

El capitán Clavijo, del 4° de Dragones, salió en descubierta a media mañana, al mando de la mitad de su Compañía Montada. Volvieron a últimos de la tarde con dos heridos; uno murió en la tabla de operaciones. Fue nuestra primera baja desde que entramos en Inza Grande, y dejó un reguero de emociones sombrías, inadecuadas, de las que afligen y envenenan el ánimo; la gente uniformada maldecía por las calles y rasgaba el aire a balazos; ningún lugareño estaba asomado, y hacia el mediodía, por orden de nuestro jefe, el coronel Salvatierra, director del Servicio de Cifrados de la Oficina Central de Inteligencia y Enlace, todos los negocios, incluyendo los lupanares, se cerraron en cuestión de minutos.

Muchos soldados, y aún algunos oficiales, querían ver correr sangre, querían matar; se paseaban en patotas, armas al aire, por las vías más expuestas de la ciudad, y a cada pocos instantes se oían descargas.

Los amotinados, no hay otra forma de calificarlos, descargaban su primigenia ira contra ventanas y siluetas que veían detrás de éstas. Hubo varios heridos, acertados por los tiros dentro de sus casas, y dos viejas muertas, una de ella de un fallo cardíaco. El coronel Beltramelli, el Jefe Superior de la Oficina Central, firmó con el general un bando en el que advirtió de severos castigos, ‘que no excluyen el fusi-

lamiento', para los que atenten contra el buen orden público. Beltramelli es un soldado ya viejo, cansado, para quien ésta será sin duda su última guerra. Estaba en situación de retiro desde hacía años cuando la guerra estalló, y lo reengancharon porque nadie mejor que él conoce los vericuetos de la Oficina, de la cual fue uno de los subdirectores en tiempos en que la dirigía el terrible Vesanich, el Lobo Balkán; ningún apellido más adecuado que el suyo para la misión que tenía a su cargo. Beltramelli aprendió con él, pero por lo poco que de éste se sabe (de Beltramelli) se trata de un milico justo, ecuánime, con todo lo de justicia y ecuanimidad que puedan caber dentro de un uniforme, que lleva su misión como una pesada carga. Se sabe que reza todos los días y se comulga y confiesa cada domingo. De hecho, según las voces más autorizadas, el verdadero director de la Oficina es nuestro Salvatierra, que es un filósofo, un intelectual, más que un soldado. No lo creo capaz de damnificar porque sí a terceros; ni siquiera aunque se trate de los odiados guichones. Me refiero, al hablar con este acento lúgubre, al odiado e inubicuo, y a la par presente en todos sitios, el siniestro Escritorio Z, el de los ejecutores y delatores. El resto de la Oficina la compone la pesada maquinaria de departamentos de recogida de información, archivamiento y cifrado.

Al final del día, de un día largísimo, confuso y triste, el general San Jorge mandó formar en los acuartelamientos y en la Plaza Matriz a todos los hombres, escribientes inclusive, y los mandos subalternos leyeron una severa proclama de su puño. Se acabó la tolerancia con los borrachos y los camorristas. Espero esta noche dormir mejor.

22

de marzo, jueves.

Pons y yo subimos esta tarde al campanario de la Iglesia Matriz, que preside la plaza homónima; hay allá arriba un retén de centinela permanente: tres hombres mustios y desgreñados, con la mirada perdida sobre las peñas grises de la serranía que oblitera el horizonte. El curso escueto y tortuoso del arroyo Mar se deslíe entre cactus y matojos resecos. No hay alma a la vista. Me fijé en unas viviendas incendiadas y en unos pajarracos marrones que aleteaban alrededor de un aljibe semiderrumbado. Uno de los soldados, de apellido Muñoz, me dijo que eran chajáes, un ave endémica de esta región, a la que se considera de mal agüero cuando se reúne en bandadas.

Han empezado a circular augurios, vaticinios, presagios y premoniciones. La soldadesca es chusma crédula y gregaria, apegada a oscuros y ancestrales temores; todo se les vuelve de mal fario cuando las cosas se tuercen un poco. Igual ocurre desde tiempos de los griegos y romanos.

Una gitana vieja, me contó Pons, le leyó el porvenir en la mano hace unos días, por un níquel; le vaticinó que moriría viejo.

-Lo que ya es algo –me comentó él, con un tono, no obstante, desconsolado-. ¿Tú por qué te has enrollado? –me preguntó acto seguido.

-No me enrolé; me reclutaron –le contesté-. ¿Y tú?

-Yo quería vivir aventuras. Me enganché por cinco años y llevo tres. No me voy a reenganchar. Pons caminaba, como hace a menudo, con los pulgares metidos en las sisas. Íbamos por una callejuela de tierra de aire dormido. No soplabla la menor brisa. En los campanarios tañeron las siete; la hora de la melancolía. Largas sombras desiguales, de variada intensidad, cambiantes y alargadas, nos acompañaban.

-Monto bien a caballo –dijo Pons-. Aspiraba a ser oficial de caballería. Por desgracia sé leer y escribir con fluidez, de modo que me destinaron a un escritorio.

-Eres de buena familia –quise saber; me rendía la curiosidad; sus modales desenvueltos, tan discordes con la grosera fanfarronería de Trejos y con mi propia timidez, me intrigaban a la vez que fascinaban-. ¿Me equivoco?

-Comerciantes catalanes –se rió él-. Gente pacífica, ordenada y ahorrativa. Hice dos años de universidad, con resultados más bien desalentadores.

-¿Qué carrera?

-Agronomía –Pons sacudió los hombros-. Jamás supe por qué; soy de raíces urbanas –meditó unos segundos-. Quizá precisamente por eso. Creo que tengo vocación de fugitivo. También quise ser marino. En ocasiones lamento no haberme lanzado al mar.

-Yo soy hijo de maestra –le dije; sentía la urgente necesidad de comunicarme, de hablarle de mí a aquel joven elegante y arrogante, tan atento también, y tan remoto y distinto a lo que soy-. Soy huérfano de padre desde que tenía dos años. Soy de pueblo, del litoral sur, cerca del Sacramento; Obispo Orbellanos, ¿conoces?

-Jamás había oído mentar.

-Es un pueblo de dos o tres mil almas. Mis padres nacieron allí, al igual que la mitad materna de mis abuelos. El padre de mi padre era arriero, una especie de nómada. Lo fusilaron cuando el Alzamiento del Zanjón. Soy el único hijo de mi madre, pero tengo medio hermanos paternos que me sacan veinte años... Apenas si los conozco. Podría cruzármelos cualquier día sin saber quiénes son. Mi padre ha muerto; murió cuando yo era niño. Creo que ya te lo he dicho. Mi mamá se casó otras dos veces. Mi último padrastro murió hace tres años. Poco después llegaron al pueblo los camiones y me reclutaron, junto a otros veintitantos. No me gusta la guerra y detesto en especial ésta.

Pons parecía, por una vez, inquieto, a disgusto.

-¿Has visitado los burdeles? –preguntó de pronto; él mismo contestó: -No me parece. ¿Llevas dinero?

-¿Cuánto?

-Dos o tres pesos.

-¿Quieres ir?

-No creo que me interese. ¿Dónde están?

-Yo sé de un par. Hay más. También hay casas de familia –Pons me observaba de reojo-. ¿Qué te parece la hija de tu casero, la pequeña Lucía?

-Te has fijado en ella...

-No soy ciego. ¿Qué te parece? –insistió.

-Es una niña.

-Una niña muy atractiva –los ojos a Pons, de golpe, le brillaron, mientras en la boca se le dibujada una gradual sonrisa; un instante después sus facciones habían adoptado una abrupta seriedad-. Temo que Trejos haga un día un disparate.

-Lo fusilarán –no pude ocultar un arranque intempestivo de feroz alegría vindicativa.

-¿Lo denunciarías? –inquirió Pons.

-Esas cosas se saben -balbucí.

-¿Tú crees?

-¿Abusarías tú de Lucía?

-¡Abusar! –Pons elevó los dos brazos al cielo-. No seas absurdo, Merchán.

Pons está alojado en la parte alta de la ciudad. Según me informó esta tarde, paga su alojamiento de su bolsillo, con un dinero que recibe de su familia. Después de hablar unos momentos en la calle, me invitó a subir con él. Lo han instalado en unas habitaciones amplias, de nobles y agradables proporciones, con una larga balconada que da al mar. Sobre un estante precario se alineaban unos pocos libros de viajes y biografías. Pons me invitó a llevarme el que quisiera; elegí una vida de Napoleón. No volvimos a hablar de burdeles ni de mujeres; tampoco de Lucía. Para terminar, Pons había predicho:

-Esa niña va a ser un problema.

Antes, habíamos hablado de la guerra. Fue Pons quien me dijo que esta guerra la han promovido los traficantes de armas y los latifundistas. Yo quise saber por qué.

-Los unos para hacer negocio –me contestó Pons-. Fabrican y venden armas, de modo que su negocio son las guerras; cuando no las hay tienen que crearlas. Los otros para defender sus intereses. Esto es la vieja Guichonería, que durante medio siglo fue, de facto, un país independiente, equidistante de la República y del Imperio, que terminaron por repartírselo y sojuzgarlo. Lo que ocurre es que resulta difícil sojuzgar a un pueblo. Ni el Imperio lo ha terminado de conseguir, ni mucho menos nosotros. El Imperio es nuestro gran enemigo directo, cuyos planes, a largo plazo, consisten en tragarse nuestra república, como ya se han tragado la del Oruro y la de Manaús. Ahora, sin embargo, somos aliados; nuestro común enemigo es la Guichonería.

‘Sebastián Lozada, prosiguió, el oficialmente llamado “bandido Lozada”, se ha vuelto molesto, de un lado y del otro de la frontera; les ha dado la excusa perfecta, tanto al Imperio como a la República, de salir en defensa de sus sendas oligarquías latifundistas y de hacer negocio con los fabricantes y traficantes de armas. Los imperiales, mejor armados que nosotros, han expulsado a Lozada de su parte de la vieja Guichonería, lo que hoy se conoce como estado de Lagoa Salada do Sul, y nosotros, por nuestro lado, lo perseguimos dentro de nuestra parte de la vieja Guichonería, que comprende los departamentos de Haedo y La Puebla y de parte del de Melgarejo. A la larga Lozada está perdido; la suya es una causa perdida, y él lo sabe; lo tiene que saber; se le considera no sólo un brillante estratega en la guerra de guerrillas y un habilísimo táctico, sino también como a un brillante e inteligente político. Como tal, tiene que ser consciente de que la suya, hoy por hoy, es una causa perdida.

-¿Entonces por qué pelea? ¿Por qué no se acogieron todos ellos a la amnistía del presidente Llarch, hace tres años? Hoy serían libres; formarían parte de la república, pero serían ciudadanos libres, como lo has sido tú mismo antes de embutirte el uniforme; como creía ser yo hasta que me lo embutieron. Llarch, por lo demás, era un presidente democrático, que cayó por promulgar y defender la amnistía. ¿O esto tampoco es cierto?

-En realidad no lo sé –dijo Pons, con un tono de desaliento raro en él-. Supongo que sí, que lo es. Nos quedamos callados unos segundos. Por la ventana entraba el sol, que formaba una gran mancha dorada, claramente dibujada entre las sombras rectilíneas de las paredes. El suelo, formado por baldosas blancas y negras alternadas, relucía. Yo lo miré cabizbajo unos instantes.

-En el fondo a los guichones y guichoneses les da igual. Sea una democracia, como lo fue con Llarch y con Doolittle, sea una dictadura más o menos camuflada, como lo que padecemos ahora, Lozada y los suyos luchan por el futuro, para que la savia de la libertad de la Guichonería permanezca viva, aunque sea de forma latente.

-¿Diferencias guichones y guichoneses? –le pregunté, bastante perplejo.

-Los guichones –me dijo-, según la historia, son un pueblo mestizado que moraba aquí cuando llegaron a esta comarca los primeros conquistadores, en el siglo XVII. Los guichoneses son los guichones más los descendientes de los colonos que trajeron aquí los conquistadores. Parte de este pueblo, la inmensa mayor parte, anhela la independencia de que disfrutó hace un centenar largo de años. Lozada pelea por eso, que quizá sea una idea insensata, pero no más insensata que la de creernos nosotros una República o el Imperio creerse un Imperio. El hombre de las cavernas nunca debió dejarlas, Merchán. Nunca.

Al rato, después de hablar de otras diversas cosas, Pons me dijo que Lucía era un bocado apetitoso, no para un infeliz como Trejos, que en su opinión no contaba para nada.

-Espera que un oficialillo cualquiera se fije en ella –me dijo, con acento ligero, sonriendo mientras hablaba-. Pasará de teniente a capitán, de capitán a comandante, de comandante a coronel, como un fruto mordido pero a cada mordisco más y más apetitoso. Esa niña –lo dijo entonces- va a ser un problema, Merchán, va a ser todo un problema.

La idea, que a mí me revolvió las entrañas, a él parecía divertirle. Preferí no seguir.

Volví a casa cuando anoecía. Lucía nos sirvió la cena a Trejos y a mí; su familia, que supongo que habría cenado antes, no apareció: ni los padres, amedrentados y sin embargo hostiles ni los perplejos y curiosos infantes. Lucía se mantuvo callada todo el rato; Trejos le lanzaba miradas de reojo, y me las lanzaba a mí. Yo en un momento me percaté de que así el cuchillo de mesa con toda la fuerza de mis dedos; los nudillos se me habían blanqueado; lo solté. Era un cuchillo romo y blando, inútil para nada que no fuera cortajear embutidos y carne hervida. Igual me pareció advertir que Trejos dejaba escapar un respiro de alivio.

Me enfrasqué en la vida de Napoleón después de cenar, y abandoné la lectura a medianoche. Una frase del prólogo volvió a mi memoria cuando me dormía: ‘La vida militar hace héroes a los insensatos y

jefes de hombres a los atrevidos'. Yo tengo el triste convencimiento de haber nacido para cualquier cosa menos para llevar una vida de soldado.

23

de marzo, viernes.

Incursión armada de los rebeldes ayer noche. Un grupo logró penetrar en la ciudad por el nordeste; mataron a un guardia y le pusieron fuego a un par de viviendas que alojaban a soldados. Dos rebeldes cayeron al fugarse y a un tercero lo atraparon herido. Eran, en su mayoría, guichones, según se afirma hoy.

El comandante Velasco y el capitán Sagrera salieron de inspección esta mañana al mando de un fuerte contingente.

En la Escuela Elemental se han duplicado las guardias. Para el Escritorio D ha habido un incremento serio del trabajo. Trejos, sobre todo, lo ha recibido mal. Hoy no cesó de murmurar para sí, y lanzaba miradas cargadas de veneno cada vez que un propio le traía nuevos oficios a transcribir.

Pons y yo nos mirábamos en silencio.

A mediodía, los tres comimos juntos, en una fonda de la calle Luna que es una vieja cochera reformada, con largas mesas para diez o doce comensales. Atienden señoritas y un par de muchachos adolescentes. Los comensales éramos todos militares. Los oficiales con mando habían hecho mesa aparte. Nosotros, los escribientes del Escritorio D, adscriptos al rango de alféreces de complemento, como todos los demás escribientes de los cinco escritorios del Servicio de Cifrado, comimos los tres a solas. Mal que nos pese, los demás difícilmente nos puedan tener por hombres de armas; jamás las llevamos. Esto le duele especialmente a Trejos, hombre dado a expansiones violentas y a exhibir una vanidad más bien simplista y en cierta forma grotesca. Hoy nos habló de su trato con mujeres. Como narrador resulta presuntuoso y aburrido; creo que tiende a mentir mucho. Servida la achicoria, que aquí concepitúan café, Pons le preguntó, como me había preguntado a mí, que le parecía Lucía. Los ojos de Trejos titilaron.

-¿Y a ti? –replicó.

-Es atractiva -dijo Pons-. Y peligrosa.

-¿Qué quieres decir?

-Lo sabes muy bien. Si yo durmiera bajo su mismo techo me andaría con pies de plomo.

Por la tarde se interrumpió el telégrafo. Era algo que ya se temía y que muchos veíamos venir.

El teniente Domínguez nos citó a los tres en su despacho; es el segundo al mando del Escritorio D; el jefe es el capitán Roldán. Salvatierra es el director de todo el servicio de cifrado (los cinco escritorios, de A a E) y Beltramelli de la Oficina Central, que comprende otros tres departamentos.

Domínguez es un soldado veterano, que ha ascendido al rango de oficial desde la mera trinchera. Es un cuarentón bajito y desaliñado, más sargento de maniobras en espíritu que oficial de escritorio; fue

sargento doce o quince años. Sorprendente para su tamaño, casi diminuto, Domínguez tiene un vozarrón brutal. Cuando da órdenes lo hace siempre a gritos. Parecía muy a disgusto cuando nos mandó entrar. Se paseaba de pared a pared con las manos enlazadas a la espalda y la mandíbula clavada en una clavícula.

-¡Firmes! –mandó.

Fue y vino varias veces por delante de nosotros tres, con los ojos llameantes. Yo apenas si osaba respirar y sentía gotas de sudor frío que me resbalaban de la nuca. Supe que algo iba muy mal.

-Estamos incomunicados –dijo Domínguez; era algo que nosotros ya sabíamos a aquella hora: el telégrafo llevaba ya un par de horas muerto-. ¿Quién de ustedes es casado? –aguardó un instante; nos miró a los ojos a uno tras otro: yo estaba entre los otros dos y soy el más bajo, el único de los tres al que Domínguez pudo mirarlo a los ojos sin tener que levantar los suyos-. Solteros los tres, pues -concluyó. Los tres cabeceamos al unísono nuestro asentimiento.

-Preciso de un valiente –dijo Domínguez.

Fue hasta su mesa, colocada de través en un rincón, y algo escribió en un papel. Nos daba la espalda. Yo me atreví a mirar a Pons, que había enarcado una ceja. Trejos abría y cerraba los dos puños y se pasaba repetidamente la lengua blancuzca por los gruesos labios. Domínguez sacudió el papel con una mano y se volvió.

-Un oficial valiente e inteligente, esto último lo subrayo –dijo-, que esté dispuesto a exponer su vida. Uno de ustedes.

-Somos simples escribientes, mi teniente –dijo Pons, con voz educada y firme.

-Son mis hombres, los únicos oficiales de quienes yo dispongo –Domínguez paseó la mirada de uno a otro de nosotros-. ¿Quién de ustedes es un buen jinete?

-Yo presumo de serlo, mi teniente –dijo Pons.

-De un paso al frente, oficial.

Pons lo dio. Observé que sonreía y los ojos le brillaban.

-Al caer la noche –dijo Domínguez- saldrá por el Portalón Occidental una patrulla al mando del capitán Clavijo. El objetivo es alcanzar al general Ortega, que según las últimas noticias que hemos recibido acampa en las vecindades de Tulúa. Aunque desconocemos con precisión fiable los movimientos del enemigo, es de presumir que habrá que atravesar sus líneas para llegar donde Ortega. Usted se unirá a la patrulla como oficial del servicio. Esto es que irá desarmado. Su misión no es combatir sino llegar a donde se le envía. Una vez allí, preséntese al capitán Delano, a quien entregará este mensaje –blandió la hoja de papel en la que había escrito-. Memorícelo y quémelo. Preséntese a las siete en la compañía montada. Ellos le suministrarán cabalgadura. Ahora váyanse.

Acompañé a Pons al encuartelamiento de la compañía montada. Él iba de fajina, con botas altas, y yo de paisano. Cuando salía para ir a recoger a Pons le pregunté a Trejos si él también venía.

-¿Para qué? –me contestó. Estaba tumbado boca arriba en su catre y fumaba- Tengo otras cosas que hacer.

No sé por qué pensé en Lucía. No me había gustado el tono de voz de Trejos, lento y como espeso de oscuras intenciones. Pensé que él, que se las daba de valiente, que se quejaba por no poder calzar pistola y llevar espada por culpa de su miopía y de sus pies planos, se había quedado calladito y como si no quisiera ocupar más espacio del imprescindible cuando el teniente Domínguez nos había arengado. ¿Era Trejos en realidad un cobarde? Se vanagloriaba de lo buen jinete que era, aunque, a fuer de sinceridad, debo puntualizar que jamás lo vi montar ni sé de nadie que lo haya visto. Tal vez su mutismo se debió a que en realidad no monta bien a caballo; yo, por mi parte, apenas si sé subirme a uno; las pocas veces que hice la prueba no ya de galopar, sino de ir al trote mero, el caballo me expelió con la arrancada por encima de sus orejas. No obstante, algo me dice que Trejos tuvo miedo; yo no lo tuve. De haberse tratado de salir a pie o dentro de una carreta, o en cualquier otro vehículo, de tracción animal o de tracción a vapor o nafta, hubiese reclamado para mí la misión, aunque cabe que Domínguez me hubiese descartado. Como todos los bajitos (yo mismo lo soy; lo sé por eso), nuestro teniente se fía en exceso de la altura de los hombres, del tamaño. Trejos es grandote y pesado; Pons es lineal y ligero. Acaso era lo lógico, lo inevitable, lo fatal, que la misión recayera en este último, que además, como lo han visto hoy mis ojos, es un espléndido jinete.

Vi a Lucía al pasar cuando me iba para acompañar a Pons. Menuda y silente, la niña se aplastó, al verme, contra la pared. Le dije ‘Buenas tardes’, sin detenerme, y ella le habló a mi espalda con voz frágil e indistinta: ‘Con Dios sea, señor’: un ligero sonido monocorde que me conmovió como un sortilegio.

Pons estaba en su balcón cuando llegué; lo vi desde la calle. Volaban vencejos en círculos amplios; anuncios de la noche que se cernía, pálida y espectral. La luna llena ya se había dejado ver en naciente. Pons agitó una mano.

-Bajo en seguida.

Lo esperé en la calle. Un señor bien vestido pasó con un perro; no me miró. También pasaron dos señoritas que se reían y enmudecieron al verme; me miraban al sesgo al alejarse. Mi propia juventud, aún no acabada cronológicamente, se me representó de golpe, allí, lejanísima, irrecuperable, perdida para siempre, antes y después. Pons salió; silbaba una tonadilla popular que vagamente reconocí, aunque sin identificarla.

-¿Qué me dices de este encargo? –me preguntó.

-Curioso como poco –le contesté-. Aún diría que sorprendente.

-¿No te da que pensar? Yo hago mis cábalas y encuentro una única respuesta.

-¿Cuál?

-Desconfianza –dijo Pons-. Y una explicación para la misma –bajó la voz-: la traición. El teniente recela. ¿Sabes qué decía el mensaje que me obligó a memorizar?

-Creo que no deberías comentarlo con nadie.

-Lo comentaré contigo –Pons se rió-. ¿Por qué no? –preguntó; malicié que se lo preguntaba a sí mismo, en realidad- Aun en el caso de que fueras un traidor –añadió-, cosa que, por lo demás, no creo en absoluto –puntualizó-, ¿de qué te serviría?

Pons se entreparó al acercarnos a una esquina. Olía a agua de rosas. Colegí que se había bañado y acicalado como para una cita amorosa. Pensé, tontamente, que la Muerte, a fin de cuentas, lleva artículo femenino, se la adjetiva como a mujer.

Un automóvil viejo, sin duda requisado, con soldados armados trepados en los flancos, pasó tosiendo. -‘Somos setecientos cuatro hombres útiles para defender una ciudad no amurallada, con un perímetro total, excluido el flanco marítimo, de casi cinco kilómetros’ –recitó Pons-. ‘Carecemos de artillería pesada y estamos cortos de suministros de boca’.

-¿Ese es el mensaje? –me sorprendí; eran datos irrelevantes y cifras archimanidas, que nada decían.

-No acaba allí –dijo Pons-. ‘Úrgenos saber situación y número de fuerzas de Lozada’. Y atiende ahora: ‘Sírvasse proveer a merced de Salvatierra órdenes de arresto refrendadas por Ortega’. Fin del mensaje. Eso sólo puede significar altos oficiales; en plural. Órdenes es plural. Hay mar de fondo, Merchán. No hay mal que por bien no venga. Me alegraré de estar lejos.

25 de marzo, domingo.

Día de misas en todas las iglesias de la ciudad. La soldadesca ha acudido en masa por disposición de los mandos. Yo mismo fui a la misa de once en la Iglesia Matriz, sobre la plaza del mismo nombre. Había un lleno a rebosar. El capellán castrense en persona, capitán Fuentes, oficiaba. Presente compacta la plana mayor en pleno, con una única obligada ausencia: Clavijo. Su hueco se dejaba ver como un diente de menos en la más resplandeciente dentadura.

Trejos fue a misa conmigo. Otrosí hicieron los Araújo, aunque no en la Matriz. Los vi salir, Lucía con mantilla en la cabeza y un misal nacarado entre los nerviosos dedos.

Salí de misa abatido. En el camino de ida, Trejos no había dejado de mirar a las mujeres que pasaban. En ocasiones, con un lado torcido de la boca, pronunciaba obscenidades que me resisto a transcribir. Remontamos juntos, sin hablarnos, la calle Utrera, de regreso a nuestra vivienda. Por la tarde teníamos trabajo: en el ejército el domingo dista de ser un día sagrado entregado al Señor.

Por el camino se nos juntó otro escribiente de nuestro servicio, de nombre Arqués, un chico amable y compuesto, ligeramente estrábico y que cecea un poco. Sabe latín, lo cual a mí me había sorprendido muchísimo al enterarme, hace unos meses; también me había proporcionado una cierta, inexplicable congoja. Como yo ignoro de la forma más cabal y conspicua la noble lengua de Catulo, no puedo aseverar hasta qué punto la conoce Arqués; de hecho no puedo saber si la conoce de verdad siquiera. Haré lo que me gusta de emplearla.

-Fugiz tempore, Merchán –me saludó él esta mañana-. Laz horaz vuelan. ¿Voy con uztedez? –Trejos gruñó cuando Arqués, amistosamente, le palmoteó la espalda-. ¿Vienen de miza? No te hazía a ti creyente, Merchán. ¿O ez zimple ezprit de corpz? –no buscaba que se le contestara-. Pro doma zua, te diré, me ha dicho Goñi, el gordito de gafaz del C, que el teniente coronel Vitoria se halla bajo arrezto en zuz apozenoz, con guardia armada en la puerta.

-No propales rumores –avisó Trejos-. Nosotros a lo nuestro. Esto es el ejército.

Arqués se sonrojó de súbito, parpadeó un poco y tragó saliva. Satisfecho por el instantáneo efecto de su advertencia, hosco de semblante y amenazante, Trejos giró sobre sus talones y cruzó la calzada. En mitad de ésta se detuvo y miró atrás. Levantó un dedo.

-Tenlo en cuenta –amenazó.

Acera enfrente había una tasca ruidosa con las puertas abiertas. Trejos se sumergió en ella entre cuerpos apiñados.

-¿Qué bicho picó...? –Arqués se rasqueteaba aturdido la cabeza-. Menudo imbécil –sacudió los esmirriados hombros-. En fin. Alea jacta est, dijo el poeta.

-Lo dijo César.

-Zézar ezcribía verzitos lúbricoz en zuz ratoz de ozio inzpiradoz, igual que tantoz y tantoz políticoz y generalez –dijo Arqués entre risitas-. ¿No te zientez zercado, amenazado? Tantaz miradaz hoztilez.

Llegamoz aquí como conquiztadorez y en unoz cuantoz díaz noz hemoz tranzformado en ¿qué? Cortan unos hiloz de telégrafo y noz dejan a merzed de Lozada y zuz guichonez. ¿Creez que noz degollarán a todoz, como hizieron con la guarnición de Alcántara?

-Degollaron a seis –precisé.

-Todoz degolladoz –Arqués ni me oyó; la perspectiva del degüello masivo parecía producirle una inmensa fruición-. Y enzima en el alto mando ze conzpira. Ze palpa en el aire la conzpiración, Merchán. Pareze que a eztaz alturaz zólo por mar noz puede venir ayuda... zi ez que alguien ze acuerda de nozotroz. La calma chicha, Merchán. Ze azercan díaz de tormenta. O témpora o morez. Zi zabré.

En la casa, en el húmedo y lóbrego salón en penumbra, junto al yerto bostezo cúbico del hogar en cenizas, sentada en una silla, con las piernas muy juntas, Lucía acariciaba un gatito; el animal se despezzaba en la falda de la niña. Era blanco y negro, a manchas, y parecía enteramente inerte y blando, como si careciera de esqueleto óseo. La niña lo contemplaba con reconcentrada seriedad. Lo levantó por el pellejo del occipucio, lo escrutó por la panza y el lomo y lo depositó de nuevo suavemente sobre su falda. Hasta aquel momento no me había visto.

La distrajerón de su escrutinio unos pasos cansados y desiguales, que provenían de la escalera, y alzó los ojos. Entonces me vio. Yo me había quedado parado, inmóvil, en el vano de la puerta; observarla, tan leve y tan grave, ensimismada en la contemplación de su mascota, me producía un suave sentimiento de placer teñido de piedad. La veo, pienso ahora, como a una víctima propiciatoria de odios tan ajenos y ambiciones tan lejanas que ella ni entiende ni sabe siquiera que existen; también de la asquerosa carnalidad tan inmediata de Trejos.

La que bajó era la madre. Me miró, callada y con aire fugaz de estupefacción, como si yo fuera un visitante repentino, inesperado. Se dirigió a su hija:

-Hay que preparar la mesa, Lucía.

-Sí, mamá.

Y a mí, sin mirarme (la madre):

-A la una comemos, si le hace al señor.

Son las doce menos diez de la noche. Estoy en un cuartito diminuto, anejo al dormitorio que comparto con Trejos. El cuartito es una especie de vestidor, poco más grande que un armario, donde apenas si tienen cabida esta mesa sobre la que escribo y la silla en la que estoy sentado.

Trejos ronca en la pieza contigua, pared de por medio y con la puerta cerrada (una puerta enclenque y delgada que encaja mal); el sonido llega a mis oídos venturosamente amortiguado; pero en breves momentos tendré que ir; pero en breves momentos tendré que enderezarme y bostezar y apagar el quinqué y meter mis papeles en mi macuto gris; pero en breves momentos tendré que atravesar el dormitorio donde yace el roncante y salir al pasillo, orinar y lavarme y volver; tendré que desnudarme y meterme entre las sábanas para procurar dormir; tendré que tratar de pactar treguas con los fríos temores que me acechan, con los conatos gélidos de mis pesadillas, que ya alborean en mi cerebro, y dormir, descansar.

Una agradable perspectiva de la muerte se ha conjurado en mí y cobra forma: mataré a Trejos si osa abusar de Lucía.

26

de marzo, lunes.

Hoy encontré una pistola en la oficina. La encontré al abrir un cajón de mi mesa; lo preciso: es el tercero y último de la fila de cajones superpuestos que están a mi derecha. El cajón estaba vacío hasta ayer; lo sé porque lo he abierto tres o cuatro veces, no sé por qué. Tampoco sé por qué abrí hoy ese cajón concreto, ya que siempre lo había visto vacío y no había guardado allí nada ni pretendía guardar cosa ninguna. Sencilla y fatalmente lo abrí, distraído, como lo había hecho antes otras veces; no sé cuántas, si tres o seis o acaso más. El arma no podía estar allí antes de ayer, porque la hubiese visto. Alguien la ha dejado allí. ¿Trejos acaso? ¿O Pons antes de irse? ¿O quién? Sé que esto suena absurdo. La pistola, ¿escondida allí por quién? Tal vez la puso allí alguien ayer; ¿o si no cuándo? ¿Y para qué? Esta última pregunta me devana los sesos, me va a enloquecer: ¿para qué?

Yo, al ver el arma, volví a cerrar de prisa el cajón, como si en su interior se agazapara una alimaña o yaciera un sueño terrible. Unos minutos después, y tras haber recuperado mi pulso normal, sacudido por la sorpresa y con infinita cautela, lo volví a abrir. La pistola no la había yo soñado: seguía en su sitio, negra y dura, fría y letal. Esperé a quedarme solo para sacarla e inspeccionarla.

Trejos suele levantarse cada dos por tres para ir a orinar a las letrinas o a tomarse cafés de achicoria en la improvisada cantina de la planta baja. Hoy esperé, más impaciente que nunca, que se largara. Cuando por fin lo hizo, y después de dejar transcurrir dos prudenciales minutos, abrí el cajón y saqué la pistola. La sopesé en mi mano. Es una Mauser de nueve milímetros con cargador de siete cápsulas y doble percutor. Está engrasada y cargada con ocho balas: las siete del cargador más la de la recámara. Aún no sé que hacer con ella; si presentarla a la superioridad, lo que conduciría a una inevitable ronda de preguntas y explicaciones, de trámites y papeleo (harto lo sé, no por nada ejerzo de escribiente), o

si perderla por cualquier parte o sencillamente dejarla en donde está. De momento la he tapado con unas carpetas.

Cada día que pasa, empero, aunque me esmero por prolijizar todos mis informes al máximo, la escritura de este rutinario diario se me vuelve vez a vez más ominosa, más laboriosa. Termino de emborronar unos cuantos renglones y me siento tenso, ansioso, enfermo, preso de lo que en mis supersticiosas tierras litoraleñas se llamaría premoniciones. Nunca es bueno sentirse rondado por el aleteo de las premoniciones, de las cosas por venir. Hay muchos, por la región de Nueva Palmira, muy cerca de donde yo di mis primeros pasos, a los que se tiene por clarividentes. A Pons una gitana le auguró una larga vida; a mí, uno de esos presuntos clarividentes me aseguró: 'No volverás de esta guerra'. No le hice caso. No creo en esas cosas. Encore, encore...

Rumores.

El rumor se alimenta a sí mismo y de sí mismo y se multiplica por un vertiginoso proceso de partenogénesis. No hay mejores cultivos para el rumor que la desazón, la incertidumbre y el miedo.

Hoy en Inza Grande el silencio es una cosa palpable y con vida propia; es casi un estado del espíritu, y sin duda una opresiva amenaza. El frecuente tañido de las campanas rompe por un instante el silencio, que de inmediato se recompone, compacto e interminable; ni siquiera las cornejas graznan.

Aún nada se sabe de Clavijo y su patrulla; es temprano, empero, todavía, lo que da lugar a que subsista la esperanza. Del lado del mar, al que con frecuencia volvemos la vista, nada perturba la quietud de las aguas; ni siquiera la brisa. En las alturas se cavila en torno a la conveniencia de botar alguna de las desvencijadas embarcaciones amuradas a la escollera. El más grave escollo a este proyecto es que no figuran marinos entre nosotros, y ponernos en manos de los avezados lobos de mar de la comarca podría equipararse al suicidio colectivo; son casi todos guichones.

Todo lo antedicho son rumores, que circulan con creciente variedad.

Más grave es lo del teniente coronel Vitoria, a quien nadie ha echado la vista encima desde ayer. ¿Estuvo en misa? Hay quienes dicen que sí y quienes dicen que no. Yo no me percaté de modo concreto ni de su presencia ni de su ausencia. Sólo advertí que no estaba Clavijo, algo que yo, por lo demás, ya sabía.

Alto, muy rubio y de temperamentales ojos azules, el capitán Gregorio Clavijo, comandante de la única compañía montada con que contamos aquí, tiene fama de ser el soldado más valiente; hoy por hoy se ha convertido en una desmayada esperanza, que temo que mañana empiece definitivamente a periclitarse.

Una bienvenida lluvia, que llegó al atardecer, limpió el aire polvoriento, espeso de sospechas y rumores. Paisanos sigilosos cruzan por las bocacalles cuando voy de regreso a mi vivienda (no la puedo llamar mi casa).

1.15 am.

Lucía se presenta sigilosa en nuestra habitación, después de tres tímidos golpes en la puerta, y me anuncia, con voz aflautada por ese miedo omnipresente, que afecta por igual a guichones, guichoneses, soldadesca y oficialidad, que hay barcos cerca, mar adentro.

Nos asomamos los dos a una ventana en el pasillo, desde la que se divisa el mar. Altos torreones de humo blanco, iluminados adrede desde las cubiertas, nos llenan el corazón; de esperanzas a mí; a Lucía, me pregunto, ¿de qué? Pienso que cuando todo esto termine me la llevaré, aunque sus padres se opongan. Lo haría aun a fuerza de pistola. Quisiera tener sus ojos puestos en mí, como hace un rato, cargados de algo que no era ni esperanza ni miedo, siempre.

Trejos, por fortuna, no estaba. Llegó, ruidoso, hacia las cuatro, quizá las cinco; aún no clareaba, pero un cierto crepúsculo dorado se adivinaba, más que veía. Debían ser las cinco, me digo, o más. Trejos volvería de algún burdel, porque estuvo bufando y como riéndose a solas un rato. Trejos practica el sexo activa y asiduamente, cosa de la que yo abomino. Yo me llevaría conmigo a Lucía tan sólo para mirarla; acaso para acariciarle con la yema de un dedo el perfil, o el contorno de la mandíbula, o el despuntar de un seno. No por otra cosa. Sé que la niña, a estas alturas, consentiría, acaso me lo agradecería; ¿pero cuando crezca?

29

de marzo, jueves.

Los rebeldes mataron a dos oficiales y tres soldados de línea a las puertas del Casino Mayor. Ocurrió el martes a media mañana. El escribiente Manrique, del Escritorio B, fue testigo directo de los hechos, ya que lo habían comisionado a entregar una cartera de documentos al coronel Beltramelli, que estaba en el casino.

Las noticias que tengo son, aún ahora, fragmentarias y confusas; se ha implantado una apresurada censura provisional, lo que ha volcado sobre el incidente el manto del secretismo. Aherrojados, hueros de la necesaria ‘versión oficial’, los pormenores se han disparado, multiplicados y deformados. Los muertos, por lo menos, ya han adquirido su identidad definitiva. Son el capitán Moratalla, del 4º, y el teniente Cruz Soto, furriel de intendencia, o sea adscripto a la Oficina Central, más tres soldados del regimiento de minadores que respondían por Overo, Marginés y Camprudún.

Después de un día en el hospital, en calidad de paciente bajo observación, y de prestar detallada declaración delante de un Comité de Instrucción creado al efecto, al mando de Salvatierra, aún demudado y tan tembloroso que se le hacía labor de Sísifo armar, liar, lamer y encender su desmedrado y renuente pitillo de hojilla y hebra, que se le disolvería después poco a poco entre los dedos, Manrique nos refirió, a Trejos y a mí y a otros dos escribientes del Escritorio de Entradas, su privilegiada visión de los hechos. (Manrique, valga puntualizar, procede de Pasaje Yaco, un surdestino; de ahí los peculiares giros arcaístas de su habla):

-Daba yo en llegarme cabe del casino –nos dijo-, en mitad de la vía, cuando torció la esquina y enderezó hacia mí un vehículo negro. Sus llantas chirriaban y hacían volar polvo. De la puerta en fuera del casino había puñados de viandantes, oficiales y números. Los tiros pareció que me sonaban en el seso.

Percaté los fogonazos y me creí muerto. Me precipité de cabeza al bitumen y cerré los ojos. El auto me zumbó en las orejas y me empercudió de polvo hasta el esófago. Polvo danzaba en el aire aún cuando me forcé a mirar: era todo lo que había. El auto se había ido. Sobre la acera yacían cuerpos dispersos, como bolos tumbados. Algunos se perecían.

Eso fue todo lo que Manrique vio o supo. De inmediato lo arrestaron y lo recluyeron en el hospital, igual que a otros nueve testigos directos.

El rumor le adjudicó, en un principio, al atentado, una docena de muertos y varios artefactos explosivos; de estos últimos no hubo ninguno: sólo balas; bastaron algunas ráfagas. Según una versión, acaso pertinente, los autos fueron dos; se afirmó también que hubo disparos desde una ventana de la acera de enfrente. En cuanto a los criminales: ¿se los detuvo o no? El silencio oficial al respecto inclina a pensar en lo segundo.

Como fuere, por unas noches, ayer y en la antevíspera, se procedió a ejecuciones. Las elocuentes descargas se prolongan hasta la aurora y le confieren una macabra música a la noche.

Esta mañana, por último, en una biblioteca requisada con no sé qué propósito, que dejaron olvidada, después de transportarla (tres altas estanterías de vieja caoba y un armarito encristalado casi grácil), en el traspatio de la escuela, bajo herrumbradas y mugrientas claraboyas, encontré un ejemplar de Carlos Dickens, Obras Completas, Vol. I, en papel biblia, que me apropié. Hace semanas que no tengo nada que leer, de modo que el hurto me ha hecho feliz, de un modo casi irreverente, en mitad de tanta desolación y tanta muerte. Por lo tanto (son más de las 2 am), pienso quedarme a leer aquí en mi quieto cubículo, aunque la noche se me vaya de claro en claro.

30 de marzo, viernes.

La peor noticia que se pudiera recibir: han cazado al destacamento de Clavijo en una emboscada. Hubo muertos y heridos; prisioneros también algunos, que están en manos de los rebeldes. ¿Quién puede prever el destino de los que caen en poder del desafortunado y atrabiliario Lozada? Igual pueden ser liberados, con un puñado de monedas de oro de regalo, como degollados o aún peor: enterrados vivos y sazonados con miel para que sean manjar de las hormigas carnívoras. No se tienen noticias en firme de los supervivientes, aunque se presupone que Clavijo habrá intentado alcanzar, por todos los medios, el campamento de Ortega. Circulan diferentes rumores al respecto; que el propio Clavijo ha muerto o caído prisionero no es el más deprimente de éstos. En cuanto a Pons nada se ha dicho, nada al parecer se sabe.

Todo se supo porque un correo de Clavijo consiguió llegar a Inza Grande esta mañana. A mediodía, sin dar nombres de víctimas o bajas, el coronel Joanico dio pábulo oficial al desastre, no por previsible menos demoledor. Al final de una arenga seca y severa, que pronunció desde el balcón de la alcaldía, el coronel apostrofó:

-Sepan civiles y soldados que la guerra de exterminio la han proclamado los rebeldes. Nosotros sólo cumplimos nuestro deber, y por difíciles que sean las circunstancias, y por mucho que cieguen a algunos las abyectas ambiciones personales, no vacilaremos.

El sagrado énfasis que dio a sus palabras produjo un generalizado escalofrío que se transmitió entre sus oyentes como una descarga eléctrica.

Por la tarde, de regreso a mi pensión (me decido a llamarla de este modo, menos distante y municipal que vivienda y no tan íntimo y cargado de nostalgia como casa u hogar), descubrí a Trejos espiando a Lucía.

La chica lavaba ropa en la pila del fondo; un patiecito cuadrado, entoldado con remiendos y adornado con malvones, esa rosa carnosos y vulgar de los pobres decentes; la pila es un rectángulo de cemento en un rincón, con una tablazón ondulada para fregar. Lucía se inclinaba para recoger del suelo el balde con agua (la pila carece de todo grifo), y en cada ocasión quedaban expuestos sus delgados muslos, así como una fugaz entrevisión de una braguita remendada, color blanco terroso, fabricada quizá con una camisa desechada del padre o de un abuelo. Desde una puerta en penumbras, entreabierta, Trejos miraba. Yo menos lo percibí que adiviné su respiración, espesa a la par que entrecortada. Se estuvo allí, que yo lo viera, unos cinco minutos, hasta que se percató de mi presencia.

Estábamos los dos tan cerca que hubiéramos podido tocarnos con sólo alargar un brazo. Al advertir mi cercanía, a Trejos lo sacudió un ligero, contenido respingo culpable. Desapareció.

Caída la noche, por una vez bañado a conciencia (también horriblemente perfumado con una colonia alcanforada barata, que hedía a virilidad y tiña), luego de colgarse del pescuezo una minuciosa corbata estampada con cocodrilos, con el pañuelo en el bolsillo, el gacho empujado hacia una oreja sobre un kilogramo de goma de peinar, que doblé y hacía brillar la reacia mota color canela (¿descendiente de sambos o mulatos?: esta noche creí vislumbrar en él un sombrío y solapado rasgo guichonés), lustrados los zapatos y con el fajo intacto de billetes de su soldada, que contó y recontó más de una vez ante mis ojos, metido en el bolsillo (hoy nos han saldado en parte las mesnadas atrasadas), Trejos se marchó, camino sin duda de los burdeles.

Sobre las nueve, Lucía golpeó a mi puerta y entró; vi detrás, en el pasillo, planas como dos láminas pobremente iluminadas, las siluetas de sus padres, que se desdibujaban en la penumbra. La madre cargaba en los brazos al bebé menor, que no he sabido aún si es varón o hembra. El silencio, advertí, era absoluto.

Yo me había estado demorando, con una misteriosa sensación de deleite, en pasar y repasar morosamente las finas hojas de Dickens, sin leerlas. El anticipado placer de inmiscuirme de nuevo en las tribulaciones de *Oliver Twist* y de sumirme otra vez en el tenebroso Londres de la familia Dorritt había abolido por un rato a la fea crudeza de la guerra y al vacío horror de la muerte probable. La dura realidad circundante había cedido lugar al pasmo de la ficción. Todo se había vuelto para mi literatura; leía frases aisladas de páginas sueltas. Mr. Micawber asomaba su chistera y la bella miss Rose Maylie atisbaba la neblinosa calle desde una esquina; una farola de luz amarilla iluminaba el rastro de unos pasos sobre nieve. Creo que me dormí.

Los golpes en la puerta, tímidos, tres, me arrancaron de un estupor de plomo líquido; me senté como un resorte en el borde de la cama. Lucía me miraba, con sus grandes ojos encerrados entre círculos

violáceos; parecían insondables y oscuros como pozos sin luz. Sin emitir palabra, la niña dirigió sus largos pasos a la ventana y recorrió la cortina. Yo la seguí como llevado por hilos invisibles. De los faroles, en la esquina, pendían cuerpos colgados.

Salimos a la noche los dos. Vagos chirridos, crujidos y gemidos de cosas con y sin vida –una puerta, la brisa, ratas que se movían- subrayaban el inhumano silencio. Al fondo, se percibía un distante y apagado rumor. Un gato negro de albañal, de ojos amarillos y pelambreira rígida, cruzó frente a nosotros. También sonó un disparo mientras el rumor crecía y se fragmentaba en componentes identificables. Después una carcajada mezclada con una especie de entrecortado lamento. Eran voces humanas, ruido de motores y cascos de caballos. Repicaba una campana. Al sonido de nuevos disparos, Lucía me agarró una mano con una mano suya convulsiva; sus dedos eran huesudos y estaban fríos.

Anduvimos sin hablar hasta la esquina donde estaban colgados los cadáveres. Eran paisanos y los habían maniatado. Una patrulla, en la que se mezclaban soldados de uniforme y de civil, nos paró a las pocas calles; un teniente, cuya cara redonda de muñeco de estopa reconocí como de un tal Morón, de Fusileros del 5º, nos dio el alto y me pidió mi identidad.

-Alférez de complemento Alcides Merchán, del Escritorio D del Servicio de Cifras. ¿Qué ha ocurrido, oficial?

Morón se negó a informarnos y nos aconsejó que diéramos la vuelta. A mí, su tono severo y suficiente, de milite a civil, me encrespó, me encocoró.

-Tengo derecho a saber –dije.

-¿Con una guichona colgada del brazo? –preguntó una voz burlona tras los círculos de luz de varias lámparas traslaticias.

Nos escrutaban desde la sombra rostros hostiles. Algunos soldados portaban fusiles; Morón una pistola amartillada. Un soldado borracho emergió de la noche jadeando, e hizo un tosco remedo de saludo marcial, con una mano titubeante subida de canto a la visera del kepís

-De parte del comandante Vieytes, mi teniente –farfulló.

Llevaba en la mano vacilante, extendida, un sobre largo dedeado que Morón le arrancó. Antes de abrirlo me miró con ojos duros; su cara redonda y lampiña, de suaves y carnosos rasgos de campesina regordeta, hasta la víspera dúctil y ligeramente cómica, había ganado una segunda piel más áspera y adulta. Su voz sonó metálica y rayada:

-Vuélvase, alférez.

Saludé y giré en mis talones. Así a Lucía de un codo y nos volvimos. Ella recién entonces pronunció palabras:

-Tengo miedo y frío –dijo, en un tono de voz escasamente audible.

No sin cierta perplejidad, con una ligera aprensión además, me di cuenta de que no era la primera vez que oía su voz, pero que me sonaba como si nunca antes la hubiera oído. Al romper su dócil mudez cotidiana con aquel susurro un poco inexplicable (el miedo se justificaba, ¿pero el frío?: la noche es casi tibia), Lucía había traspasado la frontera de la niña a la mujer. Acaso sea otra secuela más de la

guerra; lo cierto e incuestionable es que yo, absurdamente y en aquel instante, me enamoré. Unos pasos después la oí añadir:

-El corazón me palpita como un gran pájaro que aleteara dentro de mi pecho.

31 de marzo, sábado.

Anoche empecé a leer *Tiempos Difíciles*. A media madrugada, cuando ya hacía un rato que había apagado la luz y trataba de dormir, angustiado y confundido por las repentinas e inesperadas profundidades de mi espíritu, capaz (para mi horror) de caer enamorado de una niña apenas púber, entonces, Trejos volvió. Tarareaba; se movía por la pieza con torpeza, haciendo ruidos quizá deliberados.

Respetuoso al menos de un acuerdo previo al que habíamos llegado, Trejos no encendió su lámpara de noche para acostarse; usó para ello de sucesivos fósforos que dejaron en el aire un relente ácido, como de escenografía de misa negra. Volvía, en paz pasajera consigo, con su apetito saciado, de su ida a los burdeles. Yo lo odié. Yo que soy si no asexuado asensual y casi casto (forzado a mis trece años a mirarla, tocarla y yacer juntos por la horrible mujer de carne fofa y piel resbaladiza de mi tío Rubén Cepeda, el prestamista; después sólo contadas veces visité lupanares, más por acompañar a otros que por genuina volición mía, de los que invariablemente salí asqueado, sintiéndome miserable), lo aborrecí fervorosa y febrilmente.

De enemigo abstracto mío, aborrecible para mí instintivamente (por sus modales y su olor; por su ordinaria y grosera bravuconería), Trejos se había trocado en mi enemigo personal y concreto. Sus soeces caricias a Lucía, que yo me pregunto si se habrán repetido, son ahora una injuria, una afrenta, no por secreta menos personal e imperdonable, que él me ha inferido. Pienso que si de los dos uno puede obtener la aquiescencia de la niña (por mero y crudo terror, mediante la violencia) será Trejos. Tendré que matarlo antes, idea que me alivia.

Hoy se ha sabido que Vitoria, que de hecho en efecto estaba arrestado, se fugó y escapó, con cómplices y adictos, el Manco Núñez (¿para qué?) entre ellos, a los montes. Se temen incursiones de los rebeldes; por toda la ciudad la vigilancia es estricta y rigurosa. Grupos de soldadesca, librados a su exclusivo albedrío, ejecutaron en árboles y farolas a ciudadanos incursos en sospechas de simpatizar y/o colaborar con los rebeldes. La señora Araújo no ha cesado de lloriquear en todo el día.

Yo he tenido mi jornada semanal de asueto; prácticamente no me he movido de la casa. He procurado no ver a Lucía, pero no he podido evitarla al almuerzo y a la cena. Su presencia me intimida; siento que mis huesos reblandecen y mi pulso se acelera en su presencia.

Noche tranquila hasta el momento (00.35 am).

2 de abril, lunes.

Racionamiento en ciernes; empiezan a escasear las provisiones de boca en la ciudad. Tres salidas en descubierta, ayer domingo y hoy, se han saldado en catástrofes. La cifra de muertos (sin contar a Cla-

vijo y su tropa), fluctúa entre ocho y quince, según las versiones. Todos los caminos, salvo el del mar, están ya irremediadamente cegados. La criminal inacción de nuestros mandos en los primeros días, tras ocupar la ciudad, traerá consecuencias todavía imprevisibles, pero que serán gravosas. Inza Grande, la gran conquista, resultó una trampa cebada.

¿ORTEGA DONDE ESTÁ?

Manos anónimas han hecho florecer esta parca leyenda en muchas paredes. Su misma repetida parquedad, amén de la multiplicación por toda la ciudad de idéntico mensaje, habla de un esfuerzo concertado. ¿Quién hay detrás? Se especula con las dispares ambiciones y las múltiples enemistades de los mandos.

El mar sigue vacío.

Lunes por la noche.

Infiltrados rebeldes, al atardecer, al mando del bandido Serrano, primer lugarteniente de Lozada, se hicieron fuertes en Loma San Pedro, distrito alto de la ciudad, donde ocuparon la mansión amurallada del millonario holandés Ludo van Bolek, ausente en Europa, y que casi nunca la visita.

A medianoche aún menudeaban los disparos, que a esta hora en que escribo son ya esporádicos.

En cuanto al narrador de este diario de campaña, el de hoy ha sido un día de farragoso trabajo. Los partes e informes han circulado en todas direcciones, y los escribientes de los cinco escritorios apenas si dábamos a basto. Yo, resignado a mi secundario oficio (agradecido inclusive en ocasiones) por la falta de mis limitaciones físicas, carente además de designios heroicos, me tomo mis deberes con estoicismo y una somera satisfacción. Muy diferente a mí, tascadas a duras penas sus veleidades guerreras, frustrados sus sueños marciales a raíz de su miopía (hipermetropía) heredada y sus pies planos, Trejos da rienda suelta, siempre que puede, a su rencor y a su amargura. Compartir con él el escritorio, sin el respiro de la presencia de Pons, se me hace minuto a minuto más intolerable (si bien no tanto como compartir el sueño debajo del mismo techo).

Hoy Trejos tuvo un violento altercado con Olavidez, un escribiente del E, puntilloso y detallista, que le reprochó un par de ligeros deslices en un documento redactado con prisas. Tras el incidente, ocurrido en nuestra oficina, y marchado que se hubo Olavidez, Trejos dio en desplazarse a pasos nerviosos de pared en pared, mascullando juramentos y amenazas. A mí me lanzaba miradas de odio.

-¿Qué ocurre entre tú y Lucía? –me preguntó de repente.

Había plantado su pesada y sudorosa anatomía delante de mi mesa. Abría y cerraba los puños, peculiaridad suya de cuando está furioso u ofuscado que yo ya había notado antes.

-¿Qué quieres decir? –pregunté yo a mi vez, con laboriosa indiferencia; el nombre de Lucía, expelido por aquella trompa, se me hacía insoportable.

-Lo sabes muy bien. He visto cómo te mira desde hace unos días. ¿Te la has...?

Trejos pronunció el crudo verbo con una risita, y no esperó que yo le contestara. Unos segundos después me había dado ya la espalda; se había sentado y resoplaba. Yo recordé la Mauser del cajón. Abrí éste y levanté las carpetas que ocultaban el arma. Después lo cerré.

Por la noche, de regreso en la pensión, a la hora del condumio, me armé de valor y traté de encontrar en Lucía, mirándola lateral y furtivamente, alguna señal de ese cambio que había percibido Trejos en la forma en que ella me miraba. Yo por mi parte nada había percibido hasta esta noche; hoy percibí algo, palpitante y fugitivo. Qué, no sé. Lucía, en ocasiones, me mira a la cara y busca mi mirada con la suya, pero cuando ambas se cruzan ella al instante desvía los ojos.

Antes de acostarnos, esta noche, al pie de la escalera, Lucía me balbució:

-Duerma usted bien, señor.

Su voz tiene una cualidad mágica, indescifrable, que suena a mis oídos como música. Una extraña melodía se agita en mi cabeza y acelera mi corazón.

5 de abril, jueves.

La situación adquiere tintes sombríos. Las incursiones, emboscadas y escaramuzas se han convertido en un asedio en toda regla. Lozada ha instalado ostensiblemente su cuartel de mando, todo embanderado, a tiro de cañón de la ciudad (cañones que no tenemos: sólo dos arcaicas bocas de fuego del 18, que son reliquias de las guerras de banderías de la primera mitad del siglo pasado, y que nos resultan inútiles a todo evento). La escuela, por lo demás, se ha convertido en objetivo de los rebeldes. Hoy se sufrieron dos conatos de ataque con fusilería, por fortuna sin consecuencias.

Mi vida, empero, transcurre al margen de los sobresaltos, con una especie de esencial monotonía. Ignoraba lo intenso que puede ser el sentimiento del amor carnal; también el del puro odio sin mácula. La visión, calibre que por el amor, se me ha vuelto otra hacia todas las cosas; miro el mundo con los ojos distraídos e ignorantes de un recién nacido.

El general San Jorge ha sido destituido del mando superior; lo han detenido en su lujosa suite de hotel. Lo reemplaza una junta de tres coroneles de la que forma parte Salvatierra, el jefe de nuestro servicio. Los otros dos son Joanicó y Davalillos, este último un teniente coronel del cuerpo de intendencia de minadores e ingenieros. Que él y Salvatierra sean ambos oficiales de escritorio es un claro indicio de que el mando real descansa en las manos de Joanicó, el único de los tres que tiene mando activo. La preterición del valeroso comandante Vieytes, el guerrero más prestigioso, como tal, que nos queda, desaparecido Clavijo, y, sobre todo, la del tenebroso y maquiavélico Burrull, en beneficio del oscuro y maleable Davalillos, ha generado cierto contenido malestar y también un raudal de perplejidades de diferentes signos. Joanicó es en extremo temible y expeditivo, no obstante, como para que las voces discordantes osen dejarse oír. A Salvatierra también se le respeta, pero más por el servicio que encabeza, que es la sabia sigilosa del ejército, que por su propia persona.

Salvatierra es un intelectual; su firma rubrica tratados eruditos de información militar, de estadística militar y de economía y finanzas militares. Es un hombre adusto y grave, que jamás ha mostrado en público una sonrisa. Dirige su Servicio de Cifrado (y, según voces ya citadas, la entera Oficina Central) con distanciada pericia, por medio de durísimos subordinados del corte del teniente Domínguez, superior nuestro inmediato, que esta tarde nos volvió a citar a su despacho. No se trataba en este caso de una diligencia peligrosa que encarecer, sino de una queja que transmitir.

-Se nota cierta desidia en este escritorio –nos dijo, con una voz alarmantemente átona-. He recibido un par de quejas en estos últimos días –el tono de su voz, potentísima de por sí, descendió gradualmente a los lindes de un bisbiseo-. ¡Firmes los dos! –bramó de golpe: el rugido hizo temblar el suelo bajo mis pies- A la próxima queja que se me traslade los hago arrestar a pan y agua.

-Es que sólo quedamos dos –atiné a farfullar yo, a modo de defensa, irrisoria por lo demás.

-A pan y agua –me vociferó Domínguez-. No tenemos gente letrada para dedicarla a un escritorio. Tendrán que hacer entre dos el trabajo de tres.

-A pan y agua –farfulló Trejos, después que volvimos a nuestra oficina; lo había repetido ya varias veces por el camino-. Nunca podría ser peor que la bazofia que nos dan ahora. Y en raciones de hambre. Es una triste verdad. El condumio ralea día tras día en el humilde hogar de los Araújo. Lucía parece cada vez más pálida, su cara consumida por los inmensos ojos y las ojeras violáceas que los circundan. La niña apenas si come; deja su plato por lo general intacto o ligeramente picoteado y se abisma en un triste silencio; a veces se lo da, a escondidas de sus padres, al gatito. Su madre no ha cesado de llorar todos los días. Su padre trasuda miedo, con los ojos hundidos y un permanente temblor en los labios flácidos y finos.

Yo escribo este diario en la alta noche y leo a Dickens con creciente desgana. La cabeza se me va hacia vaguedades y mi fantasía me lleva a paisajes hasta hoy desconocidos. Duermo poquísimo y siento un vaticinio de cosa final.

8 de
abril, domingo.

Hace dos días maté a Trejos; aproveché una nueva incursión de los rebeldes, que balacearon la escuela, para, en la subsiguiente confusión, los dos a solas en la oficina, meterle un tiro en la nuca. Trejos ni se enteró; murió sin un quejido, sin sufrir. Usé la Mauser del cajón. Para eso (pienso ahora) la guardé, la conservé; para eso, creo, convencido, estaba el arma allí, puesta por ¿quién? ¿Por Dios?

Mi razón no sabía todavía lo que hacía cuando apreté el gatillo; mi corazón y mi voluntad sí. Pasará por una bala perdida. Me siento muy cansado.

Nota.

Liberados los sitiados por la fragata *Mercedes*, una investigación pericial puso al descubierto el crimen; el informe de balística sobre el ángulo de tiro fue decisivo. Detenido de inmediato, el alférez Merchán fue juzgado y condenado a la pena mayor. Lo ejecutaron el 23 de febrero de 19**, un martes.

Este breve diario suyo fue encontrado entre sus pertenencias después de haber sido él enterrado en su pueblo natal. Se han modificado algunos nombres de personas y lugares.

Coronel Hugo

S. Salvatierra

EPÍLOGO

Los relatos traducidos son, según su orden cronológico y de exposición, La exigua paga, La vuelta y El cocodrilo albino. El cuento original es el que cierra la lista: Diario de campaña del escribiente Merchán.

LOS AUTORES

1) *La exigua paga*

Jonah Sterling (1904/1991), escritor inglés, uno de los más destacados novelistas isleños del siglo XX, firmante de novelas tan eminentes como The childhood of Jack the Ripper (La infancia de Jack el Destripador), editada en 1953, Genghis Khan at the gates of Peking (GK a las puertas de Pekín), de 1961, The double murder at Baker Street (El doble asesinato de la calle Baker) y (Sunrise in Norrkoping (Amanecer en Norrkoping), publicada en 1973. A estos títulos valga sumar Matsukuo and the liberal crafts (Matsukuo y las artes liberales), de 1971 (para muchos su obra maestra), Briefings for the presidential desk, (Reseñas para la mesa del presidente), 1978, su libro más exitoso, con más de dos millones de ejemplares vendidos y traducido a más de veinte idiomas, y un largo etcétera. Publicó en total una veintena de novelas, otras tantas novelas cortas, tres colecciones de relatos breves y varias colecciones de ensayos; jamás buriló un verso, a no ser que se considere como a tales los párrafos de 2 a 5 líneas, a la manera de Sandburg, que configuran su celebrado poema cíclico Heaven knows whom (Dios sabe quién), publicado en pleno

fragor bélico, 1942, como contribución lírico/épica de un escritor al esfuerzo guerrero del viejo león inglés. Adscrito desde joven al batallador Sindicato de Artes Gráficas, ya que su primer contacto con las letras fue en calidad de tipógrafo, adscripción que jamás declinó, sin dejar de pagar nunca su cuota de afiliado de pleno derecho, Jonah Sterling, hijo de un chamarilero de incierta sangre hebrea y de una judía sefaradí nacida en Londres y de padres y abuelos londinenses aunque apellidada Corasson, proteica malformación del original hispánico Corazón, heart en inglés, se crió y educó en la Gran Guerra y en la inmediata posguerra. Fue tipógrafo, como ya se ha dicho, marinero (navegante, según su terminología), minero en Oklahoma y pastor no conformista en Cork y en Dublín, entre cerriles y hostiles católicos; fue marido, padre, pastor divorciado y a continuación ateo militante, reclutado para las oficinas de Cifrado y Descifrado del Foreign Office al comienzo de la segunda guerra mundial, oficinas secretas ubicadas en algún rincón de Whitehall, desde el que se oía la ardua batalla aérea de 1940. Allí JS terminó, tardía pero firmemente, de hacerse hombre y encontró su largo y brillante destino literario entre las cínicas admoniciones del elegante Ian Fleming y las burlas y frases de doble sentido del siempre despeinado y pecoso Dylan Thomas, que no se recataba de su todavía reciente militancia fascista en Cardiff y Swansea, de la que lo había corregido su tío el almirante Baldwin Rupert Thomas, CBE, DSC, MDE, FCC, etc., mediante el recurso de retorcerle la oreja y asenderearle a bastonazos los lomos, “maldito piojo galés”, según lo apostrofaba, como si él hubiera nacido en Dinamarca. DT exhibía su foto de dandy fachista, con sombrero, cadena de reloj dorada y pendular, capa corta negra, la correa acerada de un perro que jamás había tenido y dos tersos hoyuelos en su sonriente, redonda y engominada cara infantil.

Aunque Sterling era el mayor, Fleming era el más vivido de los tres, un dandy auténtico, que llevaba a los otros dos a locales (malos) de Chelsea y del Embankment, donde las afiligranadas coristas y mariposas nocturnas se gruñían unas a otras y se desmoronaban a fuerza de uñas el esmerado lacado para sentarse en las rodillas del misterioso caballero de amplias solapas y pantalón a tiralíneas, que les leía, a las chicas, al igual que a sus dos menos llamativos acompañantes, diferentes relatos manuscritos, que, según juraba su autor, jamás verían la luz. El immaculado y repetitivo protagonista de aquellas páginas manuscritas era un agente británico de apellido Bond, que inevitablemente se parachutaba tras las líneas alemanas, era perseguido, caía en manos de la Gestapo y se escapaba, bien por mor de la solicitud de una maquí enamorada, bien por su propia y peculiar astucia, bien por la pasión desenfrenada de una oficiala de las SS, bien por la congénita estupidez de los arios nazis. ‘Escribo como simple y puro entretenimiento, sin pretensiones, ni literarias ni de ningún otro tipo, ni económicas ni de fama’, solía decir Fleming. ‘Todo en mí se rebela contra la labor profesional; un escritor profesional sería tan venial y estupidizante como un pastor o un cura profesionales, como un premier profesional, como un monarca profesional, como un Dios, si existiera, profesional’.

Thomas, en cambio, ya se consideraba un profesional; tanto, que inclusive encontró quien le publicara, en 1942, un librito de chocantes poemas, titulado: All these shots!, del que Sterling conservó, hasta el final de su vida, un ejemplar con una memorable dedicatoria: “From us who will win wars, endlessly, to thou who will leave them lost, hopelessly, dear Jonah”. Un cuarto miembro del grupo, menos asiduo a las francachelas, era un tal Sir Lester Kelso, baronet por tradición familiar, no por el embrutecedor y habitual meritoriaje, según afirmaba él mismo. ‘Tan fino,

tan elegante, también un poco amanerado’, recordaría Sterling. ‘Resultó ser un espía, que terminó primero condecorado en Berlín por manos alemanas y poco tiempo después colgado de una cuerda por manos británicas. Le recuerdo, pese a todo, con simpatía y cordialidad y lo acogería encantado a mi parca mesa si Dios, ese inexistente farsante, me lo resucitara’.

*Sterling escribió “La exigua paga” en 1977, y el relato, publicado primero en la fugaz revista Against, se incluyó en un volumen llamado *Dim light area*, que salió a la venta en 1987. El volumen incluye cuatro relatos, el que le da nombre, “The thin payment”, título original de “La exigua paga” y otros dos, titulados “Inside the amber” y “Adios”, en español en el original, incluyendo la ausencia de la tilde. A pesar de sus indudables méritos, este volumen, producto de un escritor ya cansado, quizá, pero dueño, todavía, de sus grandes cualidades literarias, que no hay que buscar en su retorcido estilo sino en la fuerza de sus imágenes y en la creación de ambientes y personajes, nunca se tradujo a nuestro idioma y pasó inadvertido en el suyo propio, tanto en Inglaterra como en Estados Unidos; la gente ya se empezaba a olvidar de este gran escritor, acaso un poco prolífico de más, generosidad que suele devolverse con rápidos olvidos; del suyo, de su nicho propio dentro del gran cementerio de la desmemoriada humanidad, lo rescataron Christopher R. Bembler, Joyce Thruette, Hamilton StJohn y otros narradores y poetas nacidos en los años 40 y primeros 50.*

2) El cocodrilo albino

Miclosz Georgades, válaco, nació en 1931 en la ciudad hoy búlgara de Zest, muy cercana a la frontera con Rumania y que formó parte del reino desaparecido de Valaquia. Georgades, por tal razón, siempre se ha

*considerado válaco, e inclusive aprendió, laboriosa y no del todo felizmente, aquel idioma que hoy ya no se habla, híbrido como lo es del latín y el protobúlgaro. En 1955 consiguió salir de Bulgaria del modo más cómodo y sencillo, como asistente del coreógrafo de una compañía de danzas; de utillero, en palabras claras. Llegado a Paris el grupo, amplio, del que formaban parte tres miembros (búlgaros) del KGB, dos notorios, que viajaban como agentes de protección, en realidad de vigilancia, y un tercero camuflado dentro del conjunto artístico, al que Georgades había identificado tiempo atrás, nuestro autor se fugó limpiamente, al bajar por la noche por una escalera de servicio del hotel donde se alojaban, escalera que, había comprobado, no estaba bajo vigilancia, y que de hecho él descubrió por azar, ya que daba a las cocinas y se intrincaba y trepaba del lado interior de unas grandes puertas cristaleras que la separaban del sector de las habitaciones, las suites, los ascensores y las salas de reunión que había en las plantas pares; la escalera daba a un estrecho y oscuro pasillo que daba a una puerta de latón que daba a un callejón. El encargado nocturno del hotel lo vio aparecer y le señaló la puerta, al final del pasillo y detrás de un muro transversal de barricadas, puerta que daba al estrecho callejón, con altas paredes en ambos flancos, sin ventanas las de enfrente y con diminutos ventanucos de vidrio granulado las del hotel. El callejón hedía y había gatos que maullaban y escarbaban en la basura, imagen que aparece repetidamente a lo largo de la obra édita del artista válaco. En 1961, de su magro bolsillo, Georgades se pagó una edición de 250 ejemplares de la novela *Buld stiltzÿ nova*, o *Vetusta ciudad nueva*, escrita en un válaco pordiosero que pide auxilios permanentes tanto al búlgaro como al rumano e inclusive al francés; aún así, el libro es ininteligible, inclusive para quienes dominan el válaco, y me temo que también (o sobre todo) para su atolondrado autor. El medievalista francés Ambrose*

Lapiebie leyó la novela, mucho después de que Georgades la publicara, y le confesó al autor que, a pesar de su buen dominio del válaco y del transilvano, idiomas hermanos, como el servio y el croata, o el checo y el eslovaco, no había entendido nada. La primera verdadera novela de Georgades, escrita y publicada en francés, en 1965, se titula, precisamente, Cuando maúllan los gatos, y es una divertida parodia de su fuga de Bulgaria, que él engloba dentro de una excesiva Unión Soviética. Yo no soy anticomunista, de 1966, es otra sátira que presenta a altos burócratas soviéticos, y a otros medianos y más chicos, como seres angelicales y candorosos; el KGB, en esta novela, es una asociación recreativa, que saca niños de camping y organiza grandes algaradas de borrachines en ríos, lagos y termas. Su tercer libro, de 1968, se llama Música y baile en Valaquia, y no es una novela sino una especie de estudio psicológico del pueblo válaco, según la imaginación del autor. También en 1968 publicó Paseos por Georgia, otra feroz sátira antisoviética. En Georgia, conviene recordarlo, nacieron Stalin y el sonriente Felics Dzserzhinski, el temible e implacable fundador de la Cheka, antecedente del KGB. Georgades no se los olvida en su librito, en el que señala que aquel georgiano que no baile ni cante ni toque algún instrumento musical, tiene, invariablemente, el corazón reseco como un orejón sin almíbar.

Prácticamente todos los violadores de niños y/o niñas y/o mujeres no bailan ni cantan ni son afines de forma alguna a la música, como tampoco lo eran el Gran Felics, como se conocía oficialmente a Dzserzhinski, ni Iosipz Dzughadvilli, nombre real de Stalin. Stalin reintegró Georgia a la URSS, después de que Lenin le hubiera concedido la independencia. El Gran Felics, por su lado, se ensañó de manera particular y específicamente ruin (y rutinaria) con su país natal, y fue el promotor crucial de una intensa y violenta campaña de rusificación, que, entre otras cosas,

intentó prohibir las bellísimas y diversas canciones populares pastoriles que bailaban las diferentes etnias que se acumulan en la pequeña Georgia, a la que el autor califica de ser “la tierra más feliz de la Tierra”, aunque, por supuesto, jamás la pisó. Otra característica de este extraño y acaso genial escritor, es el deleite que extrae situando la acción de sus relatos en lugares que desconoce por completo. Sigue, en esto, el útil consejo de aquel escritor uruguayo, Felisberto Hernández, al que cita más de una vez en sus libros: ‘Un escritor no tiene que escribir sobre lo que conoce, sino sobre todo sobre lo que no conoce’. Estos primeros libros, a pesar de su interés intrínseco, pasaron inadvertidos, no sólo en París y en el resto de Francia, sino en el mundo entero, incluyendo a Bulgaria y la URSS, donde, por supuesto, estaban prohibidos.

A lo largo de los ya diez años que llevaba vividos en Francia al publicar su primer libro, MG había desempeñado los más diversos oficios, desde limpiar y aceitar las cuatrocientas catorce máquinas de escribir que se alineaban en seis filas de sesenta y nueve máquinas cada una y que colmaban una especie de pequeño hangar, en pleno corazón de París, cerca de La Bagatelle. Lo hacía todos los días, de lunes a sábados, entre las cinco y las ocho y media de la mañana; el personal entraba a las nueve; nunca vio a ninguno de ellos, ni varón ni mujer. Se trataba de una firma de copiación o copiamiento de documentos de toda clase, y las máquinas eran utilizadas a fondo; también MG debía reemplazar las cintas gastadas, lo mismo que cintas no gastadas por otras diferentes, para lo cual los usuarios le dejaban una nota junto a la máquina. Las cintas eran todas de dos colores, o rojo y negro o verde y negro, o azul y negro o azul y rojo o azul y verde o, inclusive, verde y rojo, aunque las de esta variante sólo se empleaban en tres o cuatro máquinas. MG ponía todo su empeño en

hacer bien aquel trabajo, aunque la paga era ínfima: doce francos a la semana.

Por las noches limpiaba paredes en el Pris-Unic, esto de lunes a viernes y con una paga de veinte francos, pero a seis horas de trabajo por noche, de nueve a tres de la madrugada. Se alimentaba con bocadillos de fritanga en Les Halles, y vivía en Les Halles, entre barricas y cartonaje descartados, con mendigos, vagabundos y ladronzuelos; también viejas prostitutas varicosas y deformes; una vez una tuerta le hizo una felación, sin que él se lo pidiera, y le reclamó al terminar diez francos, que él se negó a pagarle, por lo cual apareció el maquereau de la mujer, un individuo bajo y rechoncho que quiso amenazar a MG con una navaja. MG era entonces un muchacho alto, fuerte y ágil. Le arrancó la navaja al sujeto y se la guardó, ya que le venía bien para afeitarse y para pelar frutas, así como de arma defensiva, por si las moscas.

Un día, corría 1966, se puso a trabajar también por las tardes, en la carga y descarga de bolsas y cajas de frutas y vegetales, así como de tubérculos. Pommes de Terre, publicada en 1987, da cuenta de aquellas lejanas experiencias.

Sus tres primeros libros se publicaron en una editorial marginal de tinte anarquista, para la cual era tan lícito burlarse de la URSS como atacar a Estados Unidos. La dirigía una mujer que formaba en la alta burguesía, dueña inclusive de títulos nobiliarios que jamás usaba, entre otros el de marquesa nada menos que de Pompadour. Era una mujer menuda, algo tímida, de ojos bonitos y físico magro. El rudo aunque atractivo válico terminó, fatalmente, por convertirse en su amante y por aceptar un empleo con un sueldo, magro pero digno, dentro de la editorial, donde su trabajo era difuso: asesoraba, emitía opiniones escritas sobre manuscritos que llegaban, con la pretensión de que se publicaran, lo que lo llevaba a

mantener difíciles discusiones con jóvenes o maduros escritores enfurecidos, y a platicar amablemente con autores complacidos; también pasaba dos o tres tardes a la semana con la propietaria. Ella, Belline de Renaudot, tenía alrededor de 40 años, estaba casada con un alto burócrata del ministerio de Asuntos Exteriores, de apellido Lafaraut, tenía dos hijos y era desdichada. Post coitum hablaban de literatura, en el meublé; ella le decía a MG que su francés, el de él, era demasiado prolijo, demasiado pulido, fruto en buena medida de la mala influencia del diccionario, o de los, en vasto plural, ya que MG se había leído varios enteros, de la A a la Z, inclusive uno que encontró en el último cajón del fondo de una librería de viejo que era de francés-transilvano y viceversa, el único que existía en aquella fecha y probablemente el único que existió jamás..

¿Transilvano? El idioma del diccionario era en realidad el goy, el que hablaban los goy, los madján y otro par de etnias que habitaban dispersos en caseríos tanto en Transilvania como en la propia Valaquia. Los goy eran originarios del Kazajstán, donde también los había. Aquel idioma no era el válaco de MG, y tampoco el transilvano, idioma espejo del válaco. No era el que los lingüistas occidentales llamaban, mayoritariamente, doly, que en Valaquia se llamó válaco y en Transilvania transilvano. Éste era el idioma que se hablaba en la región de Tovar, de donde procedía la real familia de los Dracul, dinastía que perduró más de dos siglos, entre el XIII y el XV, primero en Valaquia, después en Transilvania y que llegó a tener, bajo el reinado de Vlad Tepes, a la propia Bucarest por capital.

Los Cárpatos de Bulgaria, es decir la Valaquia búlgara, con sus frías neblinas, sus repentinos picachos, sus súbitas hondonadas teñidas de bruma que el sol quema lentamente, sus tenebrosas ciénagas, sus fértiles valles, sus ríos y arroyos inmóviles y mudos como muertos, fue donde

Georgades pasó la mayor parte de su vida hasta su traslado a Sofía, en 1953, donde consiguió introducirse en el conjunto de danzas Kőorpicque, primero de barrendero y después como utillero, bajo órdenes directas del coreógrafo de turno; después se fugó, se nacionalizó francés, se casó con una bellísima francesa de origen lituano, Nedesha Romanidis, que le dio una hija más bella todavía, Nedelja Georgades. En Francia se hizo famoso y ganó dinero. Hoy es dueño de una amplia y moderna casa en París, en el séptimo arrondissement, y de una segunda casa en Nîmes, donde pasa los veranos.

En la playa con Picasso es un librito escrito a vuelapluma, en el que Georgades conversa naturalmente con Picasso vivo, por las noches, y con su fantasma, por el día. Publicado en 1996, se hizo acreedor, para asombro de su autor, del Prix Stendhal, que promueve la Académie francesa y que estaba dotado con tres millones de francos.

Volviendo al vetusto y polvoriento diccionario comprado en la librería de viejo, un libro editado en 1929 por el erudito en lenguas cárpatas Jean Jules Narcellard des Étemples, le sirvió de mucho a MG, ya que éste conocía bastante bien el goy, que era el idioma lírico por excelencia de Bulgaria y el que más habían combatido los agentes rusificadores enviados por el Kremlin.

Alentado por Belline, MG, aún soltero, escribió laboriosamente una cuarta novela que se desarrolla en París; la novela, titulada finalmente Basta de infinitos, aunque influida, a través de Belline, por Sartre, Camús y el existencialismo en general, es original y bella, y en ella el escritor principia a encontrar su verdadera voz. La novela no se publica en la pequeña colección Torche Bleu, la que poseía Belline de Renaudot, sino, merced a gestiones de ella, en la prestigiosa editorial Rèveille, en su colección Écrivains d'aujourd'hui. El libro se vende bien. Sale a la venta en

abril de 1968 y, a pesar de que, en mayo, París, y Francia entera, tiemblan y bailan, copulan y ensucian paredes con la guerrilla urbana que lideran Cohn Bendit y otros, la novela de MG se abre camino, y al final de aquel año convulso ha vendido la no despreciable cifra de 8.782 ejemplares en la edición de tapa dura, que se reimprime tres veces, con tiradas de 3.000, y 23.614 en la edición en rústica, que sale a la venta en junio y que se reimprime cinco veces, con tiradas de 5.000. El autor percibe cerca de 5.000 francos por la edición de tapa dura y más de ocho mil por la edición en rústica. En 1969 las ventas decrecen algo, no mucho, y en 1970 se hace una nueva edición, no reimpresión, como libro de bolsillo, que vende en seis meses más 40.000 ejemplares.

Esto último no tendría explicación de no ser por la aparición, en abril de este último año, de Los colgados, cabe que, al menos para muchos, la obra cumbre de Georgades, novela que se abre con los famosos versos de Villon, “Saura mon col que mon cul poise”. Los colgados es una tremebunda sátira, o tragicomedia, del Juicio de Nuremberg, y la portada es una obra maestra, como portadista, de Nicol Friedman, un viejo judío francés, pintor de cierto renombre, que había sido deportado a Dachau a los 23 años, en 1941, y había sobrevivido, no así sus padres y sus dos hermanos, uno de ellos hembra, que habían acabado en cámaras de gas y crematorios. En la portada se ven caras difusas, en parte transparentes; son las caras de Göring, Hess, Goebbels, Speer, Ribbentrop, el bestial Kaltenbruner, el refinado y sádico Reynhard Heydrich, Stracher y Streicher, etc; falta curiosamente Hitler.

De entonces hasta hoy, la carrera literaria de Georgades se ha solidificado con una docena de novelas, cuyos títulos sería obviedad citar (todas han sido traducidas al español) y cuatro volúmenes de relatos, amén de dos colecciones de poemas. Georgades es, hoy por hoy, uno de los tres

o cuatro escritores más notables de Occidente; es un gran admirador del peruano Vargas Llosa, dato a tener en consideración.

3) La vuelta

Christopher R. Bembler, narrador americano nacido en 1944, escribió “La vuelta” en 1997, para la revista bostoniana Minuteman, de larga tradición liberal, de la que el autor había sido, veinte años antes, redactor y jefe de redacción. El cuento, por ignoradas razones, nunca fue recogido en volumen y, por lo tanto, tampoco traducido a idioma ninguno, pese a la merecida celebridad que le dio a su autor la publicación de la Tetralogía de Liliput, publicada entre 1999 y 2002, cuyos cuatro densos volúmenes, Charlas de sobremesa, Niñas enamoradas, El Sargento Mayor y Tinieblas, configuran, quizá, el cuadro más grotesco, frívolo y tenebroso, o sea, el más minucioso y completo, de los años postreros a la derrota y fuga de Vietnam. La Liliput del título es la infrahumana sociedad bostoniana y neoyorquina, así como la gran trituradora de vidas y almas que es Washington; los Estados Unidos, en suma. De una carta rezumada de la memoria imaginaria de Dexter V. Vexter, el antropólogo vegetariano, se lee una frase, ‘I’m off, at last, with Lilliput, that tiny vicious people’. La firma Deacon Swift y va dirigida a “my improbable grand grand grand grand sons”, uno de los cuales es el odioso Vexter. No hay otra mención a la ciudad del título en todos los cuatro libros. Antes de publicar esta obra de envergadura sobrehumana, Christopher R Bembler se había caracterizado por sus breves y esquemáticas novelas (Punch & Judy, Seamen on shore, The political fitness, Men Vs Women, Wolves, Patches of Italy, Life of Pound, Man running, etc.) y sus enrevesados relatos, de los que “The coming back” (La vuelta) es un buen ejemplo. Desde su tetralogía, causa directa del Nobel que le concedieron en 2004, Bembler no ha vuelto a

emitir ni una línea de literatura, aunque sí ha pontificado su fervor por la frivolidad, que él identifica con free will (libre albedrío), desde diversos voceros y sobre todo a través de la televisión, medio que domina con una soltura que envidian los más curtidos profesionales del mismo. Hoy día protagoniza un programa semanal, Soliloquios ambulantes, en el que se pasea entre cables, escenografías de cartón piedra, muñecos de goma espuma y títeres electrónicos, sin parar de hablar a lo largo de una hora. Se dice que le pagan un millón líquido al mes y él mismo ha declarado que “Por fin he encontrado mi voz”, en referencia a la televisión, a la que siempre había driblado hasta que el espaldarazo sueco lo volvió parlanchín.

Su procedencia, de una aristocrática y opulenta familia bostoniana, de gentes liberales, amantes de las artes, las letras y la ciencia, gravitó contra Bemler, al que los literatos e intelectuales tenían en poco; lo tenían en menos, de hecho, que al menor de los escritores menores, y lo consideraban un mero aficionado, cuando no un intruso; esto hasta la tremenda publicación de la Tetralogía, que hubo quienes compararon con la inconclusa obra mayor de Proust, no por ninguna afinidad intrínseca sino por lo poblado y detallado de un mundo que corre parejas con el mundo de la cotidianidad.

No es, en opinión del traductor, el mejor de los tres autores traducidos, mérito o demérito que, en su opinión (mi opinión) recae en Georgades; tampoco el más prestigioso, que lo es el rescatado Sterling. Es, eso sí, el más complejo, el de miras más ambiciosas, al menos mientras escribía, y el autor del libro más impresionante –me refiero a su feroz, cínica y frívola tetralogía.

DEL TRADUCTOR

De mi amigo Gonzalo Meirelles (1939/2006) ya lo he dicho todo en la introducción a este libro. Meirelles es el único responsable de las tres traducciones que se incorporan a este libro. Es autor, también, del único relato escrito originariamente en español: Diario de campaña del escribiente Merchán, publicado en El cachalote con periscopio, año 1, n° 2, abril de 1994, San Juan de Puerto Rico.

ADENDA o NOTA BENE

El peculiar libro de Gonzalo Meirelles fue rechazado por diversas editoriales españolas y por todos los agentes literarios con los que entró en contacto a propósito del mismo. Creo que esto se debe, esta unanimidad negativa, a un rasgo que distingue a los españoles de todos los demás pueblos del mundo. Los españoles, que jamás oyen a quienes les hablan, tampoco entienden las bromas educadas ni los chistes, a no ser que sean de sal gruesa. Consideran una broma muy divertida tirar a una cabra desde lo alto de un campanario, como consideran un arte el asesinato de indefensos toros. Era, por ende, imposible que entendieran este libro; que Meirelles se hubiera inventado tres célebres escritores, uno de ellos galardonado con el Nobel, para más inri, como diría un castizo madrileño, les parecía o una impertinencia gratuita o una estúpida diablura. El libro por tanto, se publicará donde oscuramente se generó: en Uruguay, tierra natal de Meirelles.

Los cuatro cuentos están llenos de deliberados errores, así como de improbabilidades incontables. Son no obstante, en opinión de quienes los leyeron, altamente verosímiles, y, como dijo nada menos que Ben Jonson, ‘cuando uno escribe, sólo importa que el resultado sea verosímil’. Se refería al teatro, pero lo mismo vale, digo yo, para la narrativa, que es, en

más de mil formas, hija de la tragedia escénica.
editor

AC,

Para más información, o descubrir otros libros inéditos de Álvaro, visiten alvarocastillo.net

Biografía resumida de Álvaro Castillo:

Nacido en Montevideo en 1948, Álvaro Castillo trabajó en la Agencia EFE y en el semanario Marcha antes de trasladarse, en 1973, a España, donde, además de publicar sus primeras novelas con Plaza y Janés, escribió para diversas publicaciones, como Cuadernos Hispanoamericanos, El Indiscreto Semanal o la revista Nuevo Índice, y colaboró en los guiones de la serie de televisión Curro Jiménez. Álvaro falleció en Madrid en 2015, dejando siete novelas inéditas que ahora se publican por primera vez.